



GENERAL SS

**SVEN
HASSEL**

Lectulandia

En esta novela de Sven Hassel encontramos a sus personajes predilectos — y predilectos también de sus numerosos lectores—: *Porta*, *Hermanito*, *el legionario*, *Heide el fanático*, en un marco más trágico aún, si cabe.

Es el desastre de Stalingrado. Soldados alemanes derrotados, muertos de hambre y de frío, a veces convertidos en caníbales. Sólo una brecha, abierta por un grupo de combatientes mandados por un general SS más humano que los otros, puede salvarlos de la tortura y de la muerte inevitable.

Este aspecto de la batalla germano-rusa, poco conocido del gran público, halla ahora a un escritor digno de él.

Lectulandia

Sven Hassel

General SS

Biblioteca Sven Hassel - 8

ePub r1.0

Poe 16.11.13

Título original: *SS-Generalen*

Sven Hassel, 1969

Traducción: Domingo Pruna

Retoque de portada: Poe (Basada en la edición inglesa)

Editor digital: Poe

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

GENERAL SS



Dedico este libro a mi hijo Michel y a los jóvenes de su edad, con la esperanza de que su vida sirva para salvar a hombres y no para destruirlos, como hemos hecho mi generación y yo.

*Al alba, la gran marisma hedía.
Ojos muertos y podridos nos miraban fijamente.
Una tristeza sin nombre emanaba de las calaveras de órbitas vacías.
Pero la hierba de los prados resplandecía, pese a todo.*

Alemania ha tenido la suerte de encontrar a un jefe que ha sabido agrupar todas las fuerzas del país en provecho de la colectividad.

Daily Mail, Londres. 10-7-1933.

El sábado 30 de junio de 1934 fue uno de los días más calurosos que Berlín conocía desde hacía años, y la Historia hizo de él uno de los mas sangrientos. Mucho antes de salir el sol, la ciudad fue rodeada por un cordón infranqueable de tropas. Todas las vías de acceso estaban guardadas por los hombres del general Goering y del reichsführer SS Himmler.

A las cinco de la mañana, un gran «Mercedes» negro que lucía en el parabrisas la inscripción SA Brigadenstadarte fue detenido en la carretera entre Lübeck y Berlín. Sacaron de él violentamente al general de brigada, a quien metieron en un coche de la Policía; en cuanto a su chofer, el SA truppenführer Horst Ackermann, le invitaron a desaparecer, ¡y lo más de prisa posible! El hombre regresó a tumba abierta a Lübeck, donde dio parte al jefe de la Policía. Éste se negó a creerle, de momento. Con la frente bañada en sudor, se paseaba por su despacho; después, mandó llamar a su viejo amigo, el jefe de la Policía criminal, ambos formaban parte de las SA, vieja guardia de las tropas de asalto nacionalsocialistas, pero, el año precedente, como todos los oficiales de Policía del Reich, fueron trasladados a las SS.

—¡Grünert! ¡No puede ser sino un error! ¡No es posible que hayan detenida a uno de los más célebres oficiales SA!

—¿Tú crees? —se burló el consejero de la Policía criminal—. ¡Es posible eso y mucho más! Te aconsejo que te apartes todo lo posible del teléfono y que vigiles la calle. ¿Tienes la llave de la puerta excusada? Supongo que nadie lo sabe. Yo hace tiempo que preveo ese día y me preparo; tenía indicios. El Eicke se mueve mucho últimamente y han evacuado el campo de Borgemoor, pero nadie ha dicho que deba quedarse vacío. Los SS de Eicke lo han ocupado; sus pistoleros están dispuestos.

El general de brigada Paul Hatzke fue encerrado en el calabozo de la antigua escuela de cadetes de Gross Lichterfeld, convertida en cuartel de los guardaespaldas de Adolf Hitler. Fumaba tranquilamente, sentado en una pila de ladrillos, con las piernas extendidas calzadas con botas negras de montar. No había razón alguna para que el general de brigada Paul Hatzke, comandante jefe de la Policía de 50 000

SA, y ex capitán de la Guardia de Su Majestad el emperador tuviese miedo. No sospechaba nada. Sólo se oía ruido. Daban portazos a cada paso; a veces, retumbaba un grito. Era cierto que los SS que le habían llevado al calabozo murmuraban la palabra «rebelión». ¡Vaya idiotas!

—¡SA que se rebelan! ¡Me habría enterado! —gritó el general—. Es una monstruosa equivocación.

—Desde luego —aprobaron los SS—. Desde luego, siempre es una equivocación.

El general alzó los ojos hacia la ventana enrejada y abrió su cuarto paquete de cigarrillos.

«¡Una rebelión!». Le causaba risa. Los SA no tenían ni siquiera las armas para eso. Sobre este punto, él estaba bien informado. Que los SA no habían aprobado la revolución del 33, conforme. No se había mantenido ninguna de las promesas hechas a los dos millones de SA, ni siquiera la de proporcionarles trabajo, que era todo cuanto pedía el 90 por ciento de ellos. Durante algún tiempo, les convirtieron en auxiliares de la Policía con un salario de miseria, inferior a la indemnización de paro del tiempo de Weimar. Casi todos habían sido despedidos. Descontentos, seguramente, pero rebelados contra el Führer, ¡nunca! Si los SA se sublevaran, sería contra el antiguo Ejército del Reich, enemigo número uno de los trabajadores.

Aguzó el oído. ¿No era una descarga cerrada? El motor de un camión rugía a toda potencia; el tubo de escape petardeaba. ¡Curioso! Sin embargo, creyó haber oído perfectamente un tiro de fusil. Pero, bueno, ¿descargas en pleno centro de Berlín aquel maravilloso sábado de verano? Los hombres salían en permiso de domingo.

Las manos se le humedecían. Dos disparos más... ¡Por Odín y por Thor! Sí, disparos. El motor del camión seguía rugiendo. ¿Era por ahogar el otro ruido? Se puso a temblar. ¿Qué estaría haciendo entonces la pandilla de Himmler? ¡No se fusilaba a la gente por una simple sospecha! Quizás entre aquellos salvajes de americanos del Sur, pero ni siquiera entre los rusos, cuando siguió un cursillo de oficial de reserva en Moscú de 1925 a 1928. Los oficiales soviéticos habían sido perfectos, y los instructores también. Entendían de combates callejeros, y los alemanes les debían mucho.

¡Otra descarga cerrada! ¿Se trataba de un ejercicio o era verdad lo que le habían contado? Unos SA sublevados no podían sino estar locos. Por lo demás, se habían vuelto demasiado numerosos. Entre ellos enrolaron a demasiadas gentes dudosas y a comunistas, mezclados con la pandilla de los Cascos de Acero con el príncipe al frente. ¿De qué servía ahora aquella ralea de nobles?

El motor del camión rugía cada vez más fuerte. Horrorizado, el general se dio cuenta de que no se trataba de un ejercicio, y que el asunto se ponía serio. Un

pelotón llevaba horas disparando. ¿Qué diablos había detrás de aquella horda de SS? El espantoso pequeño bibliotecario de Munich era, efectivamente, un hombre mortalmente peligroso; vanidoso y bilioso y, además, se decía que homosexual. ¿Y qué hacía el Führer con aquel Himmler, un homúnculo enfermizo y receloso?

Un ruido de botas se paró a la puerta del calabozo. La cerradura chirrió. En el marco de la puerta aparecieron un SS untersturmführer y cuatro soldados SS con cascos de acero relucientes. Todos pertenecían a la división parda de Eicke, la única que no lucía uniforme negro ni las letras SS bordadas en el cuello.

—¡Por fin! —gruñó Paul Hatzke, furioso—. Os lo vais a cargar. ¡Aguardad solamente a que se le diga al general Roehm, y ya sabréis lo que es bueno!

No obtuvo ninguna respuesta, pero le empujaron brutalmente fuera del calabozo, rodeado por los cuatro hombres y flanqueado por el untersturmführer, cuyas espuelas resonaban. Éste apenas contaba veinte años, y tenía rasgos infantiles duros como el granito, melena dorada que asomaba del casco y ojos claros. Una cara de ángel con el barboquejo tan ceñido que debía de hacerle daño. Pero con los SS pasaba eso. Eran robots que aplicaban sistemáticamente el reglamento.

El sol inundaba las sucias edificaciones del cuartel, y caminaron por los agudos adoquines, aquellos adoquines que habían visto hacer la instrucción a niños de ocho años. En aquel cuartel, durante años, habían preparado carne de cañón para los ejércitos imperiales, carne de cañón que ostentaba los más grandes apellidos de Alemania; muchachos nacidos para la carrera militar. En todas las casas del Reich se veían fotos amarillentas de chicos de dieciséis años, con casco, con vistoso uniforme, que iban a paso de parada hacia los campos de Alsacia contra los «75» franceses, en 1914. Habían aprendido a morir como es de rigor en las buenas familias prusianas, quizá la muerte significara el paraíso tras ocho años de ejercicios inhumanos sobre los adoquines de Gross Lichterfeld.

Pasaron delante de las cuadras que hormigueaban de soldados armados hasta los dientes y que pertenecían a la guardia de corps SS, así como a la división de la muerte.

Ahora, se percibía muy distintamente el ruido del motor. El general de brigada se detuvo.

—¿Qué se propone usted? ¿Adonde me lleva? —preguntó, nervioso.

—Tengo orden de llevarle donde el SS standartenführer Eicke —replicó burlonamente el suboficial—. No venga con cuentos, que no sirven de nada.

El general sonrió, tranquilizado. Evidentemente, no se fusilaba sin juicio; esas cosas no ocurrían en Alemania, donde reinaba el orden, el buen orden prusiano, y, por lo demás, gracias a ese orden ellos habían tomado el poder. El propio Führer lo había dicho a los ex combatientes: «Ahora, se acabó el desbarajuste y el desorden democráticos. En adelante, reinará en Alemania el orden y quienes intenten sabotear

ese orden desaparecerán».

Rebasaron las cuadras y penetraron en un patiecillo enteramente circundado por altos muros. Antaño era el patio donde cumplían arresto los cadetes. El camión estaba allí, un gran «Krupp» con motor «Diesel». Al volante estaba un SS de uniforme pardo que fumaba con indiferencia contemplando cómo se acercaban ellos.

Un grupo de oficiales con uniformes negros o pardos estaba situado en mitad del patio. En un extremo de éste se alineaba un pelotón de doce hombres, la primera fila de rodillas, con los fusiles verticales, y la segunda de pie, con el arma descansada. Del lado de las cuadras, otros dos pelotones esperaban, listos para tomar el relevo. Veinte ejecuciones y luego el relevo. ¡Oh!, el general Paul Hatzke se sabía el reglamento de memoria.

En el suelo yacía un hombre que vestía el uniforme caqui de los SA, de bruces sobre la arena roja de sangre. En su hombro relucía la charretera dorada de obergruppenführer y se percibía una de las solapas rojas del grado de general. Paul Hatzke sintió que un sudor frío le corría por el espinazo; se puso lívido y tiritó pese al calor del día.

Un SS hauptsturmführer que llevaba un fajo de papeles en la mano, divisó al grupo.

—¿Nombre? —gritó.

—SA brigadenführer Paul Egon Hatzke.

El hombre meneó la cabeza y tachó algo en su papel. Dos SS tiraron dentro del camión del cuerpo tumbado en el suelo.

—¡Adelante! —gruñó el hauptsturmführer. Póngase junto a la pared, allí, y rápido.

—¡Pero es que quiero ver al standartenführer Eicke! —gritó el general, asustado. Alguien le encañonó la pistola contra los riñones.

—Basta de tonterías; no sirven de nada. Obedezca las órdenes.

El general echó una mirada desesperada en torno. Caras de piedra, despiadadas bajo los cascos de acero marcados con las letras SS. Allá, en el fondo, la pared goteaba sangre y un hilillo discurría hacia la cloaca, junto a las cuadras.

—¡No pongas dificultades, pedazo de traidor —gritó el hauptsturmführer agitando sus papeles—, o de lo contrario te nos cargamos ahí mismo!

El general sintió que le golpeaban en la cara. Un largo arañazo rayó su mejilla, de la que manó sangre sobre las charreteras doradas. Comprendió que era el fin, el fin del sueño de un Estado socialista y justo. Comprendió que los SS, Heydrich y Goering, habían ganado y, con los brazos cruzados, muy sosegado, se irguió ante el muro ensangrentado.

El motor del camión empezó a rugir de nuevo. Era un mártir, un héroe del Estado socialista que él había soñado. Paul Hatzke sonrió a la muerte, gritó con todas sus

fuerzas: «¡Viva Alemania, viva Adolf Hitler!», y se desplomó en la arena.

El siguiente oficial SA aguardaba su turno. La carnicería duró toda la jornada y casi toda la noche.

—¡Matadles tan pronto estén identificados! —había gritado Eicke cuando le dijeron que uno de sus antiguos camaradas deseaba verle.

Aquella locura de asesinatos hizo estragos en toda Alemania durante casi una semana, y las matanzas del 30 de junio ayudaron grandemente a la ascensión de Himmler, de Heydrich y de Eicke: Himmler, años atrás, burócrata desconocido, vanidoso como un pavo real; Heydrich, oficial de la Armada degradado; y Theodor Eicke, tabernero alsaciano.

Quince días más tarde, los soldados de los piquetes de ejecución y todos los oficiales salvo cuatro fueron expulsados de las SS. En total, 6000 hombres. Ejecutaron a 3500 con diversos pretextos antes de fin de año; era una idea de Eicke que causó mucha risa a Goering. Los supervivientes fueron a consumirse en el campo de Borgemoor. Pero Goebbels, Ministro de Propaganda, anunció que todos aquellos hombres habían muerto luchando contra la rebelión de los SA, y Rudolf Hess los celebró como mártires.

—Así se escribe la Historia —dijo jocosamente Eicke brindando con Goering en el Cuartel General de éste, en la plaza de Leipzig.

El plan de aquella matanza había sido trazado el 24 de junio con el general Walter von Reichenau, del Alto Mando del Ejército. Goering y Heydrich, efectivamente, habían tenido empeño en que el Ejército tomase parte en dicho plan, y los generales se unieron a los SS. En cuanto a Hitler, que estaba enterado de todo, aquel día asistió a una boda en Essen, en casa del gauleiter Terboven. La hora del degüello sonó en plena fiesta.

EL GUERRILLERO

Ante nosotros se vislumbraban los contornos de Stalingrado, y salimos del carro de asalto para contemplar sobre la ciudad una inmensa humareda. Ardía, decíase, desde el mes de agosto, desde las primeras bombas de los aviones alemanes.

Pero realmente sólo podíamos ver el Volga, cinta de plata que reflejaba el sol de otoño. Detrás de nosotros se extendía una marcha agotadora y furiosos combates.

Desde hacía cuatro meses, vivíamos en el carro de asalto... Se comía y se dormía

dentro. Sólo parábamos para cargar carburante y municiones, cuando los camiones blindados llegaban hasta nosotros. Los nervios ya no podían más y disputábamos y nos peleábamos por naderías. *Hermanito* quiso romperle la cabeza a Heide por un simple cacho de pan, y como nos pusimos de parte de *Hermanito*, Heide tuvo que ir, durante cien kilómetros, colgado de la portezuela trasera. Sólo cuando, saturado de óxido de carbono, cayó desvanecido, le metimos dentro.

Durante todo el día el carro avanzó hacia el Volga. Cuando se puso el sol, percibimos otro carro inmóvil en el lindero de un bosque. Su comandante fumaba sentado en el borde, y todo era tan maravillosamente tranquilo que nos creíamos en maniobras.

—¡Por fin! —murmuró *El Viejo* con alivio—. Ahí está la compañía. Temí haberme perdido; esos mapas rusos son imposibles.

Muy contento, Porta se paró a algunos metros del carro y abrimos escotillas para aspirar el aire fresco otoñal y secarnos las caras cubiertas de sudor y de polvo.

—¿Qué tal? —gritó *El Viejo*—. ¡Por poco no os encontramos! ¿Dónde está el comandante de la compañía?

Pero en el momento en que se disponía a apearse, el comandante del otro carro se coló dentro como por una trampilla y cerró ruidosamente el escotillón.

—¡Es Iván! —gritó *El Viejo*—. ¡Listos para el combate!

Antes de que el carro soviético hubiera conseguido apuntar su cañón, una granada «S» superexplosiva reventó su torreta, que estalló en un volcán de llamas. Dimos un amplio rodeo y, de golpe, a unos cuantos metros delante de nosotros, encontramos nueve «T-34» parados cuyos cañones enfilaban el camino en el que nos hallábamos... ¡Imposible dar marcha atrás; era demasiado tarde! Los rusos no nos habían visto y, a su vez, también disfrutaban de la tranquilidad de la tarde.

Porta frenó involuntariamente al percibir los nueve monstruos en su periscopio, pero *El Viejo* siguió impasible y sacó la cabeza por el capó. De lejos, su casco podía engañar, puesto que no era diferente del de los rusos.

—¡Adelante, a toda velocidad! —murmuró—. ¡La única salvación es adelantarse!

Porta cambió de marcha. Cualquier imbécil hubiera notado la diferencia de motores, pero los rusos no parecían ser muy desconfiados. Nos hacían señales de amistad a las cuales *El Viejo* contestaba alegremente. Pasamos y, una hora más tarde, aparecieron casas a ambos lados del camino. Un tren de mercancías, en la estación, hacía silbar su vapor. Había una nube de carros y pululaban soldados, pero la oscuridad nos ocultaba y nadie nos decía nada. Aquello era un Cuartel General en plena actividad. Un guardia nos apremió para dejar sitio al coche blindado de un jefe.

—*Davái!* (¡Más de prisa!) —gritó agitando su porra.

Durante un trecho, seguimos tras los carros hacia Stalingrado y pasamos delante de una columna de «T-34» parados en el borde de la carretera. Sus dotaciones

dormían detrás de las escotillas.

El Viejo ordenó que abriéramos las nuestras para no infundir sospechas, ya que ninguna dotación de carro circula con los cierres echados en la retaguardia. Un batallón de Infantería obstruía la carretera y llovían injurias sobre nosotros cuando nos dejaban pasar. Nuevo rodeo. Evitamos el bosque y, por fin, volvimos hacia nuestras líneas.

Tres días más tarde, estábamos a orillas del Volga, a 25 kilómetros al norte de Stalingrado, y todo el mundo bajaba corriendo los acantilados para llenar las cantimploras de agua fresca. ¡Cada cual quería ser el primero en beber agua del Volga! Un río de cinco kilómetros de ancho por el que discurría un remolcador que arrastraba un tren de gabarras. De pronto, una batería del «75» entró en acción; surgieron géiseres de agua y el desdichado remolcador zigzagueó por pasar entre los chorros. ¡Mala suerte! Un obús delante, otro detrás, dos en medio, y el remolcador quedó partido por la mitad y se fue a pique. Luego les tocó a las gabarras que oscilaban en la corriente. Diez minutos más tarde, no se veía ya nada en la superficie del río.

Stalingrado ardía. El olor asfixiante del incendio llegaba hasta nosotros y producía náuseas. El aire estaba lleno de hollín y de ceniza, y aquel horrendo olor se pegaba a la piel, a las ropas; todo... Un hedor que no nos dejó durante largo, meses después de la batalla.

Habíamos visto arder muchas ciudades, pero ninguna pestilencia se parecía a aquella. Ningún combatiente de Stalingrado olvidará en su vida el olor de la ciudad moribunda que, parece inaudito, atraía y repelía a la vez.

La compañía se enterró frente a las colinas de Mamáiev donde todo un Estado Mayor ruso estaba atrincherado en antiguas cuevas. Por la noche, nuestros lanzaminas rociaban las colinas, y cuando tiraban demasiado corto, el soplo de aquellas bombas atroces nos arrojaban casi fuera de nuestras trincheras. Estar en hoyos bajo bombardeos de ese tipo debe ser espantoso. Los carros atacaron, pero sin éxito. Luego, se reanudaron los bombardeos embrutecedores y se atacó con la 14.^a División panzer forzando el camino de las cuevas, que fueron limpiadas con lanzallamas y después con arma blanca. ¡Un baño de sangre inimaginable! Un comisario político que lucía las estrellas de comandante fue liquidado por el comando que agrupaba a sus prisioneros. Igual hicieron con gentes del Komsomol (organización de la juventud comunista). Cabe decir, en justicia, que en aquella matanza de prisioneros ni siquiera los SS actuaban de buena gana. Era una orden que procedía del Gran Cuartel General ya desde 1942, una de esas incontables idioteces que incitaron a los rusos a luchar hasta morir.

El verano tocaba a su fin. Llovía a cántaros, todo se transformaba en pantanos y el barro se pegaba a las botas. Tres semanas de lluvia sin parar. Todo apestaba a moho,

los cueros y hasta nuestra misma piel, pese a unos polvos que facilitaban los enfermeros y que no servían de nada. Casi se añoraba el polvo sofocante del verano.

A la lluvia le sucedió el frío, con las primeras heladas nocturnas, pero seguía estando prohibido ponerse abrigos y, por lo demás, muchos no los tenían siquiera. Los habían tirado en alguna parte de la estepa cuando estábamos a 40° a la sombra. Al parecer, debían enviarnos prendas de invierno, pero antes llegaban nuevas unidades.

Venían largos trenes de reservistas o de reclutas casi barbilampiños, quienes, con una inconsciencia atrozmente bélica, se arrojaban sobre las ametralladoras enemigas. ¡Una carnicería, y cuan inútil! La mayoría se quedaban enganchados en las alambradas al primer ataque y les oíamos morir. Les mandaban sin transición de sus cuarteles hasta Stalingrado, sin ninguna experiencia de la guerra, atiborrados solamente con las mentiras de la propaganda.

El primer ataque de la artillería les desanimó y marcharon con los ojos extraviados contra las armas automáticas rusas. La bruma que subía del Volga envolvía a los moribundos con un helado sudario. Aquellos chicos de diecisiete años ni siquiera gritaban, pues les habían obligado a presentarse voluntarios. Un alemán no chilla; es cobardía. Muchos de ellos, con los pulmones aplastados, morían lentamente asfixiados. Conseguíamos rescatar a algunos, ¡pero resultaba tan difícil! Resbalábamos sobre montones de carne y de cadáveres cubiertos de fango, y si el enemigo nos oía, ¡menudo blanco! El otro día, siete de los nuestros fueron muertos de esa manera. Nos habían prometido siete días de permiso por cada veinte reclutas salvados, y era tentador, pero hubo que suprimir los salvamentos, que costaban caro a los combatientes experimentados.

La anilla se estrechaba en torno de Stalingrado, donde tres ejércitos quedarían encerrados. «La mayor victoria desde hace siglos», afirmaba la propaganda, ¡pero ya estábamos hartos de victorias! ¡Basta de victorias! ¡Que termine la guerra, nada más! Únicamente el suboficial Julius Heide, un fanático, era feliz.

—Buen trabajo, no cabe duda. Ahora tomamos ese trozo de río, ¡y en marcha hacia Moscú!

Nos exasperaba.

El mando del VIII Ejército italiano pidió al Alto Mando alemán ser el primero en entrar en Stalingrado. La bandera italiana debía ondear sobre el «OCTUBRE ROJO», pero he aquí que los italianos se pelearon con los rumanos quienes también querían ser los primeros.

—¡A mí qué me importa quién tome esa puta ciudad —se burló Porta—, mientras que yo siga en la retaguardia! ¡Pero me extraña que los *spaghetti* se vuelvan de pronto tan valientes! ¡Nunca les gustan los sitios donde hay fregado!

Así es que la comarca empezó a hormiguar de italianos y de rumanos. Sentados

en nuestros atrincheramientos, contemplábamos sus largas columnas que marchaban cantando, sobre todo los *bersaglieri* y su andadura cómica. *Hermanito* corrió al lado de ellos durante algunos metros, pero no pudo continuar. Son menester años de entrenamiento para seguirles. En cuanto a los rumanos, iban descalzos y llevaban las botas colgadas a la espalda; se decía que aborrecían los zapatos. Pero obteníamos de ellos grandes salchichas de carnero.

Un día, en espera de la caída de Stalingrado, nos encomendaron una misión detrás de las líneas rusas. Se trataba de volar un puente tan bien camuflado que los aviadores no lo percibían en absoluto, un puente muy importante que servía día y noche para el suministro de los rusos. Pero antes de llegar a él, nos advirtieron que debía cruzarse un inmenso pantano.

Un pantano ya es horrible de por sí. Por si fuera poco, cada hombre llevaba, además de su equipo, un paquete de treinta kilos de dinamita sobre el pecho que causaba sofoco. De día, nos escondíamos en la espesa maleza y por la noche avanzábamos. Ya el segundo día apareció el pantano, en el cual nos hundíamos hasta las rodillas. Nada más traidor que esos pantanos rusos; en todas partes acecha la muerte bajo la verdura. Enormes ranas croan de siniestra manera. De pronto, una de ellas saltó delante de nosotros y nos contempló con sus ojos gigantescos; eran tan asombrosos que Gregor perdió los nervios, arrojó una granada a la rana y la explosión retumbó en todo el bosque. Inmediatamente, gritos, un motor rugiente, chirriar de orugas... Aterrados, echamos cuerpo a tierra.

—Iván nos ha localizado —murmuró Porta.

—¡Larguémonos! —dijo Gregor.

Pero largarse, ¿adonde? En torno a nosotros, el pantano traidor e infinito, y enfrente los rusos nuevos gritos se hacían más distintos.

El morro verde aceituna de un «T-34» apareció, siniestro, entre los árboles. Giró el cañón, nos adelantó y apuntó hacia el pantano. Tres obuses... Las orugas chirriaron; el carro trepaba por la margen... Pero, de golpe, le vimos encallarse, soltarse del barro, patinar y volcar súbitamente... En un rebullir de lodo, el pesado carro desapareció en el pantano insondable.

Acto seguido surgieron, despavoridos, unos granaderos. ¿Cómo pudo desaparecer así aquel carro? La ametralladora de *Barcelona* barrió las siluetas pardas. Silencio angustioso. ¿Qué hacer? Había que largarse antes de que los supervivientes se rehicieran. ¡Justamente, allí iba uno! Un brigada apareció en la cresta y aventuró prudente una mirada. Le siguieron otros: hormigueaban los cascos verdes. Lluvia de granadas; agua y barro se elevaron en todas partes.

—*Davái, davái!* —gritó el brigada, un tío bajito de piernas torcidas dentro de unas botas demasiado grandes—. *Davái!*

—¡Fuego! —ordenó *El Viejo*.

El primero en caer fue el brigada patizambo. Los otros se desplomaron, y el pantano quedó sumido en el silencio. Ni un solo ruido. Aguardamos durante una hora, inmóviles, y de pronto se percibió otra vez el ruido de orugas. Un carro estaba subiendo la margen; trepaba despacio; se veía lo alto de la torreta. Ésta giró silenciosamente, el grueso tubo del lanzallamas bajó y una larga llama roja brotó entre los árboles. El calor era abominable. Los del carro seguramente creían que seguiríamos en el mismo sitio, que se había convertido en un mar de llamas.

La torreta se desvió y el fuego inundó el pantano. Todo ardía. Por tercera vez, brotó el infierno de aquel tubo infernal. Nos aplastamos en el barro; si el lanzallamas volvía a apuntar hacia nosotros, estábamos perdidos.

Pero un casco de cuero marrón asomó del capó y un rostro ennegrecido observó atentamente el paraje. Porta levantó su lanzallamas. Nos cortó la respiración. Si fallaba el tiro, ¡que Dios se apiadara de nosotros! En su rostro contraído, ya no cabía la guasa. Apuntó con cuidado. Tres chorros, ¡y el líquido abrasador penetró en la torreta abierta! Una explosión formidable desgarró el aire, proyectando el acero y los cuerpos a lo lejos... Aquella vez, todo había terminado.

Proseguimos, con Porta en cabeza de la fila, por el sendero sumergido: troncos atados a cincuenta centímetros bajo la superficie fangosa permitían pasar a un hombre, pero resultaba peligroso. Si se resbalaba, no había esperanza; un pantano nunca suelta a su presa. Además, sabíamos por experiencia que aquellas pistas estaban sembradas de trampas, de las más ingeniosas trampas. Si se empujaba una rama de costado, el suelo se hundía bajo los pies y si se levantaba la misma, uno quedaba ensartado en bayonetas puestas en abanico. De un árbol colgaba un inocente bejuco que, cuando se tocaba, una hilera de flechas mataban a una columna entera.

Porta avanzaba, con su lanzallamas en ristre. Se paraba a cada paso..., acechaba. El paso siguiente podía ser mortal. No rozamos ninguna planta al pasar; en cierto sitio hubo que hacer equilibrios sobre un tronco para evitar bayonetas hincadas en carne podrida; un simple rasguño significaba el tétanos. Incluso un erizo nos dio un susto casi de muerte. Ocurría que aquellos animales estaban atados a trampas.

Hermanito caminaba detrás de Porta, con su pistola apuntando arriba contra los tiradores ocultos en los árboles. Si se sospechaba que había un tirador, era cuestión de disparar primero, y eran difíciles de descubrir. Nadie les llega a la suela de los zapatos a los rusos en materia de camuflaje: un siberiano es capaz de estar veinticuatro horas sin moverse en la copa de un árbol, lo habíamos comprobado. Hasta los pájaros se equivocaban. El hombre pertenecía al árbol y los pájaros se encaramaban en sus hombros.

Bruscamente, sin avisar, Porta se tumbó en el agua, únicamente le sobresalía la cabeza de las cañas. A una señal suya, nos metimos en la boca los tubos respiratorios y nos sumergimos; nuestros gorros camuflados nos hacían casi invisibles en la

superficie del agua. Aquello duró diez minutos. Nada... Entonces, despacio, levantamos la cabeza.

En una rama podrida se posó un pájaro verdiamarillo. Un pájaro raro. Meneó la verde cola, inclinó la cabeza, silbó y guiñó el ojo. Aquel bonito pájaro era mortalmente peligroso: un reclamo. Nuestro instinto de fieras nos avisó: el enemigo estaba allí. Porta avanzó de rodillas; sólo un leve movimiento del agua revelaba su presencia. Aparte del canto del pájaro, ni un ruido, pero el ave volvía la cabeza de un lado a otro como si supiera que Porta se acercaba bajo el agua.

El pequeño legionario se puso el cuchillo entre los dientes. Porta emergió, echó un vistazo y, titubeando, tendió la mano hacia el pájaro. Dos sombras se le echaron encima, pero una pistola ametralladora ladró y el legionario clavó su cuchillo en la espalda de una de las siluetas verdes. Una vez más, se acabó.

El pájaro revoloteó gorjeando, desapareció en el cañaveral y, durante un rato, escuchamos su extraño grito.

—¡Qué horror! —murmuró *El Viejo*, que por poco se cayó sobre un tronco de árbol.

—¡Cuidado, desgraciado! —gritó el legionario.

De una rama salieron hilos que unían el tronco podrido con una carga explosiva escondida bajo el sendero. *El Viejo* se puso pálido.

—¡De buena me he librado! —gruñó el legionario—. Pero ¡vaya vida!

Barcelona tropezó y soltó un grito estridente; la mano de *Hermanito* le devolvió el equilibrio sobre las tablas que se bamboleaban traidoramente. Todo el pantano parecía escuchar, y hasta las ranas callaban. Sí, ¡vaya vida!

Algunas horas después. Había una choza de ramajes. Tres hombres y dos mujeres estaban allí, vestidos con el horrendo traje de los guerrilleros del pantano. Llevaban la máscara verde alzada sobre sus cabezas, circulaba la vodka, y estaban tan borrachos que ni siquiera habían oído que nos acercábamos.

Sin ningún ruido, estrangulados por nuestros nudos corredizos de acero, los guerrilleros fueron arrojados al pantano. ¡Pero la choza también contenía cajas! Municiones, armas, vodka y pescado seco. ¡Menudo festín el pescado seco ruso!

Pasamos la noche en la choza, una noche de reposo y de vodka. Y, al otro día, llegamos al puente. Era un puente colosal, mayor y más alto que el mayor de los puentes.

En el centro, metido en su garita, un centinela vigilaba fumando, con su pistola ametralladora colocada sobre el pretil. Redes de camuflaje lo cubrían todo. Justamente, una larga columna de camiones cruzaba el puente, seguida por una compañía de «T-34». El centinela, impecable ante las formaciones, adoptaba de nuevo su actitud perezosa tan pronto habían desaparecido. Como todos nosotros,

aquel hombre era por completo indiferente al curso de la guerra; debía de soñar con su aldea. De lejos, nos llegaba el olor de su *majorka*, ese tabaco ruso. Era un hombre no joven, provisto de un gran bigote triste cuyas guías caían a la manera china; en la comisura de los labios, su cigarrillo mal liado, encima una blusa verde de verano con el cuello desabrochado y en la cabeza, un gorro de pieles. ¡Vaya uniforme!

—También les debe faltar ropa de invierno —dijo *Hermanito*—. Pasa como con nosotros. Cuando te dan un gorro de pieles, tienes que conformarte con una guerrera de verano, y cuando tienes un capote de invierno, ¡ya puedes buscar el cubrecabezas!

Había que arrastrarse por el puente para colocar las cargas de explosivos. El legionario trepó como un simio por los pilares de cemento, Gregor y Heide tiraban de los cables, y *Hermanito* y Porta se disputaban el prender fuego.

Otra columna de camiones cruzó el puente, pero ésta precedida por un jeep con una bandera roja. Eran municiones.

—¡Si al menos estuviésemos preparados! —musitó Porta—. ¡Vaya fuegos artificiales!

—¡No hagas tonterías! —gruñó *El Viejo*—. El soplo nos mandaría al infierno con ellos.

Al alba, todo estaba listo, y he aquí que surgió otra columna.

—Les vuelo en plena mitad —se burló *Hermanito* frotándose las manos.

—Ni hablar. Nos pagan para volar un puente, no por otra cosa. ¿Listos para la voladura? —ordenó la voz de *El Viejo* en cuanto desapareció la columna—. Entonces, ¡fuego!

Todo el mundo echó cuerpo a tierra detrás de las rocas. Los que se entretuvieron fueron tumbados por un soplo de gigante. Pero vamos..., pero vamos... ¡Nos frotamos los ojos! ¡Los pilares habían desaparecido, desde luego, la construcción metálica había sido volatilizada, pero solamente un tramo de tablas asfaltado se había hundido en el agua! Unas tablas rotas, pero que no impedían pasar a los vehículos. Acabábamos de fabricar el puente más sólido del mundo... ¡Ningún aviador podría localizarlo ya!

Aquella vez, la risa loca se generalizó. Cruzamos el río corriendo por el puente, y en plena mitad, ¡el agua no nos llegaba más que a las rodillas!

—No se puede nadar siquiera —se burló Gregor.

—¡Basta! —exclamó *El Viejo*—. Y vamonos. Dentro de cinco minutos, se acabó la risa.

Y henos aquí de nuevo en el bosque. Senderos, torrentes y, siempre, siempre, el bosque. No cabía duda que estábamos perdidos. De pronto, ¡un leñador! Un anciano que partía leña delante de su choza.

—¡Buenos días, *továrishch*! —dijo Porta con tono amable.

El leñador, estupefacto, levantó la cabeza. Era muy viejo, muy viejo. Sus ojos, de

un azul extraordinario, se hundían bajo pobladas cejas. Dejó el hacha, nos miró con curiosidad y luego se dirigió a Porta con toda naturalidad.

—¡Ah, eres tú! ¿Dónde demonios estuviste tanto tiempo?

—En la guerra —respondió Porta con igual tono—. Los alemanes han vuelto, ¿no lo sabías?

—¿De veras? Entonces hay que echarles —dijo *El Viejo* leñador partiendo con violencia un tronco—. ¿Y cómo está tu madre? —preguntó, mirando a Porta.

—La vieja va bien, gracias.

—Bueno. ¿Has matado a muchos alemanes?

—Algunos, probablemente —respondió Porta con modestia, tendiendo una *majorka* al anciano.

—Tabaco militar —dijo sentenciosamente el leñador, que reanudó su trabajo sin ocuparse más de nosotros.

Desaparecimos bajo los abetos, y largo rato aún retumbaron en nuestros oídos los hachazos. Durante tanto tiempo debimos de dar vueltas sobre nosotros mismos que, repentinamente, ¡volvimos a encontrarnos delante del famoso puente!

Entonces, *El Viejo* decidió seguir el curso del río pese al riesgo de topar con las tropas rusas. Tenía razón. Dos días más tarde, estábamos de regreso en las líneas alemanas y *El Viejo* declaró «misión cumplida» sin insistir más.

Cada vez hacía más frío; comenzaba el invierno. Una noche se produjo la primera tempestad de nieve, y como no teníamos capotes de invierno, nos metíamos papel bajo nuestros uniformes. Nadie creía ya en «la gran victoria de Stalingrado». Los trenes de tropas no llegaban, se lanzaba el suministro en paracaídas y circulaban siniestros rumores. Decíase que los rusos estaban detrás de nosotros y que las raciones habían menguado. Teníamos órdenes de no derrochar municiones.

¡Vaya frío! ¡Vaya frío! Se hablaba ya de miembros congelados y algunos voluntariamente. Dos tíos de nuestra compañía que se habían puesto calcetines mojados para dormir, fueron ejecutados en el bosque de Talare.

El SS standartenführer tiró con evidente satisfacción el telegrama ultrasecreto sobre la mesa, ante el SS sturbanführer Lippert.

—Ha llegado la hora, Michel. ¡Orden de acabar con los traidores! Liquidamos a esos cerdos del Ejército.

El gran «Porsche» con banderín de Eicke dejó Dachau para correr hacia Munich, con Eicke y Lippert arrellanados en la parte trasera. En ruta, recogieron al hauptsturmführer Schmasusser. Los tres oficiales SS llegaron a las tres de la tarde a la oficina de Koch, director de la prisión central, y ordenaron que les fuese entregado el preso Roehm, jefe de Estado Mayor.

Koch rehusó de plano, rogando a los tres SS, por lo demás medio borrachos, que desapareciesen de su vista so pena de ser detenidos a su vez. Su puñetazo dado en el escritorio hizo saltar el tintero, tras lo cual él agarró el teléfono y llamó al ministro de Justicia. El ministro rehusó, por su parte, entregar al jefe de Estado Mayor y prohibió que se dejase entrar a Eicke y su pandilla en la cárcel. Entonces pudo verse a Eicke quitar el teléfono de la mano del estupefacto director de la prisión.

—Estoy aquí por orden del Führer —gritó en el aparato—, y tengo prisa. ¡No puedo perder tiempo con los viejos chochos del reglamento! ¡De lo contrario, le prevengo en seguida que hay sitio libre en Dachau!

El director de la prisión, lívido, escuchaba, respuesta jadeante del ministro de Justicia. Con mano temblorosa, colgó el aparato, luego llamo a la prisión y dio orden de dejar entrar en ella a Eicke y a sus acólitos.

Celda 474. En un banco de madera se sentaba el preso SA stabschef Ernst Roehm, con el torso desnudo y bañado en sudor. Eicke le sonrió amablemente y estrechó la mano del jefe de Estado Mayor como jovial camarada.

—¿Qué tal Ernst?

—Mal —dijo Roehm, sonriendo con expresión cansada.

Eicke se sentó a su lado y designó con el dedo la ventanuca por la que se percibía el cielo azul de julio. Hacía un calor tórrido.

—Buen tiempo, Ernst. Las chiquillas se pasean sin bragas bajo sus vestidos y cuando bajan al sótano de Ole, ¡se ve hasta el séptimo cielo! Por lo demás, él ha subido los precios. ¿Qué dirías de media hora en un sillón bajo la escalera del sótano de Ole? Es un espectáculo maravilloso.

Roehm meneó la cabeza y se secó la frente con un pañuelo sucio.

—¿Vienes a buscarme, Theo? ¡La verdad, no comprendo por qué estoy encarcelado! El Führer debe haberse enterado. Los guardias hablan de revolución. ¿De qué se trata entonces? No entiendo nada. ¡Ese maldito Ejército ha cometido muchas tonterías!

Eicke se encogió de hombros. Se quitó la gorra parda con la calavera, secó el interior con un pañuelo y volvió a calársela todo lo echada atrás posible. La calavera contemplaba el techo.

—Ernst, amigo mío, ¡todo esto es una mierda! Vengo de donde el Führer y te traigo algo de su parte. —Sacó una pistola que dejó entre ambos, sobre el banco de madera—. El Führer siempre es bueno, ¿sabes?, cuando las cosas andan mal para un camarada. Te da tu oportunidad, Ernst; después, eso habrá terminado. Borrón y cuenta nueva.

Roehm contemplaba la pistola con expresión incomprensiva, aquella pistola negra y brillante de grasa. Un pedazo de hierro sin piedad.

—¡Es de locos, Theo! ¡Me conoces! Sabes que soy el más fiel de los fieles... He puesto el partido por encima de todo, he sacrificado a mi familia, a mis hijos... ¿Acaso no he salvado al Führer dos veces cuando la revolución estaba a punto de aplastarnos? ¿Te acuerdas de aquella noche en Stuttgart? Era una cuestión de segundos... ¡Wollweber y sus comunistas triunfaban, y fui yo quien salvó al Führer! ¡Tú te habías largado, como los otros jefes de sección!

—Escucha, Ernst, todo eso pertenece al pasado. Puede que hayas perdido un momento la razón por haber tendido la mano al Ejército. Eso es todo; no sé nada más. Desgraciadamente, has sido expulsado del Partido, y lo siento por ti, pobre amigo mío.

Se levantó y se ajustó el cinto.

—Espero afuera. No pongas las cosas más difíciles para un viejo camarada y acaba pronto. Por lo demás, ¡mira!

Se sacó del bolsillo un ejemplar del Völkischer Beobachter y lo tendió a Roehm. En primera plana se leía en enormes letras:

«El jefe de Estado Mayor Roehm detenido. Purga total de las SA según órdenes del Führer. Todos los traidores deben morir».

—¡Pero, bueno! —murmuró Roehm, que se había puesto lívido—. ¿Os habéis vuelto locos todos? ¡Es un asesinato!

—Toda la política es mentira, Ernst. No has tenido suerte, eso es todo. ¿Quién sabe? Mañana quizá me toque a mí.

Eicke dio media vuelta y salió al pasillo a reunirse con sus dos SS, que hablaban de la vista que ofrecía el sótano de Ole. Pasó un cuarto de hora sin que se oyese ningún ruido. Eicke se impacientó; desenfundó la pistola y abrió la puerta de la celda de un puntapié. Roehm no se había movido. Seguía en el banco, sentado al lado de la pistola, que permanecía donde la había debajo Eicke.

—¡Stabschef Ernst Roehm! ¡De pie, y firmes!

Un poco jadeante, Roehm se levantó y fue a situarse bajo la ventana, de espaldas a la pared. Eicke alzó el brazo y apuntó con sangre fría al preso medio desnudo.

—¡Mi Führer, mi Führer! —murmuró Roehm un momento antes de desplomarse.

No estaba muerto del todo y se retorció de dolor en el suelo cochambroso de la celda. Uno de los hombres más poderosos de Alemania sólo tres meses atrás, era ahora un cadáver sanguinolento en una sórdida prisión de Munich. Eicke, con el rostro impasible como una máscara de piedra, le dio brutalmente un puntapié. ¿Qué sentía al apuntar de nuevo sobre su camarada moribundo? Nada, absolutamente nada. El tiro de gracia le levantó la tapa de los sesos.

El stabschef Ernst Roehm, el mejor amigo de Adolf Hitler, el rival más poderoso del Ejército, fue asesinado así en la prisión central de Munich a las 18 horas exactamente del 1 de julio de 1934. En el mismo momento, preparaban en Potsdam un gran banquete al que Hitler había invitado a la mejor sociedad de Alemania. Una fiesta como no se había visto desde el reinado de Guillermo II. Todos los invitados acudieron a la cita y se alegraron mucho del renacimiento del orden en Alemania y del aplastamiento de la revolución.

LOS TRINEOS MOTORIZADOS

Desde hacía algunos días, nuestra vida en la retaguardia se había vuelto soportable. Todas las noches, había dos horas de trabajo de trincheras, pero de eso los cerdos de primera línea se reían. Para los nuevos, hay que confesar que era terrible, pero nosotros sabíamos escondernos cuando el terreno era barrido por las ametralladoras. Los mismos lanzadores de granadas ya no nos impresionaban, pues oíamos la granada a la salida, y Porta había llegado a prever el punto donde estallaría. ¡Es inaudito lo listo que la guerra le hace a uno!

Toda la noche jugábamos a las cartas, al «17-4», y Porta ganaba nueve veces de cada diez. Lo hacíamos en un establo donde Porta purgaba tres días de arresto incomunicado, pero resultaba fácil entrar allí reptando por un agujero de gallinero.

Habían encadenado a Porta y a *Hermanito* en el pesebre, lo cual resultaba completamente inútil, pues, ¿para qué podían pensar en fugarse? ¡Vaya maravilla estar en chirona! Ningún servicio, descanso todo el santo día y por la noche, los camaradas para jugar a cartas. ¿Podía esperarse más en aquella perra vida? Pero hacía poco que nos trataban tan bien. Antes, nos ataban a un árbol con las manos a la espalda. Atados doce horas, con tres horas libres, y eso durante ocho días. ¡Hasta *Hermanito* se desmayaba!

Los dos fenómenos estaban castigados por haber vapuleado a un cartero militar, pero desgraciadamente el arresto terminaba el día siguiente, lo cual afligía a *Hermanito*.

—¡Debimos haberle zurrado más; entonces lo menos habrían sido tres meses de fortaleza! ¡Una verdadera lástima!

Pasos afuera. *El Viejo* echó una ojeada por el pequeño tragaluz polvoriento.

—Cambio de guardia. Vais a ver; habrá follón.

Cuando *El Viejo* decía que habría follón, nunca se equivocaba. Aquellas cosas las olía de lejos. Entretanto, *Hermanito* hacía trampas ante los chillidos de Heide a quien el gigante amenazaba con sacudir, sin acordarse de la cadena que le aprisionaba el tobillo, y cayó de narices. Todo el mundo se insultaba, los naipes salieron volando, robaron el dinero en el establo oscuro y la reyerta acabó extinguiéndose en un ruido de cadenas.

Como yo era el más joven, tuve que ir a buscar el café a la cocina de campaña. ¡Resultaba penoso ser el más joven! Le metían a uno en todas las faenas. Aunque alumno oficial, troté por toda la sección hasta la cocina, me echó una bronca el ranchero, el gordo suboficial Wilke, que no podía aguantar a los alumnos oficiales, y hubo días en que uno maldecía los dos cordones plateados del hombro. Al regreso, ¡mala pata! Tropecé con una bomba sin estallar y me fui de narices al suelo derramando casi todo el café. ¡Con tal de que los demás no se dieran cuenta!

Vana esperanza. Heide me acusó de habérmelo tomado en el camino, y todos, furiosos, me mandaron a la cocina donde el ranchero me tiró un cazo a la cabeza. Tuve que sobornar al ayudante del ranchero para que me llenara la marmita.

A la mañana siguiente, se acabaron las risas. Orden de preparar los trineos motorizados; el nuevo reemplazo debía ser transportado a primera línea.

Pero antes distribuyeron el correo y sólo había carta para *El Viejo*. Leímos la carta uno tras otro; era de su mujer, que conducía un tranvía en la línea 12 de Berlín.

Querido Willie:

¿Por qué me escribes tan poco? ¡Hace ocho semanas que no tenemos noticias tuyas y estamos muy preocupados! Todos los días nos enteramos de la muerte de algún conocido; ahora hay cinco páginas de esquelas mortuorias en los diarios, así es que tenemos los nervios destrozados y la semana pasada sufrí un accidente... Voy a ver si puedo cambiarme con un cobrador; es demasiado cansado conducir, sobre todo ahora que vamos a hacer doce horas porque la mano de obra escasea en todas partes. No se ven ya casi hombres; los que quedan tienen apoyos que les evitan hacer cualquier cosa. Hans Hilmert cayó en Jarkov. Dos hombres del Partido fueron a notificárselo a Anna, que se desmayó y fue llevada al hospital. Los hijos están

en la escuela de párvulos, aunque varios vecinos de la calle nos hubiésemos hecho cargo de ellos gustosamente, pero el jefe del bloque se ha opuesto, pues el Partido lo decide todo. Socke, nuestro vecino, está gravemente herido en Grecia. Han dicho a Trude que tan pronto mejore lo traerán a Berlín. Jochem se porta bien; ha ingresado en otra escuela, pues la antigua fue bombardeada la semana pasada y murieron muchos niños. Desescombramos toda la noche; yo estaba loca de miedo, pero, a Dios gracias, el chiquillo está sano y salvo, y ahora los niños van a la escuela en Grünewald. Sólo que he de levantarme una hora antes para llevarles, y Gerda, Use y yo nos turnamos para eso; tienen que cambiar tres veces y pueden equivocarse en la estación de Schlesigher; y además, ahora pasan muchas cosas. La chica que desapareció en septiembre ha sido encontrada en el Tiergarten, pero de su asesino no, ni rastro. Hemos hecho ampliar y colorear tu foto, así parece que estas entre nosotros. ¿Tendrás pronto un permiso? ¡Hace mas de un año que no has vuelto! ¿Y dónde estás? Se habla mucho de Stalingrado. Espero que tú no estés allí; dicen que es espantoso. Hohne, el del cuarto piso, acaba de llegar de permiso, pero a los dos días ha sido reclamado por un telegrama de su regimiento. Acababa justamente de salir cuando la Policía vino a buscarle, y ahora su mujer está casi loca de angustia preguntándose si se habrá metido en algún lío. Nadie ha querido decir de qué se trataba, ni nada tampoco en la Kommandantur, donde tuvo que pasar un día entero ella esperando. ¡Dios mío, qué cruel es esta guerra! Han vuelto a reducir el racionamiento; la semana pasada parece ser que vendían carne de caballo sin tiquet en la Tauenzienstrasse, pero llegué demasiado tarde. Mañana intentaré en la Moritz Platz. Los niños tienen mucha necesidad de un poco de carne fresca y eso ahorraría tiquets. Willie, cariño mío, te lo suplico, ¡cuídate mucho! ¿Qué sería de nosotros si no volvieses? Ya están ahí las sirenas... ¡Alarma! Son los ingleses, que siempre vienen entre cinco y ocho de la tarde, pero, afortunadamente, acabamos de tener tres días de tranquilidad Escribe pronto, cariño mío. Besos de todos.

LISELOTTE.

No te preocupes por nosotros; vamos bien.

Era de noche aún a la hora de salir. Un viento helado arremolinaba la nieve, y el cielo aplastaba la tierra como una inmensa mano gris. Retumbaba el cañón en

Yersovska. Estaban bombardeando Stalingrado. Decíase que una división rusa había quedado encerrada en Rínok, y que la fábrica de tractores de la isla de Barrikadi estaba destruida: decían también que la 100.^a División de Cazadores y la 1.^a de Carros rumanos estaban aniquiladas, pero ¡se decían tantas cosas! La 2.^a de Infantería rumana topó con los rusos el otro día y la mayoría de los hombres fueron muertos por la espalda por las tropas alemanas cuando bajaban corriendo por las márgenes del Volga. Dejaron los cadáveres allí para aterrorizar a los demás, y colgaron al comandante de la división rumana cabeza abajo, ante la fábrica «Spartak». Ahora seguía allí y se bamboleaba al viento.

Helados, hoscos, trepamos a los trineos motorizados. Había que estar en el frente con el relevo antes de las once, es decir antes de que empezara a tronar la artillería rusa. Los muy canallas eran tan puntuales que podíamos haber puesto el reloj en hora, y aun yendo muy de prisa en los trineos, hacía falta tiempo para cruzar Selvanov y Serafimóvich. Al menor descuido, estaríamos de lleno en las posiciones rusas. Había ocurrido ya que un trineo deslizándose a 120 por hora frenara a muerte sin poder evitar el cruce de las líneas alemanas y las rusas.

—¡Daos prisa, sacos mojados! —gritó *El Viejo* a los bisoños helados y derrengados que trepaban en los trineos blindados.

Treinta y cinco hombres por trineo. El teniente Wencke subió al de las municiones. Era uno de los nuestros, un verdadero oficial del frente. El trineo de las municiones era el tercero de la columna, sitio el menos expuesto a las minas de los guerrilleros.

Porta se puso en cabeza. Tenía un instinto de cobra para oler las minas enterradas en el camino, *Hermanito* estaba a su lado en el asiento delantero, con su ametralladora sujeta en el parabrisas y una pila de granadas descapsuladas junto a él. *Barcelona* y yo trepamos detrás de Porta, con el «M.G.» apuntando al cielo, pues solía ocurrir que durante un traslado nos atacaran los cazas rusos.

—¡En marcha! —ordenó el teniente Wencke—. Y mantened la distancia entre los trineos.

La columna arrancó haciendo retemblar toda la aldea, los patines rechinaron sobre el suelo desigual y los hombres se agarraron a las barras laterales. Porta conducía como un loco. El trineo de tres toneladas trepó la colina como un bólido, despegó en la cima y recayó en la pista. Estábamos ya a mitad de camino de la colina siguiente y nos agarrábamos temiendo el topetazo que se avecinaba.

—¡Aguantad, imbéciles! —se burlaba Porta retrepándose al volante.

El trineo brincó en el aire y rebotó antes de que Porta recobrara el control del vehículo.

—¡Es la última vez que subo contigo, imbécil! —chilló Heide aterrorizado.

—¡Tanto mejor! —gritó Porta escupiendo un sorbo de vodka que el viento arrojó

sobre la cara de Heide.

Nos habían dado raciones suplementarias de vodka, pero, naturalmente, Porta se afanó otras tres más. Sabía tantas cosas sobre todos que se le temía como a la peste, y nuestra sección se aprovechaba de ello.

—¿Adonde vamos? —preguntó el jovencísimo suboficial recién salido del cuartel.

—A la guerra, amiguito —se guaseó el legionario, condescendiente—. En marcha por una cruz de hierro o una cruz de madera.

—Lo sé —replicó el suboficial secamente—. Pero ¿adonde?

—Lo sabrás muy pronto. Espera a ver y el culo se te encogerá de miedo.

—¡No tengo miedo de esos cobardes comunistas! Soy un soldado nacionalsocialista.

—Bueno, bueno, pero aguarda un poco. Iván no es exactamente eso que os dicen en el cuartel.

Sin incidentes, eran menester cuatro largas horas de trayecto para llegar a las primeras líneas. La temperatura estaba a -38° y tiritábamos bajo nuestros delgados capotes. Porta se había puesto una máscara de papel sobre la cara, pues el papel preserva mucho del frío, pero escaseaba y hacía falta ser un tío listo como él para encontrarlo.

No había nieve fresca en la pista, que era una pista de patinaje reluciente como una vidriera de colores irisados. Los trineos patinaban, trepaban y bajaban hacia la aldea en ruinas de Dobrinka. En plena mitad de la cuesta, un recodo. Si la maniobra no salía bien, aterrizaríamos a 120 por hora en las chozas, pero en estado de cadáveres.

—¡Aguantad de firme! —gritó Porta despreocupado—. Satanás nos espera al final de la cuesta.

Frenó bruscamente, los ganchos se hundieron aullando en el hielo, brotaron enormes trozos y el trineo viró casi 90° en el camino de dos metros de hondo. A una velocidad infernal, continuó patinando de costado. Un recluta fue arrojado a carretera y el trineo siguiente le arrolló. Pero ¿quién se iba a preocupar? La muerte se nos va a cada momento.

*El soldado está acostado en la fosa común
La mujer en un lecho extraño...*

Canturreaba Porta con indiferencia, frenan más fuerte. Se rompieron unos ganchos, corren frente a las primeras chozas y llegamos como bólido al recodo rogando a Dios que no hubiera minas, pues de lo contrario éramos hombres muertos. Los guerrilleros solían enterrarlas en los recodos, y numerosos vehículos calcinados

estaban allí para atestiguarlo.

El trineo de tres toneladas cabeceaba con un buque en mar encrespada. Porta giró el volante, soltó el freno un instante y luego lo piso fondo. Era una hazaña, con un vehículo tan cargado. Sesenta ganchos se aferraron al hielo simultáneamente; si se rompían, abordaríamos el tercer recodo a la velocidad de una granada de centímetros, pero hechos papilla.

Todos nos acurrucamos, con la cabeza entre las piernas, como pasajeros de un avión durante un aterrizaje forzoso. Únicamente *Hermanito* se irguió detrás de su ametralladora, pues el término del recodo era el sitio preferido de los guerrilleros.

¡Justamente! Una silueta camuflada de blanco cruzó el camino corriendo. Crepitó la ametralladora. En un relámpago, la silueta blanca tendió los brazos ante sí antes de que los ganchos de los frenos la atraparan. Un pedazo de pierna con bota aún vuela por el aire. Una granada en la choza de la derecha, y Porta soltó el freno. Aumentó la velocidad y el trineo brincó. ¡Uf! Una vez más, hemos salido del apuro.

Pero ¡vaya frío! ¡Vaya frío! Nos helaba hasta el tuétano.

—¿Quién habrá inventado estos féretros deslizantes? —preguntó una voz.

—Un coronel alemán —respondió Heide, que siempre estaba bien informado.

Hermanito opinó rabiosamente que deberían hacerle subir en uno de ellos con las nalgas al aire.

—¡Minas! —chilló de pronto Porta.

Un puño de gigante nos apretó la garganta. En plena mitad de la pista, aquel montoncito blanco semejaba un puchero boca abajo. Porta frenó a muerte, el trineo giró hasta casi volcar, recobró el equilibrio, menguó la velocidad y durante un segundo pudimos creer evitado el peligro. ¡Pero hubo un crujido siniestro! Saltaron varios ganchos y, a gran velocidad, resbalamos hacia la muerte.

—¡Dios mío! —gimió *El Viejo* crispando sus manos sobre el parapeto.

Detrás de nosotros, los bisoños no habían comprendido nada. Los guerrilleros, sus minas, ¿qué sabían ellos de eso? Nosotros nos dispusimos a botar del trineo; más valía romperse brazos y piernas que quedar hecho papilla por aquellos ingenios diabólicos.

—¡Fuera! —chilló Porta por detrás de su espalda.

Los bisoños no se atrevían; el chisme corría demasiado. No sabían que chocar con una mina era la muerte sin remedio: aquel tipo de artefacto arrancaba el fondo de un «Tigre» de sesenta toneladas. Por la noche, los guerrilleros, camuflados de campesinos, cavaban un hoyo en el hielo, colocaban la mina y echaban agua encima que cuajaba inmediatamente. Sólo un viejo zorro como Porta podía adivinar la trampa mortífera.

—¡Fuera! —chilló Porta empujando al recluta más próximo.

Heide saltó y desapareció en un montón de nieve; *Hermanito* tiró a dos reclutas

por encima del tablero antes de saltar a su vez; Porta intentó frenar poniendo marcha atrás...: un crujido atroz.

—¡Aviones! —gritó entonces *El Viejo*.

Aquello lo comprendieron los bisoños, porque se lo habían enseñado en el cuartel y, en un abrir y cerrar de ojos, estaban en el suelo. Llegué de cabeza a dos centímetros de un poste telegráfico. Por un pelo, no me rompí la crisma. En aquellos momentos, un buen casco de acero hubiera resultado útil, pero hacía tiempo que no lo llevábamos, pues eran más molestos que otra cosa. Un casco impide ver y oír, dos cosas capitales en el frente.

El trineo seguía deslizándose hacia la mina, pero he aquí que, en el instante supremo, un viraje insensato de Porta la evitó.

—¡Mina! —gritó *Barcelona*, que llegó detrás en el segundo trineo.

¡Demasiado tarde! El trineo dio una vuelta de campana y rodó de costado hacia la mina. Un geiser de llamas... Hasta la nieve pareció arder... ¡Cadáveres en todas partes! Pero surgió el tercer trineo, el de las municiones. Sus ganchos de frenos se hincaron en la nieve, giró en torno de sí mismo, patinó por encima del talud de nieve, dio varias vueltas de campana y estalló. El teniente Wencke fue arrojado al aire como una antorcha viviente; nos apresuramos, pero ya sólo era una momia carbonizada.

La nube de la explosión se disipó lentamente. En todas partes había restos ensangrentados mezclados con el acero despedazado. *Barcelona* yacía un poco más lejos en el campo, con el pecho desgarrado y el uniforme hecho trizas. Lo curamos como pudimos y le llevamos al camino, donde el sanitario se atareaba curando a los demás. Pero allí, atrapado bajo el trineo, medio aplastado, el jefe artillero seguía respirando. Daba horror verle...

—¡Señor —rogaba *El Viejo*—, hazle morir!

Aterrados, contemplamos lo que poco antes era el rostro de un hombre de veinticinco años: nariz y orejas habían desaparecido, la boca era un agujero negro, la lengua estaba arrancada de la garganta y colgaba un ojo en un jirón de carne ante los dientes al descubierto. Sobrecogido, Gregor empuñó su pistola, pero *El Viejo* le agarró meneando la cabeza.

—No hay otro remedio —balbució Gregor—: Nunca más tendrá semblante humano.

Entonces, *El Viejo* contempló a los reclutas horrorizados que se agolpaban en torno de la carnicería.

—¡Fijaos bien! —dijo con los dientes apretados—. Ésta es la vida del soldado que tanto os han ponderado. Si algún día volvéis con vida, decid a vuestros hijos lo que es, antes de que se desencadene otra guerra.

—Será una suerte si no queda ciego —dijo el sanitario poniéndole una inyección al pobre desvanecido.

—¿Puede salvarse, en verdad? —preguntó Gregor estremeciéndose.

—En Baden-Baden hay un hospital especializado, situado fuera de la ciudad. Fabrican caras nuevas a los que ya las tienen rotas, pero ya no vuelven a parecer hombres nunca más. Un hospital archisecreto detrás de altas murallas. Nadie puede ver a esos monstruos y ellos no tienen derecho a salir, porque eso debilitaría la moral del pueblo.

Los heridos fueron llevados a los trineos y nos pusimos en marcha hacia las primeras líneas; se trataba de llegar antes de que la artillería rusa empezara. En cuanto a los muertos, se avisaría a los sepultureros; aquello no era cuenta nuestra.

Barcelona, que había recobrado el conocimiento, gemía que partía el alma; su vendaje ya estaba empapado en sangre. En cuanto se hizo el relevo, la infantería trajo a sus heridos y los subió a los trineos. Algunos morirían a la llegada, pero no podíamos negarnos a llevarles aunque faltara sitio. Apenas salidos de la aldea, la artillería empezó a tronar. El legionario miró su reloj.

—Las once en punto, como siempre.

Llevamos a *Barcelona* al hospital de campaña y sobornamos a un médico para que se ocupara especialmente de él. A la mañana siguiente, visitamos a nuestro camarada; tenía una cánula en el pecho y su aspecto era espantoso. Junto a su cama, la comida que no había probado: salchichón, un huevo, una naranja... ¡Vaya maravilla! ¡*Hermanito* devoraba el plato con los ojos!

—Oye, *Barcelona*, si en verdad no tienes hambre, ¡a mí eso me sentaría muy bien!

Barcelona, con mirada apagada, meneó la cabeza, pero el gigante también miró de soslayo la canadiense.

—¿Y si me prestases tu canadiense, mientras, estés en el hospital?

Esta vez se llevó una negativa clarísima y el herido puso ojos tan implorantes que *El Viejo* dio un puntapié a *Hermanito*. Dejamos a *Barcelona* todos nuestros cigarrillos de opio y dos litros de vodka. Si se quiere sobrevivir, es importante tener algo que dar; y prometimos volver al día siguiente no sin una mirada nostálgica de *Hermanito* a la canadiense. ¡Claro que le comprendíamos! No llevaba más que la túnica de camuflaje sobre el delgado uniforme de carros y si *Barcelona* moría, un sanitario revendería la canadiense a precio de oro. Aquello todo el mundo lo sabía.

A nuestro regreso, al otro día, nos enteramos de que *Barcelona* había sido enviado a un hospital de Stalingrado.

—¡Se han largado los dos! —gimió *Hermanito*—. Él y canadiense. ¡Menudo par de canallas!

Todo cuanto hemos esperado, todo aquello a lo que tendían nuestros esfuerzos se ha tornado realidad. Tenemos un Führer y un Estado en orden, y a ese Führer, Adolf Hitler, le seguiremos hasta el fin.

*Pastor Steinemann
5 de agosto de 1933.*

El SS reichsführer Heinrich Himmler, sentado a su escritorio, contemplaba con aire pensativo al standartenführer Theodor Eicke perezosamente retrepado en un gran sillón.

Himmler se levantó y empezó a pasear por la estancia haciendo rechinar sus zapatos. Fuera la Prinz Albrecht Strasse estaba blanca de la primera nieve del año. Himmler dio media vuelta bruscamente y se acercó a Theodor Eicke.

—Espero, por su bien, amigo mío, que lo que acaba de decirme sea verdad.

—¡Reichsführer! —exclamó Eicke con una sonrisa siniestra—. Esa mierda fanfarrona tiene un cuarto de judío. Hace tiempo que lo sé, pero hasta ahora no he tenido la prueba. Eso salta a la vista, por lo demás. ¿No le parece a usted?

Himmler meneó la cabeza y cerró un instante los ojos. El lenguaje cuartelero de Eicke cada vez le molestaba más. Sonrió fríamente.

—Gracias. ¿No hay más novedad? Entonces, heil Hitler! —tronó Himmler deseando no volver a ver nunca más en su vida a Eicke.

Una vez solo, descolgó el teléfono.

—Mándenme al obergruppenführer Heydrich —ladró tamborileando sobre los documentos que Eicke acababa de entregarle.

Unos instantes más tarde, entraba silenciosamente Heydrich: una fiera con patas de gato. Himmler le contempló un instante a través de los ojos entornados, pero Heydrich le aguantó tranquilamente aquella mirada inquisidora con todo y presentir perfectamente el peligro.

—Tome asiento, obergruppenführer —dijo Himmler designándole un sillón caliente aún por la presencia de Eicke.

Heydrich se sentó. Rostro impasible, ojos azules fríos como el hielo, un uniforme gris claro que desprendía un débil olor a caballo. Todas las mañanas, de cinco a siete, se paseaba a caballo con su mortal enemigo el almirante Canaris. Heydrich era un elegante oficial, muy seguro de sí mismo.

Himmler se quitó las gafas, las manoseó y volvió a ponérselas. Los dos hombres se observaron algunos instantes, pero Himmler fue el primero en bajar los ojos. Hojeó sus documentos con aire pensativo y luego articuló sin levantar la vista:

—De hecho, ¿qué nombre figuraba en la lápida funeraria de su abuela, obergruppenführer?

Los delgados labios se abrieron en una sonrisa helada y Heydrich se atiesó, pero los implacables ojos azules brillaron peligrosamente.

—Se llamaba Sarah, reichsführer.

—Dicen que ha hecho desaparecer usted esa lápida funeraria —dijo Himmler mirando esa vez fijamente a su interlocutor.

—¿Desaparecer? ¿Cómo pueden decir eso? Había costado muy cara.

—Tranquilícese, se ha recuperado. Pero, como por casualidad, el nombre de Sarah ha desaparecido. ¿Se da usted cuenta?

—¿Ese nombre de Sarah figuró alguna vez en la lápida funeraria de mi bisabuela, reichsführer?

Himmler miró detenidamente en silencio a su mejor general y se percató de que era, con mucho, el más peligroso. Volvió a sentarse pesadamente.

—Está bien, Heydrich. Olvidémoslo.

Heydrich sonrió triunfalmente. Estaba diciéndose que también él poseía armas, pero que más valía aguardar una ocasión más favorable.

EL DESAYUNO DE PORTA

—¡Y procura que se levanten todos! —ladró el suboficial de guardia Lutze abriendo la puerta de un puntapié—. ¡Parte inmediato al comandante! Servicio especial —añadió con sonrisa malvada.

—¡Nos ciscamos en él! —gruñó Porta tapándose con la manía.

—¡Tomo nota: desacato! —gritó Lutze.

—Oye, ¿es que te pica el culo? —gruñó Hermanito—. ¿No ves que estamos durmiendo?

Porta soltó un sonoro pedo:

—Toma, lleva eso al comandante —dijo con una carcajada.

De todos modos, salté de la piltra, pues una desobediencia podía tener penosas consecuencias. Soltando tacos, me puse el uniforme. Todos se levantaban bostezando;

Porta atrapó un piojo en su enjuto pecho de pájaro.

—Yo no puedo hacer nada antes de desayunar —masculló.

—A estas horas de la noche no lo harás, lo sabes perfectamente.

—Eso ya lo veremos —declaró Porta dirigiéndose hacia la cocina de campaña.

El suboficial llegó a toda marcha. El rancho chilló lo suyo, pero todo el personal de la cocina estaba viento en popa. La puerta se cerró restallando sobre nosotros.

—¡Y hablan de la camaradería del frente! ¡Esos canallas no te darían ni una gota de café! Sin el café de la mañana todo anda mal. Eso es lo que la cultura nos ha dado a los alemanes. Dicen que Adolf nunca toma café por la mañana: señal de decadencia. ¡Claro que él es austriaco!

—Bueno, iremos a ver en la 3.^a compañía. Su rancho me debe dinero.

Llenos de esperanza, nos dirigíamos hacia la 3.^a compañía cuando el teniente Weitz nos pilló a paso de carga.

—¡Ah, sois vosotros! ¡Ya era hora!

—¡Cálmate, Ulrich! —dijo Porta al febril teniente—. No porque lleves una gorra de pisos y cordones de plata tienes que chingar a viejos camaradas. No hay prisa.

—¡Cabo Porta! Según el párrafo 165...

—También me cisco en el párrafo 165 —replicó apaciblemente Porta—. Así es que no te canses. ¿Has olvidado el día que te saqué del hoyo? Y si no hubiese demostrado ser un buen compañero, todavía estarías agitando el culo en el aire, sirviendo de cagadero a los gorrones.

—También yo te pagué —replicó el teniente calmado de golpe.

—¿Me diste propina, por un casual? ¿Sabes cómo castiga el reglamento a quien soborna a un soldado en filas? Mira, Ulrich, a pesar de tus cordones, nunca serás más que un burro.

Mientras se cruzaban aquellas lindezas, nos dirigíamos como quien no quiere la cosa hacia la cocina de campaña de la 3.^a compañía. Porta sacó de su cama al rancho Eichert quien, sin rechistar, nos hizo café en un infiernillo de alcohol. El teniente, olvidando totalmente las circunstancias, devoraba un bocadillo de jamón mientras el rancho conseguía de Porta un nuevo préstamo a interés fenomenal.

—¡Pero, bueno, hombre! ¡Os habéis dignado venir! —gruñó el coronel Hinka una hora más tarde cuando nos vio en posición de firmes—. ¡Habéis tardado lo vuestro! Bueno, dejémoslo. —Extendió un mapa sobre su escritorio—. Misión especial para vosotros tres. Es menester que me entere de lo que maquinan los rusos. Sabemos que hay una unidad de carros en posición cerca de X. Iréis a explorar la línea enemiga entre X y Yersovka.

—Gracias a Dios el café me ha dado fuerzas —murmuró Porta.

—He avisado a la infantería. Cruzaréis el seto ahí —continuó el coronel sin hacer

caso de la reflexión de Porta y señalando un punto en el mapa—. Poned vuestros relojes en hora. Son las 23,45. Dentro de seis horas, os presentaréis ante mi. Si rebasáis ese tiempo en media hora, habrá consejo de guerra. Así es que os sobra tiempo. ¿Alguna pregunta?

—Mi coronel, pregunto, ¿cuál es la longitud de las líneas enemigas? El Führer asegura que se extienden desde el Polo hasta el mar Negro. OK podemos efectuar una ida y vuelta hasta el Polo en seis horas para decirle a usted la cantidad de petardos que posee Iván. Hay que ser justo.

—¡Basta ya, Porta! —dijo Hinka riendo—. El frente que debéis explorar es de cinco kilómetros.

—¡Cinco kilómetros! Entonces, ¿1666,67 m para cada uno? Mi coronel, es cosa hecha.

La noche era de tinta y empezaba a nevar. Todos opinábamos que un poco de reposo no sentaría mal, y encontramos un matorral que se prestaba para una ronda de coñac francés. Me lo procuré un día en el Cuartel General del general Paulus; en esos sitios no suelen ser mezquinos.

—Eso no es nuevo —explicó Porta—. He oído decir que hace muchos años estalló una guerra de «boxeadores»^[1] en China y que todos los países del mundo mandaban allá sus Ejércitos. En el desierto chino, evidentemente no había abundancia, pero, una mañana, la Policía encontró al coronel del 1.^{er} batallón de Marina ante una mesa tan bien servida que les extrañó. Una vez informados, resultó que se comían a una chica china. Le costó la cabeza al coronel. ¡Muy bien hecho! ¿A dónde iríamos a parar si cada jefe pudiera contar con un subordinado para la sopa del cocido?

—¡Lo que rajas! —gruñó *Hermanito*—. El garbeo de esta noche es muy poco para mí. ¿Por qué no ha pedido voluntarios Hinka? Hay un montón de cretinos que no buscan más que conseguir una condecoración.

—¡Vaya! Ya saldremos del paso.

—Sí. Pero a mí se me pone la piel de gallina y no de frío por cierto. ¿Te das cuenta de que tenemos siberianos delante? ¿Te hace tilín ser clavado en un árbol como la patrulla del 2.º regimiento de Carros?

—No hables de cosas desagradables, idiota ¿Qué hora es?

—Las doce menos cuarto.

—Entonces será mejor ir allá, aunque yo preferiría quedarme bajo este arbusto e inventar parte satisfactorio. ¡Es una lata esto de depender de militares!

Porta bostezó y se desperezó. Sin ruido, ganamos el *no man's land*. *Hermanito* y yo cada uno bordeando un lado del seto y Porta un poco más adelantado. En la noche, se distinguía vagamente su flaca silueta.

De pronto, se oyó un débil tintineo como una funda de máscara de gas chocase

con un fusil. Me arrimé a Porta, que se había quedado quieto detrás de un matorral.

—¿Has oído?

—Cállate. Tumbaos en la nieve —mandó amartillando su fusil ametrallador.

—¡Pero no irás a disparar, digo! —exclamé aterrado.

—Solamente si nos descubren.

Como sombras, cinco rusos salieron de la maleza, demasiado altos para ser siberianos. Eran gigantes de la estatura de *Hermanito*. Pasaron tan cerca que ni siquiera nos atrevimos a respirar. Se pararon un instante, escucharon... ¿Habrían visto nuestro rastro en la nieve? Empuñé la pistola... No; prosiguieron. El trasero de Porta petardeó con un ruido de granada que estalla.

—¡Cacho de cerdo! —murmuró *Hermanito*—. ¡Vas a despertar a todo el Ejército Rojo!

—No lo puedo evitar. Cuando tengo miedo pierdo el control de mi agujero de bala y los pedos salen como los de un chivo en celo. ¡He nacido así!

—Muy gracioso para los demás —gruñó el gigante—. ¡Por lo menos que te hagan una tapadera!

Dejamos transcurrir diez minutos para calmarnos los nervios, y luego tuvimos que continuar hacia el río reptando ante las posiciones rusas. Allí había un nido de ametralladoras. Porta se enganchó en una alambrada y los pedos volvieron a salir para nuestro mayor terror. Hacia el Sudoeste, una batería enemiga en avanzadilla. Un centinela gritó preguntando el santo y seña. A falta de otra cosa, Porta contestó con una obscenidad, el centinela replicó con una blasfemia no menos obscena y volvió a su escondite. Agazapados en un profundo hoyo, señalamos en el mapa lo que vimos. Misión cumplida, pero ahora se trataba de regresar intactos.

Compartimos entre los tres un cigarrillo de opio y, arropados en nuestros abrigos de nieve, fumamos en silencio. Muy lejos retumbaba el cañón; si no, el silencio hubiera sido completo. En el cielo oscuro seguimos la huella de los proyectiles de la defensa antiaérea, pero era tan lejos que no oímos los disparos. Aquella calma profunda era tan apaciguadora que olvidamos completamente dónde estábamos. Cada paso podía echarnos en brazos de una patrulla rusa y encontrarnos con un *nagán* en la nuca.

Pero he aquí que el sendero bifurcaba. Tras breve discusión, echamos por el camino de la derecha, pero al parecer había algo que no funcionaba.

—Calma —dijo Porta—. Todos los caminos llevan al cementerio. Recto y volvemos. —De pronto, se paró y se quedó boquiabierto—. ¿De dónde diablos sale ese bosque?

—¿Qué bosque? —preguntó *Hermanito*.

—¡Imbécil! ¡Hasta un ciego vería que es un bosque! No lo entiendo; ¡no debería haber ninguno y, sin embargo, ahí está el maldito bosque ese!

—Nos hemos corrido demasiado a la derecha —dije mostrando el mapa—. Si hubiésemos echado por la izquierda, habríamos llegado a ese riachuelo, y no tendríamos más que seguirlo para topar con el 108 de Tiradores. ¡Ahora sólo el diablo sabe dónde estamos!

—Hay que preguntarlo a Iván —replicó Porta—, pero a estilo militar, porque esos mienten que hablan.

Sentados en corro, nos preguntamos qué debíamos hacer. *Hermanito* sugirió meterse en el bosque, de momento para escondernos, y luego con la esperanza de descubrir allí algo.

—¡Tenéis suerte de que esté con vosotros! —se guaseo Porta—. Si nos metemos en ese bosque bolchevique y descubrimos algo que los jefes ignoren, nos van a acariciar la mejilla.

—Eso puede beneficiar más de lo que se cree.

—Bueno. En cierto sentido llevas razón, *Továrishch* Creutzdeldt. Estaremos a resguardo bajo los árboles y no es necesario contárselo todo a Hinka. En la milicia, cuanto menos se charla mejor. Eso alarga la vida.

Así es que entramos en el bosque. De pronto, un débil resplandor...

—¡Iván! —murmuró *Hermanito* con terror.

—Sven a la derecha, *Hermanito* a la izquierda —ordenó Porta—. Aquí de vuelta dentro de un cuarto de hora; ved si es una caverna o un bunker. Les cuesta estar ahí, puesto que se iluminan.

Un rápido reconocimiento y Porta surgió muy excitado.

—Nada difícil. Roncan como en tiempo de paz. Un poco más lejos, en el bosque, hay un carro de cuatro ruedas motoras que me parece debe ser una estación de radar. Lo guindamos y volvemos tranquilamente para la segunda taza de café con leche.

—¿Estarás chalado? Si es lo que dices, hay seis hombres de dotación, y si es un coche-radio significa que un Estado Mayor anda por los alrededores. Y donde hay un Estado Mayor, hay centinelas.

—Además, si lo guindamos, ¿qué dirección tomaremos?

—El camino que tomamos para venir. Nos equivocamos en la batería. Hay que rebasarla, y estamos en casa.

—¿Y te imaginas que van a dejarnos pasa por las buenas, porque lleguemos con un carro?

—¡Hatajo de idiotas! Ni siquiera un comisario ruso sospechará que hay tres héroes prusianos en un carro de Iván. Arrojemos un tomate en el agujero antes de llamar a la puerta.

Nuevo reconocimiento silencioso y volvimos a reunimos.

—¿Qué hay?

—Nada. Ni siquiera el SPW (*Schützen-panzerwagen*) con el que sueñas —dijo

prudentemente *Hermanito*.

—¿Y lo has visto todo? —preguntó Porta receloso.

—¿Por quién me tomas?

—Por el mayor bandido del regimiento. ¡Hace tiempo que te conozco!

—Yo —dije— he estado a punto de toparme con cuatro tíos que dormían junto a un coche-radio de treinta y siete milímetros. Eso aparte, ni un alma.

—Allá, en un hoyo, hay tres que se tragan medio cerdo —añadió Porta—, y otros dos roncan bajo un toldo en el bosque.

—En total nueve hombres, y es un grupo de radio. Así es que añade un batallón en algún lugar del bosque. ¡Si empezamos a tirar granadas, adiós Ninón!

—¡No os caguéis en los calzones! Ese SPW (*Schützen-panzer-wagen, half-trac*) es un verdadero regalo. *Hermanito*, tú te encargas de los dos que están bajo el toldo; tú, Sven, te ocupas de los del hoyo, pero, por el amor de Dios, ¡no echas a perder el asado de cerdo! ¡Ya lo estoy saboreando!

—¡Eso no me gusta nada! Presiento que acabará mal.

—Futesas. Haz lo que te digo.

¿Nos habrían oído? Un oficial subalterno se asomó a medias del hoyo y dio una orden gutural a la dotación del carro. Una antena se elevó zumbando. Los acontecimientos se precipitaron. Porta lanzó un paquete de granadas contra los cuatro rusos del carro, que se desplomaron en un relámpago de fuego. Dentro del bosque ladró una ametralladora, y yo arrojé mis granadas en su dirección. Se produjo un silencio mientras *Hermanito* cuidaba de los dos hombres bajo el toldo. Desde el hoyo, crepitaba un «MPI». Arrojé una granada en la entrada, pero no lo bastante lejos, y los dos hombres con abrigo de pieles salieron con las manos a la cabeza. Les registré rápidamente; iban desarmados, lo cual era razonable de su parte. Les atamos en un periquete. Vi la cara de Porta asomar triunfalmente del vehículo.

—¡Eh, muchachos! ¿Qué os dije? La mar de fácil. Tenemos taxi y prisioneros.

En el mismo instante, *Hermanito* echó cuerpo a tierra y soltó un montón de granadas en el refugio.

—¡Muerte en el infierno! —gritó Porta entrando—. Qué bien huele a vodka. Hacen juerga en plena guerra; ¿qué dice Stalin a eso?

Los restos del cerdo estaban sobre la mesa. ¡Comimos y bebimos! Pero Porta echó mano a una cartera llena de documentos y afirmó que eran cartas cruzadas entre generales.

—Una carta de un gran general a un pequeño general —explicó el pelirrojo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté asombrado.

—Lo sé todo. Escucha y verás:

Querido Steicker:

Haga salir a un oficial muy seguro de ese infierno a fin de exponer al Führer la catástrofe a que está abocado el Ejército tras la brecha rusa de Kalch.

*Su afectísimo,
Schmidt.*

—No es difícil entenderlo. Un mariscal de campo puede permitirse escribir «querido» a un general de división y terminar su carta con «su afectísimo». El general de división quedará halagado, ¡pero qué cara pondría el mariscal en el caso contrario! Es imposible. Muchachos, he aquí otra carta no menos interesante, pero en ésta se nota frialdad entre los corresponsales; se comprende en seguida.

ULTRASECRETO

Golumbískaia, 16/11/42

Traído por oficial para el general Seydlitz.

LI. AK (51.º Cuerpo de Ejército).

Reorganización de las unidades siguientes; 16.^a y 24.^a Panzer Divisiones. 3.^{er} Div. de Inf. 100.º Cazadores. 76.^a, 113.^a y 384.^a Div. de Inf. Hay que emplear los medios más duros.

*Heil Hitler!
«O.B.»*

—Cualquiera puede darse cuenta de que los dos jefes no son amigos.

—Pero ¿por qué se mete con la 16.^a? —preguntó *Hermanito* estupefacto—. ¡Es nuestra división!

—¡Santa Magdalena de Omsk! ¡Tienes razón! ¿Cómo demonios están aquí en manos de Iván esas cartas de generales? —Porta hurgaba en los papeles—. ¡Esos brutos han cogido todo un saco postal de los nuestros!

—¿Y si interrogásemos a los prisioneros? Lo confesarán todo desde hace cincuenta años.

—Nada en absoluto. Regresemos pronto —dijo Porta empujando a los rusos dentro del carro.

Una vez bien cerradas las escotillas, el pesado vehículo tomó de nuevo el camino que hubiésemos debido seguir. Ningún ruso intentó pararnos. En cambio, nos dispararon alemanes cuando cruzábamos nuestras líneas.

—¿Les rociamos? —gruñó *Hermanito* maniobrando ya con su cañón.

—No hagas el imbécil —respondió Porta quien, con un elegante golpe de volante, condujo el carro justo frente a la puerta del PM. Prestamente, saltó de la torreta y dio un taconazo reglamentario ante el coronel Hinka.

—Se presenta el cabo Joseph Porta. Misión cumplida. Sin novedad digna de mención.

—¿De dónde viene ese carro? —preguntó el coronel pasmado, indicando la estrella roja de la torreta.

—¡Oh! Pues eso —respondió Porta con indiferencia— se lo hemos tomado prestado a Iván porque se nos hacía un poco tarde.

—Porta —exclamó el coronel—, basta de payasadas. Quiero un informe correcto.

—Informo a mi coronel: fue completamente por casualidad. La culpa la tiene ese maldito bosque bolchevique; de repente nos hemos encontrado delante de esa máquina de hacer chispas y ha habido que romperles la cabeza a algunos tíos para tomarla. En ruta, también hemos traído dos prisioneros, ladrones de sacos postales.

—¿Se burla usted de mí, cabo?

—Informo a mi coronel de que no se me ocurriría no tomarme la guerra en serio. *Hermanito*, vete a buscar a los dos ladrones. Diles que serán fusilados.

Los prisioneros fueron sacados brutalmente del carro por el gigante, y un teniente se apresuró a cortarles las ataduras.

—Pero ¡estoy soñando! —dijo el coronel, que miraba con estupefacción a los dos rusos.

—Son dos auténticos Ivanos —aseguró Porta con un gesto de la mano.

—¿Quiere usted decir que ignora de veras el grado de sus prisioneros?

—Informo a mi coronel: esos dos Ivanos deben sufrir consejo de guerra por robo de correspondencia. Esto es serio, mi coronel; cuando estábamos en Torgau...

—¡Menos cuento! Uno de ellos es teniente general, y el otro, coronel.

Porta se quedó un momento pasmado y luego ya no titubeó: se cuadró ante los dos prisioneros.

—¡Lo que llega a hacerse en esta guerra! —murmuró *Hermanito*— ¡Pensar que acabo de dar de patadas en el culo a dos oficiales! Que el señor teniente general y el señor coronel me perdonen; no volveré a hacerlo.

Y se puso firmes como Porta.

Te juramos, Adolf Hitler, serte fieles.

August Wilhelm, príncipe de Prusia, 1933.

El SS obergruppenführer y jefe de la RSHA (Centro de Seguridad del Estado) Reinhard Heydrich recorría rabiosamente las oficinas del número 8 de la Prinz Albrecht Strasse, insultando a quienes encontraba a su paso. De un puntapié, abrió la puerta de su propio despacho antes de que el ayudante hubiese podido acudir y cogió el teléfono.

—¡Schellenberg! —ladró—. ¡Preséntese aquí en seguida!

Sin aguardar respuesta, colgó, apretó un botón, aguardó unos segundos, volvió a apretar y se balanceó enfurecido sobre la punta de los pies. En el altavoz retumbó una voz vulgar:

—Gruppenführer Müller, Gestapo.

—¡Está usted durmiendo, Müller! —chilló Heydrich—. ¡Le espero! ¡Y rápido!

Se desplomó en un gran sillón y esperó con impaciencia a sus dos jefes de sección. Un oficial de servicio abrió la puerta, dio un taconazo y anunció:

—SS gruppenführer Müller, Gestapo, y SS brigadenführer Schellenberg, SD, (Servicio de Seguridad).

Walter Schellenberg fue el primero en entrar. Iba, como de costumbre, de paisano, con un traje discreto gris oscuro. Gestapo Müller iba detrás de él, pero con un uniforme desaliñado. El ex cartero de Munich nunca pudo aprender a ser un oficial correcto. Schellenberg saludó sonriendo apaciblemente. Müller, siempre congestionado y vacilante, no sabía qué actitud adoptar.

—Buenos días, señores —gruñó Heydrich—. Espero que, por lo menos, hayan dormido bien. —Miró fijamente un instante a los dos generales SS y luego apuntó con su regla cuadrada a Müller—. ¡Usted! Mientras roncaba en su edredón, el Führer me telefoneó. Huelga decir que ha sido muy desagradable; mi paseo a caballo se ha retrasado media hora. El Führer me ha echado una bronca, ¿oye usted, Müller? ¡Me ha echado una bronca a mí! Y la culpa es de usted porque estaba durmiendo en lugar de hacer su servicio. ¿A qué hora llega usted a la oficina, por la mañana?

—A las 8.30, obergruppenführer.

—¿Sigue usted creyéndose en Correos, por casualidad? ¿Y añora la buena vida de cartero rural? ¡Entonces, dígalos! ¡No hay nadie tan fácil de sustituir como usted, Müller!

Müller se ponía colorado y, en aquel instante, aspiraba a todas las enfermedades, pues en verdad añoraba la vida de cartero.

—El Servicio secreto del Ejército ha interceptado un telegrama que el embajador de Bélgica en Roma ha mandado a su ministro de Asuntos Exteriores. Le revelaba, sencillamente, nuestro plan de agresión contra Bélgica y Holanda. ¿Qué le parece a usted?

—Conozco ese telegrama —dijo sonriendo Schellenberg— e incluso estoy seguro de haberlo entregado el mismo día en que nuestras tropas cruzaron la frontera holandesa.

—Lo recuerdo —replicó Heydrich con aire despreciativo—, y no choqueo, aunque haya gente que lo crea, pero, señor Schellenberg, de que sea YO quien esté al corriente de un asunto como ése o... el Führer, hay un matiz, ¿comprende usted, brigadenführer?

—Lo comprendo muy bien —dijo Schellenberg siempre sonriente y sin poder dejar de admirar en aquel instante el demonio que era Heydrich—. ¿Qué le pasa al Führer? —preguntó prudentemente.

—Lo de costumbre. Siempre secreto. ¿Qué se ha creído usted? Tiene sus planes como nosotros tenemos los nuestros. —Heydrich se volvió bruscamente hacia Müller—. Y usted, Sherlock Holmes, ¿qué sabe sobre todos nuestros traidores? ¿El almirante Canaris, el embajador Ulrich von Hassel, el oberbürgermeister Goedler, el comandante general Oster, y ese bandido hipócrita de general Beck?

—Obergruppenführer... —empezó Müller, balanceándose.

—¡Estese quieto! —chilló Heydrich, irritado.

El jefe de la Gestapo tartamudeó aún más.

—Todos esos traidores son seguidos día y noche.

—¿Ha puesto usted a otros sobre aviso, además de a mí?

—No, obergruppenführer; todo se lo mandamos bajo sobre lacrado.

—¿Y qué ha sido del sturmbannführer Axter de vuestra división 111/2? ¿También le ha hecho seguir día y noche?

—Todos están vigilados.

—Entonces —preguntó Heydrich con una sonrisa perversa—, ¿ha tenido usted noticias de Axter desde ayer por la tarde?

Müller reflexionó un instante y respondió negativamente prometiéndose que el sturmbannführer Axter se las pagaría todas.

—¡Bueno, pues no volverá usted a tenerlas, amigo mío! Axter ha sido ejecutado esta noche en la Morellenschlucht y su cadáver ha desaparecido en los hornos

crematorios de Oranienburg. ¡Pero se equivoca usted gravemente si cree que seguiré haciendo su labor! Pudo haber adivinado solo que un hombre que durante dos años ha servido en el Cuartel General del Führer, cuando se presenta de golpe en casa de usted es porque es un chivato. Ahora, ya se las compondrá usted para enterar de su desaparición al Führer. Eso es cuenta suya; yo me lavo las manos. ¿Entendido, Müller?

—Sí, obergruppenführer.

—¿Y qué pasa en Roma, Müller? ¡Debe usted sabérselas todas, en calidad de jefe de la Gestapo!

Gestapo Müller tragó saliva con dificultad.

—Sabemos que los belgas han mandado un informe sobre el plan de ataque y conocemos al agente que lo ha traído.

—¿De veras? —ironizó Heydrich inclinándose sobre la mesa—. ¡Eso es de adivino, Müller!

—Sí, obergruppenführer —murmuró el Gestapo—. El hombre ha muerto. Accidente de carretera; atropellado por un camión en la Via Véneto.

—¡Pero era un poco tarde!

—Hicimos lo que pudimos. No veo el porqué...

—Quiero creerle, pero imagino que estamos de acuerdo sobre el papel desempeñado en ese asunto por el almirante Canaris. Ahora bien: no olviden, señores, que por ahora el almirante es absolutamente tabú.

Sonrió fríamente jugando con su regla y prosiguió:

—Esta mañana el Führer ha nombrado a un zorro para custodiar a sus gallinas. Ha dado orden a Canaris de descubrir al traidor.

Müller y Schellenberg no pudieron por menos de soltar una carcajada. Heydrich se conformó con sonreír.

—Schellenberg, usted que está en buenas relaciones con el almirante, compóngaselas para intimar con él y dele un hueso que pueda ofrecer al Führer. Además, proporciónale auxiliares que pertenezcan a nuestro servicio; no estaría mal eso. Tenemos a la mujer de un oficial como secretaria en el 1V/2/B. Cédala al almirante; además, ella tiene un hermano en Inglaterra. Pero también es menester ayudar a ese buen hombre a descubrir los traidores; no me le figuro haciendo detener a su persona y al general Oster. Tiene usted gente segura en Roma, supongo.

—Sí, obergruppenführer; nuestra red es muy tupida.

—Bien —tronó Heydrich—. Podremos entregar gente al almirante. De las declaraciones se encarga usted, y si hace tonterías, volverá a pasearse, con la cartera al hombro, por los alrededores de Munich. Se lo digo yo.

LA BATALLA DE «OCTUBRE ROJO»

Algunos días más tarde, llegábamos al nordeste de Stalingrado, ante la gran acería de la Armada llamada «Octubre rojo». En aquel paraje, desde hacía varios meses, se libraban sangrientos combates; dos regimientos rusos estaban encerrados en los astilleros. En todas partes no se veía más que una espantosa confusión de aceros retorcidos y despedazados; la artillería había hecho enormes agujeros en los gruesos muros. Un hedor a carne quemada producía arcadas, y hordas de ratas corrían por la nieve, ratas de un tamaño que nunca habíamos visto, gordas como gatos y algunas con la piel casi lisa. Heide afirmaba que aquellos horrendos bichos tenían la peste pilosa, lo cual nos atemorizaba. Les arrojábamos bombas de mano y casi nos daban más miedo aquellas repugnantes ratas que los rusos.

Un día. *El Viejo* fue llamado por el jefe de la compañía, capitán Schwan, y cuando volvió a la trinchera, en seguida requirió a Heide.

—Julius —dijo—, la orden es atacar ese gran bunker que hace barrera delante de la acería. Te encargarás de ello con tu grupo. Nosotros os cubriremos con las ametralladoras. Tan pronto estéis al pie del bunker, se tratará de arrojar granadas por las troneras y luego habrá que meterse dentro. Tendréis cinco cargas magnéticas para cubrir las puertas.

—¿Estás loco? ¿Crees que pueden tirarse granadas como si fuesen huevos en troneras situadas tan arriba? ¡Es de delirio! Necesitamos un grupo de exploradores.

—Tienes que volar ese bunker; es la orden —replicó *El Viejo*—. ¿Cómo? Eso es cuenta tuya.

Heide soltó una blasfemia furiosa, pero sabía Perfectamente que *El Viejo* había debido protestar ya antes con el capitán respecto a aquella empresa de locos. No había más remedio, pues, que obedecer.

—Segundo grupo detrás de mí —ordenó Heide echándose el fusil ametrallador al hombro.

Tomamos por una calle, es decir por lo que debió haber sido una calle. Ahora aquello daba la impresión de una marmita gigantesca que contuviese no sé cuántas casas revueltas por un cucharón de cíclope. En un cubo, la cabeza cortada de un niño contemplaba el cielo, estupefacta. ¿Una granada o un sátiro? Por doquier cadáveres horrorosamente mutilados, casi todos de paisano; pocos de soldados. Reptábamos a través de las ruinas. Porta encontró un hoyo en un montón de escombros y se metió en él.

—Aquí me quedo —dijo emplazando su ametralladora—; es el sitio ideal para

cubriros.

—Ni hablar —gritó Heide—. Vete allá. Soy el jefe del grupo y te ordeno que cambies de posición.

—¿Quieres que te parta la cara?

Una descarga enemiga precipitó a Heide junto a Porta.

—Daré parte al regimiento; puedes contar conmigo.

—Lo que quieras, pero entonces vuelve con vida.

El capitán Schwan llegaba corriendo a lo largo de la calle despanzurra.

—¡Suboficial Heide! ¿A qué espera? ¡Adelante hacia el bunker!

Heide, con mirada torva, se incorporó a medias.

—Informo a mi capitán —atajó Porta—. Las ametralladoras emplazadas según las órdenes, listas para cubrir con su fuego.

—¡Adelante, suboficial! —chilló el capitán a Heide, a quien la impertinencia de Porta había enmudecido de furor.

—¡Ese maldito pelirrojo me las pagará! —tronó Heide borracho de rabia, abalanzándose hacia el bunker sin siquiera cuidarse de los proyectiles, tan dolido se sentía su ánimo de soldado.

Yo corría a saltitos, seguido de cerca por Gregor y el infante de Marina Ponz, recién llegado a la compañía y último superviviente de la flotilla del Don. El fuego de ametralladora crepitaba a algunos centímetros sobre el suelo. Empezaban a dispararnos con lanzagranadas; se trataba, pues, de llegar al pie del bunker antes de que ellos hubiesen rectificado el tiro. Un dolor de costado me impedía respirar. El corazón me palpitaba a estallar, y mordí la nieve de desesperación.

—¡Basta de remilgos! —gruñó Heide, empujándome—. Tienes que ser el primero en saltar, basura.

—¡No puedo! Mi corazón...

—¡Salta, asqueroso!

La ametralladora de Porta crepita y las balas se enquistan en las paredes del gran bunker. Detrás de una ametralladora, Porta era un hacha. Me encogí dispuesto a saltar, pero sentí un miedo atroz. El fuego estaba demasiado cerca... Brinqué... En el mismo segundo en que caí, los demás ya estaban a mi lado. El marinero llevaba el saco de granadas, pero ahora era él quien ya no podía más.

—¡Os podéis cagar encima de un pobre marinero! —gemía—. ¡Termino la guerra en este hoyo y me meo en el Führer, la patria y el Reich!

—¡Cállate ya! —rugió Heide—. Pero no cuentes con volver conmigo. ¡Me pregunto por qué el Führer nos chinchaba con su Marina!

Los lanzagranadas escupían, las ametralladoras tableteaban... Nos veían desde las ventanas superiores de la gran acería y sabían lo que significaba que el bunker sucumbiera. Era la caída de «Octubre rojo», orgullo de Stalingrado.

¡Pero lo peor estaba aún por hacer! Un talud que trepar, cogido por el fuego de ellos desde todos los lados. Heide fue el primero en lanzarse... Corrió por la nieve, saltó por encima de un matorral y desapareció bajo el bunker. Le grité al marinero:

—¿Te quedas o vienes?

—¡Canalla! —me contestó hundiéndose más profundamente en su hoyo.

Pegué un brinco enorme y aterricé junto a Heide, justo bajo la muralla del bunker, que nos dominaba con su colosal altura. ¡Tan colosal que creí que nunca la alcanzaríamos! Me agazapé detrás de un gran bloque de hormigón, donde no sentí un poco a resguardo.

—¡Tienes miedo, acojonado! —se burló Heide—. Trae las granadas.

—¡Las tiene el marinero!

Heide me miró estupefacto:

—¡No vas a decirme que estás aquí sin granadas!

—Las llevaba el marinero. Según tus órdenes. ¡Yo no soy lanzador de granadas!

—Eres el mejor de la compañía. ¡Vuélvete y ve a buscarlas!

—¡Pero estás loco! ¡No llegaré siquiera allí!

—¡Vuélvete! Es una orden.

—¡No! —grité—. ¡Estás loco! ¡Haz que venga el marinero que las tiene! Sé que arriesgo el consejo de guerra, pero vale más que la muerte segura.

—¡Aguarda un poco! Ese cobarde sabrá quién soy yo. —Se incorporó y percibió al marinero, que seguía agazapado en su hoyo—. ¡Vente acá con tus granadas! —chilló Heide soltando una ráfaga bajo la nariz del marinero aterrado, quien acudió pegando un gran salto, pero sin el saco.

—¡El saco, el saco! —rugió Heide empujando fuera del talud al marinero, que estaba lívido—. ¡Así es como hay que tratar a esos cobardes!

—¡Me has disparado! —gemía el marinero, tumbándose—. ¡Hubieses podido matarme!

—¡Era lo que me proponía!

Pero llegaron el legionario y Gregor con las minas. Preparamos febrilmente las granadas; cuatro granadas en torno de una botella de gasolina.

—Tú, Sven —ordenó Heide indicando la tronera más próxima—. Yo disparo para protegerte y tú lanzas los pepinazos.

—¡Pero si eso no sé hacerlo!

—¿Obedeces, sí o no?

Me arrastré detrás de él, justo bajo la tronera desde la que tiraba el cañón del bunker. Era imposible, alcanzar aquella hendedura que estaba a cuatro metros del suelo. Retrocedí un poco para tomar carrerilla. Una ametralladora de la fábrica me tenía bajo su fuego; el aire zumbaba en torno mío como un enjambre de avispas enfurecidas. Eché el brazo atrás, tomé impulso, pero me fallaron las fuerzas. El cóctel

Molotov rebotó en la muralla y cayó al pie del bunker. Petrificado, lo contemplé rodar y ni siquiera oí a Heide, que se abalanzó sobre mí para empujarme al refugio. Explosión monstruosa. Una esquirla me arañó el brazo.

—¡Cacho de imbécil! ¡Ahora nos han localizado!

Me quedé jadeante; el brazo me ardía.

—Cuando te lo diga —susurró Heide—, corres como el rayo hasta la hendedura, botas sobre mi hombro y metes el pepinazo por la abertura.

Pese al fuego bien dirigido de Porta, el cañón ruso tronaba sin parar. ¡Heide estaba loco! ¡Me quedaría sin mano si llegaba a colar el cóctel a través de la tronera, sencillamente! Aquello se hacía con lanzagranadas, y nosotros no los teníamos. Protesté. El brazo me dolía cada vez más.

—¡Embustero! —gritó Heide golpeándome la herida—. Tienes un canguelo de aúpa y eres un cobarde. —Me agarró del hombro, me zarandeó, me pegó en la cara con el revés de la mano—. ¡Súbete a mi espalda, pero que en seguida!

Era bastante más fuerte que yo y, si me resistía, me mataría; me mataría por sabotaje y todo el mundo le daría la razón. Como en sueños, me subí a sus manos cruzadas y salté sobre su hombro. Quité con los dientes el seguro de la granada y la pasé por la tronera, pero asomó una culata que rechazó violentamente el artefacto. Perdí el equilibrio, intenté enderezarme, arrastré a Heide en mi caída y, en una nube de nieve, rodamos talud abajo hasta el hoyo donde estaba emplazada la ametralladora de Porta.

—¡Hijo de perra! ¡Lo has hecho adrede! —rugió Heide fuera de sí—. ¡Pero me las vas a pagar y caro!

Loco furioso, sacó su cuchillo de trinchera y, echando espumarajos, se abalanzó sobre mí. Aterrado, trepé el talud sintiendo en el cogote el cálido aliento de aquel frenético y, pegando un gran brinco, me lancé entre el legionario y Gregor. El loco tiró el cuchillo en mi dirección y agitó amenazadoramente el puño hacia el bunker que escupía fuego.

—¡Aguardad un poco, salvajes mogoles! —gritó con voz ronca.

Empuñando una mina «T», se abalanzó hacia la muralla, se agarró a algo que apenas sobresalir se aupó con una fuerza inaudita, pero se desprendió y cayó. En un segundo estuvo de pie, y salió de nuevo, loco de rabia, hacia el hormigón. Trepó..., ¿cómo? Nadie lo supo. La mina atada a una correa le colgaba del cuello. Si en su rabia demente arrancaba la espoleta, no quedaría nada de él.

—Loco de atar —murmuró Gregor siguiendo con la mirada al nazi fanático.

—Sí, pero un buen soldado —dijo el legionario con admiración—. Se merece la Cruz de Hierro.

Heide había llegado a la tronera. Se agarró del cañón que asomaba, se columpió como un mico; se quitó la pesada mina y la empujó fríamente, través de la hendedura;

luego, se dejó caer y, pesa la altura de la caída, en seguida estaba de pie.

—¡Pronto! ¡Por el otro lado! —gritó corriendo en la dirección opuesta.

El legionario, Gregor y yo apenas habíamos rodeado el bunker, cuando la pesada puerta se abrió delante de una silueta cubierta de sangre. El legionario, a la velocidad del rayo, le chafó la cara de un culatazo, dio un puntapié al cadáver y entró corriendo en el bunker, que semejaba una carnicería. Nos agazapamos detrás de las cajas de municiones; sobre nosotros tronaba un cañón.

—Marinero, corre hacia Heide y le dices que estamos en este ataúd —ordenó Gregor—. ¡Y rápido! Si no, nos endosa otra mina. Está bastante loco para hacerlo. ¡Lárgate, canalla! —le chilló al marinero reacio, que salió y topó con Heide.

—¿Qué hace usted aquí, presumido? ¿Por qué no está ahí arriba con Iván?

Me golpeó con el cañón de su pistola.

—Toma la escala. ¿Quieres ser oficial? ¡Entonces, demuestra lo que sabes hacer, asqueroso!

Sin decir palabra, agarré la estrecha escala de hierro que llevaba al piso de arriba, abrí con precaución la trampilla y eché una mirada al primer piso. Rusos tumbados en el suelo. El cañón retumbaba sin parar. El terror me oprimió la garganta: en las gorras relucían las letras siniestras NKVD Jadeando, bajé de nuevo rápidamente y me encontré junto a Heide.

—Pero ¿qué te pasa? ¿No has lanzado el pepinazo?

—¡Allá arriba! —dije sin resuello—. ¡Hay lo menos mil NKVD!

—¡Dios! —rugió Heide agarrando un paquete de granadas, subió la escala como un mono, abrió la trampilla, lanzó sus explosivos y se tiró abajo, de bruces. Un estallido retumbante nos ensordeció—. ¡Vamos, seguidme!

Esta vez, el legionario iba al frente. Con gesto brusco, quitó la trampilla y roció a bulto. Allí todo estaba muerto, pero había otro piso más, otra escala. Sonó un tiro de pistola... La bala rozó mi casco. Un teniente ruso me apuntó con su pesado *nagán*. En un relámpago, vacié mi cargador en su cara, que se tornó una papilla roja. Un sargento NKVD, condecorado con la Orden de Lenin, echó atrás la mano con una granada, pero fue ensartado por la bayoneta del legionario. Había que liquidar a los heridos; no se podía hacer de otro modo. Un siberiano luchó hasta morir. Habíamos visto a otro, herido, que se levantó la tapa de los sesos cuando un sanitario se inclinaba sobre él para auxiliarle.

Me tocó a mí trepar la escala siguiente, pero, aun antes de llegar a ella vi una jeta mogola que asomaba por la trampilla. Literalmente hipnotizado, contemplé la medalla de esmalte rojo en su gorro de pieles, metí dos dedos en sus fosas nasales y le atraje hacia mí. Heide le mató mientras caía y, luego, yo arrojé mi cóctel Molotov. La presión del aire me echó atrás. Todo bailaba ante mis ojos; las granadas estallaban... Alaridos, gemidos... Luego, el silencio cayó sobre el bunker humeante.

Derrengados, nos tumbamos en el suelo y bebimos el agua que servía para enfriar las ametralladoras rusas. Y, ¡oh asombro!, vimos a Heide lavarse en un cubo de agua. Sin decir palabra, se peinó, se cepilló el uniforme, se ajustó el equipo, y hele aquí de nuevo convertido en el prusiano glacial queapestaba a corrección.

La 3.^a compañía fue relevada y debía ocupar el bunker. En tiempo de paz, aquel bloque era una especie de centinela donde trabajaban presidiarios; encontramos a varios de ellos, muertos de un balazo en la nuca. Los políticos llevaban un círculo verde en el pecho y la espalda; los criminales, un círculo negro. Prudentemente, caminamos de pieza en pieza por el bunker, evitando trampas diabólicas. Si se abría una puerta sin prestar atención, si se caminaba sobre una tabla mal ajustada, se volaba en una explosión retumbante. Los siberianos NKVD eran de un fanatismo inverosímil. ¡No había cuartel ni de un lado ni del otro y, sobre todo, sobre todo, no se debía caer prisionero! La menor de las torturas inventadas por aquellos hombrecillos de ojos oblicuos consistía en colgar a su cautivo, enteramente desnudo, de una ventana, atado con alambre en torno a los tobillos... Eran menester aproximadamente seis horas para morir.

Ahora, era el ataque a la cacería propiamente dicha. Un regimiento DO (lanzadores de cohetes) emplazó sus ingenios infernales. Si disparaban veinticuatro cohetes a la vez, parecía el fin del mundo. Atacamos con la pala, a la bayoneta, ensartamos, matamos, chapoteamos en sangre, pero los siberianos no se rendían. Avanzando, les oíamos dialogar con su Estado Mayor. El noveno día del ataque, notificaban:

«Aquí punto de apoyo "Krasni Oktiabr". Está agotado el suministro. Tenemos hambre. Solicitamos permiso para rendirnos».

La respuesta fue inmediata: «Bajo ningún pretexto. Luchad como verdaderos soldados soviéticos y olvidaréis el hambre». Tras otros cinco días de combates desesperados, los siberianos, copados, notificaban de nuevo: «Aquí "Krasni Oktiabr". Sin bebida alguna, morimos de sed. Muchos se han suicidado. Esperamos órdenes». Respuesta tan inmediata como la repetición del reglamento: «Soldados, ha llegado el momento de demostrar que sois dignos de servir en el Ejército Rojo. Vivid por vuestra fe. La mirada del mariscal Stalin no os abandona».

Los heroicos soldados siberianos combatieron aún tres días con un fanatismo acrecentado, y por última vez notificaron: «Municiones agotadas. Solicitamos permiso para capitular». Respuesta inmediata: «Camaradas, la Unión Soviética os da las gracias. Seréis citados en la orden del día del Ejército. Capitulación denegada. Un soldado soviético no se rinde nunca. Los obreros y los campesinos os saludan. ¡Frente rojo!».

Sobre la medianoche, salieron con la bayoneta calada, lanzando roncospalaridos. Sus oleadas caían bajo el fuego de nuestras ametralladoras y los escasos

supervivientes que llegaban hasta nosotros seguían luchando cuerpo a cuerpo. Nosotros combatíamos rabiosos por la idea de los cadáveres desnudos colgando de las ventanas. Era matar o ser matado; lo sabían ellos y nosotros lo sabíamos. Clavé mi bayoneta en el vientre de un oficial de dos estrellas de oro y, en mi furor, le aplasté el rostro. No era mucho mayor que yo, pero me habría colgado de la ventana con alambre en los tobillos si aquel día nos hubiésemos rendido en el sótano de la fábrica en lugar de habernos podido escapar. La 3.^a sección tuvo menos suerte... Una hora más tarde todos nuestros camaradas se balanceaban desnudos en las ventanas.

Por fin, penetramos en el vestíbulo de la gran acería y corrimos hacia los ascensores. Bajo las grandes máquinas, soldados de ojos rasgados yacían muertos o moribundos. Estos últimos aguardaban a la muerte en silencio; sabían que no daríamos cuartel. Nos abalanzamos hacia las cajas de los elevadores. Unos siberianos soltaron las barras de hierro y se desplomaron en el suelo gritando. Otros se volvieron locos y se arrojaron por las ventanas. Pero al anochecer, la inmensa fábrica «Octubre rojo» era conquistada pese a todo. Sólo que la resistencia heroica de los soldados siberianos seguía siendo un ejemplo inolvidable. Hasta el final de la guerra, cuando una sección se encontraba en apuros, se decía: «Acordaos de "Octubre rojo".»

Porta, sentado en el banco de un tornero, descansaba leyendo un diario del Ejército.

—Entonces, ¿qué hay de nuevo? —preguntó *Hermanito*—. ¿Nada malo?

—No. La Armada ha hundido un montón de buques. Inglaterra está casi derrotada.

—No comprendo —dijo Gregor—. Desde lo de Polonia, nos dicen que Inglaterra está derrotada. Entonces, ¿por qué esos memos no capitulan? Ya no tienen barcos, no tienen manduca y, no obstante, bombardean nuestras ciudades todas las noches. ¿Entonces?

—Todo es «ultrasecreto» en tiempos de guerra —declaró solemnemente Porta—. ¡Toma! ¡Esto sí que es interesante! Escuchad: «En Stalingrado, nuestros soldados luchan furiosamente como verdaderos héroes del Ejército alemán. Los hombres del VI Ejército pasarán a la Historia como los más valientes. Dios está con nosotros. Los héroes de Stalingrado combaten con la Biblia en la mano».

—¡Basta! —gritó Gregor—. ¡No aguanto más esas frases! ¡Me dan ganas de cagar!

—¡Jefes de sección, por aquí! —llamó el capitán Schwan desde el otro lado de la sala de máquinas.

Era la orden de montar la guardia del siniestro edificio de la GPU, donde el general jefe Paulus y su Estado Mayor hacían la guerra sobre un mapa en una cueva. ¿Acaso sospechaba el general lo que sufrimos cuando estábamos en el fregado? Él y su Estado Mayor no sabían nada del hambre, del frío, de las torturas; hacían la guerra

como se la enseñaron en la Escuela de Guerra. Para ellos, la batalla de Stalingrado, era un *Kriegspiel* en serio.

Uno tras de otro, echamos por la calle de la Revolución, donde las cosas todavía estaban más o menos en pie. Allí sólo habían caído granadas perdidas. Una larga fila de paisanos que huían nos adelantó, transportando heridos en colchones. Salían chiquillos corriendo de alguna ruina y se acercaban a mendigarnos pan, que le dimos por compasión. Un chico tocado con un gorro de Infantería alemana y armado de un sable ruso cogió la mano de *Hermanito*.

—¡*Gospodín* soldado! ¿Quieres ser mi padre?

—Conforme, amigo —dijo *Hermanito* sonriendo y subiéndose al chico al hombro—. ¿Cuántos años tienes?

—No lo sé; soy viejo. —Le rodeó el cuello a *Hermanito* con el brazo—. *Gospodín* soldado, ¿quieres ser también el padre de mi hermanita?

—Con mucho gusto —respondió el gigante, conmovido, dejando al niño en el suelo.

—¡Voy a buscarla! —gritó el pequeño, que salió a todo correr.

Silbó una granada... Todo el mundo echó cuerpo a tierra. Tras la explosión, nos incorporamos y proseguimos, pero en medio de la calle yacían en un charco de sangre un gorro de Infantería alemana y un sable ruso retorcido.

Al cabo de dos días de guardia en los edificios de la GPU nos relevaron para mandarnos al cuartel de Infantería, y Porta fue nombrado cabo primero.

—¡No es posible! —gritó el suboficial Franz Krupka señalando la bocamanga de Porta—. ¡Cabo primero, tú! ¡Eso, muchacho, es el camino para mariscal, pero ya sabes que los nuevos galones se remojan!

—Qué más quisiera yo —respondió Porta con tono agrio—. ¿Puedes decirme cómo? Aquí no hay más que la nieve de los soviets.

Los dos compinches hacía años que se conocían, por ser del mismo reemplazo y habitar en la misma barriada de Berlín. Krupka calibró a Porta con la mirada y se secó la nariz helada, pero recosida. Antes no era lo que se dice guapo, pero ahora estaba horrendo.

—¡Oye! Sé dónde encontrar lo que hace falta para bautizar tus galones, pero si lo dices, habrá follón.

Porta levantó tres dedos:

—Desembucha, canallita; te lo juro.

—Bueno; pues ese cerdo de Wilke tiene cuatro cajas de vodka de Crimea que birló en una cantina.

—¡Señor! ¡Con eso se puede ganar una guerra! Voy corriendo a verle. Vamos a ver a quién invitamos —dijo sentándose sosegadamente sobre un obús del 42 sin estallar. Pensativo, mordisqueó un trozo de lápiz—. En primer lugar, yo. Y,

naturalmente, tú; es normal. Luego, *El Viejo* y Gregor. Con *Hermanito* estamos obligados, aunque se porta que da asco cuando está bebido. Preferiría que Heide no viniese; estropea el aspecto de la mesa, pero no hay medio de zafarse de él. Habrá que echarle cerveza en su vodka y nos libraremos de él en cinco minutos. Además, Sven y el legionario. Nadie más. Toma, ahora caigo en que ese medio francés me debe un paquete de cigarrillos de opio; está tan pelado que huele a moho. Nada que hacer con deudores de este tipo. ¿Ves tú? Hace falta un contable en las secciones del frente. ¡Puedes estar seguro de que el día en que los judíos luchen, habrá uno!

—Dices verdad. Nada más que ayer, estuve en la 7.^a compañía para recibir tres paquetes de grifa. El *feldwebel* Pinsky, ese cerdo, me los debía, ¿y a que no sabes lo que se ha permitido el muy bandido? ¡Se ha hecho fusilar sin devolvérmelos! ¡Se ríe de mí, ahora, dentro de su fosa! ¡Ya he intentado hacer que pague su sección, pero me han mandado a hacer puñetas con mi agradecimiento! Ahora, ya no presto nada, ni al ciento por ciento.

—¿De verdad hay gente que da eso? —preguntó Porta muy interesado.

—No lo sé, pero estaría bien en vista de los riesgos que se corren. Mira, tenía un crédito de un oficial, una herencia de la Infantería. Sólo eso hubiera debido mosquearme, pero uno se fía de los caballeros. ¡Que te crees tú eso! ¡El tío se arrojó sobre un «T-34» para conseguir la Cruz de Hierro! ¡Fíjate qué imbécil! Naturalmente, el carro le planchó. ¡Así aprenderé!

—Los tiempos son duros para los hombres de negocios —gimió Porta—. Bueno, me largo. Hasta esta noche, a las ocho, en la sala 23.

Cantando a voz en cuello, bajó la calle del cuartel y se cuadró ante un mayor, pensando en su vodka. De camino, saludó con igual corrección a un árbol en cuya rama se columpiaba un teniente y, por último, después de buscarle un rato, dio con el gordo Wilke que estaba en plena preparación del rancho.

—Oye, Wilke, ¿sabes la noticia? —dijo Porta abriendo su pitillera de oro macizo, herencia de un general muerto en el frente.

—¡Oh! Basta de noticias, imbécil. Estoy de noticias hasta aquí. Prefiero pensar en el hotel que haré construir después de la guerra.

—¿Un hotel? ¡Estás soñando! Acabo de echar un vistazo a un mensaje ultrasecreto. Luchad hasta el último soldado y el último cartucho; tales son las órdenes del Führer. ¡Te apretarás las nalgas en las minas de plomo de Kolimá pensando en tu hotel! —se burló Porta, quien devoraba un salchichón birlado con mano experta—. Oye, Wilke, hablemos en serio. ¿Qué dirías de largarte a hurtadillas en avión?

—¡Tonterías! —gruñó el ranchero—. ¡Vaya pregunta!

—Oye —dijo Porta bajando la voz—, ayer estuve donde el comandante y me dieron un informe interesante. Nosotros, cabos primeros, conocemos gente en todas

partes, conviene que lo sepas. De momento, no hice mucho caso, pero luego pensé en mis amigos rancheros; se trataba de todos los rancheros de Stalingrado.

—¿Qué cuentos son éstos?

—No me creas, si no quieres. Era una orden de la Intendencia general para nombrar a un ranchero muy cualificado para formar a otros en la Escuela Militar de Cocina de Stettin. —Porta miró de soslayo al gordo Wilke, cuya atención se iba haciendo más sostenida—. En seguida pensé en ti, ¿comprendes?, porque somos viejos amiguetes. ¿Te acuerdas del día en que te encubrí como un verdadero camarada, cuando tenía que controlar las raciones individuales de Paderborn, y descubrí que todas tenían la mitad de su peso? ¡De cumplir con mi deber, hubieras ido a parar a Torgau y allí te hubiera estrangulado el amigo Gustav!

—¡Ah, no des la lata! ¡Como si no te hubieses hecho pagar por aquello! ¡Un verdadero usurero y un chantajista, eso eres tú!

—Bueno, bueno; en este mundo todo se paga. Pero, volviendo a lo nuestro, ¿qué dirías de largarte de aquí para ser profesor en Stettin?

El suboficial se pasó la mano por la frente y miró a Porta con recelo. Porta le había tomado el pelo varias veces, pero ¿y qué? Quizá se presentaba la oportunidad de su vida.

—Dime —comenzó con precaución—. Tú sabes que estoy casado y tengo dos hijos... Ese cuento de la escuela, ¿es verdad o no?

—Siento de veras no ser ranchero —declaró solemnemente Porta abriendo de nuevo la pitillera de oro del general fallecido—. Cuando vi la petición que hacía la Intendencia general al VI Ejército, pensé en ti y le dije algo a un amigo que lo decide todo en el mando del personal. ¡Un cabo primero como yo! —añadió orgullosamente—. ¡Vaya suerte tienes!

—¿Gratis? —interrogó el ranchero que estaba todavía receloso.

—Amigo mío, ¿qué se da gratis en este mundo? Mi camarada del personal pide una caja de vodka, nada más; pero yo, que soy tu amigo, no pido nada. ¡Soy así!

El cocinero reflexionaba intensamente. Ya se escuchaba zumbir el motor del «JU 52».

—Sólo que es menester ponerse bien de acuerdo —continuó Porta acomodándose sobre la tapadera caliente de una marmita—. Es ultrasecreto, ¿no? Si dices algo, ¡estoy aviado! La moral es mala, incluso malísima, y Adolf se ha dado cuenta de golpe que los cocineros son muy importantes para la guerra. Ahora, están buscando rancheros cualificados para adiestrar a los de las SS, que son unos borricos.

—Pero, entonces, ¿por qué no van a buscarlos directamente en Stettin? —replicó con el mayor buen sentido el gordo Wilke, escéptico—. ¡Allí se las saben todas sobre la manduca!

—¡Escucha! Tengo que hacer y no puedo perder el tiempo. Sencillamente, quería

nacerte un favor. Si te interesa, tienes que decirlo; si no, le paso el chivatazo al ranchero del 76; ése pagará mejor que tú.

—¡Pagar! ¡Pero si dices que es un favor de amigo! ¡Estamos a toma y daca!

—Por mí, sí, pero en cuanto a mi compañero, ¡tu desquite te lo puedes meter en el culo y hacerle salir de nuevo peyendo! ¿Sabes qué me ha dicho, además? A causa de las pérdidas sufridas aquí, todos los inútiles van a ser enviados a primera línea. Se avecinan tiempos espantosos, aquí, en la marmita. En tu lugar, preferiría calentarme las nalgas en el «JU 52».

El gordo cocinero se pasó la mano por su cráneo calvo. Se decía que perdió el pelo reflexionando sobre cómo disminuir las raciones, pues todo el mundo sabía que era el ladrón más grande en veinte kilómetros a la redonda.

—Te lo diré todo —continuó Porta implacablemente—. Los rancheros de las compañías deben ser trasladados, y las compañías se encargarán ellas mismas de la manduca. Para ti, sin embargo, es probable que sea peor, pues eres suboficial. ¡Bueno! Tengo prisa, Herbert; el deber me llama. Como ves, me han hecho cabo primero, y eso trae consigo nuevos servicios para con el Gran Reich. Sí o no: ¿te interesa Stettin?

—¡Claro que me interesa! ¡Sería un cretino, si no!

—Entonces, voy a decírselo en seguida a mi compañero, pero acuérdate de la caja de vodka. Oye, Herbert, ¡hay que comprender las cosas! —dijo Porta al ver que el ranchero torcía el gesto.

—¿Cómo sabes que tengo vodka? ¡Estafador! ¡Bandido!

—No te excites tanto. Hay mucha gente que se mordería los dedos por haberme insultado, pero no te guardo rencor. ¡Dispensa la molestia y hasta la vista!

Su corpachón se levantó y echó a andar despacio hacia el cuartel.

*Una bala llega volando,
¿será para mí o para ti?*

Tarareaba Porta sin acortar el paso, pero oyendo que alguien corría detrás de él.

—Aguarda un poco —gritó Wilke—. ¡Comprenderás que ha sido una broma!

—Basta ya. Contesta escueta y militarmente. ¿Te interesa, sí o no?

—¡Y de qué modo! —respondió con rabia el suboficial—. Ven, voy a darte la vodka.

De un cinco toneladas, Wilke sacó una caja escondida bajo un toldo. Estaban todas las botellas, y de tan emocionado, el ranchero tendió a Porta dos botellas de propina.

—Y el resto de la provisión es tuyo tan pronto mi culo esté en el avión.

Abrazo del cocinero. La caja estaba segura sobre el hombro de Porta y las dos

botellas sonreían fuera de sus bolsillos. En la 3.^{er} compañía, Frank Krupka se negó a dar crédito a sus ojos.

—¡No le habrás amenazado con tu «MPI»! ¡Hace dos meses que trato de echar mano a esa vodka!

—¡Idiota! ¿Acaso se empuña la pistola para atracar un Banco? La guerra psicológica, camarada, es una cuestión de plomo en el cerebro.

Por la noche. Porta llegó hasta nosotros vistiendo el traje y la corbata blanca de un barón rumano, con monóculo al ojo. ¡Menuda borrachera! Krupka fue el primero en caer bajo la mesa, y el siguiente fue Gregor. *Hermanito*, de pie sobre la misma mesa, se empeñaba, en demostrar sus talentos de socorrista y se había quitado las botas de Infantería.

—¡Pedid auxilio —dijo—, y yo acudo en vuelo planeado desde arriba del puente para socorremos!

—¡Socorro!

Sonó un alarido.

—¡Ahora voy, camaradas! —Saltó y aterrizó con el ruido de un cinco toneladas que revienta—. ¿Por qué no habéis dicho que el agua estaba helada? ¡No soy ningún rompehielos!

El Viejo blandió un hacha sobre la cabeza de Heide, que cloqueó de terror. Porta, tumbado sobre la mesa, se tronchaba pensando en la jugarreta hecha al gordo Wilke, y trataba de vaciar un cañón de fusil lleno de una mezcla de aceite, pólvora, vodka y algo más hallado en la cocina de campaña, haciendo alarde de no vomitar aquel horrendo brebaje. El legionario le nombró cabo por la gracia de Dios y Porta sollozó enternecido.

—Eres mi amigo, mi verdadero amigo —murmuró Heide borracho perdido, besando la pata de la mesa.

El Viejo quiso salir porque necesitaba aire fresco, y una vez fuera se creyó en el cielo. En cuanto al legionario, pidió a un general que residía en la estufa que le mandara inmediatamente a Sidi-Bel-Abbés, y se puso de rodillas para implorar a Alá.

Solamente el gato de Porta, que no estaba borracho sino sentado sobre su trasero, nos contemplaba a todos con soberano desprecio.

El obergruppenführer Heydrich entró en el despacho de Himmler quien le indicó una silla frente a él.

—Obergruppenführer —comenzó Himmler sin preámbulo—, dicen que tiene usted fichas relativas a toda persona perteneciente al Partido, a las SS y al Ejército. Se dice también que usted califica ese fichero de explosivo. ¿Es exacto?

—Absolutamente exacto, reichsführer. En tanto que responsable de la seguridad interior y exterior, mi deber consiste en saber todo acerca de todo el mundo.

—Interesante —dijo Himmler con una sonrisa helada—. ¿Por casualidad tiene usted una ficha que me concierna en su caja de explosivos?

—Es posible, reichsführer, pero no he tenido tiempo de examinar personalmente cada ficha. Sólo lo hago cuando conviene. Por lo demás, es mi homólogo de Moscú quien me ha dado esa idea.

—Una idea maravillosa —afirmó Himmler con tono agrio—. Bueno, dejemos eso. ¿Qué hay de nuevo en el Vaticano, obergruppenführer?

—El reichsführer seguramente está mejor informado que yo al respecto —replicó Heydrich con amable sonrisa.

—¿Qué quiere usted decir? ¡No lo comprendo!

—¿Acaso el general Bocchini no es uno de sus buenos amigos? ¿El jefe de la Policía italiana en Persona?

—Como siempre, está usted bien informado —gruñó Himmler, irritado y sin ningunas ganas de hacer oficiales sus relaciones con el general Bocchini.

—Hace tres semanas, mandó usted al general Bocchini un pedazo de leña vieja. Himmler se irguió encolerizado y sus labios se pusieron más delgados aún.

—¡Se pasa usted de raya, obergruppenführer! Ese «leño viejo» es un trozo de roble de Wotan. Mis expertos lo buscaron durante mucho tiempo y mandé un pedazo de roble sagrado al general Bocchini en testimonio de nuestra amistad.

—Lo comprendo muy bien, reichsführer. Desgraciadamente, Su Excelencia metió el roble sagrado en su chimenea de Roma —dijo Heydrich, sonriendo—. Me han contado que el jefe de la Policía italiana había creído que el reichsführer le gastaba una broma pesada. Un día de éstos, recibirá usted un trozo de la cama de Rómulo, regalo de Su Excelencia.

Himmler palideció y sus manos se crisparon de rabia.

—¡Ese puerco italiano! —tronó—. ¿El roble de Wotan como leño en su chimenea? —Se sentó pesadamente—. Obergruppenführer, ¿tiene usted una ficha sobre ese payaso italiano?

—La tengo sobre todo el mundo.

—Bien, Heydrich. Haga usted que esos informes lleguen al Duce, pero, sobre

todo, ¡que no se sospeche que el tiro sale de aquí!

—He comprendido perfectamente —respondió Heydrich con una sonrisa peligrosa.

EL JOVEN TENIENTE

Porta y yo estábamos de sirvientes de la ametralladora. Habíamos tenido dos días casi tranquilos; hasta los tiradores de primera no trabajan más que por la mañana, y todo el mundo deseaba una sola cosa: ¡que aquello durase!

—Me pregunto qué maquinaará Iván —murmuró *El Viejo* corriéndose hacia nosotros—. Ahí enfrente, hay jaleo; ¿cuántos cartuchos tenemos?

—Cinco mil y balas trazadoras con que echar abajo a todo un regimiento.

—Con tal de que nos saquen pronto de aquí dijo *El Viejo* mirando con recelo las líneas enemigas.—

—¿Quién dice que vendrán a buscarnos? —replicó Porta—. Nosotros somos quienes les esperamos, nada más. ¿Ves tú?, ya no creo en absoluto que tengan intención de venir a buscarnos; si no, ya lo habrían hecho. ¿No habéis notado que cada vez llegan menos aviones de transporte?

—¡Tú estás loco! —gritó Gregor—. ¡Dejar que copen a un ejército! ¡Alemania no puede de ningún modo permitirse eso! ¡Un millón de hombres es algo, de todos modos! ¡Adolf sería un demente!

—¿Y quién dice que no lo es? —prosiguió Porta con indiferencia—. Date cuenta de que ya no somos más que algunos ciertos de miles, y la mayoría soldados que no sirven para nada. Adolf lo ha comprendido bien. El VI Ejército ya no vale ni gorda, y Paulus siempre ha sido un derrotista. No se arriesga gran cosa regalándoselo a Iván. ¡Yo hace tiempo que lo he comprendido! Nos han transformado a todos en héroes de Wagner, aquí, en Stalingrado, y dentro de cincuenta años, esto quedará muy bien en los libros de historia. Un ejército entero sacrificándose por el Führer, ¿os dais cuenta? Libros con cantos dorados y, naturalmente, con láminas. ¡A ver qué otro jefe de Estado podrá decir otro tanto!

—Cállate ya —susurró *El Viejo* mirando por encima del talud de la trinchera—. Pasa algo en casa de Iván.

—Es el cambio de guardia —dijo tranquilamente Porta.

—Nada bueno —masculló *El Viejo*—. Mi olfato no me engaña nunca. Iván

prepara una marranada. —Ansioso encendió un cigarrillo de opio y aspiró profundamente—. No se hace tanto para un cambio de guardia. Gregor, vete donde el jefe de la compañía; hay que informarle.

—¡Calma! —dijo Porta—. Espera un poco. Son casi las 10,30. Iván nunca viene tan tarde.

A las 13 en punto, la tierra retembló bajo el fuego de lo menos mil baterías emplazadas detrás de las líneas rusas.

—Esta vez, va en serio —gritó Gregor, asustado, metiéndose en un bunker.

Porta y yo seguimos en el fondo de la trinchera con la ametralladora. Allí se estaba tan seguro como en un bunker, pero había que dominarse los nervios y no verse aquejado de la fiebre de las trincheras, esa extraña psicosis que ha costado la vida a muchos soldados. Porta sonreía para calmarme. El gato se arrimaba a él; ¡entendía de ataques y tenía tanto miedo como nosotros!

La primera gran granada «Haubitz» cayó ante la trinchera cubriéndonos de tierra y de acero. El aire resonaba como bronce, y la descarga siguiente ya estaba en camino. El jefe de la compañía cogió el teléfono y habló con voz entrecortada.

—Aquí el capitán Schwan, 5.^a compañía. Tiro de cortina sobre nuestras posiciones. Caen proyectiles del 52 frente a mi bunker; preveo un gran ataque y pido apoyo de artillería.

El coronel Hinka respondió con su calma habitual:

—Es un poco exagerado, mi querido Schwan; no pierda la cabeza por un poco de artillería. Eso va a remitir, ya lo verá. Si se pone peor, le mandaré una batería de cañones automotores.

Schwan tiró el auricular blasfemando, desenfundó la pistola, se metió el cuchillo de trinchera en la bota y corrió a lo largo de la zanja de comunicación. En los *bunkers*, los hombres esperaban... ¿Cuándo llegarían «aquéllos»? Nadie habla. Todos miraban a las troneras, con las armas a punto. Esperar..., esperar... Es lo más atroz durante un machaqueo y puede desmoralizar a los más fuertes. *Hermanito* tocaba la armónica como solía hacer en esos momentos; su gran pie marcaba el compás; pero nadie podía oír lo que estaba tocando. *El Viejo* se reclinaba en el muro fumando nerviosamente su vieja pipa de tapadera. El legionario mordisqueaba un fósforo.

¡Una explosión como para reventar los oídos! El bunker entero se estremeció. Habían dado en el blanco. Unos camaradas se volvieron locos y se daban con la cabeza contra los muros.

De golpe, el machaqueo paró... ¡Bruscamente!, y esa vez el silencio, que se tornó inaguantable, casi hacía daño. *El Viejo* se puso en pie de un salto, cogió granadas de mano, su fusil ametrallador y empujó a los que todavía estaban atontados por el terrible machaqueo.

—¡2.^a sección, seguidme!

En un abrir y cerrar de ojos, nos tumbamos en la trinchera que ya no era sino un paisaje lunar. La tierra revuelta estaba llena de cráteres.

¡Venían! Llegaban en apretadas oleadas, con sus largas bayonetas caladas en posición horizontal al cuerpo. Una muralla de soldados morenos que lanzaba alaridos detrás de una rastra de acero. Para nosotros, en nuestras trincheras despanzurradas, una visión de infierno.

Sonó el silbato del capitán Schwan. Todas las ametralladoras crepitaron a la vez y los siberianos cayeron como ringleras de bolos, pero, sin piedad, los siguientes pasaron sobre los cuerpos despedazados que se retorcían en la nieve. Arrojaron cadáveres sobre las alambradas, sirviéndose de ellos como puentes. Un vapor de azufre lo envolvía todo y abrasaba los pulmones. ¡Las máscaras, las máscaras! Con la regularidad de una máquina, Porta servía la ametralladora; la hacía girar de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, a la altura del vientre. Llegó sobre nosotros volando una granada de mano, la atrapé en el aire y la volví a arrojar ante mí. Pero la ametralladora falló; una bala se encasquilló en el cargador. Porta quitó el cañón y yo arranqué la bala con mi bayoneta, pues desde tiempo atrás las herramientas especiales habían sido vendidas, como el resto. La «SMG» reanudó su tiro, y ni siquiera me di cuenta de que se ponía candente.

—Cuidado, Porta; sólo quedan 1500 disparos.

Colocamos delante de nosotros un montón de granadas, pero los siberianos penetraron en la trinchera, que empezaron a limpiar avanzando por la derecha. Porta me ordenó que me pusiera el trípode al hombro. No tiene gracia estar con la cabeza bajo el cañón de una ametralladora. Me metí bajo el trípode y corrí a lo largo de la trinchera mientras Porta se cargaba todo lo que se ponía delante.

Una vez más, se encasquilló el arma. La tiré y calé la bayoneta; tenía un fusil ruso de cuerpo a cuerpo mucho mejor que nuestro «98» pasado de moda. Porta blandió la pala de infantería y la descargó sobre la nuca de un ruso que surgió ante nosotros. *Hermanito* se batía como una fiera agarró a dos siberianos por el cuello y les golpeó las cabezas una contra otra hasta que reventaron. Era una carnicería indecible, con sangre en todas partes, gemidos, gritos dementes y sollozos; todo el horror del cuerpo a cuerpo en una trinche angosta.

Al cabo de algunas horas, el ataque remitió. ¿Por qué? Nadie podría decirlo. Los siberianos refluyeron hacia sus líneas. La calma volvió a nosotros, pero el *no man's land* humeaba todavía resonaba de llamadas desgarradoras.

Nos quitamos las máscaras, tragamos nieve para apagar la terrible sed que nos abrasaba y nos tumbamos, agotados, en el fondo de la trinchera que ya no tenía nombre, en medio de los cadáveres, los moribundos, los heridos que gritaban. Yacían en todas partes, pero ¡qué nos importaba! En la guerra, sólo se piensa en uno mismo. Porta me tendió una cantimplora y dos grifas. Alabado sea Dios, pues teníamos grifas

(cigarrillos de opio); de lo contrario nadie resistiría. Llegaron Gregor y el legionario, este último bañado en sangre.

—¿Quién te ha emporcado así? —pregunta Porta—. ¿Has tomado un baño en la carnicería?

—Es que un capitán se ha quedado ensartado en mi bayoneta. ¡Vaya mierda!

Nuestro grupo estaba indemne, pero el capitán Schwan había desaparecido. Unas horas mas tarde, le encontramos con el vientre abierto en un hoyo, con los intestinos destrozados; ¡horrible! También el amigo de Porta, el suboficial Franz Krupka, tenía el cráneo roto de un palazo. Había que enterrarlos a todos, y sobre la fosa abierta hincamos fusiles con los cascos colgados en el extremo.

El regimiento fue relevado para ser reajustado; sólo nuestra compañía había perdido sesenta y ocho hombres. Pero al pasar ante la cocina de campaña, vimos a un nuevo ranchero, al que Porta contemplaba con estupefacción.

—¡Eh, camarada! ¿Dónde está el suboficial Wilke?

—Se fue esta mañana en avión, con el general Huba.

A Porta se le cayó el cigarrillo de opio.

—Pero ¿será posible?

—Tal como te lo digo. ¿Por casualidad, eres Joseph Porta? Tengo un paquete para ti y saludos de parte de Wilke. ¡Ha dicho que eres el mejor compañero del mundo!

Por primera vez en mi vida, vi a Porta quedarse boquiabierto. Entramos en los barracones para tratar de dormir, pero él estaba tan pasmado de la noticia que volvió a la cocina para cerciorarse y, sobre todo, para recoger el regalo de quien creyó firmemente deberle la vida. El nuevo ranchero no sabía gran cosa. Al parecer, Wilke se fue al campo de aviación de Gumrak por orden del regimiento. Porta volvió al cuartel meneando la cabeza, pero con su valioso bulto de vodka al hombro.

De camino, topó con un teniente jovencísimo que llegaba a nuestro infierno con unos cuantos reservistas. Por un instante, los dos hombres se contemplaron en un silencio hostil. El teniente aguardó visiblemente una reacción de su subordinado, y en los ojos azules de Porta sólo se vio condescendencia.

—¡Eh! Cabo primero, ¿no conoce usted las órdenes del Führer?

Porta se irguió:

—Notifico a mi teniente que nuestro jefe de compañía no ha dado ninguna orden desde que Iván nos partió la cara anoche. Le enterramos después del ataque.

—¿Se ha vuelto usted loco, cabo? ¡Está insultando al Führer!

Porta dio un taconazo y saludó dos veces.

—Mi teniente me permitirá decir que soy incapaz de insultar a nadie. Había comprendido que mi teniente hablaba de mi jefe de compañía. Es él quien da las órdenes y nadie más.

El joven teniente se atragantó.

—¿Cuál es su cometido en la compañía, cabo?

—Un poco de todo. Por el momento, soy el jefe del 3.^{er} grupo.

—¡Que Dios guarde a Alemania! ¿Quién es el loco que ha podido nombrarle a usted jefe del grupo?

—Mi teniente, eso no me hace ninguna gracia pero una orden es una orden. Por lo demás, dicen que es menester más seso para ser cabo primero que para ser mariscal y, a copia de hacer la guerra, creo que tienen razón. Nosotros los cabos somos la columna vertebral del Ejército, y los graduados, su complemento.

—¡Se atreve usted, pedazo de cerdo! —chilla el teniente—. Nuestro Führer Adolf Hitler ha dicho... ¡Cuádrese cuando hablo del Führer!

—Pido permiso a mi teniente para notificarle que lleno mi uniforme lo mejor que puedo.

El recién llegado estaba tan enfurecido que ya ni siquiera oía a Porta, sino que buscaba en sus recuerdos lo que solía repetir a las Juventudes hitlerianas durante los ejercicios.

—¡Soldado! ¡La sangre debe hervir de orgullo en sus arterias! Es el deber de todo ciudadano alemán, hombre o mujer. ¿Comprende usted, pedazo de cerdo? Pero aguarde, yo soy quien toma el mando de su compañía y vamos a limpiar esas cuadras. Exijo disciplina y orden. ¡Cada hombre debe ser templado como acero «Krupp»! Ahora, ¡quítese de mi vista!

El joven teniente se fue rumiando su venganza, pero aquel día era para él nefasto. Con los nervios rotos, se cruzó en el camino de *Hermanito*, que transportaba cubos de agua para la cocina de campaña y, al chocar ambos, el agua salpicó las relucientes botas del teniente. *Hermanito*, que no se había percatado de nada, blasfemó y se disponía a continuar su camino cuando oyó vociferar detrás de él.

—¡Eh, salvaje! ¿No saluda usted a un oficial?

«Otro enviado de la retaguardia que se imagina que la guerra se gana saludando —se dijo el gigante lleno de piedad—. En fin, eso no es cosa mía. Para sobrevivir, como dice Porta, hay que dar la razón a todas sus idioteces». Y prosiguió hacia la cocina de campaña.

—¡Le hablo a usted, gorila de los cubos! —aulló el teniente, que temblaba de rabia—. Pero ¿dónde me he metido?

—Mi teniente —se guaseó *Hermanito*—, está usted en el 27.º, 5.ª compañía, en Stalingrado.

—¿Y aquí no se saluda a los oficiales de la Gran Alemania? —preguntó el teniente, que se ponía violento—. ¿Cómo se llama usted, orangután?

—Soldado de 1.ª Creutzfeld —respondió impecablemente el gigante—, pero para los compañeros, *Hermanito*, sin duda porque soy tan alto.

—¿Y no saluda usted a los oficiales?

—Mi teniente, no puedo hacer dos cosas a la vez: ¡acarrear agua para que los señores oficiales puedan tener su baño, pues en Stalingrado no hay agua, y al mismo tiempo saludar a todo el mundo!

—¡Todo el mundo! ¡Vaya palabra imprudente! Soldado —dijo el teniente, lívido, tratando de mirar duramente a los ingenuos ojos azules—, se presentará usted a las 13 horas ante mí en uniforme de marcha y le enseñaré cómo hay que comportarse en presencia de un oficial. ¿Entendido?

—Notifico a mi teniente que no es posible. El coronel ha ordenado que esté a su lado a las 12,30. No sé si mi teniente conoce al coronel Hinka, pero es precisamente a quien menos me gustaría desairar. Y un coronel es superior a un teniente; lo pone el reglamento.

—Muy bien. Entonces mañana a las ocho ante mí, ¡y le haré pasar las ganas de burlarse de mí!

—¡Buenos días, teniente Pirch!

Una voz sosegada se oyó detrás del teniente, borracho de cólera. Tras haber estado cuatro años de instructor en la retaguardia, el joven oficial pidió ver de cerca cómo eran aquellos miserables soviéticos, y le mandaron directamente al frente de Stalingrado.

—Me alegro de que aprenda usted a conocer a la 5.^a compañía.

El teniente se estremeció. Tenía delante a un coronel, una de cuyas mangas colgaba vacía: el comandante del 27.º de Carros, el coronel Hinka.

—*Heil Hitler!*, mi coronel.

—Está bien, está bien —dijo el coronel sonriendo—. Tú, Creutzfeld, ¡lárgate! Seguramente hace falta agua.

Hermanito dio un ruidoso taconazo:

—A sus órdenes, mi coronel. Faltan diez cubos. ¡Me largo!

—Entonces, ¿va usted a encargarse de la 5.^a compañía, teniente Pirch? —preguntó el coronel contemplando con fría mirada al joven teniente—. Le pongo inmediatamente en guardia: no eche a perder esta compañía. Para su gobierno, el frente no es el cuartel. Aquí no se pone la mano en la costura del pantalón, sino en el gatillo del fusil. Espero haberme expresado claramente, ¿entendido, teniente?

Y se fue sin esperar respuesta.

«¡Vaya pandilla! », pensó el teniente Pirch maldiciendo ya el día de valentía en que solicitó ser enviado al frente.

La Asociación de la Aristocracia alemana declara por voz de su presidente y mariscal de la Nobleza, príncipe de Bentheim Tecklenburg, que está de acuerdo con el nacionalsocialismo, y demanda un certificado riguroso de arianismo para la nobleza y sus antepasados hasta 1750.

19-1-35.

Un cabriolé «Mercedes» negro bordeaba lentamente las apacibles villas de Berlín Dahlem. El coche paró, saltó de su asiento el chofer SS y abrió la portezuela al obergruppenführer Reinhard Heydrich, quien se apeó y tomó por el sendero bien cuidado que conducía a la casa.

Era una villa blanca de dos pisos, situada un poco a trasmano. Flores y árboles frutales desprendían un agradable olor. Heydrich se estiró el uniforme gris claro y empujó una verja sin llamar.

El dueño de la casa, almirante Canaris, jefe del Servicio de Informaciones, estaba tumbado en una gran chaiselongue en medio del césped y hablaba con su mujer, guapa morena de mirada inteligente.

—¡Qué querrá, Dios mío! —murmuró el almirante, estupefacto, al ver al hombre que avanzaba a través del jardín.

—¿Tienes dificultades con Heydrich?

—Con él siempre se tienen dificultades.

La señora de Canaris se acercó a recibir al temible personaje, quien le besó educadamente la mano que le tendía. El almirante, presa de cierto nerviosismo se puso en pie.

—Buenos días —dijo la señora de Canaris, indicando un asiento—. ¿Puedo servirle un coñac?

—Gracias —dijo Heydrich, aceptando la copa que le alargaban.

Hubo un silencio. El calor era asfixiante; un calor de tormenta.

—Este tiempo debe de cansarle a usted —murmuró la señora de Canaris.

—No tengo mucho tiempo para pensar en eso; tengo demasiado trabajo y también demasiadas dificultades. —El hombre miró al almirante a los ojos—. Acabamos de tener un lío en Dusseldorf, un lío endiabladamente irritante. —Aguardó un momento, pero el rostro del almirante permanecía como de palo—. Mis hombres debían detener a un tal conde Osterburg...

La señora de Canaris hizo un gesto involuntario y dirigió una mirada de soslayo a su marido quien, con los ojos bajos, jugueteaba con su copa. Se cernía un peligro. Heydrich no estaba allí en visita de cortesía.

—¿Y su gente no ha encontrado al conde? —preguntó, sonriendo la señora.

—¿Cómo lo sabe usted? —replicó bruscamente Heydrich.

—Lo presumo —dijo la señora de Canaris con una risa nerviosa—. Acaba usted de hablar de lío irritante.

—En efecto, eso dije. —Se volvió hacia el almirante—. Pero lo que más me sorprende es que ese conde Osterburg acaba de aparecer en Roma. Se le ve todos los días en compañía de un tal Angelo Ritano, y me parece que ese Ritano forma parte de sus servicios, almirante. ¿O acaso me engaño?

—Es muy posible —respondió el almirante Canaris sin alzar los ojos—. Haré una indagación, si usted lo desea.

—Puedo hacerla yo mismo.

—¿Tan urgente es?

Heydrich se levantó y se calzó los guantes:

—Todo es urgente en mí —dijo—. Dispense esta breve visita; tengo una cita importante con el jefe de la Gestapo.

Y desapareció tan silenciosamente como había llegado.

EVACUACIÓN DEL CORONEL HINKA

Una mañana, con un frío mortal agravado por una tempestad de nieve, Porta y yo tuvimos que transportar al coronel Hinka herido hasta el aeropuerto de Gumrak. Era el único que había podido salir de su carro en llamas.

En el terreno de aviación, cientos de heridos esperaban ser evacuados del infierno de Stalingrado. Tres aviones, con los motores en marcha, estaban allí. Un jefe médico se atareaba entre las camillas cubiertas de nieve, dando los permisos de transporte para anularlos un instante después. Ése fue dos veces seguidas el caso del coronel Hinka, pero Porta empezó a mosquearse.

—Hacen falta los grandes remedios, y voy a usarlos. Esos memos no conocen aún a Joseph Porta. He visto aquí, a un compañero que tiene tratos con peces gordos. Espérame.

Un cuarto de hora más tarde, volvía en compañía de un *oberfeldwebel* vestido de

piloto.

—A los papeles que te he dado ningún graduado con estrellas se atrevería a meterles mano, ¡pero que Dios se apiade de ti si me vendes! ¡Te encontraría hasta en Finlandia! Acuérdate de a quién sirvo.

—No lo olvido, camarada, pero déjate de amenazas; me ponen nervioso. Nosotros dos es mejor que sigamos amigos, pues si me pongo a charlar, también sudarás tú, así es que estamos empatados. Recibirás el parné una hora después de que nuestro coronel esté en seguridad. ¡Pero no lo olvides el día que seas oficial!

El piloto metió unos misteriosos papeles bajo el capote del coronel Hinka y cambió el número de la división por otro que le ató a la muñeca. El médico jefe llegaba a grandes zancadas, seguido por un grupo de sanitarios.

—¡Os dije que os largaseis! ¡Desapareced con esta maldita camilla y llevadla a la sala de curas!

—Señor médico jefe —dijo Porta en posición de firmes—, nuestro coronel herido debe ser evacuado por orden del Ejército.

—Aquí quien manda soy yo —estalló el médico—. Ni el mismísimo Führer tiene nada que ver.

—A la orden del señor médico jefe —replicó tranquilamente Porta sacándose una agenda del bolsillo—. ¿Qué hora es? —me preguntó.

—Las diez y media.

—¿Qué está usted haciendo? —gritó el médico furioso.

—Cuando regrese con mi coronel herido, es menester que diga a qué hora una orden del Ejército ha sido sabotada, y por quién.

—¡Enséñeme esa orden del Ejército! —El médico tomó los papeles y se calmó instantáneamente—. Entonces, subid la camilla al avión y desapareced, pero ¡ay de vosotros si me habéis engañado! Nunca perdono.

Una vez aupada la camilla al avión que estaba a punto de despegar, pregunté con cierta inquietud:

—¿Y qué harás si el canalla ese se informa? ¡Te costará el cuello!

—No preguntará nada en absoluto, imbécil —respondió Porta con despreocupación—, y además también encontrarían algo. Una vez dije que Heydrich era tío de mi madre. ¡Todo se puso patas arriba! ¡Tuve gasolina para todo el regimiento! ¿No has comprendido aún que entre nosotros hay más miedo a los jefes que a los siberianos?

En aquel instante, se vio llegar corriendo a un teniente coronel que agitaba un papel.

—¡Una plaza en el avión! —gritaba—. Aquí está la orden. Viene del Cuartel General del Führer.

—Lo siento, mi coronel —dijo sonriendo el piloto, quien arrugó la orden de

salida—. Estos papeles fueron anulados hace tres días para impedir las deserciones de la zona de combates.

—¡Desertor yo! ¡Está usted insultando a un oficial alemán!

Porta se agachó y recogió el papel de la nieve.

—Es verdad, Gustav —dijo—. No se trata así a un coronel. En tanto que cabo primero en activo, mi deber es avisar a la Policía militar, pero que en seguida.

—Buena idea —dijo el piloto con ancha sonrisa—. Vete ya a buscar a los perros de presa. Tengo curiosidad por saber qué dirán de una orden procedente del Führer.

El teniente coronel, de pronto, pareció muy preocupado. Se arrimó a Porta y susurró al piloto que ofrecía veinte mil R. M. por una plaza en el aparato.

—¡Lárgate de aquí, basura —gruñó el aviador—, que apestas!

Porta agarró al teniente coronel del cuello del uniforme y le dio un puntapié que le mandó a rodar en la nieve. En aquel preciso momento, aparecían dos policías militares.

—¡Soldado! Buena la ha hecha usted. ¡Agredir a un oficial!

—¡Depende, si se trata de un desertor! ¡Ha ofrecido veinte mil marcos al piloto para apoyar el culo en el taxi!

El teniente coronel, que se había incorporado, se sacudía la nieve de su largo capote.

—¡Detened a ese hombre! —gritó señalando a Porta—. Ha atacado a un oficial alemán.

—¡Cartillas militares! —ordenó uno de los perros de presa, sacando la pistola—. Y poneos firmes cuando un oficial os hable. ¿Entendido?

Imperturbable, Porta mostró el papel arrugado y lo entregó al gendarme de campo.

—En primer lugar, detened a ese cobarde con uniforme de oficial. ¡Tiene la cara dura de decir que este papel caducado procede del Cuartel General del Führer!

Desconcertado, el gendarme dio una ojeada a la orden.

—Mi coronel —dijo—, sintiéndolo mucho, debo detenerle por sospechoso de deserción, y le prevengo que a la menor tentativa de fuga haré uso de mi arma.

El oficial, pálido como un muerto y protestando con vehemencia, desapareció entre los dos gendarmes.

—¡Ya está! —exclamó Porta haciendo el gesto de lavarse las manos.

El piloto nos ayudó a aupar la camilla de Hinka, que habíamos cubierto de mantas. También dentro del avión se quedaba uno helado.

—¡Tener un sitio ahí dentro! —suspiré—. No saldremos vivos de Stalingrado.

—Hay que tomarse las cosas como son —replicó Porta encogiéndose de hombros—. Con suerte y un poco de seso, quizá saldremos del paso, de todos modos.

Una multitud de heridos, cojeando y hasta arrastrándose, rodeaba los aviones de

transporte. Era menester que los gendarmes, insensibles a los gritos y a las súplicas, apartasen a aquellos desventurados a culatazos. Una plaza en el avión era salvar la vida. Por doquier salían siluetas demacradas: un patio de Monipodio en la nieve. Se agarraban a las puertas, al fuselaje, al piloto, pero en vano. Los aviones ya iban recargados, con las bodegas rebosantes de hombres ensangrentados. Volvieron a tirar cajas de municiones, de medicamentos y de material de radio para embarcar a heridos graves, entre ellos un joven teniente que, en lugar de pies, no tenía sino muñones escarlatas.

El avión que se llevaba a Hinka rodaba ya por la pista y el amigo de Porta nos hizo grandes gestos; se veían claramente sus grandes manoplas blancas. El aparato viró y los tres motores zumbaron.

—¡Con tal de que pueda elevarse! Va demasiado cargado.

El piloto aceleró el motor, el avión despegó pesadamente en una nube de nieve y sus ruedas casi rozaron el techo del hangar; pero tomó altura, viró de ala, nos sobrevoló por última vez y, luego, el pesado «JU-52» desapareció en las nubes.

—No lleva ni radio ni nada. ¿Cómo se las va a apañar?

—No tengas siempre canguelo —masculló Porta—. Gustav conoce su oficio; llegará bien.

El «JU» siguiente despegaba a su vez. Consiguió apenas elevarse, se encabritó y cayó hacia atrás. Una explosión formidable, y todo se sumió en un mar de llamas. El tercero despegó, por su parte, a la velocidad de un proyectil. Salió de la pista, dio media vuelta y continuó a toda velocidad hacia la valla de alambradas. Esperábamos la catástrofe, pero justo antes de la valla, el aparato se enderezó, viró hacia el Oeste y, por fin, desapareció de nuestra vista.

El vehículo anfibio que nos había transportado nos esperaba para el regreso. Con gran sorpresa nuestra, junto a él yacía un bulto gris sobre la nieve enrojecida. Era el teniente coronel de los 20 000 marcos...

—¡Leñe! —exclamó Porta—. ¡El consejo de guerra es expeditivo en Stalingrado! ¡Ése se ha escapado del infierno, pero no de la forma que él deseaba! Evidentemente, resulta bastante fácil ser oficial en tiempos de paz, pero en tiempos de guerra, ¡vaya cabronada!

—Me pregunto a cuántos habrán ejecutado aquí, en la zona.

—A muchos, seguramente. Un *feldwebel* de cazadores me dijo que sólo su compañía había apiolado a 850. Unos gandules. Nunca se sabrá a cuántos han despachado los consejos de guerra. ¡Es ultrasecreto!

Bajamos por la calle Litvínov y tomamos un atajo hacia la plaza Roja, una de cuyas cuevas albergaba un hospital provisional. Teníamos orden de recoger una caja de apósitos para el regimiento. Un terrible hedor a sangre, a excrementos y podredumbre nos recibió. Los heridos se vislumbraban en una penumbra alumbrada

por débiles cabos de vela. Tropecé con un cadáver y me caí sobre un desgraciado que aulló de dolor.

—¿No estáis viendo que ya no queda sitio? —gritó un *feldwebel* herido—. ¡Largaos los dos!

—¿Estáis heridos? —preguntó un médico que llevaba la máscara puesta.

—No venimos a buscar apósitos —dije, alargándole la orden del regimiento.

—Cuarta puerta a la derecha, pero no os olvidéis de poneros firmes. Ahí no están para bromas.

El *sanitätshauptfeldwebel* que leyó nuestra orden de requisita nos miró con expresión rara.

—¿Apósitos? Os daré periódicos, si queréis, es lo que usamos hace quince días. ¿Y morfina además? ¿Por qué no un quirófano con gas carbónico y todo? —dijo gritando progresivamente—. ¿Dónde creéis que estáis, pedazos de imbéciles? ¡Todavía no sabéis que estáis en Stalingrado! ¡Fijaos en esos dos idiotas! ¡Vienen a darme la lata con la de trabajo que tengo! ¡Una requisita! ¡Me toman por Papá Noel! —Con rabia, rompió la orden y nos dio una mitad a cada uno—. Comedlo y acordaos: ¡aquí, en Stalingrado, no tenemos nada y no volveremos a recibir nada! ¡Hemos sido borrados del Ejército, ya no existimos! ¡Y limpiaos el trasero con vuestra orden!

Echados del «hospital», fuimos detenidos fuera de la ciudad por un mayor con capote de carnero blanco y fusil en bandolera.

—¿Adonde vais? —gritó un teniente con pinta de *bulldog*.

—Mi teniente, volvemos a nuestro regimiento tras haber transportado a nuestro coronel herido a Gumrak.

—¡Cartillas militares! —ordenó—. Bueno. Por el momento os quedáis aquí. Meted vuestro coche allí, bajo los árboles. Os daremos granadas de mano y os ponéis ahí, en la carretera, con nosotros.

Nos dieron granadas de mano y nos englobaron en una sección, a las órdenes de un *feldwebel* de Gendarmería de jeta más desagradable aún.

—¿Qué se hace aquí? —pregunté bajito a un artillero que estaba a mi lado.

—¿Estás ciego? ¿No ves que somos un comando de consejo de guerra? Echa un vistazo a la zanja que está detrás de ti. ¡Y no es más que el trabajo de la mañana! Hace dos días sólo que estoy en esta unidad. ¿Queréis un buen consejo? Daos el piro tan pronto tengáis ocasión.

Un batallón de cazadores apareció en el mismo instante. Magníficamente equipado, no carecía de nada. Hasta tenía dos grandes camiones aljibe.

—¿Adonde vais? —preguntó el mayor de la pelliza blanca.

—Orden de concentración en el meandro del Don —respondió el teniente con importancia.

—Orden anulada. Os ponéis, en posición aquí; vamos a indicaros el sitio.

—Lo siento, querido camarada —dijo el teniente, mirando con visible desprecio al oficial de Gendarmería—. Mis órdenes son de reintegrarme al meandro del Don, y las cumplo.

El mayor sacó la pistola y le apuntó.

—Toma usted posición aquí, o de lo contrario le hago ahorcar por desertor. Yo estoy a las órdenes del O.B. (Mando supremo).

El teniente palideció, perdió su arrogancia y bajó lentamente de su oruga.

—Helmer, enseña al teniente el sitio donde debe enterrarse —dijo el mayor con desprecio.

—Camarada —tartamudeó el teniente—, hay que comprender...

—Comprendo de maravilla. Entiérrese antes de que le aplaste un «T-34». El meandro del Don no conduce a ninguna parte.

Durante seis horas estuvimos allí parando una riada de fugitivos de todas las armas. Cada cual sólo tenía una idea: abandonar la marmita de Stalingrado, lejos de los «T-34» que atacaban y de la infantería siberiana. Algunos, cuando les parábamos, amenazaban con todos los castigos y gritaban «Misión especial»; otros usaban de súplicas, pero la Gendarmería no tenía piedad. Papeles y órdenes eran inútiles, y si se ponían demasiadas pegas, estaba el piquete de ejecución...

Al cabo de un rato, Porta y yo logramos, sin embargo, salir de las garras del mayor, no ciertamente por favor especial, sino porque la previsión de Porta le había hecho llevar órdenes selladas por el O.B. Ese tipo de firma hace ablandar hasta al más sanguinario de los perros de presa.

Despreocupado, Porta silbaba mientras el anfibio corría alegremente por la carretera de Kuperósnoie. Hacía un frío tremendo. Yo dormitaba, con el abrigo en la cabeza, y entramos en una tempestad de nieve. Por dos veces, el vehículo se atascó y hubo que sacarlo a fuerza de pala. En la carretera, nadie, ni un alma, y a trechos, los montones de nieve eran tan altos que rebasaban los postes telegráficos.

Bastante lejos de Kuperósnoie hubo que bordear columnas de caballería cuyas cabalgaduras relinchantes se sostenían con mucha dificultad sobre el pavimento helado.

—¿De dónde vendrán esos pencos? —preguntó Porta muy extrañado—. Abre el apetito ver tantos bistecs vivos; me gusta mucho la carne de caballo.

Los caballos echaban nubes de vapor. Se olía a cuero mojado. De pronto, dos caballos se encabitaron cortando el camino y un oficial llegó al trote gritando algo incomprensible. Después de la caballería, aparecieron obuses con sus cortos cañones apuntando hacia las nubes de nieve que desfilaban. Luego, unas columnas de exploradores con bulldozers y palas mecánicas. Toda aquella gente iba en la dirección de donde veníamos nosotros.

—¡No es posible! Nos mandan refuerzos —exclamó Porta—. ¿Has visto ese material? Nuevo y flamante. Se diría que son rumanos.

Durante dos horas hubo que continuar bordeando aquellas enormes columnas, una división al menos, y Porta hacía alegres señales a los cazadores esquiadores, cuyos vehículos estaban erizados de esquíes.

De golpe, frenó tan bruscamente que el coche dio media vuelta patinando sobre el camino helado.

—¡Te has vuelto loco! —grité agarrándome al tablero de mando.

En mitad del camino estaba un oficial que empuñaba un letrero de *STOP*. Porta se agachó sobre el volante y el coche aceleró en la dirección opuesta.

—¡Son los rusos! —chilló Porta.

«*Stoí! Stoí!*». Se oían gritos detrás de nosotros y sonaban tiros. Porta conducía a una velocidad infernal, haciendo slalom entre altos árboles, a lo largo de un estrecho sendero de bosque. Por fin paró, sacó de la caja de herramientas dos gorros de pieles rusos y dijo jadeando:

—Vale más escamotear el tocado de Hitler. ¡Suerte que he podido vislumbrar a ese oficial Iván, que si no era nuestro último pedo!

—¡Larguémonos! —dije mirando con terror detrás de mí.

Nos colgamos los «M.P.I.» sobre el pecho, con los cuellos alzados y los gorros de pieles con estrella roja sobre la frente, como verdaderos soldados rusos, pero con bombas al alcance de la mano mientras continuábamos a bosque traviesa. Poco después, volvimos a la carretera, que seguía llena de columnas en marcha. Porta dobló por un camino lateral y, de pronto, el motor falló, y se paró a unos metros de la carretera. El pelirrojo bajó tranquilamente y levantó el capó con la mayor naturalidad. Una división cosaca pasaba por la carretera cantando. Son de lo más romántico los cosacos cantando, y sus caballos relinchando, pero por el momento aquel romanticismo me helaba de terror. Empuñando la pistola, vi a Porta limpiar las bujías y examinar el carburador y el encendido, mientras me quitaba la calavera del cuello de la guerrera y la pisoteaba. Aquellos chismes de plomo habían causado la muerte de muchos soldados de carros. Siempre nos tomaban por la división de Eicke (división de la muerte).

—¿Tienes miedo de Iván? —dijo Porta burlonamente—. De nada sirve quitarse ese chirimbolo; si nos cogen, de todos modos nos liquidan a causa de nuestros gorros y de nuestras «M.P.I.» rusas. Y si no me engaño, tu bayoneta está afilada. En la Primera Guerra Mundial ya se fusilaban soldados por eso. Sólo saldremos del paso con astucia, y no somos más tontos que esos salvajes de ojos oblicuos.

Un brigada de Artillería salió de la maleza y se nos acercó.

—*Zdrávstvuite* (buenos días).

—*Zdrávstvuite!* —contestamos presurosamente.

Con aire interesado dio lentamente la vuelta al vehículo.

—Hitler *mashina* —dijo con ancha sonrisa y dando una patada a la rueda delantera.

—*Da* (sí).

—*Joroshi*?

—*Da*.

El brigada se echó a reír y dio un manotazo a Porta, inclinándose sobre el motor. Porta le golpeó los dedos con una llave para impedirle que desmontase el delco.

—*Yálovka* —dijo el ruso limpiándose los dedos llenos de aceite en su largo capote de artillero.

Era la mar de charlatán y nosotros contestábamos *Da* o *Niet* a bulto. Porta le tendió un cigarrillo de grifa, lo cual le hizo brincar de contento. ¿Dónde los habíamos conseguido?

—Yeniseisk —respondió Porta sin reflexionar dónde estaba la ciudad en cuestión.

—Yo soy de Chita —explicó el brigada—, y detesto a los moscovitas. Hablan el ruso como cerdos. Vosotros, los de Yeniseisk sois difíciles de entender, pero al menos sois buenos chicos, no orgullosos como ellos. Debían de haberlos matado a todos durante la revolución.

Porta consiguió por fin poner el coche en marcha y yo suspiré de alivio, pero, desgraciadamente, apenas recorridos diez metros nos hundimos en un montón de nieve.

—Se camina mejor con caballos en época de nieves —se guaseó el brigada.

Los tres, agachados y empujando con el hombro, no conseguimos nada, pues las ruedas patinaban mucho.

—¡Esperad! —gritó el brigada, desapareciendo bajo los árboles.

—¿Qué querrá ahora ése? —dije en el colmo del nerviosismo.

—Buscar compañeros para que le ayuden —respondió Porta irónicamente—. Los rusos siempre han pasado por ser de lo más amable.

—¡Dejemos el coche aquí y larguémonos!

—¡Un poco de calma, caray! Coge la ametralladora, y si hacen el tonto te los cargas. ¡No van a volver con todo el Ejército Rojo!

—¿Has comprendido todo lo que ha dicho?

—¡Claro que no! Tampoco nos ha comprendido él, pero ¿qué tiene de extraño? Rusia es inmensa. Hay muchos dialectos, y las pequeñas repúblicas se detestan entre sí. ¡Suerte que no dije que veníamos a de Chita! Estuve a punto.

—¿Dónde queda Yeniseisk?

—Ni idea, pero el comisario que nos cargamos el otro día era de allí, por lo tanto queda en Rusia.

El brigada volvía con tres hombres.

—*Davái! Davái!* —gritó fogosamente.

En un abrir y cerrar de ojos, el coche salió del atolladero.

—*Dotsvidania!* (hasta la vista) —gritaron a coro mientras nos largábamos sin pararnos en barras.

Otra columna de infantería rusa, y luego nos hicieron signo de arrimarnos para dar paso a un coche de Estado Mayor. En un cruce, un teniente general observaba a las tropas que pasaban frente él.

—Sigamos a pie —dije muy nervioso—. ¡No se fijarán en nosotros! Si no, ¡presiento que habrá follón!

—No digas bobadas. ¿Quién puede creer que dos héroes alemanes están lo bastante locos como para pasearse en «Volkswagen» en plena mitad de las líneas enemigas? Nos toman por dos rusos que han robado un trineo a Hitler.

Bajamos la garganta de Boliov procurando salirnos de la carretera principal por otra lateral, pero unos gendarmes nos hicieron volver con gesto rabioso a la carretera. No había más remedio que continuar.

Cerca del Volga, se veían dos grandes barcazas volcadas. Por fin logramos colarnos en una calle transversal en medio de los gritos roncoss de varios soldados.

—¿Qué chillan? —dije aterrado.

—Que vayamos con cuidado. Eso lleva hacia los alemanes, ¡figúrate!

Con alivio, Porta se quitó el gorro ruso, que tiró al fondo del coche.

Por fin, fuimos detenidos en un puesto alemán. Los artilleros, estupefactos, nos preguntaron de dónde veníamos y quedaron tan poco convencidos de nuestras explicaciones, que nos llevaron al jefe de la compañía. Necesitamos dos horas de verborrea para obtener finalmente permiso para regresar a nuestro regimiento.

Cuando llegamos, vimos que el pánico reinaba en todas partes. Circulaban las más siniestras noticias. Se decía que los rusos habían roto el frente en varios sitios.

Adueñémonos del poder. No lo devolveremos jamás, cualesquiera sean los medios necesarios para conservarlo.

Joseph Goebbels, ministro de Propaganda, a Ernst Thaelmann — 3 de enero de 1932.

Dos jinetes trotaban rápidamente por una senda del Tiergarten que, a aquella hora, estaba desierto. No habían dado aún las siete de la mañana. Eran el obergruppenführer Heydrich y el almirante Canaris.

—La idea de meter a unos cuantos prisioneros con uniforme polaco y de organizar un atentado contra la estación de radio de Gleiwitz es excelente —dijo Heydrich—. Eso nos dará una buenísima razón para atacar Polonia.

—Sí, he oído hablar de eso —replicó Canaris, con el semblante hermético—, pero no soy de igual parecer y no creo que pueda guardarse secreto un subterfugio tan degradante.

—¡Oh!, no pase cuidado. ¡Ninguno de los prisioneros sobrevivirá a la operación! —se burló Heydrich.

—Sin embargo, se ha prometido la libertad a quienes salgan del paso, pues todos serán voluntarios.

—Es muy posible, pero resulta una promesa imposible de cumplir. Por lo demás, está usted más enterado que yo, almirante. Según me ha dicho uno de sus próximos colaboradores del Servicio de Informaciones, la idea procede de éstos. Entonces usted sería el encargado de ese desagradable asunto —dijo, mirando triunfalmente al pequeño almirante ensombrecido.

El almirante puso su caballo al paso, le acarició el cuello y se volvió lentamente hacia el temible jefe de los RSHA.

—No, obergruppenführer, mis Servicios no se ocupan de este caso.

Heydrich dio media vuelta. Se oía un pájaro carpintero picotear un tronco. El nazi se golpeó las botas con la fusta y contempló a su compañero con una mirada de ave de presa.

—¿Puede saberse el porqué? El Führer ha aprobado la idea.

—Justamente. Porque no es mía —replicó secamente el almirante—. Ha sido puesta a punto sin que yo lo supiera en uno de mis servicios.

—De todos modos será de su incumbencia —prosiguió irónicamente Heydrich—. Es usted responsable de lo que inventan sus subordinados. Ayer mismo hablé de eso

con el reichsführer y el reichsmarschall, y ambos estaban de acuerdo conmigo. Ese asunto sólo le atañe a usted.

Canaris encendió despacio un cigarrillo observando al cínico jefe de la Seguridad del Reich.

—Despídase de eso, señor Heydrich. Puede usted imaginar que hace tiempo temo que me endosen ese acto. Figúrese que también yo estoy bastante bien informado, pues he tenido con el Führer, y muy recientemente, una conversación franca y me da completa razón. Ese método tan desagradable no tiene nada que ver con el contraespionaje, y escandalizaría al Ejército entero. El Führer opina igual que yo. Eso atañe al RSHA, es decir a usted, obergruppenführer.

Trotaron en silencio un rato y, luego, Heydrich se inclinó hacia el almirante.

—Almirante Canaris, es usted un viejo zorro. ¡Le admiro, palabra! Pero no esté demasiado seguro de sí mismo. Ocurre que los zorros también son cazados.

Y se alejó a galope corto hacia el «Mercedes» negro que le aguardaba en una alameda.

UN CONSEJO DE GUERRA VOLANTE

Cierta noche, un «HE in» aterrizó en un campo cerca de Stalingrado, y nadie en el VI Ejército sospechaba qué pasajero llevaba.

El aterrizaje fue también secreto. Únicamente lo presenciaron algunos oficiales del regimiento de paracaidistas MATUK. El aparato, inmediatamente camuflado, era casi invisible en el terreno, y los paracaidistas que lo rodeaban tenían orden de disparar sobre quienquiera se acercase a él.

El primer pasajero que bajo era un individuo larguirucho y delgado, Theodor Eicke, jefe supremo de los campos de concentración, comandante de la 3.^a división Panzer, llamada división de la calavera. La desfachatez y la brutalidad de aquel personaje irritaban hasta al propio Führer, de suerte que la división de la calavera había sido privada de permiso por toda la duración de la guerra. Tras los talones de Eicke apareció una sección de SS, especialistas en liquidaciones. Eicke y sus esbirros subieron a un trineo motorizado del regimiento de paracaidistas cuyo conductor habitual se vio obligado a ceder el sitio al *oberscharführer* Henzel, *El Verdugo*, como le llamaban en Dachau.

En una nube de nieve, el trineo y sus siniestros ocupantes corrieron hacia

Stalingrado para visitar el Estado Mayor del Ejército en el sótano antes ocupado por la NKVD. Habían cambiado las letras WL (Ejército del Aire) por la sigla de las SS. Eicke no hacía nada a medias. Los presos de Dachau hubiesen podido dar testimonio, desde el canciller austriaco Kurt von Schuschnigg, que había ocupado el bunker de los «Especiales», hasta el último de los judíos sacado de los barrios miserables de Berlín.

La llegada inopinada de Eicke al Estado Mayor del VI Ejército sembró el pánico. Su jefe, general Paulus, que ocupaba el despacho de un ex carcelero de la NKVD, se levantó espantado pero tendió educadamente la mano a Eicke, que permanecía en pie con las piernas separadas en la entrada de la estancia. Eicke ignoró la mano extendida y miró con altivez al general jefe cubierto con dos capotes sin cinto. El nazi vestía correctamente un impermeable de cuero negro sobre el capote gris perla de buen corte.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó Eicke con desdén, fumando lentamente un largo cigarro.

—General del Ejército Paulus. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—¡Honor! Ésta sí que es buena —se burló Eicke— General, soy el SS *obergruppenführer* Theodor Eicke, que viene aquí en calidad de representante del Führer para ver lo que hacen ustedes. ¿Hacen la guerra o se toman unas vacaciones de invierno?

El general Paulus, de finas manos de cirujano, de modales impecables, no dio crédito a sus oídos.

—Al verle, general, he creído ver a un prisionero bolchevique calentándose sus viejos huesos en un capote alemán. ¡No se parece usted nada a un soldado del Reich! ¿Qué hacen ustedes de la disciplina por aquí? Lamentaría tener que informar al Führer de que han renunciado ustedes a vencer.

—¡No tolero ese tono! —estalló Paulus cuyas manos temblaban.

No era un hombre demasiado combativo, pero el general Schmidt, jefe de Estado Mayor del VI Ejército, se soliviantó. Era un oficial de todo punto contrario al general Paulus, hombre duro y seguro de sí mismo.

—¡SS *gruppenführer*, falta usted a la disciplina! ¡Me quejaré!

—Todo el mundo tiene derecho a quejarse —se burló Eicke—, pero ¿a quién? Si es al Führer, entonces quéjese usted ante mí mismo, pues le represento en Stalingrado.

Se sacó un documento del bolsillo y lo arrojó sobre la mesa con malvada sonrisa. Era una otorgación de plenos poderes firmada «Adolf Hitler», que concedía carta blanca a Theodor Eicke para celebrar consejos de guerra en la «caldera» de Stalingrado.

—¿Qué desea saber el Führer? —preguntó Paulus con tono que denotaba

ansiedad—. Recibe mis informes telegráficos sobre todo lo que pasa aquí. Le he propuesto una brecha con todos los medios de que disponemos. El general Schmidt tiene un plan excelente. Sólo esperamos la autorización del Führer para poder salvar todavía más de la mitad del VI Ejército.

Eicke, que odiaba al Ejército y a todo el cuerpo de oficiales, gozaba del terror que visiblemente inspiraba.

—El Führer desea que logren ustedes la victoria, nada más. Les han dado tiempo de sobra, ¡palabra! ¡Si mi división estuviera aquí, todo este asunto habría terminado hace tiempo! No se trata de hacer una brecha; ésas son palabras que camuflan una derrota. No se huye ante primates soviéticos; se les destruye. El Führer desea que liquidéis a esas hordas, aquí, a orillas del Volga. ¿Cómo? Eso es cuenta de ustedes, por eso le han nombrado general del Ejército.

—¿Tiene usted alguna proposición que hacer? —preguntó Schmidt, que miraba con asco a aquel sórdido personaje.

—Perfectamente —tronó Eicke—. Echad a los bolcheviques de Europa. El VI Ejército consta de 25 divisiones en activo, 600 000 hombres y 800 carros. ¿Qué demonios más quiere? ¡Con una fuerza tal pueden ganarse cinco guerras mundiales! ¡Si es que se quiere, desde luego!

El general Huber, una de cuyas mangas colgaba vacía, se levantó enfurecido.

—¡No acepto su insolencia! ¡No está usted aquí en un campo de concentración, sino delante de unos generales!

El SS sonrió desde lo alto de sus dos metros. Lentamente, sopló el humo de su cigarro a la cara del célebre general de Infantería manco.

—¿Es usted el general Huber? He aquí lo que le transmite el general Burghof (jefe de personal del Ejército).

El general Huber palideció. Eicke le tendía la orden de presentarse en el Cuartel General del Führer, la madriguera de Prusia oriental. ¿Qué significaba aquello? Le quitaban el mando de la 16.^a Panzer. ¿Sería la ejecución, la destrucción de toda su familia o, por el contrario, un ascenso? Inseguro, miró al SS triunfante y volvió a sentarse pesadamente para no volver a tomar ya parte en la conversación. ¿Para qué apoyar ahora a los generales presentes? El VI Ejército sólo tenía generales muertos aunque siguieran respirando. La verdad pertenecía a aquel nazi de solapas blancas, con los plenos poderes del Führer en su bolsillo.

El general Paulus callaba; era un hombre que no deseaba más que una cosa: vivir en buena armonía con todo el mundo. Adoraba sus libros, sus autores clásicos, a Schopenhauer, a Kant y más aún, a su perro. Eicke no tuvo, pues, ninguna dificultad en personarse cerca de Tsaritsa, en la 71.^a división, cuyo jefe, el general Alexander von Hartmann, estaba ya sobre aviso. Eicke y él se conocían desde la Primera Guerra Mundial. Von Hartmann era en aquel entonces jefe de compañía y Eicke, contable.

Fue Hartmann quien descubrió su primer fraude y le mandó a quitar minas en Champaña, lo cual Eicke jamás había olvidado.

—¡Bueno! Héroe fatigado —gritó el SS entrando ruidosamente en el bunker del Estado Mayor—, la victoria parece difícil de conseguir, ¿verdad?

Von Hartmann se presentó sin rechistar.

—¡Oh! Hace mucho tiempo que nos conocemos —dijo amablemente Eicke—. No he olvidado el destino que antaño me reservó usted. —Se puso bruscamente bajo el brazo la fusta con calavera, de oro macizo, regalo del Führer, y se desabrochó el capote sobre el pecho cuajado de condecoraciones—. El Führer me ha mandado aquí para ver qué estáis maquinando. A esos subdesarrollados soviéticos no hay por qué darles tanta importancia, al fin y al cabo. Deseo inspeccionar su división, general Von Hartmann.

Encantado de desembarazarse del latoso, Von Hartmann le mandó al 191.º, que estaba a las órdenes del capitán Weinkopf. Eicke solicitó circular en trineo motorizado, pero el oficial de servicio, un teniente de Infantería, se lo desaconsejó vivamente.

—¿Acaso tiene usted miedo, teniente? —ironizó el nazi subiendo al trineo de un salto.

El teniente se encogió de hombros. Si Eicke estaba cansado de la existencia, era cuenta suya; en cuanto a él, hacía ya tiempo que no esperaba salir con vida de aquel infierno. Que fuese hoy o mañana, ¿qué importaba? Toda su familia estaba enterrada bajo una casa arruinada en Colonia, él no poseía más que su equipo, y aún, pues ni siquiera era suyo, sino de Hitler.

El trineo no había recorrido más que unos cuantos metros cuando la nieve se puso a saltar en torno.

—Granadas rusas —dijo el teniente sonriendo—. Pronto dispararán con la artillería de campaña.

Apenas había terminado cuando el aire se puso a silbar y a aullar. Eicke se estremeció y se abrochó el capote a fin de ocultar sus solapas blancas, que parecían atraer los proyectiles.

—¡Vaya frío! —murmuró para disimular.

—Hoy no mucho —replicó con guasa el teniente—. Esta mañana hasta se oían cantar pardillos, y sólo vienen cuando el tiempo es bonancible. ¿Ve usted aquella garganta, allí entre las colinas? —continuó—. Bueno, pues cuando se sale, se lo prevengo, Iván tiene la costumbre de saludarnos con órganos de Stalin.

—Siga —replicó Eicke, que estaba sudando.

Apenas salidos de la garganta, el cielo pareció desplomarse sobre ellos. Diez órganos tronaban al mismo tiempo. Eicke saltó del trineo y echó cuerpo a tierra. El teniente fue el último en apearse y contempló a los SS tumbados en la nieve.

—¿Siempre tiran así? —preguntó Eicke con vergonzosa sonrisa.

—¡Oh! Hoy todavía puede pasar. El otro día, estaban locos. Hicieron migas a todo un batallón en dos minutos. Fue el día que el capitán se puso al frente del 14.º regimiento.

—¡Un capitán como jefe de un regimiento!

—Era el oficial más antiguo —replicó tranquilamente el teniente—. Los órganos habían apiolado a todos los demás.

Continuaron a pie sin decir palabra. Encontraron al capitán jugando a naipes con algunos soldados bajo tres capotes abrochados juntos y tendidos sobre fusiles rusos. Unas latas de gasolina servían de mesa.

—Vengo a inspeccionar vuestro regimiento en calidad de representante del Führer —dijo bruscamente tras haber esperado en vano un saludo del capitán.

—Por favor —replicó el oficial—. Los hombres están allá abajo en los hoyos, pero desconfíe usted, señor SS *gruppenführer*, pues mis chicos están nerviosos. Disparan sobre todo lo que se mueve.

—¡Puede usted meterse su «señor» donde yo pienso! —gritó Eicke—. Ese tipo de expresión burguesa lo hemos suprimido entre los SS. ¡Recuérdelo!

—Es muy posible —dijo el capitán con indiferencia—. No sé nada de las SS. Estoy en el Ejército.

—¡Sí! Y con la victoria en la mano, ¡sólo que jugamos a las cartas! Y tú —dijo a uno de los soldados—, ¿qué haces en el regimiento?

—Destructor de carros —gruñó el soldado, sin decir que la víspera había hecho polvo doce «T-34» con bombas de mano y minas.

Apenas contaba diecinueve años, pero era un experto contra los carros. No le enseñaron otra cosa, y no encontraría empleo en tiempo de paz.

—Una vez más, desconfíe usted de los tiradores de primera, *gruppenführer* —gritó malvadamente el capitán viendo a Eicke alejarse rodeado de sus esbirros—. Matan a todo lo que se asoma. Ayer le tocó a un mayor.

A gatas, Eicke reptó hacia los primeros hoyos. El tiroteo empezaba de nuevo. El *oberscharführer* Willmer tenía la cara partida por un casco de metralla. El *scharführer* Ewinger cayó con un agujero entre ceja y ceja, justamente bajo la visera del casco. Un soldado se miró la pierna arrancada sin entender nada; ¡ni siquiera dolía! Del muñón desgarrado manaba la sangre.

—¡Jesús! —gritó involuntariamente Eicke.

El verdugo de los judíos de Dachau pedía auxilio a un judío, pero pasó por encima del moribundo sin mirarle. ¿Para qué sirve un soldado que sólo tiene una pierna? La tempestad del Kazajstán le serviría de mortaja. Eicke se tumbó junto a un grupo que servía una «SMG». El tirador era un suboficial de la activa del 41.º regimiento de Infantería y miró con inquietud las solapas blancas del SS.

—Cuidado —dijo—. Ayer se cargaron a un general que se había adelantado demasiado.

Eicke, bastante incómodo, ganó el hoyo donde se agazapaba un joven teniente con cara de anciano.

—*Gruppenführer*, hace lo menos ocho días que no comemos caliente. La Intendencia nos sabotea.

—¡Nada caliente hace ocho días! ¿Dónde están vuestras cocinas de campaña?

—¿Cocinas de campaña? —El teniente se rió amargamente—. En la compañía, de vez en cuando, se mata un animal. ¡Así es como sobrevivimos!

—¡Gratwohl! —gritó Eicke a uno de sus esbirros—. ¡Arrégleselas para que el intendente de la división sea ahorcado! Voy a poner orden en las cocinas de campaña.

—¡Mi teniente! —gritó un suboficial—. ¡Iván ataca en masa!

El teniente se caló el casco, empuñó su fusil ametrallador y, mientras corría, descapsulaba granadas. El ataque fue contenido, pero Eicke se quedó estupefacto. Nunca había visto la guerra desde aquel ángulo. El joven teniente se agachó en el refugio y examinó su mapa extendido en el suelo.

—¿Puede usted sostener la posición, teniente?

—No lo sé, *obergruppenführer*. La guerra está perdida, pero no depondré las armas hasta que me lo ordenen.

—¡Puedo hacerte fusilar por derrotismo! —rugió Eicke—. ¡La guerra no está perdida, recuérdalo, teniente!

—¡Oh! —dijo el joven teniente sonriendo con cansancio—. El Führer ha dicho que íbamos a hacer la guerra contra unos subdesarrollados, ¡y hasta ahora nunca he visto más que temibles especialistas! El Führer ha subestimado a los rusos y repito que la guerra está perdida.

Retumbaron tres disparos y el joven se desplomó a los pies de Eicke. El nazi continuó su inspección hacia el 9.º regimiento de Carros.

—¿Dónde están vuestras cocinas de campaña? —preguntó Eicke—. No se puede hacer la guerra sin cocinas de campaña.

El brigada le explicó que mandaban comandos de suministro. Éstos atacaban a las columnas de Intendencia, mataban a los caballos y hacían estofados con ellos.

—Los hígados humanos también se comen, a veces. No son malos.

El *obergruppenführer* se quedó sin aliento y no volvió a hablar de cocinas de campaña. Los soldados de Stalingrado se habían vuelto caníbales.

—¿Por qué no atacáis? —dijo, gritando a un anciano mayor, jefe de batallón, quien visiblemente ya no podía más.

—¿Atacar dónde? —gritó el mayor—. Los rusos están en todas partes. ¡Mando este batallón cuyos efectivos apenas equivalen a los de una compañía!

—¡Saboteadores del Ejército! —vociferó Eicke escupiendo de rabia.

El mayor fue atado a un árbol y fusilado instantáneamente. Un comandante de Ingenieros voló su parque de exploradores sin haber tenido orden de hacerlo, porque los siberianos llegaban a sus pontones. Fue fusilado por sabotaje. Y la cacería continuó. El coronel Jenk, del 9.º de Infantería, abandonó su posición sin haber recibido órdenes. Fue colgado de las aspas de un molino. En la cueva de un hospital improvisado, quitaron a bulto los vendajes a 200 heridos. De entre ellos, 197 no tenían nada; la mayoría eran oficiales de Intendencia. Fueron liquidados acto seguido. Y la cacería continuó. Fusilaron a médicos y a oficiales, y se ahorcó a los criminales. Las mujeres que robaban comida a los soldados corrieron la misma suerte.

El regimiento escogido italiano «Savoia» fue una presa inesperada: 68 oficiales se ganaron un tiro en la nuca por pillaje de almacenes a fin de que sus propios soldados no murieran de hambre, pues los alemanes no les daban ni una miga de pan.

El viento del infierno sacudía la caldera de Stalingrado.

El mayor general Blome, de Cazadores, confesó haber guardado gasolina para su coche: le rociaron con ella y ardió como una antorcha. En la estación de Tsaritsa, niños rumanos mendigaban pan: orden de matar a los niños a culatazos, y los soldados rumanos se encargaron de ello. Eran tan crueles para con los débiles como humildes ante los poderosos. Los aborrecíamos. Un jefe de escuadrón rumano saludó servilmente a Eicke, lo cual no le impidió columpiarse un instante después colgado de un árbol.

—¡Vaya pandilla! —se burló Eicke—. ¡Todos juntos! Afortunadamente hemos venido nosotros.

El capellán castrense Roske, de la 44.ª División, había dicho, tres días antes, un sermón sobre Jesús de Nazaret. ¡Jesús era judío! ¡Nazaret, una localidad judía! El pobre sacerdote fue denunciado y colgado de los pies y desollado como en la tabla de la carnicería. Durante cinco días se columpió con su cruz colgada de un cordón morado. Se valían de él como de poste de señalización: «Cuando llegues adonde está el cura, doblas por la derecha y luego sigues recto».

Dondequiera apareciese Eicke, la muerte entraba con él.

Un mayor de Infantería relevó a su batallón bajo su propia responsabilidad para salvar al resto de sus hombres. El mayor, con ambas piernas amputadas, fue evacuado en avión. Por un telegrama de Eicke, fue enviado a Torgau y fusilado, atado a su camilla.

Hitler aprobó enteramente el informe de su representante y discutió acerca del VI Ejército tomando un vaso de leche. El Führer ignoraba el alcohol y su vida era espartana. Muy lejos de él, en Stalingrado, un ejército entero estaba a punto de ser aniquilado.

Dios ha enviado a Hitler para que pueda ayudar al pueblo alemán a poner orden en Europa.

August Wilhelm, príncipe de Prusia, en un banquete dado por la Asociación de Oficiales el 16 de junio de 1936.

El 20 de diciembre, durante una espantosa tempestad de nieve, el soldado Blatt y el infante Wenck fueron mandados a Gumrak a buscar suministro para su batallón. Aquel suministro consistía, a mediados de diciembre, en diez gramos de pan, diez gramos de confitura y un cuarto de litro de sopa aguada hecha con huesos de caballo, por hombre.

El infante Paul Wenck, de dieciocho años de edad, siempre había tenido un apetito enorme y nunca conseguía aplacar su hambre. Hasta entonces, cambiaba su ración de cigarrillos por pan, pero se hizo imposible frente a Stalingrado. Nadie vendía ya el pan y no había cigarrillos.

Tras una espera de una hora, los dos soldados recibieron 225 chuscos para su batallón.

-225 —dijo Blatt confiando a Wenck la custodia del precioso cargamento—. Están todos; vete con cuidado.

Necesitaron ocho horas para regresar a su batallón. Los caballos hambrientos tropezaban sin parar en el camino; por fin, al amanecer, llegaron a Tsaritsa.

El furriel del batallón recibió el cargamento y se apresuró a controlar el número de panes; encontraron 224, cuando debía haber 225. Los jóvenes soldados negaron obstinadamente haber robado nada y, encima de ellos, nada encontraron. Pero en el vehículo descubrieron el pan envuelto en la guerrera de camuflaje del soldado Wenck, que estaba escondida en el fondo de la caja de herramientas. Y Wenck tenía la llave.

El consejo de guerra se celebraba en una cueva. Desesperado, enfermo y pálido, el muchacho compareció ante los jueces. La acusación era suficiente para motivar una condena conforme a las instrucciones del general Paulus con fecha 9 de diciembre de 1942.

—¿Por qué robó usted ese pan? —preguntó el presidente sin mirar al chico, que flotaba dentro de su uniforme.

—Tenía hambre. Hacía tres días que no había comido nada y tenía mucha

hambre.

—Todos tenemos hambre en Stalingrado, pero no robamos el pan por eso.

Los jueces se retiraron para deliberar. El infante Wenck incurría en el delito estipulado en la cláusula del 9 de diciembre: «Los merodeadores serán fusilados inmediatamente». Pero el infante Wenck no era ningún merodeador; era sólo un soldado de dieciocho años hambriento entre dos gendarmes mucho mejor nutridos, y no sospechaba que se vería llamado a pagar un chusco con su bien más valioso: la vida. Un chusco de 35 pfennigs. Los jueces volvieron: «En nombre del pueblo alemán, el soldado de Infantería Paul Wenck es condenado a ser fusilado por robar el suministro del Ejército».

Durante algunos segundos, reinó un silencio de muerte en la sala. Luego, el pobre chico se puso a gritar, a suplicar, a gemir. Un culatazo le hizo callar. Al día siguiente, 4 de diciembre, le arrastraron a la fosa y le fusilaron. En el piquete se encontraba el soldado Blatt. Como la tierra estaba más dura que el mármol, cubrieron simplemente el cadáver con nieve, y, por no derrochar municiones, se decidió que, a partir del 25 de diciembre, los ladrones ya no serían fusilados, sino ahorcados.

UN PASEO CON LOS MARISCALES

Estábamos jugando a cartas con la baraja de *El Viejo*, sucia pero honrada, pues *El Viejo* nunca hace trampas; eso todo el mundo lo sabía. Porta y el legionario, por una vez, perdían hasta las pestañas, pero *Hermanito* ganaba mientras la cueva retemblaba bajo el fuego de la artillería pesada. Todo el día, los órganos de Stalin habían tronado.

—¡Vaya follón! —rabiaba *Hermanito*—. ¡Si por lo menos esos mierdas parasen su música! No hay modo de concentrarse para echar la carta buena.

—¿Sabéis la noticia? —dijo de golpe Heide—. Ayer fusilaron a un mayor que quería darse el piro con toda la compañía. Naturalmente, topó con una guardia, ¡el muy cretino! ¡Ha sido el piquete de ejecución más bonito que he visto hace tiempo! Biblia, tambor y *oberleutnant* con sable al cinto para dar la orden. Ni que decir tiene; ¡era estupendo!

—¡Oh! Lo que es yo —dijo Gregor—, generales así no me hacen efecto. Los he visto a montones. He sido chofer del *generalfeldmarschall* Von Kluge. Pero no me gustaba nada la atmósfera con Von Kluge. Había que ver lo que se conspiraba.

Atentado contra Hitler y tal. Se repartían los cargos de ministros. ¡Por poco me ofrecen uno!

—¿Y no lo denunciaste al SD? —preguntó Heide frunciendo las cejas.

—¡No estoy loco! ¡Fíjate si llego a denunciarles! ¡Si no me hubiesen creído, el presidente del consejo de guerra también es un general, muchacho!

—Te habrían cortado el cuello —afirmó Porta—. También yo conozco bastantes traiciones, pero prefiero mis préstamos de dinero. Cuando no los del montón nos metemos en lo que no nos importa, somos los que cascamos.

—¡Sois todos unos acojonados! —dijo Heide con asco.

—¿Lo descubres? —se carcajeó Porta—. ¡Yo sólo necesité dos días de marcha bajo las banderas de Adolf henchidas de honor y de gloria para saber que el tronco del roble de Wotan sonaba a hueco!

—¿Y luego? —preguntó *El Viejo* con impaciencia—. ¿Qué te pasó con Kluge?

—¡Bueno! No hacían más que conspirar contra Adolf y su pandilla, desde el asesinato a pistola limpia hasta la bomba debajo del culo. Había incluso un chalado, Von Boselager, teniente coronel de Caballería, que proponía arremeter sable en ristre contra Hitler al frente de su regimiento. La dificultad era el transporte secreto de 8000 motores de avena desde Rumania hasta la madriguera de Prusia oriental. ¡Menudo! Aun con el más experto en camuflaje, 8000 pencos ante las narices de la Policía secreta mejor del mundo, ¿os dais cuenta? Mi general dijo la única cosa sensata: que no quería saber nada de ninguna manera, por lo que prefería ser fiel a Adolf con todo y prometer el secreto, pero aquellos caballeros no debían contar con él. Claro que dio palabra de callarse, pero unos días después estuvo a pique de encontrarse en un buen fregado con los conjurados. Si hubiese sospechado algo me habría hecho dar de baja por enfermedad. Entonces, aquel día, mi general y yo corríamos por la carretera general de Kiev, uno de los fiascos de Stalin. Los rusos todavía no saben cómo se construyen carreteras decorosas. ¿Conocéis ésa? Hay un recodo mortal justo antes de la aldea de Diubendiev. El viraje suicida, como dicen en el país. Se divierten como locos con ese viraje. Los domingos, se sientan en la cuneta y no tienen más que esperar. Jamás hay decepción: montones de comisarios se han roto la crisma mucho antes que los turistas alemanes.

»Mi *generalfeldmarschall* ese día estuvo muy huraño. Sin parar, golpeaba con su bastón en el cristal de separación para que yo acelerase. No sospeché que andaba buscando el accidente tras haber dado la palabra que le habían sonsacado pero que aquello me pudiese costar la vida a él ¡le importaba un pito! Así es que, a 160, abordamos el viraje mortal. Me vais a creer, si os la gana, pero ¡el muy canalla se reía! Un segundo después, el 16 cilindros se había convertido lata de conserva. Desperté en el hospital detrás de un muro de escayola, y atendido por una chica encantadora, no os digo más. Dos meses después salí y me presenté en el Estado

Mayor, pero ahí dijeron que debía desaparecer antes de diez minutos. Mi *generalfeldmarschall* debía de estar a tras su muralla de escayola; al menos así lo espero por él. Entonces se encargó de mí el *generaloberst* Lindemann, especialista en ejecuciones. Me paseaba en uniforme de paracaidista con emblema sobre el pecho. Un sargento que había conocido bien a Lindemann me contó esta historia: en 1936, tuvo lugar el gran desfile del nuevo Ejército alemán. Cuando el cuerpo del general desfiló ante él, ¡querréis creer que rompió a llorar pensando en todos los muertos de Verdún y del Somme! ¡Se figuraba que eran cadáveres de gris los que desfilaban! ¡Mira que son curiosos los graduados! ¡Muy difíciles de entender!

—También yo estuve en el Cuartel General —aseguró de pronto *Hermanito*, ante la estupefacción de todos.

—¿Tal vez eras jefe de Estado Mayor? —preguntó Porta soltando una carcajada.

—¿Es que quieres que te dé un puñetazo en la jeta? Cuando digo que estuve en el Estado Mayor, es porque es cierto. De ordenanza del general de Caballería Knochenhauer. Murió, se suicidó. Pero valiente, ni que decir tiene; me salvó el pellejo. Entonces yo estaba en el 15.^a Panzer, en Sagan. Un día caigo del carro y me quedo aferrado a la oruga. Mi bota ha quedado cortada y al día siguiente voy al médico e indico que ya no tengo pie. Aquel médico no podía aguantar a los soldados enfermos; se decía que ya había dejado espicharla a dos tíos. Uno decía que tenía difteria, pero había que inventar algo mejor para engañar a aquel carnicero. Al cabo de tres días, acabó por cansar al hombre de la difteria suministrándole aceite de ricino en lavativa; el tío dijo que estaba curado, pero era tan terco que la palmó durante el ejercicio de la mañana. El otro era un pedazo de tonto de soldado que se dio de baja por enfermo un lunes por la mañana. ¡Como para pretender que pueden cocerse huevos bajo las nalgas al aire hasta con 40 de fiebre! Todo el mundo se encuentra malo el lunes por la mañana, hasta Rockefeller, ¿verdad? Así es que aquel memo de soldado escogió la apendicitis. El sepulturero le endilgó tres termómetros: uno bajo el brazo, otro en la boca y un tercero en el ojete, pero con gran sorpresa del médico, el chico tenía fiebre de verdad. «¡Confiesa cuántos terrones de azúcar mojados en gasolina te has tragado!». El soldado seguía gimoteando que se sentía malo. Entonces, el médico se puso furioso y le amenazó con consejo de guerra. Pero el simulador se las compuso tan bien que algo le reventó en la tripa y palmó a la vista de todo el mundo.

»El sanitario del hospital de campaña me desaconsejó que fuese al proveedor del crematorio con mi pierna. Me propuso poner yodo en ella y darme un permiso de tres días de servicio en el interior, con derecho a solicitar tres más, pero aquello me dolía mucho y, sobre todo, estaba poniéndose de un color tan raro que preferí ir a ver al carnicero. ¡Vaya, hombre! ¡Si llego a prever lo que siguió, no le habría enseñado la jeta! La misma noche estuve arrestado por simulación, pero los dos centinelas del

pasillo eran amiguetes de mi regimiento y me daban pedazos de chusco. Luego, tuve la suerte de que me pusiesen a pelar patatas. ¡Con una situación semejante, uno se zafa de tres guerras mundiales! Desgraciadamente, mi pierna empezaba a sanar y era muy molesto, pues el día del consejo de guerra ya no quedaba nada por ver. ¡No tardó! Me condenaron a ir a Torgau y me metieron en el ala azul con *Gustav de Hierro*. El día en que había calculado que me fusilarían, Gustav vino a mi celda y me dijo que liase mi petate. Me mandaron donde el comandante del Ejército, general Knochenhauer, quien estaba muy apurado sentado a su escritorio. Me miró largo rato, lo cual me desconcertó.

»—Entonces, ¿tú eres el tío que pretende tomarle el pelo al Ejército? ¿Y sigues diciendo que tenías la pierna mala o confiesas que era un cuento?

»Repetí que me habían medio chafado la pierna.

»—De verdad, eres de lo más cabezota que he visto, pero ya que quieres hacerte el listo, te mando a un radiógrafo. Solamente para que te convenzas de que no tienes nada. Después, te fusilarán.

»Así que fui al radiólogo aquel, que era muy simpático y además médico jefe, y luego me metieron de nuevo en chirona, pero algunos días después un compinche llegó corriendo:

»—Estás en libertad. Has de presentarte dentro de una hora al comandante del Ejército con uniforme de campaña.

»Me presenté en la compañía de Estado Mayor, donde el brigada examinó todos mis ojales; luego en el batallón, luego en el regimiento, luego en la brigada, y luego en la división, donde el jefe de Estado Mayor, coronel Badenzky, me pasó revista de pies a cabeza. De pronto, notó que no llevaba mi entorchado de tirador de primera, pero que lucía calcetines SS con dos listas blancas arriba. Los del Ejército tenían tres. Rápidamente, fuimos al almacén y pedimos un par de calcetines con tres listas. Desde la división, me largué al Cuerpo de Ejército, donde el general Lubke me contempló de arriba abajo criticando todo cuanto se había hecho. Pero ya no había tiempo para cambiar nada. Por fin, me presenté ante el general Knochenhauer con un taconazo que se oyó a través de todo el X Cuerpo de Ejército. ¿Y quién creéis que se asomó a la puerta? El simpático médico mayor con todos sus retratos radiográficos. Declaró que yo tenía un hueso roto y que no era ningún simulador. El mayor que me había mandado a consejo de guerra ya estaba en camino para el frente con una calificación de censura. El general Knochenhauer me tomó de guardaespaldas y me dio dos esclavos para la faena pesada. ¡Puedo decir que me salvó, en verdad, el pellejo!

—¿Os habéis fijado —dijo Porta— en que un oficial cambia totalmente cuando ha pasado el grado de mayor? Se vuelve muy apretado de pinta igual que unas bragas de mujer 38 en un culo 46, y endereza las orejas como un caballo furioso. Luego, cuando pasa de coronel a general de brigada y recibe los entorchados colorados

vuelve a ponerse muy diferente. ¡Ni su madre le reconocería! Sus ojos ya no son ojos, sino rayos X, y condena a muerte como si dijese adiós después de haberse comido el cocido. Cabe apostar a que ya no se sienta en la cagadera del mismo modo...

En aquel instante, retumbó un grito en la posición:

—¡Alerta! ¡Alerta! ¡Ahí viene Iván!

El amor a la libertad no es acentuado, en Alemania.

Madame de Staël — 1810.

El 8 de noviembre de 1942, se oyó en Europa una voz ronca y brutal que millones de altavoces hacían repercutir. Era Adolf Hitler que estaba hablando en el Buergerbraukeller, de Munich.

—Si Stalin había imaginado que iba a atacarle en el centro del frente, debe estar muy decepcionado. Nunca pensé en atacar en el centro; quería llegar al Volga y lo he hecho. Ocurrió en un sitio preciso que, por casualidad, lleva el nombre de Stalin...

Los altavoces estuvieron a pique de reventar con los furiosos Sieg Heil! Sieg Heil! De los presentes.

—Quería, pues, una ciudad a orillas del Volga. Esa ciudad es nuestra. Sólo nos resta conquistar algunos enclaves.

Nuevos aplausos estruendosos. El Deutschland über alles surgió de todas las gargantas.

Diez días después, el comandante jefe del VI Ejército recibía en el Gran Cuartel General el siguiente telegrama:

«Orden al VI Ejército de abandonar Stalingrado propiamente dicho y de enterrarse en lo que en adelante se llamará la fortaleza de Stalingrado. Ordeno que se luche hasta el último hombre y el último cartucho. No debe pensarse en ninguna capitulación. Quien capitule o abandone sin órdenes la fortaleza será considerado como un traidor. Cuento con que el VI Ejército y sus jefes combatirán como héroes wagnerianos».

ADOLF HITLER.

LOS TRAIDORES

Un encantador domingo de enero, de cielo azul casi sin nubes, sobre Stalingrado, la asombrosa ciudad medio oriental, medio europea. Miles de alemanes, de húngaros, de italianos, de rumanos y de eslovacos se apiñaban en las calles con mujeres del brazo. Todo parecía tan sosegado que hacía pensar en una ciudad de guarnición. Los combates arreciaban más al Norte, pero no se oía nada en Stalingrado mismo.

En una casa situada frente a las islas Sarpinski celebraban una conferencia secreta oficiales de la división Viena, todos austriacos.

—¡Maldito sea el día en que los soldados de Hitler nos invadieron! ¡Sentimos nostalgia de *El Viejo Imperio* austrohúngaro! —Y el mayor general Lenz se sopló su décima copa de champaña—. Nunca me han gustado los prusianos —dijo en dialecto vienes.

Él y sus compañeros habían olvidado, por lo visto, su entusiasmo cuando, en 1938, trocaron sus uniformes gris claro austriacos por los verdegrís alemanes. Habían olvidado que soñaban con un nuevo Estado dentro de la Gran Alemania. ¡Tampoco se preocupaban de recordar cómo se divertían extendiendo listas de gentes cuya raza no era pura o que políticamente parecían sospechosas! Pero, claro, ¡no había más remedio! ¿Qué otra cosa podían hacer, si no? De modo que, en Austria, todo el mundo acudió en socorro del vencedor. Hasta los rojos, que cantaban:

Hoy es Alemania la que nos pertenece.

Mañana será toda la Tierra...

El coronel Taurog extendió pues, sobre la mesa un mapa de Estado Mayor.

—Caballeros, la situación en Stalingrado es desesperada. El ejército de socorro de Hoth ha sido derrotado cerca de Kotiél'nikovo. Los rumores relativos a la llegada de un ejército SS no son más que pura fantasía. Esperamos ser sometidos dentro de poco al racionamiento del frente, y entonces comenzará el hambre. Nuestra única esperanza estriba, pues, en los rusos. —Palmoteo dos carteras de piel henchidas de documentos—. Aquí tengo todos los planos de posiciones de defensa. Si los rusos les echan mano, podrán romper muy fácilmente nuestras líneas gracias a la colaboración que les brindamos. Cabe prever que nuestro gesto nos valdrá un trato decoroso, y me equivocaría mucho si los rusos, en el fondo, no necesitasen gentes como nosotros contra la peste hitleriana.

Sin embargo, los sentimientos antinazis de Taurog no le impedían, entretanto, firmar cuatro órdenes de ejecución contra soldados desertores.

—Es menester que estos papeles lleguen al general Rokosovski —exclamó el mayor general Lenz—. No podemos continuar en esta casa de locos donde reina ese cabo de Bohemia. Por mi parte, he adjuntado a esos documentos una lista de los oficiales que sé son enemigos declarados de los rusos y garantizo a Rokosovski nuestra total colaboración.

El mayor general Lenz olvidaba, a su vez, que había hecho recoger a ocho mil mujeres rusas en Sebastopol para mandarlas a los campos de concentración alemanes. Callaba igualmente que el general Taurog tenía treinta y cinco «esclavos» polacos en su finca de la Baja Austria, cada uno comprado por cincuenta marcos. La cotización era de treinta y cinco marcos para un ruso en buen estado, pero entonces había que tener en cuenta una propina destinada al guardián del campo. Por último, tampoco decía nada de que el coronel Kurz, de la división vienesa, había hecho fusilar recientemente a cuatrocientos setenta y seis prisioneros rusos en el campo de Karpovka por robo de patatas.

Pero aquellos caballeros se consideraban demasiado distinguidos como para hacer personalmente su asquerosa tarea de traidores, que iba a costar la vida a miles de soldados, por lo que la encomendaron a un *feldwebel* de la Policía militar. Aquel Judas de Stalingrado se fue en un elegante «Mercedes» negro, provisto de un salvoconducto que abría todas las puertas.

En efecto, nadie receló del gran coche de Estado Mayor, pero tres kilómetros al norte de Kachlínskaia topó con una sección rusa de reconocimiento que, pese a la bandera blanca, se dio prisa en saquear el coche, empezando por los relojes.

Llegó por último un teniente que hablaba alemán e hizo mandar a los dos traidores a la división rusa de Losnói, donde fueron interrogados por cuatro oficiales de Estado Mayor.

Pese a los documentos, los rusos temieron una trampa. Un asunto semejante, declararon, les costaría a los alemanes miles de vidas.

—Es muy necesario que algunos paguen para que los demás puedan vivir —dijo el austriaco con una sonrisa tan cínica, que hasta los mismos oficiales rusos tuvieron arcadas de asco.

Pero aquella sonrisa también les tranquilizó. Gentes como aquel *feldwebel* Bran las conocían ya en casa.

Sólo después de haber examinado detenidamente los documentos y haberlos comparado con sus propias informaciones, mandaron a los traidores al general Rokosovski, en Alexándrovna, donde estaba asimismo el general Yermenko. Fijaron una señal. Si los rusos aceptaban el trato, dispararían balas trazadoras desde un avión. Los oficiales contestarían con dos cohetes rojo y amarillo. Contando con aquella respuesta, Bran y su acólito volvieron a las líneas alemanas, donde fueron recibidos por el general Taurog como hijos pródigos.

Al día siguiente, a las cinco de la tarde, un «Iliushin» mandó la señal convenida sobre Stalingrado y, dos días más tarde, los rusos intentaban abrir brecha a la altura de la 3.^a división MOT para coger de flanco y rodear a la 24.^a división blindada y a la 60.^a división MOT. Cerca de Dubovka, el general Vasílievski había agrupado tres mil carros para el ataque, a los que debían seguir sesenta mil cosacos, pues la Infantería corriente se consideraba demasiado lenta. Divisiones motorizadas del Ejército de la Guardia debían detener a las divisiones alemanas a lo largo del Volga. Seis divisiones de Infantería y una división blindada: en total, cien mil hombres.

Mientras tanto, los traidores daban el último toque a su plan. Taurog agrupaba a sus gendarmes, al personal de cárceles, a los sanitarios y a los exploradores, y armaba a toda aquella gente a fin de disparar por la espalda a las tropas alemanas tan pronto atacasen los rusos. Pero el Destino quiso que todo ocurriese de una forma diferente. El teniente coronel Hinze, de la 100.^a división de Cazadores, tuvo de pronto tales remordimientos que fue a confesarse con su capellán castrense. Éste, espantado y haciendo caso solamente a su deber de soldado, se apresuró a ver al comandante de la 14.^a división Panzer, general Lattman, quien mandó arrestar al teniente coronel. Ya durante el primer interrogatorio, Hinze reveló todos los nombres de sus cómplices.

El general Taurog y el general Lenz fueron ahorcados en la basílica Alexandra; a los otros les fusilaron en plena calle y sobre todos los cadáveres colgaron un letrero: SOY UN TRAIADOR QUE HA CONSPIRADO A FAVOR DE LOS SOVIETS.

Al día siguiente comenzó la ofensiva rusa con una cortina de artillería como nunca habíamos visto. El cielo, la tierra, el río, todo ardía. La 34.^a división MOT quedó destrozada en una hora. Un regimiento de Infantería, con sus baterías, fue volatilizado. Hombres arrojados fuera de los bunkers y las trincheras eran barridos sobre la nieve como hojas en la tempestad. Algunos, enloquecidos, aullaban y sollozaban. El acero y el humo brotaban literalmente de la tierra revuelta. Un machaqueo tan espantoso que parecía imposible sobrevivir a él y, sin embargo, aún seguíamos con vida cuando los carros llegaron frente a una horda de cosacos que lanzaban alaridos y blandían miles de sables.

La 16.^a división impidió que la terrible cuña rusa penetrase en Stalingrado. Porta, Hermanito y yo estábamos tumbados en una cuneta en medio de cientos de cadáveres ensangrentados que iban enterrando unos soldados cuando el ataque comenzó. Toda la noche estuvimos tumbados, oyendo rechinar cadenas y galopar caballos. No resultaba difícil parecer muertos, tanto nos habían manchado de sangre los cadáveres. Sólo al día siguiente, cuando hubo silencio otra vez, reanudamos el camino de Stalingrado. Un prisionero ruso, que se había hecho el muerto al mismo tiempo que nosotros, se negó a dejarnos. Le dijimos que se largase a sus líneas, pero no quiso en absoluto.

—¡Si regreso, me van a fusilar! Ha dicho el *továrishch* Stalin que está prohibido

caer prisionero.

—Es una mierda —afirmó Porta.

El ruso no le contradijo.

Hasta perderse de vista, cadáveres congelados, vehículos chafados, cañones patas arriba, material calcinado, uniformes, armas. En una oficina abandonada de prisa y corriendo encontramos máquinas de escribir y todo lo necesario para equipar al personal de una industria. ¡Había de todo, de todo! Ropas de invierno, pellizas nuevas flamantes, botes de fieltro, gasolina, armas. ¡No dábamos crédito a nuestros ojos! Mientras carecíamos de lo estrictamente necesario y casi había que pedir permiso para disparar un tiro, allí rebosaban de material. ¡Era absurdo!

Porta, siempre práctico, trocó sus ropas llenas de piojos por otras nuevas y pellizas blancas. Se lo ofrecimos al prisionero ruso, pero estaba muy desmoralizado y seguía gimoteando que los suyos le fusilarían y que deseaba que la fortaleza de Stalingrado resistiese todavía cien años. Era imposible prometérselo.

Al anochecer, nos largamos los cuatro y Porta nos inscribió en un hospital de campaña tan repleto que ni siquiera un regimiento de la Gestapo hubiese podido registrarlo. Pero al tercer día todo se fue al traste. Porta fue pillado en flagrante delito de saqueo y le metieron en una cueva custodiada por un anciano sanitario, en espera del consejo de guerra.

La misma noche, *Hermanito* estranguló al imbécil del enfermero que quería oponerse a la fuga de Porta y nos metimos en el bosque más próximo. Un capellán castrense compasivo nos llevó en su coche anfibio, pero tres aviones de caza picaron sobre nosotros, y el cura, que no había podido apearse rápidamente, fue muerto. Inmediatamente después, una patrulla de gendarmes motorizados nos detuvo por desertores. Todo iba de mal en peor. Nos encerraron en un desván con cincuenta más y nos dijeron que estábamos en manos de uno de los célebres consejos de guerra ambulantes.

En dos minutos, pena de muerte; aquello iba de prisa. Un *feldwebel* de la Gendarmería colgó una ficha roja en nuestros uniformes. La mayoría de prisioneros del desván lucían fichas rojas, salvo, dos que las llevaban verdes: aquéllos irían a la cárcel.

A cada momento se abría la puerta y dos gendarmes acudían a buscar un tío que ejecutar; cada vez, echaban una ojeada en torno con una sonrisa que daba escalofríos.

—Oye, tú; pareces cansado. ¡Hala, vente con nosotros!

Así se llevaron a un suboficial que, sencillamente, parecía estar alegre. La puerta se cerraba tras el grupo, y se podía contar hasta cincuenta y tres antes de la descarga. Un *oberfeldwebel* al que se llevaban se tiró por la escalera sobre los dos perros de presa; mató a uno, pero a su vez quedó gravemente herido y le fusilaron tumbado.

Nuestro turno no iba a tardar.

De golpe, retumbaron unos cañonazos y se oyó un conocido ruido de orugas. Ladró una ametralladora y luego se hizo el silencio. *Hermanito* trepó al techo y apartó el chamizo: toda la aldea estaba ardiendo, y no se veían más que cadáveres sembrando las calles y cosacos que galopaban. Un oficial sin gorra ni capote, que visiblemente trataba de esconderse, fue abatido por un sable resplandeciente.

—¡Larguémonos! —exclamó Porta—. Iván está haciendo limpieza. Si nos entretenemos, estamos aviados.

Hermanito y un alto *feldwebel* de Artillería echaron la puerta abajo y encontraron en la escalera a un gendarme que tenía un balazo en la cabeza. *Hermanito* se apoderó de su fusil ametrallador y ya nos íbamos disparados hacia afuera cuando el *feldwebel* nos gritó:

—¡Alto, imbéciles! ¡Así no llegaréis lejos! ¡No tenéis papeles y os paseáis con vuestras fichas de condenados a muerte sobre el estómago! No se puede ser más idiota. El primer comando os pondrá contra el paredón.

Evidentemente, el sentido común hablaba por boca suya; sin papeles siempre está uno perdido en la milicia.

—¡Por aquí! —ordenó duramente indicando una puerta que echó abajo de un puntapié.

Un disparo de fusil ametrallador en torno de la estancia y dos perros de presa se desplomaron. ¡En un armario están nuestras cartillas militares y nuestras tarjetas de identidad! El *feldwebel* nos ordenó que inundáramos la estancia de gasolina. Lanzamos una granada con el seguro quitado a un bidón de gasolina, y rápidamente todo se puso a arder.

—¡Salvados! ¡No hay testigos en contra si nos pillan!

—¿Te vienes con nosotros? —preguntó Porta—. Pertenecemos a una buena compañía.

—¡Oh, no! Soy viejo, un viejo CA, y estoy hasta la coronilla de la guerra y de todo. Me voy con los rusos; prefiero acabar en un campo de prisioneros. Allí no puede ser peor que aquí.

—Te fusilarán, muchacho, o te arrastrarán detrás de un caballo como ya he visto hacerlo.

—Hay que esperar un poco a que eso se calme. La vida del prisionero siempre es un momento agradable en la guerra.

—Eso es cosa tuya —dijo Porta con expresión pensativa—. Yo también espero una ocasión para largarme al oeste del Don.

—Lo que es eso, créeme, nunca lo conseguirás. Antes de veinticuatro horas te habrás helado en la estepa; ni los lobos pueden con ella. Esos bichos se acercan a las aldeas para atacar a las gentes como los animales, y ya han empezado aunque el invierno no sea muy duro. ¡Pero aguarda, que, cuando se esté a cincuenta grados bajo

cero, podrás hablar de frío! Entonces pedirás llorando un campo de prisioneros, te lo digo yo.

Una compañía de soldados rumanos llegaba en el mayor desorden. Tras extensas peroratas, se decidieron a acompañar al *feldwebel* hasta los rusos. Sólo unos veinte nos negamos, y les vimos desaparecer detrás de las colmas. Nunca hemos sabido qué fue de ellos.

Mezclados con masas de soldados fugitivos, armados o desarmados, enfermos o heridos, topamos de nuevo en Rotokina con caras conocidas. La compañía estaba allí y, una hora después, hubo que hacer frente a un ataque ruso al arma blanca. El ataque fue rechazado, pero un violento fuego de artillería empezó y nos dieron orden de abandonar la posición tomada para replegarnos al sur de Kotlubán.

Un Gobierno debe cuidar de que un pueblo no desaparezca en la embriaguez del heroísmo.

Adolf Hitler, Mein Kampf.

El comandante de la 71.ª división de Infantería, general Von Hartmann, había dado orden de construir una población subterránea cerca de Tsaritsa. La obra fue llevada a término gracias al batallón de ingenieros 578. Dos mil paisanos rusos, en su mayoría mujeres y niños hechos prisioneros por la gendarmería de la división, pusieron manos a la obra, y el 75 por ciento murió de fatiga y de hambre. La aldea fue llamada «Hartmannsdorf».

En todo el VI Ejército cundían los más insensatos rumores a propósito de aquella lujosa población. El bunker del general que, según decían, constaba de cuatro piezas, estaba amueblado con alfombras de precio, arañas y cuadros, todo ello procedente de los museos de Stalingrado. La 17.ª división de Infantería, que fue la primera en entrar en la ciudad, tuvo tiempo de saquear todo lo que quiso.

En la aldea subterránea podía verse igualmente una harinera con dos silos, una planta avícola que constaba de seis mil gallinas, un establo con mil doscientas treinta y cinco vacas, una lechería y una panadería. Además, una cuadra con ciento treinta y ocho pura sangre rusos. El general y su Estado Mayor practicaban la equitación todas las mañanas en la campiña que circundaba Tsaritsa. Cuando los soldados gravemente heridos, medio muertos de tifus y de hambre, se arrastraban en la ciudad, no daban crédito a sus ojos.

Aquel estado de cosas duró hasta mediados de enero de 1943, pero entretanto, la 71.ª división de Infantería se había derretido como mantequilla a la lumbre, y fue entonces cuando el general Hartmann decidió atacar las posiciones rusas. Por lo demás, no le incumbía a él la responsabilidad de tantos muertos, sino a las órdenes que había recibido.

—Un general de división —decía— no es más que un peón en un gran tablero.

EL SUICIDIO DE LOS GENERALES

El capitán Glaser les hizo señal de acercarse, aunque las órdenes fuesen de disparar a los parlamentarios enemigos. El mayor ruso, a quien custodiaban dos suboficiales, medía dos metros. Los galones amarillos que cruzaban su pecho brillaban al sol de invierno. Su rostro parecía de acero y sus ojos azules eran tan implacables como el invierno ruso. Uno de los suboficiales nos lanzó un saco blanco lleno de provisiones.

—Regalo de la 3.^a división blindada de la Guardia soviética. Tengo orden de proponeros la capitulación. Esta oferta es valedera hasta las 18 horas; si es rechazada, alrededor de medianoche tendrá lugar un ataque en masa apoyado por carros. Capitán, usted comprende lo que eso significa.

No era únicamente el capitán quien comprendía el sentido de aquellas palabras, sino todos nosotros. No resultaba difícil, por lo demás.

—A partir de medianoche, ya no haremos prisioneros, y nadie tendrá ya esperanza de rendirse —añadió el mayor sonriendo.

El capitán Glaser bajó la cabeza. También él comprendía perfectamente: era el fin de «la fortaleza de Stalingrado», de un modo u otro.

—Si la oferta de capitulación es aceptada —continuó el mayor—, cada soldado recibirá las raciones de las unidades combatientes rusas. Los enfermos y los heridos serán auxiliados. Sabemos que carecéis de todo.

Formábamos corro en torno de los parlamentarios y Porta ya estaba haciendo tratos: grifas a cambio de opio. Algunas fotos pornográficas cambiaban de manos; fotos privadas, garantizadas, naturalmente.

—Tenemos de todo —prosiguió el ruso—. Aceptad y seréis tratados como soldados. No está tan mal, ya veréis.

—La proposición será transmitida a escala de la división.

—Esperemos que vuestro general Von Hartmann se muestre razonable.

Los rusos se retiraron, y el capitán Glaser se fue a la división, junto a la línea de ferrocarril, frente a Orlovka. En torno a una mesa de tablas desbastadas estaba reunido un grupo de generales: Pfeffer; Von Hartmann, comandante de la 71.^a división de Infantería; el fogoso Stempel, comandante de la 176.^a división de Infantería; el coronel Crome y el jefe de Estado Mayor del IV Cuerpo de Ejército.

—A mi juicio —declaró el general Von Hartmann—, los oficiales alemanes sólo tenemos un deber: resistir hasta el final y luego suicidarnos. Sería un final muy hermoso.

—¿Y los soldados de quienes somos responsables? —preguntó el coronel Crome, que a los dieciocho años había ganado sus estrellas de teniente ante Arras, al frente de

una sección de asalto.

Llevaba al cuello la corbata *Pour le Mérite*, y cuatro hileras de condecoraciones le cruzaban el pecho.

—¿Y nuestros soldados? —preguntó con obstinación el coronel Crome.

Si los generales presentes hubiesen podido sospechar sus ideas, habría sido fusilado sobre la marcha.

—Crome —dijo el general Pfeffer—, los jefes no tenemos derecho a pensar en los soldados, pero soy contrario al suicidio. No se confunda usted, que no es miedo. Propongo, por el contrario, que atacemos a la bayoneta al frente de la infantería. Será para admiración de las generaciones futuras. Alemania no posee ni un solo monumento a la gloria de generales cargando a la bayoneta; seremos los primeros y ese monumento nos lo erigirán a nosotros.

—¡Perfectamente! —exclamó el general Stempel—. Así es como debemos terminar y daré las órdenes pertinentes. Avanzaremos con el sable, desenvainado detrás de tambores y trompetas. Caballeros, propongo que nos pongamos el uniforme de gala, ese que trajimos para la victoria. Puesto que Dios nos niega esa victoria, esos uniformes serán nuestras mortajas de gloria.

En aquel preciso instante llegó el capitán Glaser. Un *feldwebel* arrojó sobre la mesa el saco de provisiones ofrecido por los rusos.

—El general Vorónov, de la 3.^a división blindada de la Guardia, ofrece la capitulación honrosa —dijo—. Los rusos desean parar esta vana efusión de sangre. De ahí esa proposición de capitulación honrosa. Los oficiales conservarán sus armas, y los heridos y enfermos serán auxiliados según las reglas del Servicio de Sanidad ruso.

—¿Qué contiene ese saco? —preguntó con repugnancia el general Stempel.

—Salchichas y pan. El parlamentario ruso me ha rogado informe a los jefes del Ejército que las condiciones de la capitulación permanecen valederas hasta las 18 horas. Sobre medianoche, habrá que contar con un ataque y los rusos ya no darán cuartel.

Un silencio de muerte reinó en el bunker. Luego, el general Pfeffer golpeó la mesa con su fusta y gritó a voz en cuello:

—¿Cómo os atrevéis a hacernos semejantes proposiciones? ¡Una capitulación! ¡El IV Cuerpo ha recibido la orden de defender al sector del Sudoeste, y resistiremos mientras yo viva! ¡Lucharemos hasta el último hombre y hasta el último cartucho! —vociferó con los ojos inyectados en sangre.

Von Hartmann contempló con mirada satánica al capitán Glaser.

—¡Capitulación! —dijo entre dientes—. ¡Se atreve usted! ¡Una capitulación frente a subdesarrollados rusos!

—Ni hablar —dijo altivamente Stempel—. Somos oficiales prusianos aunque, por

el momento, sea un cabo de Bohemia quien mande. No nos rendiremos; antes morir. —Golpeó con la fusta el pecho del capitán Glaser—. Y, por lo demás, ¿cómo es que habéis tenido la audacia de recibir a unos parlamentarios rusos? ¿Acaso no conocéis las órdenes del OB de disparar sobre todo parlamentario enemigo?

—Sí, mi general; es verdad —balbució el capitán Glaser—, pero yo creí...

—¿Creyó usted? ¡Su deber de oficial es obedecer! ¿Entendido? Así que se trata de sabotaje de órdenes. Ha recibido usted a unos parlamentarios enemigos y no les ha disparado según las órdenes.

El general Pfeffer se inclinó sobre la mesa y miró malvadamente al capitán Glaser.

—Bueno. Ya comprende usted lo que eso significa, ¿verdad, capitán? ¡Cuádrese!

—El general se tocó con la gorra galoneada de oro—. En nombre del Führer y en nombre del pueblo alemán, queda usted condenado a ser fusilado por sabotaje de órdenes, pues no disparó a los parlamentarios enemigos.

Los generales saludaron. Era el reglamento. Disciplina de hierro, nada de sensiblería. Vieja tradición prusiana, según el espíritu de Federico *el Grande*. El coronel Crome desarmó al capitán Glaser y llamaron a la guardia. Pasaron unos minutos. Sonó una descarga. En la nieve sucia cayó un cadáver acribillado a balazos sobre el que veló la pálida luna. Un grupo de soldados fatigados y hambrientos se volvieron con indiferencia, pisoteando la nieve. Estaban demasiado cansados para preocuparse del muerto. Se mataba para no ser muerto.

—Hay que hacer algo, de todos modos —dijo el coronel Crome, tamborileando sobre la mesa.

—Desde luego. Hay que hacer algo.

El general Stempel cogió el teléfono y dio orden a su división de atacar las posiciones rusas.

—¡Atacad a los rusos a toda costa! —gritó al aparato.

—¡Si quieres atacar a Iván, hazlo tú mismo, pedazo de mierda! —respondió una voz agria, y alguien cortó la comunicación.

Stempel no se había dado cuenta aún de que su división estaba compuesta entonces por sesenta hombres mandados por un teniente. La voz era la de un sargento en activo quien, el año siguiente, ascendería a mayor en el Ejército Rojo.

Stempel se puso lívido y se tambaleó fuera del bunker. Sus ordenanzas le ayudaron a vestir el uniforme de gala: pantalón gris perla con lista rojo sangre, guerrera verde con galones de oro. Se dejó caer en la cama y llamó a sus dos oficiales de ordenanza a quienes dictó las últimas líneas de su parte.

«Mi división me ha traicionado, por lo que escojo la muerte. No hay otra solución. Viva el Führer, viva la Gran Alemania. Sé que no habremos muerto en vano en Stalingrado. La Historia nos hará justicia».

Se metió el cañón de la pistola en la boca y disparó. Los oficiales de ordenanza saludaron, con los ojos llenos de lágrimas.

Dos horas más tarde, un grupo de generales avanzaba por la estepa cubierta de nieve; relucían las pasamanerías doradas, y las anchas listas rojas se destacaban violentamente sobre la inmensidad blanca.

—Es cuestión de apretarse el culo —dijo Porta al ver a los oficiales—. La reserva sube a las líneas. ¡Si Iván se da cuenta de que esos imbéciles de condecorados atacan, nos van a dar para el pelo!

—Eso no me huele nada bien —murmuró *El Viejo*—. ¡Con esos tíos nunca se sabe!

El teniente Keit, recién salido de la Escuela de Guerra, dio un taconazo ante el general Von Hartmann.

—Mi general, la 71.^a división de Infantería: tres oficiales, dieciocho suboficiales, doscientos nueve hombres.

—Gracias, amigo mío, gracias —interrumpió el general Von Hartmann—. Ahora, usted y sus hombres van a hacer por modo de caer como verdaderos héroes alemanes. La Historia lo exige de ustedes.

—A sus órdenes, mi general —dijo el teniente irguiéndose altivamente.

Los generales avanzaban por la tierra de nadie sin preocuparse lo más mínimo del peligro.

—¡Están chalados! —murmuró Porta—. ¡No saben que todo eso está lleno de tiradores de primera! ¡Podían haberse enterado, aunque siempre están metidos en sus madrigueras!

El general Von Hartmann agitó el fusil que llevaba al hombro como un cazador. Su rudo semblante no denotaba la menor turbación. En todas partes se veían soldados que levantaban la cabeza con precaución; era de reconocer que la escena no resultaba trivial. ¡Generales en primera línea!

—¡Camuflaos todos! —mandó el general—. Somos nosotros quienes combatimos.

Amartilló su fusil y disparó de pie. Un soldado ruso voló por el aire. En cinco minutos, el general Von Hartmann hizo diana cinco veces con un fusil corriente.

—¡Eso es estupendo! —comentó Porta que entendía mucho—. ¡No sabía yo que los graduados tirasen tan bien con las armas de los soldados rasos!

Al lado de Von Hartmann estaban los generales Pfeffer y Wultz, este último comandante de Artillería. Tiraban sobre todo lo que asomaba; hasta pudo verse a Wultz soltar una carcajada al cargarse a un soldado ruso.

Pero en torno a los generales, la nieve comenzaba a levantarse agitada por la metralla; sólo ellos parecían no percatarse de nada y discutían de los tiros tan tranquilamente como si estuviesen de cacería. Von Hartmann contaba ya veintiséis

víctimas en su cuadro, Wultz nueve y Pfeffer iba en cabeza con treinta y una.

Hacía más de un mes que la radio alemana clamaba que los generales luchaban codo con codo al lado de los soldados. ¡Dios sabe lo que aquello nos movía a risa! Y he aquí que era verdad... ¡Vaya noticia sensacional!

El general Von Hartmann fue el primero que cayó soltando un gemido; se incorporó con dificultad, apoyó el fusil en el muslo y disparó. Hizo otra víctima más pero una granada estalló justo delante de él y le tiró atrás como un paquete gris, hecho un ovillo sobre la nieve.

El general Pfeffer cayó de bruces como una tabla, reclinando la cabeza sobre el talud de la trinchera, pero su gorra con galones dorados rodó ante él y un ruso la asió con la punta de su bayoneta. No todos los días se conseguía una gorra de general. Hubo que ir a buscar al general Wultz mortalmente herido, lo cual le valió un balazo en la cadera al soldado Borch. El teniente Keit pidió dos voluntarios para ir a buscar los cadáveres de los otros generales: no se presentó nadie.

¿Para qué arriesgar la vida por un pez gordo muerto? Hacía mucho tiempo que aquello ya no convencía. Y que nos tildaran de cobardes nos daba igual. Así que el teniente fue personalmente con un sargento. Una bala tumbó al sargento, y durante la noche fuimos a recoger los cadáveres.

Por la mañana tuvo lugar el ataque que los parlamentarios habían anunciado.

Los «T-34» llegaron en apretada formación y pulverizaron nuestras posiciones. Detrás de los carros, una muralla de infantes con bayoneta calada y fusiles ametralladores. Sólo quedaron jirones de la 16.^a división Panzer, única división superviviente del IV Cuerpo. Y nuevas unidades rusas no paraban de cruzar la línea de ferrocarril.

Los escasos supervivientes, de los que formábamos parte, botaban de un embudo a otro, bañados en sudor, cayéndose de fatiga bajo el peso de las armas. Las granadas diríase que pesaban una tonelada, y el correaje cortaba nuestros hombros doloridos. Desesperado, me tiré al suelo; había perdido mi casco de acero, chafado por las orugas de los carros, y hundí la cara en la nieve.

—¡Vamos, levántate! —Gregor me sacudió—. ¿Estás cansado de vivir? ¡Te digo que te levantes!

Me llevó la ametralladora un trecho de camino y nuestras piernas caminaron solas con un movimiento automático. Nos situamos detrás de un talud de nieve; el retroceso del arma nos lastimaba el hombro, pero los siberianos titubearon un instante.

—¡Larguémonos! —gritó Gregor dándome una palmada en la espalda.

Detrás de nosotros rugían los «T-34», atronando con sus cañones; al estallido de las granadas volaban miembros desprendidos. Nos arrojamós al primer hoyo, pero uno de los monstruos blancos se acercó a toda velocidad. Se paró; el cañón giró,

disparó y sentimos el aire que producía. ¡Pero el monstruo continuó hacia nosotros! ¿Estaría llorando? ¿O acaso grité? No supe nada. El terror me paralizó. Las anchas orugas revolvían la nieve, la tierra helada retembló bajo veintiséis toneladas de acero que se aproximaban a una velocidad de locura. Deberíamos salir del hoyo, pero estábamos tan petrificados que contemplamos con ojos extraviados al monstruo que iba a hacernos papilla.

Gregor me agarró la mano y nos apretamos uno con otro como dos niños aterrorizados. Aquella vez era el fin. El carro estaba sólo a diez pasos, y en el mismo instante el sol desapareció en el crepúsculo de invierno. Me mordí los labios hasta sangrar, contemplando el vientre del carro. Gritos atroces se elevaron del hoyo contiguo. Lentamente, aquel vientre se acercó. ¡Nos tocaba a nosotros! En una fracción de segundo, me quité una mina magnética del cinto y Gregor la lanzó bajo el vientre del monstruo, justamente bajo el asiento del conductor. Nos acurrucamos en el fondo del hoyo apretándonos los oídos con las manos y rogando a Dios que la mina hubiera quedado enganchada. Las orugas parecían hundirse cada vez más y, de golpe, una explosión formidable, ¡un mar de llamas! Veintiséis toneladas de acero se levantaron por el aire y recayeron en una lluvia de restos.

Otro «T-34». Nos rebasó. ¡Pero estaba tan cerca que casi pudimos tocarlo! Piernas caquí lo seguían corriendo; era la Infantería rusa. Un par de piernas se paró junto a nosotros y recibí un doloroso puntapié en el vientre, pero me hice el muerto; una suela claveteada caminó sobre la nuca de Gregor cuya cabeza se hundió en la nieve.

—*Chort vosmí!* —rugió el soldado ruso, saliendo de nuevo a todo correr.

Pero ¡qué nos importaban las peores injurias! Me ganó la locura, una locura que Gregor calmó a puñetazos. En Stalingrado, no cabía tener ataques de nervios. En todas partes siluetas fornidas, caras anchas, ojos oblicuos siberianos. Cuando uno de los nuestros levantaba los brazos, el fusil ametrallador escupía. «No se harán prisioneros».

Los generales que hubiesen podido salvarnos habían muerto, pero no sabían nada del frío, del hambre que retuerce las entrañas, de una oruga de «T-34» sobre sus cabezas, del aire cortante como el acero que abrasa los pulmones, de los atroces dolores de una pierna helada roída por la gangrena.

Los hombres de Siberia corrían hacia nosotros y les veíamos perfectamente: uniformes acolchados, grandes gorros de piel oscura sobre el rostro morado de frío. Corrían pesadamente como campesinos que siembran en invierno, pero no era un capazo lo que llevaban en la mano, sino un fusil ametrallador, cuyo cañón relucía. En sus oídos retumbaban aún el grito de Iliá Ehrenburg:

«¡Matad, guardias rojos! Ningún alemán es inocente, ni los vivos ni los que no han nacido aún. Exterminad para siempre a esa raza fanática. ¡Matad, guardias rojos! ¡Al ataque!».

Como un demente, empecé mi ametralladora y disparé, disparé. La larga cinta fue rápidamente consumida por el arma. Pero los hombrecillos morenos se pararon de golpe, abriendo mucho los ojos de estupor. No pensaban morir en plena victoria.

El peor enemigo de Hitler no puede negarle los beneficios conseguidos ya de una civilización renovada.

The Times. Londres, 24-7-1933.

Como un hombre borracho perdido, el teniente coronel se tambaleaba al avanzar; sus escasos cabellos grises se le desgreñaban sobre la frente, de una herida en la cara le brotaba sangre, una de sus charreteras doradas había desaparecido, y llevaba las manos atadas a la espalda con alambre de espino. Detrás de él iban un teniente, un mayor, un pagador cuyas manos estaban igualmente atadas.

Un grupo de SS, fusil en ristre, hostigaba a los condenados, y sobre sus gorros de cuartel gris perla el claro de luna plateaba la siniestra calavera. En medio de la plaza se alzaba una encina, y bajo la encina había colocadas cuatro sillas; algunos soldados soñolientos sacados de las chabolas formaban dos filas en torno del árbol.

Un SS sturmbannführer se dirigió a los cuatro oficiales que iban a morir:

—¡Cobardes! Si tenéis algo que decir, daos prisa, pues nosotros la tenemos.

El teniente coronel temblaba como una rama en la tempestad.

—Soy inocente, ¡creedme! No he hecho más que cumplir con mi deber y siempre he deseado solamente una cosa: hacerlo correctamente.

—Desde luego —se burló el SS—. Correctamente para ti, pero no para el Führer. Y tú, guerrero de salón —dijo dirigiéndose al mayor, que le miraba con frío odio en sus ojos azules—, ¿tú también querías solamente cumplir con tu deber?

—¡Monstruos! —masculló el mayor—. ¡Vosotros, bandidos, sois los verdaderos enemigos de Alemania, partida de asesinos!

—¡Listos! —chilló el SS, que se había puesto lívido.

Obligaron a los condenados a subirse a las sillas, manos expertas les pusieron un nudo corredizo en torno al cuello y luego tiraron de las sogas. Un Oberscharführer de dos metros de estatura derribó las sillas de un puntapié, dio un paso atrás y contempló su obra con satisfacción. Aquel Gustav Kleinkamp era un verdugo reputado que se jactaba de poseer el récord mundial de ahorcamientos. Era el mejor de los «especiales» del comando KZ del SS gruppenführer Theodor Eicke, un genio en materia de ejecuciones. Había mandado poner en los vehículos de su división: «No queremos prisioneros sino cadáveres», frase que había encantado a Eicke, pero no al general Model, comandante jefe, quien exigió que se borrara inmediatamente

aquella leyenda.

Model era el único general del que Eicke tenía un miedo tremendo. En todo el Ejército circulaba el rumor de que Eicke, un día, aquejado al parecer de un estreñimiento que ningún médico conseguía sanar, se personó en el Cuartel General de Model. Cinco minutos de conversación con el pequeño general de gran monóculo pudieron con el famoso estreñimiento.

—¡Ya tenéis a vuestro comandante y su Estado Mayor colgados por traidores! —gritaba el sturmbannführer a los infantes soñolientos—. Será el destino de todos aquellos que no defiendan cada centímetro cuadrado de terreno según las órdenes del Führer. ¿Entendido?

En el gran camión parado en la plaza de la ejecución, se destacaba la silueta de Theodor Eicke del II Cuerpo blindado SS. Ya el 26 de mayo de 1940 cometió su primer crimen de guerra mandando fusilar a cien prisioneros británicos en una granja de Bélgica. El generalfeldmarschall Busch le echó una bronca terrible por aquella falta grave cometida contra el Derecho de gentes, y entregó al monstruo a un consejo de guerra. Pero Himmler, intervino. Aunque no le tenía ninguna simpatía al comandante de su guardia, no quería ninguna tacha en el honor de los SS.

—¡Señor! —exclamó—. ¡Cuánto cuento por esos ingleses! Por lo demás, ¿qué estaban haciendo en el frente? Podían haberse quedado en su isla.

UN 25 DE DICIEMBRE

Hacía cinco días que la tempestad de nieve arreciaba en el Volga. Era la terrible tempestad del Kazajstán. Venía de muy lejos, del extremo límite de Asia, y el viento cobraba una velocidad loca al pasar por la estepa. Aquel viento favorecía a los rojos, y la tempestad del Kazajstán arrastraba a la muerte.

Estábamos agazapados en un bunker a orillas del Volga escuchando la tempestad: rostros grises y cansados bajo los cascos de acero pintados de blanco. Teníamos hambre. Y hacía mucho tiempo ya.

El mariscal Goering había prometido a Hitler que el VI Ejército sería aprovisionado por la Aviación, pero hablaba de aparatos que ya no existían. ¿Acaso esperaba la ayuda de los ángeles? Era la única con la que podía contar, pero, por el momento, Dios parecía estar de parte de los rojos, y el empecinado anticomunista de Londres, el señor Churchill, simpatizaba con las gentes del Kremlin a fin de que les

sacasen las castañas del fuego a sus compatriotas.

«STALINGRADO, FOSA COMÜN. CADA MINUTO MUERE UN SOLDADO ALEMÁN», vociferaban a todo lo largo del frente los altavoces soviéticos. Se moría, sí, pero no en combate. Se moría miserablemente de hambre y de frío; nos arrastrábamos por un camino y caíamos muertos; nos escondíamos en un hoyo de la estepa murmurando palabras incomprensibles y moríamos; nos desplomábamos sobre el cañón helado del carro sin gasolina y moríamos; nos metíamos en un bunker a resguardo de la tempestad y moríamos. El jefe de la compañía, reclinado sobre el parapeto de la trinchera, daba sus últimas órdenes y moría.

«STALINGRADO, FOSA COMÜN. CADA MINUTO MUERE UN SOLDADO ALEMÁN». La saeta de los segundos corría: Stalingrado, fosa común. Cada minuto muere un soldado alemán.

Cuando nuestro grupo, muerto de hambre, estuvo a pique de sucumbir, Porta cargó al hombro un fusil ruso con bayoneta calada, hizo una señal a *Hermanito*, se metió bajo el brazo un viejo saco de yute, y le vimos desaparecer silenciosamente en la tierra de nadie revuelta. Suficientemente astutos para rehuir a la Policía militar que acechaba gente que fusilar, siempre regresaban con algo en el saco. A menudo huesos de caballo un poco podridos, pero cuando se sabe preparar ese tipo de cosas siempre se saca una sopa que permite sobrevivir. Una noche, volvieron con treinta y siete latas de conserva y medio pato birlado a los rusos. Claro que no era su intención, ir a meter las narices en casa de Iván, pero la casualidad les llevó a una casa de Spartákov, y aquel yantar nos costó dos muertos de indigestión.

—Qué vida más rara —filosofó Porta—. ¡O nos desinflamamos porque no tenemos nada que meter en la barriga, o reventamos porque hemos metido demasiado!

Nuestro *bunker* retemblaba bajo el terrible fuego artillero. La muerte barría todas las posiciones alemanas a lo largo del frente del Volga. La cota 102, convertida en volcán, se volatilizaba en llamas y humo, y quienes no encontraban refugios se veían arrojados fuera de los hoyos y de las trincheras como si fuesen hojas secas. La presión del aire asfixiaba a la mayoría; otros se incorporaban, deliraban y caían como borrachos perdidos; otros más se volvían locos y, bajo la lluvia de granadas, corrían embutidos en sus largos capotes riendo como dementes.

Ya no éramos un regimiento, apenas una compañía; el último resto del frente; una mezcla indecible de todas las armas.

Hacía poco tiempo que un SS *unterscharführer* se había unido a nosotros y se tiró agotado en la cama, lo cual enfureció a Porta. Aquella cama era su propiedad personal, la había encontrado un día en un chalet abandonado, y a partir de entonces la llevábamos con nosotros a todas partes. Porta la alquilaba por horas.

—Es mi cama, hermano, ¡y que yo sepa no te la he alquilado! Quítate de ahí —dijo a *Hermanito*, que levantó al SS como si fuese una pluma y lo tiró al suelo.

El *unterscharführer*, con la mirada henchida de odio, se acurrucó en el suelo y quedó dormido inmediatamente, pistola en mano.

De repente, la puerta de nuestro refugio se abrió de un puntapié. Apareció un general SS con largo capote, empuñando un fusil ametrallador. Con la cara morada bajo el gorro de piel, se puso en jarras en mitad de la estancia, nos contempló uno tras otro y luego dio otro puntapié a un casco de acero que salió volando hacia la cabeza de alguien.

—¿Entonces? Cachos de berzotas. ¿Acaso creéis que vais a vivir eternamente? ¿Quién es de vosotros el de más edad?

—*Brigadenführer! Oberfeldwebel* Beier, del 27.^a regimiento Panzer —dijo *El Viejo*—. Presentes: un *oberfeldwebel*, siete suboficiales, cuarenta y tres hombres. Armamento: un lanzagranadas, dos «SMG», seis «LMG», un lanzallamas. Municiones ignoradas.

—¿Acaso no sabéis que la cantidad de municiones debe saberse a cada momento? —Sin aguardar respuesta de *El Viejo*, el general continuó—: ¿Y a qué se debe que estéis aquí? ¿Dónde está vuestro regimiento?

—El regimiento ya no existe, *brigadenführer* —respondió *El Viejo*—. Ha quedado enteramente destrozado. Los que no han muerto son prisioneros.

—¿De dónde viene ese *unterscharführer* SS? —preguntó el general indicando al SS.

—*Brigadenführer*, el *unterscharführer* Krahle se presenta: procede del regimiento escogido de exploradores.

—Entonces, vuélvase a su batallón: aquí no tiene nada que hacer.

—Debe estar usted en un error, *brigadenführer* —se burló el SS haciendo un gesto significativo—. Nuestra compañía de héroes se encerró ayer en Rínok y los amiguetes de enfrente sólo necesitaron media hora para liquidarnos. Yo me hice el muerto y soy el último.

—¡Póngase de pie, *unterscharführer*, cuando hable con un oficial! El consejo de guerra determinará cómo se escapó usted de su sección. Por el momento, se quedan conmigo usted y los demás marranos con quienes está usted asociado. Hago saber que el primero que chaquetera será colgado de la primera rama que se encuentre. ¡Cartillas militares! —ordenó sacándose del bolsillo un gran cigarro puro negro.

Julius Heide se apresuró servilmente a darle lumbre.

—¿Dónde abandonasteis vuestras posiciones? —preguntó el general, que espiaba a *El Viejo* mientras desenrollaba un mapa sobre la cama de Porta.

—Cerca de Kotlubán, *brigadenführer*.

—¡Kotlubán! —murmuró el general—. ¡Cincuenta y tres kilómetros! —Marcó unos cuantos puntos en el mapa—. *Oberfeldwebel*, eso es Kotlubán y ése el regimiento de la Guardia soviética. El regimiento de usted se encontraba cerca del

bosque de los Tártaros, de espaldas al Volga, ¿no es así?

—Sí, mi general. Pertenecíamos a la 16.^a división Panzer, cuya posición terminaba en la cuña situada al norte de Kotlubán.

—En efecto —dijo el SS muy escéptico—. Entonces, haga el favor de explicarme cómo pudieron ustedes cruzar las posiciones del regimiento de la Guardia, pues supongo que no cuentan ustedes con pasaportes especiales firmados por el general soviético. ¿Acaso no sabe deducir en seguida que sus hombres chaquetearon?

—*Brigadenführer* —dijo *El Viejo* apretando los labios—, aquí nadie chaquetea. Eso lo dejamos para los señores oficiales. Nuestro jefe de sección, teniente Reiniger, de la 7.^a división de Infantería, que había tomado el mando de nuestro regimiento, es el único que se largó. Se largó con los rusos revelando nuestra posición al comisario del 736.º siberiano, y sabemos que...

—¡Cállese! —gritó el general abofeteando a *El Viejo* con los guantes.

El SS *unterscharführer*, enfurecido, se arrojó con la bayoneta en ristre sobre su general.

—¡Canalla! —gritó, sin poder contenerse.

Con una llave de judo, el general le derribó, desenfundó la pistola y le mató de dos tiros.

—¿Hay más que estén hartos de la vida? ¡Que den un paso al frente!

Los ojos nos brillaban de ganas de matar; el odio nos ahogaba, pero hacía demasiado tiempo que éramos esclavos prusianos, para obrar. Había un general, un dios, que podía hacer de nosotros lo que quisiera.

—¡Tomad las armas! En columna de a uno detrás de mí.

Tomamos posición a lo largo de la vía férrea Stalingrado-Pitomnok. Sin formalidades, el general SS se apoderó de una batería del «8,8» cuyos tres únicos supervivientes quedaron incorporados a nuestro grupo, y luego esperamos, esperamos, el frío era atroz, pero el general nos hostigó sin parar. Se tapó las orejas con su cuello de visón.

¡En cuanto anocheció llegaron los «T-34»! Treparon por el talud como grandes chinches blancas, y luego salvaron la vía férrea sin encontrar resistencia. Nuestros infantes huyeron de sus hoyos y semejabán puntitos grises en la nieve inmaculada, pero las chinches con orugas rugían, les alcanzaban, les arrollaban. Los grandes cañones giraban como dedos fuera de las torretas bajas, de aspecto de puños cerrados. Las cadenas rechinaban. En una nube de nieve, bajaron por el balasto en formación apretada.

Agazapados detrás de nuestros «8,8» camuflados, esperamos. Los primeros carros estaban a ochocientos metros y la verdad era que les costaba mucho arrollar a unos cuantos desventurados soldados de Infantería desparramados. La espera, durante un ataque de carros, es algo verdaderamente de espanto. Son menester nervios de acero

para estar detrás de una batería de anticarros. Si se falla el blanco, la muerte es segura.

Se acercaban, cobraban velocidad. En las escotillas de las tórrelas abiertas, vimos asomar a los jefes de las dotaciones, que, evidentemente, no temían ninguna resistencia.

—¡Fuego! —ordenó *El Viejo*.

Cuatro cañones mugieron al mismo tiempo. Los primeros «T-34» brincaron con un ruido de trueno, y ahora el miedo, el atroz miedo, había desaparecido. Ni siquiera notábamos el frío. Los gestos repetidos mil veces se habían vuelto automáticos; los cañones tronaban, los carros retrocedían, brotaban llamas fuera de las torretas, el metal en fusión salpicaba con rachas de fuego el cielo. Y los hombres se tornaban momias negras. Era la muerte del soldado de carro. Diecinueve «T-34» fueron presa de las llamas y un inmenso hongo de color negro de tinta se elevó hacia el cielo gris.

Un instante de respiro. Luego, otra oleada de «T-34» llegó, esta vez recto sobre la batería. Los cañones dispararon con la energía de la desesperación —o ellos o nosotros— pero las municiones se agotaron.

Los rusos habían localizado ya la batería y avanzaban despacio en medio de una lluvia de granadas. El duelo a muerte llegó al paroxismo. Un artillero de diecisiete años se retorció en la nieve, con la columna vertebral rota, y sus gritos casi dominaban los cañonazos, pero nadie acudió en su auxilio. ¡No había tiempo! Repetidas veces, una lengua de llamas amarillas indicaba que un coloso seguía aún en condiciones de fastidiar, y nuevos monstruos salvaban ya el talud.

Nuestros infantes huyeron y se tumbaron detrás de la batería, donde se creían a resguardo. ¡Desgraciados! Salieron del infierno para caer en las brasas. Aquí las granadas caían con una precisión minuciosa. El duelo se hizo furioso. Ya no éramos hombres sino máquinas que ejecutan automáticamente su tarea diabólica. Los alaridos de los heridos se juntaban con los aullidos roncacos de los «8,8».

El gordo Paul, de Colonia, se desplomó con el pecho atravesado; el cabo Duval, de Sauerland, cayó con el brazo derecho arrancado; el suboficial Scheibe, de Wupperthal, quedó con ambas piernas cortadas a la altura de las rodillas; una granada convirtió al cazador Weiss, de Breslau, en un magma indecible. Y los carros siguieron avanzando...

Un disparo certero alcanzó el cañón de Gregor y lo reventó. El largo tubo voló hecho añicos y decapitó al cargador, cuyo cuerpo permaneció en pie un instante aún, con la sangre manando como un chorro de agua. ¡Gregor perdió el control de sus nervios! Se veía, se veía como un loco enjugándose la cara bañada en sangre, y luego cayó de rodillas y todo el cuerpo le retemblaba de sollozos.

¡De repente, los carros vinieron hacia el Sur y el retumbo se alejó! ¡No damos crédito a nuestros ojos! ¿Por qué? ¿Por qué se iban? ¡La batalla casi había terminado,

y estábamos allí, alhelados, silenciosos, pero con vida! En medio de cadáveres ensangrentados que ya se atiesaban en el frío negro.

Todo giraba en torno mío, el vapor de salitre abrasaba los pulmones, y contemplé sin poder mover ni un dedo al infante de Marina que curaba al legionario, alcanzado en la frente por una esquirla de granada. ¡Vaya suerte! Por una vez, llevaba el casco puesto; de lo contrario, se hubiese quedado sin cabeza.

Pero vimos acudir al general SS, que caminaba por la nieve con algunos soldados silenciosos.

—Volad los cañones. Reunión allá, en el desfiladero.

Colocamos las cargas de dinamita. Porta encendió la mecha y nos fuimos hacia el punto de reunión. A cierta distancia, una explosión monstruosa: la batería había desaparecido, y al cabo de algunas horas la nieve lo habría cubierto todo.

Estábamos a 38 grados bajo cero; un viento mortífero barría la estepa y nos arrojaba carámbanos a la cara. En todas partes a donde se mirase, no había más que cadáveres rígidos, con brazos y piernas vueltos hacia el cielo. En cabeza de nuestra lamentable columna, caminaba el general silencioso y malvado. Cuando el viento levantaba los faldones de su largo capote asomaban las tiras blancas de los SS. Estaba loco. Hacía tiempo que nos habíamos dado cuenta de ello; era un demente que trataba de morir en combate y, visiblemente, deseaba llevar consigo a la muerte al mayor número posible de soldados.

Nos enterramos en el meandro del Volga, al pie de las colinas que forman una especie de triángulo. Pero desde el sitio donde estábamos podían verse largas columnas en marcha que cruzaban el río helado, y a partir del día siguiente comenzó el machaqueo de la artillería pesada. En cuatro ocasiones la deflagración me lanzó fuera de la trinchera; la última vez, Porta me fue a recoger y me quedé tan afectado que no pude tenerme en pie.

La sección contigua a la nuestra fue rociada con granadas de aire comprimido cuyo efecto es inimaginable. Hasta las ruinas volvieron a arder. Un hedor a carne abrasada impregnó nuestros uniformes hasta el punto de darnos arcadas.

—Es increíble que eso pueda arder aún —dijo el marinero acurrucándose en el fondo de la trinchera.

Lucía aún su gorra de marinero, con las cintas que cuelgan atrás.

Me deslicé bajo algunos bloques de hormigón y empecé mi ametralladora en una estrecha hendedura, con el instinto seguro de los soldados del frente. Nos repartimos en silencio un trozo de pan duro. ¡Se necesita tener desde hace mucho tiempo el hambre en el vientre para apreciar el sabor del pan duro!

La niebla del Volga subió hacia nosotros al mismo tiempo que las columnas en marcha. ¡Y, de repente, atacaron! Siberianos, demonios nacidos en el hielo y la nieve, que semejaban oseznos, con sus uniformes acolchados.

—¡Hurra por Stalin!

Del otro lado de nuestra posición, la trinchera fue arrollada; ¡quedaríamos copados! A través de la rendija del hormigón, vimos correr botas de fieltro; la ametralladora contigua crepitó. Los siberianos cayeron como moscas, huyendo a través de las colinas pisoteando muertos y heridos.

—¡Bayoneta calada! —ordenó el general—. ¡Adelante!

Eché a correr al frente, embistiendo como una fiera y cargándoselo todo con su fusil ametrallador. Esta vez, entre los siberianos cundía el pánico.

—*Alá Akbar!* ¡Viva la Legión! ¡Viva la muerte! —vociferó el pequeño legionario, corriendo en pos del general.

Borrachos de sangre, pisoteamos a los heridos, despanzurramos y degollamos, en un cuerpo a cuerpo tan espantoso que el propio diablo debió estremecerse. Los rusos, acuciados por sus comisarios políticos, contraatacaron, y cayeron a cientos. Sus posiciones fueron invadidas y demolidas, y sus bunkers, tomados. ¿Suministro? ¡Gracias a Dios! Porta devoró como un loco todo lo que pudo, y *Hermanito* engulló un pedazo de tocino gigantesco. Arramblamos con todo cuanto se nos puso a tiro y nos largamos, pues los rusos volvían a bombazo limpio. El general, ayudado por un teniente desconocido, estaba tumbado detrás de un «SMG». Estaba loco, pero a buen seguro que no era ningún cobarde, sólo que nos encontrábamos en unas ruinas de las cuales no podíamos salir porque los siberianos estaban ya encima de nosotros y se acercaban lentamente, armados con lanzallamas, lo cual nos puso la carne de gallina... De golpe, Heide se irguió, reptó a través de los lienzos de pared, llegó detrás del primer grupo de siberianos y los roció con su lanzallamas... Diez minutos más tarde y nosotros ya no hubiésemos existido.

Detrás del Volga, se oyó de repente el rugido de las baterías pesadas, un retumbo prolongado Y aterrador que hizo retemblar el suelo a kilómetros de distancia. Disparaban sobre nosotros con sus terribles granadas de aire comprimido que desgarran los pulmones.

¡Escapar! ¡Escapar! Ante todo, agazaparse en el fondo de un hoyo. Topé con Porta, y el soplo mortífero nos alcanzó. Quienes no huían con bastante rapidez echaban los pulmones por la boca, todo cuanto se hallaba en la superficie del suelo quedó volatilizado por aquel viento de muerte era preciso hacinarse en el fondo de un cráter estarse quieto y morder la culata del fusil, si se quería tener una posibilidad de salvar la vida. Hasta nuestras necesidades naturales había que hacerlas tumbados; ¡más valía llenarse los pantalones que verse estallar los pulmones!

Y aquello duró toda la noche. Nadie dudó ni por un instante de que habíamos perdido una guerra, pero nadie habló de renunciar a batirse. ¡Aun en aquella insondable miseria, la vida se nos había tornado preciosa; nunca hablábamos del pasado, solamente del porvenir! Y sin creer en él... La vida se había vuelto para

nosotros tan breve que cada minuto se llenaba de una intensidad insospechada. Nos moríamos de frío, de hambre, de miedo, pero todavía pudimos regalarnos con un faisán que correteaba por los campos ensangrentados. Nadie disparó. Hubiera sido un asesinato, y aunque despanzurrásemos hombres a cada paso, ninguno de nosotros se consideraba un asesino.

De pronto, tres «JU 52» desembocaron por el Oeste y horadaron las nubes bajas buscándonos, no cabía duda. Trazaron grandes círculos, indiferentes a los cañones rusos, y he aquí los paracaídas amarillos, en cuyo extremo se columpiaban los grandes contenedores de suministro. ¡Ver aquello nos volvió locos! Había que arriesgar la vida para ir a buscarlos, pero todo el mundo se apresuró. ¿Qué había en los contenedores? Todos nos relamíamos ya...

—¿Qué diríais de un lechón asado? —gimió Porta, que se moría de hambre.

—Nunca más hablaré mal de nuestra Aviación —prometió el marinero, solemnemente.

Con manos temblorosas, deshicimos las envolturas de los contenedores de aluminio, cada uno de los cuales tenía capacidad para el suministro de una compañía entera. ¡Niños descubriendo el árbol de Navidad, tras un mes de espera, no hubieran sido más felices que nosotros!

Pero las espaciosas cajas no contenían ni lechón, ni aves de corral, ni patatas; ¡ni siquiera un cacho de pan! Cada una de ellas estaba abarrotada de polvos contra los piojos, de papel de escribir y de una colección de fotos en colores de Hitler, Goering, Goebbels ¡Es de imaginar nuestra absoluta desesperación!

Las fotos nazis fueron arrojadas al viento de la tempestad, que las llevó hacia los rusos.

—¡Para vuestras letrinas! —gritó Porta con rabia—. ¡Y limpiaos el trasero con ellas!

Tras las imágenes, le tocó el turno al polvo insecticida. Todo apestaba a insecticida; kilos de polvos se extendieron como una nube sobre el Volga al mismo tiempo que nuestras maldiciones. La medida se había rebasado. Incluso *Hermanito* escupió su rabia.

—¡Dios castigue a Adolf!

Si, Dios castigue a Adolf. Al alba, abandonamos las posiciones en medio de una tempestad de nieve que por lo menos tenía la ventaja de ocultarnos a la vista del enemigo; harían falta varias horas para descubrir que ya no estábamos allí. En la carretera de cinturón de Olovka, el general mandó emplazar una barrera para detener a los fugitivos que irrumpían a bandadas procedentes de la fábrica de tractores. Hubo alaridos de indignación, pero no dieron mucho resultado. Los comandos de caza estaban en funciones, y el general SS no conocía la compasión. Dos oficiales recalcitrantes fueron abatidos de un balazo en la nuca, y un capitán de Artillería fue

apaleado mortalmente y abandonado sin sentido *in situ*.

Salimos al ocaso, esta vez en columna respetable. A veinte kilómetros de distancia, en un repliegue del terreno, descubrimos un regimiento, pero de cadáveres; los huesos congelados asomaban de la nieve, y cuervos graznadores picoteaban los cráneos. Era una visión indecible. «Stalingrado, fosa común. Cada minuto muere un soldado alemán».

Un gran *bunker* excavado en la roca nos sirvió de refugio. Sobre una mesa quedaba aún una luz de carburo que *El Viejo* encendió. La luz viva y macilenta brotó. ¡Cadáveres, siempre cadáveres! Rostros retorcidos, amontonados unos sobre otros en el suelo. En una silla, un teniente coronel, con la cabeza inclinada hacia atrás y la nuca horadada por una bala. Los NKVD pasaron por aquí antes que nosotros. En una mesa de operaciones yace un médico con la garganta cortada y en un rincón, dos enfermeras con el vientre al aire.

—Despanzurradas —comprobó Porta quien, de todos modos, dio vuelta a los dos cadáveres.

Los asiáticos pasaron por aquí y siguieron perfectamente el consejo de Iliá Ehrenburg. «Matadlos los donde les encontréis, y hasta en las entrañas de sus madres».

Agotados, nos arrojamamos sobre sacos de paja ensangrentados, apestosos, con un deseo nada más: dormir. El general se desplomó en un taburete junto a la pared del roquedal. Examinó su fusil ametrallador, contempló con aire pensativo los cadáveres, y luego la cabeza se le cayó, las manos se le abrieron y el arma se le cayó al suelo. Dormía, como todos nosotros.

¡De golpe, despertamos sobresaltados! ¿Cuánto tiempo habíamos dormido? Nadie lo supo. El *bunker* retembló. En el fondo del repliegue de terreno, rugían motores y rechinaban orugas. ¿Nos abandonarían los nervios? Eran carros.

El Viejo apagó bruscamente la lámpara de acetileno y nos hacíamos aterrorizados en la oscuridad. Los carros avanzaban, muy cerca del *bunker*. Apenas si nos atrevíamos a respirar. Se alejaron... Iban en dirección de Gumrak. Volvió a caer el silencio sobre los muertos y los vivos.

El general se caló la capucha sobre el gorro de pieles y se abrochó el largo capote.

—Coged las armas y seguidme.

Nos llevamos todo lo comestible, incluido un trozo de carne extrañamente blanca que, según *El Viejo*, era humana. Porta mordió un buen bocado de ella.

—¡La mar de buena! ¡Debe ser de trasero de general! ¡Si esto es manduca humana, andad con cuidado cuando yo tenga demasiada hambre!

—¡En marcha! —gritó el general, empujándonos con su fusil ametrallador.

Dejamos el *bunker* para enterrarnos al noroeste del ferrocarril, a unos cuantos kilómetros; de Pestianka. A lo lejos, un cohete se elevaba en el cielo y, poco después,

se produjo un nuevo ataque en oleadas apretadas, marchando como en desfile, grupo tras grupo, con la bayoneta calada al modo particular de los rusos. Hostigados por sus comisarios políticos, caían de todos modos como bolos, pero arrojaban los muertos sobre las alambradas y se valían de ellos como puentes.

Yo estaba tumbado en mi hoyo de nieve bajo los restos de un *bulldozer* americano; delante de mí, llegó un tirador siberiano a quien vi perfectamente. Cara ancha, morado de frío, coronada por un gorro de pieles con la estrella roja. Yo tenía la cruz de mi visor justo bajo la estrella. El tiro restalló malvadamente, y la cara del ruso reflejó una especie de estupor. No comprendía aquel sargento de una aldea siberiana por qué debía morir junto al Volga, un río cuyo nombre apenas conocía. También a él le hubiese gustado volver junto a sus vacas y sus caballos, pero estaba tendido allí, en la nieve, bajo los mugidos de la tempestad del Kazajstán. En primavera, cuando saliera de la blanca mortaja, un *bulldozer* le empujaría junto con otros cien mil cadáveres más hacia una fosa común, donde quedaría confundido con todos los desperdicios de las repúblicas soviéticas.

Retrocedimos más a lo largo de la vía. Desde un embudo de granada, un oficial pedía socorro, un hombre jovencísimo con cara de anciano. Antes de pasar por encima de él, eché un vistazo a sus piernas: una masa sanguinolenta. No se podía hacer nada por él.

—¡Llevadme con vosotras! —suplicaba—. ¡No me abandonéis! ¡Llevadme, camarada!

—¡Mi capitán, dése usted prisa en morir!

Y le metí la pistola en la mano, antes de correr a reunirme con los demás.

Desde un matorral, percibí un «T-34» que llegaba contoneándose por la vía. El capitán ruso descubrió al capitán herido, hizo girar su monstruo blanco y pasó por encima del montón gris. Todavía más se paró y giró en redondo. Cuando arrancó de nuevo, ya no quedaba montón gris. El ruso soltó una carcajada. ¡Un cochino fascista menos! ¡Adelante, soldados rojos, adelante! ¡Matadles hasta en el vientre de sus madres! Iliá Ehrenburg podía ufanarse de ser escuchado; era un buen escritor, un amigo del verdugo Stalin.

Porta y yo nos abalanzamos al mismo tiempo sobre un «T-34» que llevaba un banderín rojo ondeando en la torreta; lo arrancamos y lo pusimos sobre el cristal para cegar el carro. Las escotillas se abrieron y, como un jabalí presa de pánico, el carro corrió ante nosotros. Lluvia de granadas en la torreta abierta.

Una explosión, un infierno de llamas, pedazo de acero que caían.

Stalingrado, fosa común. A cada momento moría un soldado alemán, y allá, muy lejos, en Prud oriental, reinaba un loco que gritaba: «Continuaremos hasta el último hombre». Desgraciadamente, para nosotros, simples soldados, aún había oficiales que le obedecían por un sentimiento aberrante de deber militar.

El 24 de diciembre, estábamos frente a Dimitrijovka, pero ninguno de nosotros pensaba en la Navidad.

A las siete en punto, Iván atacó con masas de Infantería en las cuales causamos estragos, pero el ataque no cesó, ni mucho menos, hasta las tres de la tarde. Luego, de golpe, se acabó. Ni un tiro, ni un ruido; un silencio absoluto. Un tren ardía en el balasto. Porta, preocupado, se preguntó qué significaba aquel silencio. En el horizonte no se veía nada; únicamente la nieve que caía arremolinada y espesa empujada por el viento. ¿Qué pasaba? No tardaríamos en saberlo.

El 25, a las tres en punto, cinco «T-34» traspusieron la vía sin acompañamiento de Infantería. Desde el altavoz colocado en el primer carro, resonaba música militar. En perfecta formación se dirigieron hacia la 3.^a sección y no pudimos a nada contra ellos: no teníamos cañones antitanques; ni siquiera cócteles Molótov.

Se desviaron y, primero, fueron hacia la 2.^a sección. El altavoz entonó la marcha de Radeski. Los carros se pararon, cada uno en un hoyo de nieve, se hundieron girando sobre sus ejes y luego arrancaron de nuevo. El soldado que estaba agazapado gritó de miedo antes de que las treinta toneladas de acero le acallaran y le hicieran papilla. Así durante doce hoyos de nieve: 12 hombres. Y, luego, los carros desaparecieron como llegaron, en una nube de nieve. Silencio de muerte. Ni un tiro de fusil, únicamente la tempestad que aullaba...

Al día siguiente, a las tres en punto, ¡allí estaban! En cabeza, un «T-34» rojo vivo, bandera al viento; la misma música militar difundida por el altavoz; la misma precisión que la víspera sobre cada hoyo, en el cual se agazapaba un hombre que en un segundo, ya dejaba de ser un hombre. Nos tapamos los oídos por no escuchar los alaridos. Sólo nos restaba aguardar nuestra vez.

La noche blanca del invierno cubría la estepa. Diríase que se oían sin cesar gritos de heridos, pero no, sólo era la tempestad del Kazajstán que aullaba a la muerte.

Algunas granadas de mortero cayeron sobre el talud de nieve detrás de nosotros. El altavoz de la propaganda rugió: «¡Fascistas alemanes! ¡Cochinos capitalistas! ¡A las tres vendremos a aplastaros!».

Porta sonrió y saludó con su chistera amarilla.

—¡Es muy agradable saber que nos hemos vuelto capitalistas! ¡Gregor, mi «Cadillac», que me voy a la Costa Azul!

—¡Camaradas! —gritó de pronto el altavoz—. Soy el suboficial Buchner, de la 23.^a división Panzer. ¡Venid libremente con nosotros y demostrad que sois amigos del pueblo! ¡Rechazad vuestra esclavitud! Escupid a vuestros amos capitalistas.

—¡Ya lo sabemos, ya lo sabemos! —se carcajeó Porta.

Lo prometían todo, hasta chicas. La Unión Soviética, aquel paraíso de proletarios, tenía todo lo necesario para ser feliz, por lo menos eso decían ellos.

Pero al día siguiente, a las tres, ¡allí estaban! Ante la posición, se veían dos bultos

grises, dos tíos que habían creído en la felicidad soviética y a quienes el general se había cargado.

Aterrorizados, vimos acercarse a los cinco «T-34». ¿A quién iba a tocarle aquel día?

Bajaron por la nieve y se atascaron, pero se liberaron rechinando. Música de baile. No creo que exista en el mundo nada que yo odie más que un «T-34» blanco, aquella fiera que bramaba, aquel autómatas mortífero.

Porta, en su hoyo, tocaba la flauta como inspirado y podía verse su sombrero amarillo destacando sobre el blanco de la nieve. Era imposible enterrarnos más profundamente. Las herramientas no servían de nada, y la tierra estaba dura como el granito. Por lo demás, la tempestad del Kazajistán se encargó de sepultarnos.

Los «T-34» se acercaron con un bramido ensordecedor. Algunos hombres trataron de huir, pero fueron abatidos por las ametralladoras o muertos por nuestros oficiales. ¡Deserción! ¡Cobardía ante el enemigo!

Por un diminuto agujero en la nieve, contemplé a la muerte que se acercaba lentamente. ¡Si por lo menos hubiera tenido un cóctel Molótov contra aquellos asesinos, pero no! ¡Sólo nuestras manos vacías!

A unos metros de mí, pasó el primer «T-34», con las escotillas cerradas, pero yo sabía que detrás de las troneras unos ojos acechaban para matar. Toparon con el grupo contiguo, camaradas de mucho tiempo atrás. El pequeño suboficial Wilmer, comandante del grupo, poseía una tienda de comestibles en Düsseldorf y se alistó por cuatro años en 1936. Recibió de golpe su paga de cuatro años, gracias a la cual pudo pagar a todos sus acreedores, ¡pero nunca comprendió por qué no le mandaron a casa una vez cumplido su compromiso! Cuando estábamos frente a Amberes, escribió a Hitler, pero no le contestaron.

El sirviente de la ametralladora era el gran Bóhmer, de Colonia, que tenía como ayudante a un contable gafudo de Lübeck. Otro era de Hamburgo y soñaba con ser importante en los ferrocarriles; también estaba el estudiante de filosofía que nunca entendió nada de la disciplina militar ni pudo aprender el paso de desfile; pero, en cambio, el aprendiz mecánico Neumunster, lo conocía perfectamente y aspiraba a suboficial. El coronel Hinka se lo había prometido. Sólo que estaba allí, con los del grupo condenados a muerte que esperaban ser aplastados por las orugas de un «T-34». El primer monstruo se detuvo sobre el hoyo de Wilmer, se hundió lentamente y transformó a los hombres en un magma sangriento. El que era aficionado a los ferrocarriles chilló más rato que los demás.

—¡Muérete ya, cretino! —gritó Heide, histérico, tapándose los oídos.

El carro siguiente estaba ya encima del estudiante de filosofía; el alarido se apagó progresivamente en la nieve. Dios del cielo, ¿eres sordo? ¿Cuánto tiempo ibas a soportar aquellos gritos? ¡En nuestro cinto estaba escrito Gott mit uns, pero Tú

estabas seguramente contra nosotros para infligirnos tales torturas!

—¡Malditos sean! —gritó *El Viejo*, desesperado, ocultándose la cara entre las manos.

Impotentes, presenciábamos el destrozo sucesivo de nuestros camaradas. Y al otro día, a la misma hora, aparecieron de nuevo en la cima del basalto. Grandes chinches que se contoneaban sobre la nieve, con las escotillas bien cerradas y difundiendo música por altavoz. En aquella ocasión, fueron hacia el grupo 4, el del infante de Marina. Pero éste no quiso dejarse aplastar y se arrastró por la nieve blanda, como un nadador.

—¡Debe de jalar nieve! —dijo *Hermanito* con cierta admiración—. ¿Cómo se las apaña?

Su camarada, el alto contramaestre de torpedos, corrió rectamente con su uniforme azul. El «T-34» rojo sangre le persiguió, las orugas le aferraron, le arrancaron los brazos y se los arrojaron al aire. Luego el carro se paró sobre el cuerpo jadeante. ¿Es que no había seres humanos dentro de aquellos monstruos? ¡Oían los gritos igual que nosotros! La horrible bestia roja viró y el grito se tornó estertor humano. El contramaestre de torpedos había muerto.

Por aquel día, todo había concluido.

Derrengados, sin tenernos en pie, nos dejamos caer en nuestros hoyos. Pero justamente antes del crepúsculo, y por segunda vez aquel día, ¡volvieron! Aquella vez, palmábamos todos. El primero a quien aplastaron fue al teniente de la reserva, profesor en Munich. Con un gesto pueril de defensa, le vimos extender los brazos ante sí, pero el 30 toneladas, despiadado, bajó lentamente...

¡Nos tocaba a nosotros!

El primero en botar en su hoyo fue Porta, seguido por el gato, que maullaba contra los «T-34» hundiéndose en la nieve blanda. Presa de Pánico, Gregor escapaba desarmado. El general pareció reflexionar un instante, y luego botó a su vez. Todo el mundo huía, ¡con la cabeza gacha, sin pensar en que aquello era deserción!

¡Sabotaje a las órdenes del Führer! Había que luchar hasta el último soldado; hasta el último cartucho.

Detrás de nosotros se abalanzaron los colosos, que alcanzaron a quienes quedaban atascados. Después, giraron sobre sí mismos y chafaron bultos grises que lanzaban alaridos.

Era la guerra. Muchas personas han visto carros en desfile, pero ¿saben lo que es estar tumbado en la nieve con un frío mortal y ver cómo aplastan a los camaradas de uno? Repetidas veces los monstruos quedaban atascados también, pero se libraban de la presión blanca, y las llamas de los tubos de escape se veían sobresalir varios metros por atrás. Todavía estaban a quinientos metros.

Sin aliento, corrí como pude, me caí, grité... Lloré presa de un terror increíble.

Cuando respiré, el aire helado me dañó. Parecía acuchillarme los pulmones. Me sangraba la nariz enrojecida por la nieve, y me di de bruces en un montón blanco donde quedé aprisionado como por una mano de hierro. Detrás de mí, ¡aquel horrible ruido de motor! ¿De veras un carro de 30 toneladas perseguía a un solo soldado? La nieve me aguantaba y la muerte ya estaba sobre mí.

De pronto, un brusco empujón me sacó de la insondable mortaja.

—¿Qué pasa, imbécil? —tronó la voz de *Hermanito*—. ¿Te das prisa, o qué?

Porta nos adelantó brincando, con el gato en sus talones. Detrás de nosotros, los «T-34»... ¿Por qué no tiraban? Era curioso. Estaban decididos a aplastarnos; en cuanto a tortura, resulta más refinado.

Llegamos no sé cómo a un desfiladero muy estrecho entre colinas bastante altas, un desfiladero lleno de chatarra en la que yacían todos los desperdicios de Stalingrado. Los carros debían de habernos abandonado y, sin fuerzas ya, nos desplomamos en medio de incontables desechos.

—La basura militar —dijo el pequeño legionario—. Eso lo he visto ya en Sidi-Bel-Abbés.

No existía ninguna colonia francesa donde el eterno soldado, el cabo primero Alfred Kalb, no se hubiera batido. Dos veces al día, se arrodillaba y rezaba con la cara vuelta hacia la Meca, pues creía férreamente en Alá. Era un soldado fanático. Le importaba un pito contra quién luchaba; iba adonde le mandaban, pero seguía creyendo que luchaba por Francia incluso allí, en Stalingrado. Afirmaba que estábamos luchando por Francia, para que se liberase de las hordas soviéticas. Tenía la cara fea. Además de su gran chirlo, lucía los tatuajes de los cabileños y la bomba de siete puntas de la Legión incrustadas en la piel. Ya se ponía a limpiar su ametralladora, cuando nosotros, indiferentes a todo, nos tumbamos.

—¡En pie! —gritó el general SS—. Y no vayáis a creer que la guerra ha terminado. Más tarde pagaréis vuestra huida inmunda.

Olvidaba haberse largado a su vez, pero era general, lo cual hacía variar mucho las cosas.

Los «T-34» habían desaparecido. La tempestad ahogó a lo lejos el rugido de los motores.

—¡A formar, derecha! ¡Vista al frente! ¡Los jefes de sección, en cabeza! —ordenó con voz firme el general loco.

—¡Habrás que solicitarlos a la fosa común, imbécil de galones blancos! —gritó una voz.

Pálido, el SS entró en nuestras filas y ordenó que el culpable se denunciara. Se elevó una risa burlona. El general agarró a *Hermanito* por el cuello.

—¡Usted ha sido quien ha gritado, perro! —chilló aplicando el cañón de su pistola en la tripa de *Hermanito*—. Confíese, o disparo dentro de tres segundos.

¡Uno... Dos...! —dijo el loco.

En aquel momento, salió de las filas un suboficial de Infantería, con cuello y cabeza envueltos con un vendaje sanguinolento y el uniforme hecho trizas. En una de sus manos, la carne no era más que una honda quemadura. Era el único superviviente de toda una sección destruida por los lanzallamas rusos.

—¡He sido yo quien ha gritado, general de brigada, y añadido: no es usted más que un asesino, como todos los generales de Stalingrado!

Con el dorso de la mano, el loco pegó al herido en la boca. El suboficial se tambaleó y cayó buscando con su mano válida la pistola, pero antes de que lograra desenfundarla, la cabeza le tronó por los tiros de metralleta del general.

—Luego me encargaré de usted —le dijo a *Hermanito*—. Hace rato que me molesta, y por el momento le aconsejo que se este quieto, pues de lo contrario le pasará lo que al amotinado ese. Ahora, busque a un voluntario y vuelva a la posición para ver si quedan supervivientes. Luego, se reúne con nosotros en Gumrak. ¡Y no se imagine que me voy a conformar con partes amañados! No le quito a usted ojo. ¡Largo de aquí! Te presentas voluntario —me dijo *Hermanito*, designándome.

—¡Eso sí que no! Un voluntario es quien se declara voluntario.

—¡Entonces, te ordeno que te presentes voluntario, y creo que no vas a tener ganas de que te ahorquen por desacato a la autoridad!

A grandes zancadas, el muy canalla se puso al lado del general y declaró que me presentaba voluntario, ¡pero juré que me las pagaría!

—Me traerá usted la cama —ordenó Porta—. Se quedó ahí donde estábamos escondidos. La olvidé cuando nos largamos.

—Será sólo si me viene en gana —dijo el gigante con altivez—. Los berlineses tenéis el trasero tan alto que podéis cagar en los buzones de correos, pero aquí hay que volver al suelo.

—No te das cuenta de que Berlín es Alemania. ¡Vosotros estáis aún en la época de los pantanos! ¡Ni siquiera tenéis un teatro de la ópera!

—¡Eso ya es demasiado! —gritó *Hermanito*—. ¡Que no tenemos ópera! ¡Yo he sido tramoyista!

—¡Bah! ¡Una cervecería hedionda para gentes con zuecos! Bueno; está bien. No me traigas la cama; no eres capaz.

—Ya te enseñaré yo, perro de berlinés. ¿Y tu? —me dijo zarandeándome—. ¡Andando, acojonado! Vamos a buscar una cama.

Corría tan de prisa por la nieve, que yo no podía seguirle, pero cada vez que me tumbaba, con una punzada en el costado que me traspasaba, él retrocedía para agarrarme, amenazándome con hacerme ahorcar.

—Te mandaré ahorcar, canallita. ¿Entendido, guiñapo sueco?

En su mollera obtusa, sueco o danés venía a ser lo mismo. Aquello se bañaba en

una niebla de alcohol desde que nació.

En la posición no quedaba nadie con vida. Hacinamientos ensangrentados. Los «T-34» no fallaron ni un solo hombre, y también arrasaron el refugio donde estábamos. El famoso lecho estaba hecho migas, pero *Hermanito*, concienzudo, recogió todos los restos cuidadosamente. ¡Le miré con rabia! Estaba completamente chalado. Y he aquí que una ametralladora se puso a disparar, completamente indiferente a las balas que silbaban en sus oídos, injurió a la ametralladora con todos los apelativos que sabía. ¿Le había oído el tirador? ¡En cualquier caso, el tiroteo cesó! Pero se encendió un reflector que inundó de luz al gigante que acababa de recoger los pedazos del dosel. Se oyó gritar algo incomprensible a los rusos, con grandes carcajadas. Me apreté contra la nieve cubriendo a todo el mundo de maldiciones.

—¡Apagad esa maldita linterna, perros rojos! —chilló *Hermanito*— ¡Me deslumbráis con esa luz infernal!

Nuevas risas de los rusos, que apagaron el reflector. Salté fuera de mi hoyo y nos largamos antes de que la cosa se pusiera peor. Los pedazos de cama estaban todos, y encontramos al grupo de combate en Gumrak.

—¡Toma —dijo el gigante—, ahí tienes tu piltra de putas! Te hago observar que he estado en peligro de muerte a causa de esa maldita piltra. Los Ivanos me han alumbrado con una gran linterna, pero han tenido mucho miedo cuando he gritado. ¡Ahí me conocen! ¿No es verdad Sven?

El SS brigadenführer Paul Augsberg se presentó ante el general del Ejército Paulus, en el CG instalado en el edificio de la GPU.

—Mi general —dijo con tono seco el oficial SS—, hay que dar la orden de hacer brecha en las líneas rusas. Continuar así la batalla es pura locura. Me encargo de efectuar la penetración al frente de un grupo de carros, y tenemos suficiente artillería pesada para permitirnos romper el cerco. Es menester hacerlo cerca de Kaslanovska, donde el frente enemigo es muy estirado. Tenemos muchas probabilidades de pasar.

—General Augsberg —respondió sonriendo Paulus—, es absolutamente imposible. El Führer ha prohibido cualquier brecha.

—Entonces, capitule usted, ¡qué demonio! —General Augsberg, eso no es menos imposible. El Führer ha prohibido cualquier capitulación.

El SS se inclinó sobre la mesa. Sus ojos echaban chispas.

—Entonces ¿ha decidido usted volver locos a los hombres, hasta que vuelvan sus armas contra sus jefes?

—No tema usted, Augsberg, la cosa no llegará a tanto. Los soldados alemanes nunca se rebelan; obedecen. Toda nuestra alta civilización alemana se basa en una obediencia ciega, y esa disciplina justamente nos dará la victoria, aunque, por el momento, nos parezca muy oscura. No se desmoralice usted, pues. Los alemanes nunca hacemos nada a medias.

—Desde luego —murmuró el general SS—. La derrota que estamos sufriendo aquí, en Stalingrado, nunca ha tenido equivalente.

Sin tender la mano a su superior, abandonó el Cuartel General y se apresuró a lo largo de los grandes pasillos de la GPU, siniestro edificio donde cientos de heridos cubiertos de sangre y tumbados en el mero suelo se morían sin ningún auxilio médico. Se detuvo un instante en el patio alumbrado con reflectores, y contempló fijamente, la muralla de cadáveres helados que se hacinaban, como una barricada, en torno del Cuartel General. Continuó por el sótano contiguo al teatro, abarrotado de moribundos, algunos de los cuales seguían en las mesas de operación abandonados por sus cirujanos. En todas partes yacían miembros amputados. En un rincón, estaba el general Von Daniels, alelado, con los ojos llenos de lágrimas; su división, la 176.º de Infantería, había quedado totalmente destruida. Ni uno de sus 17 000 hombres había podido salvarse, y él lloraba por sus esperanzas. Augsberg le contempló fijamente un instante sin decir palabra y prosiguió su camino.

Encontró a oficiales de alta graduación que se deslizaban, con una mochila al hombro, a lo largo de los muros como si fuesen ladrones. Eran oficiales que habían exigido a sus tropas combatir hasta el último hombre. Se habían negado a retroceder

un paso en las situaciones más desesperadas y mandaban a la Policía militar hasta los hospitales para obligar a los heridos a reanudar la lucha. Ahora huían hacia la retaguardia, tratando de cruzar el Volga helado, lejos de los combates perdidos y de los montones de cadáveres.

El SS atravesó reptando ruinas negras de humo: más cadáveres, montones de cadáveres, pero, de pronto, en medio de aquella ciudad muerta, retumbaron voces y pasos de rezagados. Una columna de soldados harapientos, extenuados, desfilaba ante él en fila india, camino de no se sabía qué línea de combate. Iban a arrojar sobre la nieve y a disparar a bulto sin saber siquiera sobre qué.

Por la mañana, el general Augsberg regresó al batallón de fortaleza. Su rostro era de piedra, su monóculo brillaba y sus labios se apretaban en una línea brutal. Arrojó ante nosotros un saco de provisiones y luego, sin decir palabra, se sentó en un taburete, vació sus bolsillos de todos los papeles y los quemó en un montoncito.

LA RETIRADA

—Bueno —dijo Augsberg, con tono que no admitía réplica—. Tengo intenciones de sacaros de este infierno. Podéis seguirme o quedaros. Sólo nos llevaremos las municiones y las armas. Os desligo del juramento a la bandera y, si me seguís, no tengo nada que prometeros. Pero si os quedáis, os consumiréis en una prisión rusa y ya sabéis cómo tratan los rusos a sus prisioneros. En caso de lograr nuestro empeño, algunos de vosotros tendrán, sin duda, la suerte de llegar a las líneas alemanas, al otro lado del Don. Están a ciento veinte kilómetros: dos o tres jornadas de marcha en guarnición, pero aquí será duro, no lo dudéis. Una marcha hacia la muerte. Únicamente los más fuertes de vosotros tienen posibilidad de salvarse. Eso es todo cuanto tengo que deciros.

Dio media vuelta y se fue hacia el Oeste, cara al sol que rojeaba. *El Viejo* fue el primero en levantarse y, columpiándose sobre sus piernas arqueadas, se puso en seguimiento del general SS. Uno tras otro, nos fuimos levantando lentamente. Una columna bastante larga, aproximadamente ochocientos uniformes gris hierro, de todas las parroquias, incluidos dos aviadores cuyo «Cóndor» había sido derribado. Seguían luciendo sus maravillosos uniformes de cuero y las botas cortas de piel de foca. Detrás de mí avanzó el infante de Marina. A él todo lo que le quedaba era su gorra con cintas; el resto de su atuendo era ruso, tomado de un cadáver.

Llevaba mi ametralladora al hombro, pero como el trípode me estorbaba, de un puntapié lo mandé a rodar por la nieve.

—Estás loco, amiguito —dijo el legionario—. Esas patas las vas a necesitar. Peor para ti.

Ya estábamos en camino. Por dos veces pasamos los meandros del río Karpovka y alcanzarnos la carretera general de Stalingrado a Kalach. Largas columnas de «T-34» con las dotaciones sobreexcitadas estaban en marcha hacia Stalingrado. Un tren blindado hecho migas estaba parado en la vía, sus vagones desparramados y la locomotora puesta patas arriba en un campo. Augsberg levantó la mano; era la señal convenida para camuflarse.

—Brigada —le dijo a *El Viejo*— tome el grupo de la derecha y sea el primero en saltar por encima de la carretera. Si es necesario, hágase cubrir por sus fuegos. Dirección Llariónovski, donde habrá reunión.

—¡Seguidme! —gritó *El Viejo*.

Sin resuello, corrimos por la llanura. Me caí dos veces y deseaba quedarme en el suelo. ¡Dormir! Sólo tenía un deseo: dormir. Ya no podía más. Pero, brutalmente, el legionario me empujó hacia delante. Él era infatigable, formado como estaba en los combates del desierto, y mis lágrimas, mi furor y mi desesperación le dejaban completamente insensible. Seguimos un camino bordeado a ambos lados por una línea de camiones volcados de los que se elevaban horrendos cuervos. En los vehículos, cadáveres congelados: eran ambulancias alemanas ametralladas por blindados rusos. Algunos cadáveres tenían el cráneo roto; ya conocíamos aquello. El cerebro había sido arrancado por camaradas que se morían de hambre, cuando la ración individual se reducía a cuatro guisantes en conserva y dos gramos de pan. Un médico nos enseñó que un cerebro de hombre era sumamente nutritivo, pero el propio *Hermanito*, que lo probó, se vio obligado a vomitar el seso de un coronel, ¡príncipe de sangre, además!

Era menos horrible comer ratas, a condición de encontrar sal para espolvorear la carne. Durante mucho tiempo, hubo que caminar en medio de carros rusos y de la infantería; de vez en cuando, Augsberg se sentaba con cansancio en un talud de nieve y miraba sin decir palabra hacia el Oeste, donde las colinas del valle del Don habían de asomarse.

—Hay que tomar la dirección de Peskovatka —explicó el general a *El Viejo*—, y luego recto hacia el meandro del Don, donde pienso encontrar el frente alemán, pero cruzar el Don puede resultar también muy difícil.

La llanura pareció interminable. Sobre nosotros brillaba un cielo de un color azul helado, y en torno sólo teníamos nieve, la nieve que resplandecía como cristal. Ni un árbol, ni una mata, ni siquiera un tallo de hierba.

Los ojos empezaban a dolerme como si me clavasen un cuchillo; ya no veía nada,

el reflejo de la nieve me cegaba, tropecé y me froté los ojos con aquella nieve que abrasaba. Botas negras resbalaron ante mí; ya no era más que uno de los que se quedarían tumbados entre el Volga y el Don. ¡El Don! Bonito nombre, tan corto, tan dulce, pero el Don es un río ruso despiadado que extiende durante el invierno una humedad de hielo y durante el verano, un vapor pestilente. En Rusia, el enemigo número uno es la naturaleza. Ay de aquel que no esté armado contra la inflexible naturaleza rusa. El soldado soviético ha nacido con esquíes o con botas, ¡pero nosotros! Nosotros, soldados de Hitler, ¿qué podíamos hacer en aquel terrible país? Me incorporaron. *El Viejo y Hermanito* se inclinaron sobre mí.

—¿Qué te pasa, Sven? —preguntó *El Viejo* con su calma habitual.

—Esa nieve que me vuelve loco. ¡Me duelen mucho los ojos! ¿Por qué es tan blanca esa nieve?

—¿Qué color quieres que tenga? ¿Has visto alguna vez nieve negra?

Me pusieron de pie y Porta me alargó su cantimplora. Me erguí. La ametralladora parecía mas ligera gracias al vodka. Cuando se tiene la experiencia del invierno ruso o de su tórrido verano, ¡cómo se comprende esa afición a la vodka!

Divisamos una aldea formada de chozas decrepitas. Mandaron al legionario y a algunos hombres de exploración y nos tumbamos en la nieve para esperar. ¡Ahora era cuando el trípode de mi arma me hacía falta! Media hora más tarde, compareció el legionario y nos hizo signo de avanzar. La aldea había sido abandonada apresuradamente por todos sus habitantes salvo uno, un gato blanco que maullaba de hambre y sobre el que saltó el gato de Porta, que lo mató para comérselo. Hasta ahí llega la guerra.

En las chozas desiertas había juguetes, un coche de bomberos de plomo, una muñeca de trapo, y, en un establo, cinco cadáveres helados con un tiro en la nuca.

—*Nagán* —comprobó Porta con autoridad—. Los hermanos de la NKVD es evidente que han pasado por aquí.

En una bodega, toda una familia colgaba del techo, y había que apartar los cadáveres para ponerse en búsqueda de algo comestible. Los ahorcados no nos interesaban. Porta encontró un garrafón, que olisqueó con recelo. Luego echó un trago, eructó de satisfacción y alargó el recipiente a Heide, quien tosió, se atragantó y se puso morado.

—¡Vaya tea! —tartamudeó, resollando—. ¡Vaya tea! ¡Estoy de nenúfares hasta los huevos!

—¡Es fuego! —gimió *El Viejo*—. ¿Qué debe de ser eso?

—*Samorjonka* —se guaseó Porta—. El licor de Stalin para guerreros fatigados. Dos garrafones bastan para una compañía y luego, se arremete contra los carros con los puños desnudos. La *samorjonka* se hace así: maíz, remolacha y patata...

—¿Qué remolachas? —preguntó *El Viejo*—. Hay muchas clases.

—Y tu cabeza es una de ellas —gruñó Porta de mal humor—. Luego, se mete todo en un tonel y se deja pudrir. Hace falta un mes para que fermente; la espuma se la das a los cerdos. Se ponen muy tiernos de carne con un sabor picante la espuma. La *samorjonka* es la bebida secreta de Stalin. Los cristianos poseen tres cosas que les dan fuerza, según dicen los misioneros: amor, fe y esperanza. Suena bien, pero con Iván eso no vale de nada. Los rojos se cagan en la fe, en la esperanza y en el amor, y mandan a sus misioneros a las minas de plomo, donde pueden continuar esperando. En lugar de eso, José Stalin ha inventado la *samorjonka* para dar vitalidad. Por lo demás, José es un nombre judío; es una garantía de astucia.

—Entonces, José Porta, lo siento por ti —gritó Heide—. ¿No sabes que el Führer ha ordenado que todos los nombres judíos deben ser cambiados?

—El nombre sólo no hace al judío —afirmó Gregor echando otro trago—. José Stalin quiere tan poco a los judíos como José Goebbels en Berlín, pero tiene su manera propia de liquidar a los no arios. Los judíos de Stalin son carne de cañón; los de Adolf, ganado. Tiene menos gracia. Nadie puede ver a los judíos, aquí en el Este. ¿Os acordáis del polaco que tenía a un judío encadenado en su finca a guisa de perro de presa? Los soviets les aborrecen más aún que nosotros.

—Entonces, ¿por qué demonios luchamos entre nosotros —gritó Heide con rabia—, ya que estamos de acuerdo para suprimir a los judíos?

—Los alemanes no entendemos nada de nada —dijo *El Viejo* chupando su vieja pipa—. Le hemos hecho un estupendo favor a Stalin: la Tierra entera habla de nuestros campos de concentración y nadie habla de los de Stalin, que son tan horribles como los nuestros. Los alemanes son unos imbéciles con su manía de hacerlo todo hasta el fin. Ninguna imaginación; por eso perderemos esta guerra como todas las demás, porque tenemos el don de complicar todo lo que es sencillo. ¿Qué hacen los rusos para desembarazarse de los judíos? Mandan a esos narigudos a los comandos de la muerte. Nada de asesinatos como en casa, sino la muerte del héroe. ¡Habría que pensarlo!

—¡Frases antinazis! —chilló Heide, que estaba completamente borracho—. Brigada Beier, le haré arrestar por la Policía militar.

Perdió el equilibrio y se desplomó sobre la estufa:

—¡Socorro! ¡Estoy herido! ¡Ambulancia!

—¡Basura! —tronó *Hermanito* meando encima de él.

—Gracias, camarada —gimió Heide—. Está muy bien eso de haberme llevado bajo la lluvia; reconforta.

Y se quedó dormido con un gorro ruso sobre la nariz.

Había olvidado completamente dónde estábamos. Lejos, detrás de las líneas rusas. Abandonados de todos. Ningún explorador polar hubiera podido sentirse tan aislado. Al despuntar el día, nos despertaron los cantos discordantes de Porta y los más

desafinados aún de *Hermanito*. Pero, de pronto, la puerta se abrió de golpe y, ¿qué vimos en su marco? ¡Al general SS seguido del ayudante médico!

—¡No parece que os estéis aburriendo! —dijo con aire salvaje, mirando a través de su monóculo, que relucía como un ojo malvado—. ¿No se presenta usted, brigada?

El Viejo se incorporó con dificultad, se abrochó el capote de través y se puso el fusil al hombro torpemente.

—Mi general —tartajeó—, el brigada Willie Beier sigue aquí con todos los chicos de la guerra, ¿verdad?

—¡Cerdo! —chilló el general, y agarró a *El Viejo* del cuello para echarle afuera.

Porta desapareció prontamente. *Hermanito* y el legionario se deslizaron detrás de la estufa. Gregor y yo aterrizamos en la nieve al lado de *El Viejo*.

—¡Ese jefe SS no tiene nada de distinguido! —hipó *El Viejo*, quien aquella vez estaba borracho como una cuba.

Por último, todo el mundo estuvo listo para salir, pero no antes de haber recibido una bronca fenomenal de nuestro jefe.

—¿Por qué se mete con nosotros? —pregunto ingenuamente *Hermanito*—. ¡Si somos la mar de simpáticos! Hasta él nos ha relevado de nuestro juramento a la bandera. ¡Nunca llegaría hasta Hitler sin nosotros!

—Armas al hombro —mandó el general—. En columna detrás de mí.

Solamente la mitad de la columna poseía botas de nieve. Escasos soldados tenían esquís, entre ellos Porta, naturalmente. Fue el primero en llegar al Don, y le vimos bajar de nuevo hacia nosotros en una nube resplandeciente.

—¡El Don! —gritó—. ¡Pero hay menos prusianos que en mi ojo!

El general se detuvo, miró largo rato con los prismáticos y no vio nada. Nieve, solamente nieve. Pensativo, se mordía los labios; ¿dónde estaban el trueno de los cañones, los ruidos de la batalla? Allí reinaba un silencio absoluto. Únicamente la tempestad del Kazajstán, que aullaba al pasar sobre el Don helado. Nada de frente, nada de cohetes para alumbrar aquel desierto deslumbrador que cegaba. Allí no había más que un enemigo: el despiadado invierno ruso. El general echó una ojeada atrás sobre una larga columna gris, muda, desesperada; los hombres se dejaban caer en la nieve. ¡Qué aplastante decepción! ¿Dónde estaban los nuestros? Entonces, ¿no se encontraban junto al Don, como decía todo el inundo?

Se veía un carro «P 4» casi enteramente cubierto de nieve, abandonado por el ejército blindado de Mannstein, que debía socorrernos en Navidad. Algunas latas de conserva. Los cañones estaban intactos. En el puesto de mando, los documentos de a bordo. El carro pertenecía a la 23.^a división Panzer.

—Los mandaremos a Torgau. —Dijo Heide metiéndose los papeles en la guerrera.

—Si por lo menos tuviésemos un cacho de cadena —murmuró Porta, examinando

el carro minuciosamente—. ¡No veo por qué lo han abandonado! Parece en buen estado, salvo esa cadena.

La sección de exploradores llamada por el general acudió a las órdenes de un joven teniente de Ingenieros. Tras ocho horas de duro trabajo, repararon la oruga estropeada. Porta se subió al asiento del conductor, pero no había bastante corriente para arrancar. Todo el mundo se puso a empujar el vehículo y, lentamente, el carro salió de su atolladero de hielo. Nos apartábamos prudentemente de las temibles orugas ensambladas con casquillos de granadas. El general mandó ponerse en marcha tras el «P 4» en cabeza.

—Doctor Heim —dijo al médico—, es usted responsable de que ningún hombre válido suba a ese carro. El que pueda andar y se niegue a hacerlo, que se quede aquí. Brigada Beier, tome usted el mando del carro y a cualquier hombre que intente subirse sin autorización se lo carga usted. El cabo Porta será su conductor, el sargento Heide, tirador de frente y radio; sargento Gregor Martin, tirador de torreta. —Buscó con los ojos al sargento de transmisiones de Artillería de pies ensangrentados—. ¿Entiende usted de cañones de carro? Bueno. Entonces, el cañón es cosa suya.

—Sí, mi general —dijo con alivio el sargento de Artillería, muy contento de no tener que seguir andando.

Sus pies no eran más que una masa sanguinolenta; los últimos veinte kilómetros los recorrió con dos fusiles por muletas.

Bajamos con muchos resbalones hacia el río helado. El carro estaba a punto de volcar patinando en el hielo. ¡Vaya terror! ¡Si se rompían las orugas! Pero Porta era un experto y sabía manejar un artefacto de aquel tipo como nadie. Debíamos esperar solamente que el hielo aguantara bajo las tres toneladas de acero, pues el Don jamás queda helado a fondo. Se oyó rugir la corriente bajo el caparazón cuajado. Todo el mundo se apeó salvo Porta y, desde la otra orilla, contemplaban con ansiedad el carro que serpenteaba por la superficie rugosa. Avanzaba despacio, se alzaba sobre enormes bloques de hielo, recaía en una lluvia de cristales y, por fin, llegó Porta a la otra orilla.

Los ojos me dolían cada vez más, pese a las gotas del médico. ¡Si al menosuviésemos cazadores alpinos entre nosotros! Pero el Alto Mando alemán no había previsto gafas de nieve para los simples pipiolos.

—¡El mayor hatajo de idiotas que nunca ha declarado una guerra! —había dicho poco antes *El Viejo*, y *El Viejo* nunca habla porque sí—. Nos han mandado a Rusia casi sin equipo y lo sabían. Durante diez años, los oficiales alemanes fueron profesores en la Escuela de Guerra rusa y colaboraron en el equipo de invierno del Ejército ruso. ¡Pero a nosotros nos envían sin nada!

Al cabo de seis horas de marcha, borrachos de fatiga, los hombres se derrumbaron donde estaban, para una pausa de media hora.

—Cuidado con el «LMG» —avisó *Hermanito* cuando me vio arrojar el arma en la nieve—. Podemos necesitarlo antes de lo que creemos. ¿Tienes aceite antihielo? El legionario posee un litro entero, lo he visto cuando hemos sacado el «P 4».

—Nunca me lo dará —dije, demasiado cansado para luchar.

—¡A mí, sí! —declaró el gigante, volviendo al poco—. ¡Estaría chalado! Me lo ha dado y sin protestar, gratis, y eso que me tenían muy dicho que los franceses nunca dan nada. —Se detuvo bruscamente y aguzó el oído—. ¡Un avión! —rugió mirando al cielo sin nubes—. ¡Uno de los nuestros! Un «Focke Wulf».

Gregor agarró un cohete y lo lanzó hacia el avión. El aparato viró y volvió sobre nosotros a doscientos metros. La dotación nos hacía señales y se veían distintamente las cruces negras bajo las alas ¡Bailábamos de dicha! ¿Aterrizaría? Pero el piloto no pensaba aterrizar. Un casco de acero cayó del avión. Un soldado vestido de cuero hizo otra señal y todo desapareció en el horizonte. En el casco habían metido un mensaje: «Camaradas, volveremos. Cuando nos oigáis, poneos en cruz o disparad dos balas trazadoras rojas».

—¡Vendrán a buscarnos! —dijo con júbilo Gregor—. ¡Cuatro «JU 52» con esquís y todo el mundo se larga!

—Imposible —declaró uno de nuestros aviadores—. Quizá se pueda aterrizar aquí con un aparato vacío. A todo estirar. Pero despegar de nuevo lleno, eso no es factible.

—Sí —dijo *El Viejo*—, sólo tenemos una posibilidad de salir del paso. El Don ha sido una decepción, pero al próximo río encontraremos a los nuestros.

—¿Y cuál es el próximo río? —se guaseó Porta—. ¿El Rin, quizás? A diez minutos de aquí, ¿verdad? A mí me falla el corazón y el hígado desde que tenía seis años, ¿cómo quieres que trote hasta el Rin? ¡Ah! ¡Justamente mi corazón! —gimoteó de pronto llevándose la mano al costado derecho de su pecho antes de tumbarse en la nieve.

—¿Qué pasa? —preguntó el médico, alarmado por los gritos lastimeros de Porta.

—Enfermedad de corazón —respondió *Hermanito*—. ¿El doctor no tendría un poco de alcohol? Eso siempre es útil.

—¿Simulación? —preguntó el médico mirando con expresión desconfiada a Porta, que fingía ahogarse.

El desventurado no sabía qué creer; venía directamente de la Facultad de Medicina de Gratz, y Stalingrado era una escuela mucho más difícil. Pero el general y el teniente de Ingenieros, que se habían acercado, contemplaron a Porta un instante en silencio.

—Vamos, en pie —ordenó el general—. ¡Basta de pamplinas!

—¡Vodka! —gimió Porta.

El teniente le alargó su cantimplora, riendo.

—Gracias, mi teniente, me ha salvado usted la vida. ¡Pediré a Adolf que le dé la medalla de salvamento!

Los dos oficiales dieron media vuelta, pero el médico seguía sin entender nada:

—Debería usted ser desmovilizado —dijo ingenuamente.

Naturalmente, Porta no dijo nada en contra. Mientras tanto, nos enterramos para pasar la noche. A lo lejos retumbaban amenazadores ruidos de motores.

—Camiones pesados —dijo el legionario—. Si pudiésemos birlar unos cuantos y un carro, pronto estaríamos en casa.

Porta le miró irónicamente:

—Entonces pon un anuncio en Estrella roja. Era lo que se hacía siempre en Berlín cuando se necesitaba algo.

Al Este, el cielo era rojo morado: era Stalingrado, que seguía ardiendo. Al Norte, enormes, relámpagos cruzaban el horizonte.

—Artillería —dijo Heide, muy seguro de su experiencia.

—¡Pero si es imposible —replicó el legionario—, nadie combate ya ahí!

—Entonces, mala suerte. ¡Juguemos!

—Sería mejor que durmieseis —declaró el teniente de Ingenieros, asomándose a la puerta.

Pero ya nos había pillado el demonio del juego. Imposible dejarlo, y todo el mundo puso su firma en el libro negro de Porta, que hacía préstamos a un interés siempre tan exorbitante.

Por lo que, al otro día, nos presentamos todos para salir derrengados, con los ojos enrojecidos y de muy mal humor.

—Coged las armas —mandó el teniente con tono perentorio—. ¡Adelante! El «P 4» en cabeza.

Porta pasó altivamente y saludó con su sombrero amarillo fuera de la torreta.

—¿Creéis que todavía queda lejos Alemania? —preguntó *Hermanito*, que comenzaba a no aguantar más.

—¿Lejos? —dijo Gregor—. ¡Tan lejos que sólo pensarlo le hace polvo a uno!

Un rugido profundo y melodioso le respondió. ¡El avión! Se lanzó el cohete rojo y el aparato, un «HE 111», viró; abrieron las portezuelas y bajo las alas colgaron los contenedores de suministros. Los paracaídas se desplegaron. ¡Ya no había cansancio! Nos abalanzamos hacia la llanura para recuperar los preciosos fardos. ¡Salchichas, cordero ahumado, enormes jamones, pan, pan negro de soldado, sardinas! Las bayonetas servían de tenedores. Pero el general ordenó que todo se juntara y racionara cuando *El Viejo* le tendió un mensaje hallado en uno de los contenedores:

A siete kilómetros al noroeste del ferrocarril Nij-Chírskaia-Zernis, fuertes concentraciones de caballería. Avancen con precaución. La vía Kamenski-

Stalingrado ocupada. Puentes custodiados por carros. Nutridas formaciones avanzan de Oeste a Sur. Kalitva ocupada por el enemigo. Puentes imposibles de forzar sin armas pesadas. Violentos combates cerca de Aidar. Unidades de caza operan en la llanura. Sección enemiga más próxima, treinta kilómetros Norte. Punto.

—¡Cretinos! —exclamó el general Augsberg—. Ni palabra sobre la posición de los blindados alemanes. ¡Dónde están los rusos bien lo descubriremos nosotros mismos!

Y alzó el puño en dirección del avión que se alejaba. Vi a *El Viejo* como encogido, extraviado, con los ojos clavados en el horizonte.

—La espicharemos uno después de otro —dijo con voz campanuda—. Nos han tachado del Ejército. Sin duda ha sido ése nuestro último suministro.

El general se echó el fusil ametrallador al hombro y levantó su puño cerrado:

—¡Grupo de combate, marchen!

Y la retirada continuó. El frío nos mordía en el rostro y penetraba en los huesos hasta la medula. Nubes negras se juntaban, amenazadoras, y el viento se levantaba; venía del Este, como si quisiera echarnos de la estepa, de las estepas de Rusia, donde nada tenemos que hacer. Es un viento que corta las carnes como una hoja de afeitar y pone la tierra tan dura como el mármol. De pronto, surgió una columna de avituallamiento arrastrada por caballos. Los soldados de transmisiones se arrojaron al suelo o tomaron posición en la cuneta. Nuestro carro viró y se escondió detrás de una muralla de nieve; si era descubierto, ¡un regimiento de blindados nos pisaría los talones!

—*Stoi!* —gritaron los rusos—. *I di siudá* (Venid acá).

Animándose, calaron la bayoneta. ¡Aquel encuentro con el enemigo era, evidentemente, una gran ocasión! No todos los días un soldado de transmisiones podía hacerse el héroe.

Un alto oficial salió de la línea de tiradores y caminó hacia nosotros apuntándonos con la pistola.

—*Ruki vierj! Ruki vierj!* (¡Manos arriba!)

—¡Que el diablo te lleve! —gruñó *Hermanito*, alzando su arma.

El ruso se desplomó y sus hombres se pararon en seco. Saltamos al fondo de un nevisquero y la ametralladora tableteó. Los rusos se desplegaron corriendo hacia la carretera, pero muchos quedaron tumbados, como montoncitos oscuros yacentes sobre la nieve. Porta estaba detrás del carro, armado de un fusil con visor que manejaba como un as; un fusil de balas explosivas. Si una bala daba en el hombro, el brazo quedaba arrancado. Stalin no se preocupaba demasiado de los convenios internacionales.

Un comisario, *knut* en mano, mandó de nuevo a los hombres al ataque, y el miedo del comisario era mucho mayor que el inspirado por nosotros.

—¡Cúbreme! —gritó un explorador provisto de lanzallamas, asomándose.

Una larga y atroz llama avanzó hacia los rusos. El explorador reía cruelmente y cargó otra vez petróleo en el depósito.

Nadie quería a los exploradores lanzallamas, los verdugos de la guerra, pero cuando las cosas se ponían mal, valía más tenerlos consigo. Ni de guarnición íbamos nunca a sus cuarteles. Todos eran profesionales y nunca vi sonreír a un explorador lanzallamas, ni a una chica bailar con alguno de ellos. Las charreteras negras con una llama amarilla bordada horrorizaban a todo el mundo.

El explorador me saludó llevándose dos dedos al gorro y corrió hacia otra parte para carbonizar a más víctimas. De repente, el ataque se paralizó. Volvió el silencio sobre la estepa. En la carretera, los caballos pisoteaban la nieve, y la noche envolvía despacio el país del Don.

El general se tumbó agotado a nuestro lado; sus labios helados sangraban.

—A las 23 horas nos largamos. Dirección Oeste. Reunión en Chir; sólo son 60 kilómetros.

—¡Vaya, hombre! —me dije—. ¿Por qué no en Nueva York? ¡Nunca llegaremos allí!».

Nuevo ataque. El comisario ruso aullaba de rabia. Mi «LMG» crepitó y me maldije por haber tirado el trípode, pues el arma costaba de aguantar. *Hermanito*, irritado, me la arrancó, porque yo siempre tiraba demasiado corto. Enrolló la correa en torno de su cuello y, sin cuidarse de la metralla enemiga, se levantó disparando de costado. Borracho de ganas de matar, gritaba. De pronto, la cinta se agotó.

—¡Municiones, cretino!

Bajé corriendo por la nieve, agarré la caja de municiones y, presa de pánico, manejé torpemente el cargador. *Hermanito* me empujó con brutalidad; él no sabía lo que era el miedo. ¡Demasiado tonto para aquello! El ataque remitía, los rusos se agazapaban y dos infantes desconocidos que disparaban con ametralladora se colocaron en posición cerca de nosotros. Eran viejos soldados experimentados: estuvieron en Moscú.

A lo lejos, gritos: «¡Sanitarios, sanitarios!».

Llegó el médico apresuradamente con su gran bolsa de medicamentos al hombro. En todas partes sonaban aquellos gritos lastimeros y nadie podía hacer nada por nadie. También los heridos rusos se desangraban moribundos en la estepa. El infante de Marina tuvo un rasguño en el brazo y le metimos un apósito en la herida, lo que le arrancó gemidos, naturalmente; pero el legionario me miró: el contorno de la llaga ya estaba amoratado. ¿Habría que amputarle?

—Suerte tienes que no haya sido una bala trazadora sino un proyectil pasado de

moda —dijo Porta a manera de consuelo—. De lo contrario, el brazo se te habría soltado.

A todo lo largo de la posición cundió la orden del general:

—Reunión en Chir.

—¿Y qué es eso de Chir? —preguntó *Hermanito*.

—Un río —respondió *El Viejo* con expresión pe cansancio—. En Rusia se va de río en río, ¡y hay muchos!

Nos quedamos callados, con la mirada extra. Un frío inhumano nos roía los huesos; corrían nubes sobre la luna y la noche se alumbraba débilmente con la reverberación de la nieve. Para huir, el tiempo era bueno.

A lo lejos, un alarido extraño.

—Los lobos —murmuró el infante de «SMG».

Oíamos relinchar en la carretera a los caballos inquietos; tenían más miedo de los lobos que de los hombres. Y, en aquel momento, un cohete trepó hacia el cielo.

—¡Vienen por la carretera! —gritaron al otro extremo de la posición.

—Abandonad las armas pesadas —mandó un sargento de Artillería—. Vosotros dos, cubrid la retirada —nos dijo a *Hermanito* y a mí.

Y echó a correr con la «SMG».

Vigilé el reloj con angustia. Pasaron los segundos. Diez minutos todavía.

—Larguémonos también —dijo *Hermanito*—. Han olvidado darnos las gracias. ¡Más vale un cobarde vivo que un héroe muerto!

En torno a nosotros reinaba un silencio aterrador; no nos atrevíamos ya a hablar en voz alta, y quité el seguro de mi fusil ametrallador.

El miedo me apretaba la garganta.

—¡Un ruido! —murmuró de pronto el gigante, pegando su boca a mi oreja.

Todo el mundo sabía que su oído era extraordinario. Percibía la respiración de un gorrión a dos kilómetros. Escuché y oí. Un crujido extraño en la llanura, pero vi de qué se trataba: el enemigo estaba cavando una zanja hacia nosotros.

—¡Van a saber lo que es bueno! —juró el gigante.

Juntó tres granadas y se arrastró un trecho. Una explosión, gritos...

—¡Larguémonos! Ya es hora, si no, la espicharemos como héroes dentro de un ratito.

Alcanzamos a los camaradas cerca de un riachuelo helado. Corrían pesadamente por la nieve y, de pronto, el infante de la «SMG» gritó y se desplomó: una bala perdida se le había llevado la espalda. No hay nada que hacer cuando se es alcanzado por esas balas explosivas. Yo estaba bañado en sangre. ¿Cuánto tiempo llevábamos corriendo? No lo sé. Pero hubo que pararse y tumbarse, agotados, en la nieve, con esas terribles punzadas de costado que le traspasan a uno como espadas. En la llanura retumbaban tiros aislados.

—Iván está de limpieza —comprobó el legionario—. El *nagán* trabaja.

Alguien gritaba y se lamentaba. Un grito. El grito terminó en un estertor. Y la retirada continuó, hacia el Oeste, lejos de los *naganes* asesinos. Toda la noche marchamos, marchamos. Algunos renunciaron y se tiraron al suelo helado o se acurrucaron como bolas grises para morir de frío rápidamente.

—¡Victoriosa retirada del VI Ejército! —se guaseó el legionario—. ¡Ven, dulce muerte, ven!

Me paré un instante para mirar detrás de mí. Entonces, aquello era lo que quedaba de un ejército de casi un millón de hombres: apenas trescientos fugitivos extenuados, desesperados, muchos de los cuales no tardarían en renunciar a seguir. Pero morir helado no resultaba terrible; un *nagán* en la nuca era mucho peor, y eso aún preferible a ser crucificado sobre una puerta o castrado con tenazas de herrero, pequeño placer refinado de ciertos regimientos cosacos. Ése fue el destino de muchos soldados de Stalingrado.

Yo era un soldado viejo, aunque apenas tuviera veinte años. Sabía que lo más importante de todo en el mundo era conservar las armas en buen estado. Ante todo, ante todo, no caer prisionero. Llevaba mi «LMG» bajo el brazo; en el bolsillo, una granada, y quienes quisieran atraparme se irían a la eternidad conmigo. Porta tenía una pistola «Walter» atada en la manga; levantando el brazo, podía dispararla a distancia. En cuanto a *Hermanito*, escondía en su guerrera dos paquetes de plástico que podía hacer estallar mediante un dispositivo de su invención. ¡Ante todo, no caer prisionero! En tanto que «regimiento especial» no podíamos esperar piedad alguna del adversario, y era curioso que el regimiento de los PU (políticamente dudosos), fuera, en ambos bandos, tratado más duramente que los regimientos políticos.

—Comunistas y nazis tienen la misma mentalidad —dijo *El Viejo*—. A los designados como dudosos por los nazis tampoco los comunistas les tienen consideración.

Así que cualquier soldado PU era inexorablemente liquidado fuera la que fuese su insignia, cruz gamada o estrella roja; he aquí por qué los hombres de los PU alemanes o rusos no se rendían jamás. Únicamente se pasaban al enemigo los miembros de batallones disciplinarios: dicho de otro modo, los criminales y delincuentes comunes que eran sacados, de la cárcel para incorporarse obligatoriamente.

«Ese Adolf Hitler es un hombre curioso. ¡Jamás llegará a canciller; a lo sumo a ministro de Comunicaciones y aún es harto dudoso! No es más que un bohemio vanidoso que procede del arroyo. ¡Que tanta gente le tema es algo que no entiendo! Dentro de un año, todo lo más, será olvidado, y en cuanto a su Partido de jóvenes maleantes, nadie hablará siquiera de él».

*Presidente del Reich Hindenburg, durante una conversación con el general Schleicher y el obispo de Munster.
14 de febrero de 1931.*

El 1.º de octubre de 1933, cuando instalaban el campo de Dachau, el inspector general de los campos KZ, SS standartenführer Theodor Eicke, hizo la siguiente arenga a su regimiento, el famoso y siniestro regimiento T. (Tod: muerte).

—Tolerancia y humanidad son signos de flaqueza. El hombre que no se siente capaz de degollar a su madre o de castrar a su padre, es un blandengue. Nuestra profesión de fe nos hará fuertes. Usaremos sin vacilar los medios más brutales, pues sería mejor liquidar a diez inocentes que dejar escapar a un solo culpable. El ciudadano corriente que va tirandillo nunca nos comprenderá; su imaginación no llegará jamás hasta nosotros, por lo que todo cuanto hacemos en nuestros campos contra seres infrahumanos y políticamente asociales debe permanecer rigurosamente secreto. Vosotros, mis soldados de mi división T, debéis endureceros como granito. Que la sangre no sea más penosa de ver para vosotros que el agua, Gozad del asesinato de intelectuales, de traidores. Destruid a los soñadores librescos, quemad sus obras. ¡Aplastad todo eso! El Estado nacionalsocialista cuenta con tres enemigos jurados: curas, judíos e intelectuales. Si no encontráis nada que echarles en cara, inventadlo; no les soltéis; llevad siempre con vosotros folletos clandestinos para depositarlos en casa de ellos, y llamad inmediatamente después a los chicos de Heydrich. El fin justifica los medios, tal es nuestro lema. ¡Quienes entren vivos tras las alambradas de nuestros campos, saldrán muertos de ellos, pero dadles primero tiempo de apreciar la estancia que les reservamos!

»Todavía hay, y bien situadas, hasta en la Gestapo, personas que no quieren comprender que estamos en plena era de sangre. Esos imbéciles han fabricado reglamentos de humanidad y de corrección. Limpiaos el trasero con esos reglamentos, pero no os dejéis camelar, eso es todo. ¡Paciencia, soldados de la Muerte! Un día, todos los traidores, sin excepción, estarán en los campos con

uniformes a rayas, ¡y ese día aprenderán a conocernos!

DANZAS CON LOS CALMUCOS

Hacía cinco días que nos debatíamos en una tempestad tal que no veíamos a cincuenta centímetros al frente, por lo que sólo percibimos la aldea cuando ya estábamos metidos en ella.

Porta evitó por los pelos arrollar una choza con su «P 4», pero todos empuñamos las armas, pues una aldea aislada sólo podía albergar enemigos. El «P 4» retrocedió, con su largo cañón listo para disparar. El legionario, de un puntapié, abrió la puerta de la cabaña, y una racha de calor nos dio en la cara como un puñetazo.

Percibimos en una sala baja a un grupo de paisanos que nos contemplaban con terror. En medio de ellos, una anciana sentada en un taburete de ordeño, tenía en el regazo un bol lleno de pipas de girasol; detrás de la gran estufa, asomaban caras, asustadas, de niños. La experiencia les había enseñado que nada bueno cabía esperar de un soldado, fuera el que fuera su uniforme.

—*Ruki vierj!* (¡Manos arriba!) —grité nerviosamente encañonando con la pistola a un muchacho con pelliza de cordero hecha jirones y pantalón alemán.

Se puso en pie despacio, con el brazo sobre la cabeza. Gregor le cacheó. No portaba arma alguna. El legionario se acercó a la estufa, pero en ella no halló sino niños llorosos plagados de piojos.

—Alabado sea Dios, ¡habéis vuelto, alemanes! —dijo un anciano tendiéndonos amistosamente la mano—. ¡Ya sabíamos que volveríais! Bábushka ha muerto...

—¿Quién demonios es Bábushka? —gritó *Hermanito*—. ¿Acaso ya habíamos estado aquí? ¡Todos esos malditos poblachos rusos se parecen! ¡Mátale ya a ese viejo cabrón! No me gustan las gentes que te dan la mano por hacer ver que te tienen amistad en seguida; es la táctica de los de la Gestapo cuando quieren enchiquerar a alguien, y ya sabemos a dónde conduce eso.

La aldea fue registrada rápidamente. Ni un soldado soviético; sólo paisanos calmucos. Encendieron lamparitas ante los iconos y nos invitaron a tomar té. El samovar cantaba alegremente.

—¡Estupendo! —dijo *Hermanito* soplando en su taza—, pero un trago de ron lo mejoraría.

—Te vas a tomar ese té tal como está —replicó duramente el legionario—, si no

te parto la cara. Ese té es sagrado; es el de la hospitalidad.

El legionario no soportaba que se menospreciase lo sagrado. Y, de pronto, me avergoncé del «LMG» que llevaba bajo el brazo; lo dejé en el suelo, pero, con gran disgusto mío, una anciana lo llevó con precaución junto a la estufa ¡No me gustó nada aquel gesto; me sentía desnudo!

—*Gospodín*, somos vuestros servidores —dijo Porta inclinándose con deferencia delante del *stárosta* de la aldea.

Acto seguido, los calmucos se apresuraron a ofrecerle presentes que él les agradeció en bastante mal ruso; vimos que les ofrecía su fusil ametrallador.

—¿Te has vuelto loco? —dijo *Hermanito* con estupor.

—Cállate ya y haz lo que te digo —murmuró Porta—. No sigas elogiando sus porquerías porque si no, esperarán regalos de mucho más valor a cambio, y perderás la faz si no puedes ofrecer nada mejor.

—¡Esa Rusia! —murmuró *El Viejo*—. ¡Extraña y misteriosa Rusia! ¡En un sitio te pegan un balazo en la nuca, y al lado te acogen como a un príncipe! ¡Y es éste el país que Adolf, como campesino austriaco, imagina poder conquistar! ¡Vaya demencia!

Tras el bol de té de bienvenida, las mujeres recogieron la gran mesa puesta sobre rollizos de leños y la cubrieron con un maravilloso mantel bordado, herencia de generaciones antiguas. Nos sirvieron vino de los calmucos en grandes recipientes calentados al fuego, y una oveja asada al espetón traída por dos muchachas que la dejaron ante el *stárosta*. Éste desenvainó un afilado sable de cosaco que blandió por encima de su cabeza. *Hermanito*, cada vez más inquieto, palpaba su nagán.

—¡Imbéciles! ¡Os dejáis tomar el pelo por esos malditos rusos!

Con su sable resplandeciente, el *stárosta* cortó la cabeza de la oveja, la subió muy arriba y la colocó solemnemente delante de Porta. Todo el mundo estaba sentado en la tierra apisonada, pero Porta había tenido derecho a un cojín bajo el trasero, homenaje particular ofrecido a los invitados de marca. Cuatro muchachas vestidas de blanco que simbolizaban el invierno llegaron bailando, seguidas de otras cuatro vestidas de azul que simbolizaban la primavera. *Hermanito*, al ver a las muchachas, se puso en pie, inmenso y ancho, arremangándose los brazos de gorila y riendo de deseo.

—¡Un poco de modos, cretino! —rugió el legionario obligándole duramente a sentarse de nuevo—. ¡Aquí no estás en ningún burdel!

El gigante se sentó poniendo hocicos. Para él, las chicas que bailaban eran caza que se ofrecía, si no, ¿por qué bailaban? La danza era la gimnasia preparatoria de la cama. Entretanto, Porta sacaba el seso de la oveja, lo partía en dos mitades y tendía una al anfitrión y la otra a su hijo mayor. Un murmullo de admiración se elevó; los presentes veían claramente en él a un gran señor.

Las jarras llenas pasaban y volvían a pasar. Eructamos educadamente. Pero Porta

no resultó realmente un gran hombre hasta que hubo rajado la oreja derecha de la oveja para tenderla a la hija mayor. Era el colmo de los buenos modales. Luego, una anciana nos contó lo ocurrido antes de nuestra llegada. Una sección de Caballería a las órdenes de un comisario con gorro de pieles blanco había llegado a la aldea, y lo primero que vieron fue una camisa parda que estaba puesta a secar detrás de la choza de Bábushka.

—Una camisa SS —dijo el legionario—. Efectivamente, no fue ninguna suerte.

El comisario arrancó la camisa y la hizo pisotear por su caballo, mientras dos NKVD encontraban a Bábushka escondido en el gran horno donde, en 1917, había escondido ya a soldados trotskistas.

—Primero ahorcaron a mi hijo diciendo que hubiese debido reunirse con Piotr, el hijo del vecino, que ahora es comisario en el Norte, cerca del mar de hielo. Luego colgaron a Bábushka detrás del aprisco del koljós. También detuvieron a otras personas que habían birlado calcetines o uniformes alemanes; tres ancianos que habían partido leña para una cocina de campaña fueron degollados y nos han prohibido enterrar los cadáveres, que siguen ahí, bajo la nieve. Es bueno que hayáis vuelto, *germanski*, no hay que fusilar a los comisarios, sino traérmolos; ¡nos encargaremos de ellos!

Mientras Porta y *Hermanito* se llevaban a dos chicas que no parecían demasiado asustadas, me quedé dormido a la mesa. La anciana me acarició la frente; su hijo tenía mi edad cuando le ahorcaron... ¡Si al menos la guerra hubiese podido terminar en aquel instante! ¡No tener que seguir matando! Me quedaría eternamente allí y me dormiría por las noches con la rugosa mano de una anciana sobre mi frente.

Al día siguiente por la mañana, a la hora de salir, la pobre mujer me entregó una pierna de carnero asada.

—Dios te ampare, hijo mío...

Todos los aldeanos siguieron nuestra columna durante un trecho haciéndonos signos de adiós. Pero nadie se atrevió a cruzar el río. En la orilla Oeste, todo iba de mal en peor: comisarios que portaban *naganes* en el extremo de una correa.

—Eso lo he vivido en Indochina —dijo el legionario—. Se dice adiós a los enemigos y se hace matar por los amigos. ¡Que Alá proteja a esas gentes si los comisarios rusos se enteran de nuestro paso!

Y prosigue la retirada. En un bosque, todavía luchamos contra unos cosacos perdidos, como nosotros, en la tempestad de nieve. El asunto sólo duró unos cuantos minutos. Los cosacos fueron liquidados y sus caballos galoparon relinchando por la estepa, con las sillas vacías y los estribos al viento.

¡El Chir! ¡Por fin el Chir! ¿Dónde estaban nuestras líneas? ¡Decepción indecible! ¡Estábamos tan seguros de encontrar allí a los nuestros! Pero nada, ¡absolutamente nada!, únicamente la tempestad del Kazajstán que aullaba.

Ya no podíamos más. Hasta los más optimistas estaban agotados; incluso el general Augsberg se desplomó tapándose la cara con las manos.

—¡Señor! —murmuró—. ¡Ayúdanos! Por piedad, ayúdanos.

Olvidaba que entre los SS estaba prohibido creer en Dios.

Ningún cañonazo. La artillería calló. No se oía sonido alguno de los que revelaban dónde estaba el frente, y es que se oían a cien kilómetros. ¡Inmensa Rusia! ¡Inmenso país capaz de aniquilar a un ejército entero!

—*Brigadenführer* —dijo el teniente de Ingenieros con angustia—, ¡no puede renunciar! ¡No puede usted abandonarnos!

—¡Dejadme en paz! —gritó el general Augsberg—. Dejadme en paz. Ya no puedo más.

—*Brigadenführer*, hemos puesto nuestra confianza en usted. Usted ha prometido sacarnos de aquí.

—¡Váyase! —chilló el general al oficial testigo de su flaqueza.

Se irguió, con la cara petrificada, se ajustó el monóculo y contempló al brigada que se cubría con la bufanda azul de lana hecha por su madre y llegada en el último correo de Stalingrado.

—¡Columna: de frente, marchen! —ordenó con los labios apretados.

El Chir fue salvado.

—El próximo río es el Kalitva —dijo *El Viejo*—. Sin embargo, ¡es inimaginable que los nuestros estén más allá!

—Después del Kalitva, está el Aidar —replicó el legionario jadeando—. Luego vendrá el Oskol y, entonces, sólo quedan doscientos kilómetros para llegar al Donéts.

—¿Y quién dice que el frente esté en el Donéts? —pregunté—. Ninguno de nosotros tendrá fuerzas para continuar hasta el Dniéper, y olvidáis la cantidad de riachuelos que hay entre los grandes ríos. ¡Yo ya no aguanto más!

A mi lado se arrastraba un brigada. Era el último superviviente de la «División de la Suerte», una de las más célebres unidades del Ejército alemán. El capellán castrense de la división declaró en un sermón poco antes de la batalla de «Octubre rojo» que nada se hacía sin la voluntad de Dios. ¿Por qué había permitido Dios a la «División de la Suerte» que fuera aniquilada por los lanzallamas rusos en Stalingrado? La mayor parte de efectivos procedía de las misiones del norte de Alemania, y todos los servicios religiosos eran escrupulosamente seguidos.

Detrás de nosotros, trotaba el tesorero pagador de la división de Viena La división «Gran Alemania». Nunca se cansaba de hablar de las mejoras que introduciría en su hotel el día que regresara a Viena; antes, jamás se rebajaba a hablar con un inferior, y ahora discutía del porvenir con Porta, que le aconsejaba instalar un bar con un burdel clandestino.

—Eso es lo único que da beneficios —declaró Porta con aplomo.

Pasamos la noche en una aldea abandonada cuyas chozas sólo eran ruinas calcinadas; en una cuadra yacía un caballo muerto congelado, pero su carne, descongelada gracias a Porta y vendida como vaca, en seguida encontró compradores. Un sargento incluso dijo que era la mejor carne que había comido nunca.

—¿Se pueden comer hombres? —preguntó Gregor mirando de soslayo a un gordo suboficial que pasaba con aire distraído.

—Todo se jala —respondió Porta—. En el campo de prisioneros rusos de Paderborn, había un mercado de hígados humanos. Rigurosamente prohibido, desde luego, pero todo el mundo lo sabía y no decía nada. Lo importante siempre es sobrevivir.

Por la mañana, reanudamos la marcha, pero el «P 4» dijo que nones. El motor se había quedado congelado, y como no teníamos nada con qué repararlo, no hubo más remedio que abandonarlo en la aldea.

La tempestad arreció. ¿Dónde estaba el frente? Todo el mundo aguzó el oído para captar algún ruido que revelara el frente. Porta dijo que ya no estaba en Rusia, sino junto al Rin, pues el Rin ha solido decidir el destino de Alemania, y era allí, decía él, donde Adolf se jugaría las últimas cartas.

Continuó la retirada, pero la columna sólo constaba ya de trescientos hombres. Habíamos dejado a casi quinientos en la estepa: miembros helados, disentería, tifus, agotamiento mataron a la mayoría de ellos. Aunque eran de temer a los comandos de caza de la NKVD, encendimos un gran fuego. Era peligroso, desde luego, pero el abominable frío ruso nos hacía polvo. Porta encendió un cigarrillo de grifa que dio la vuelta a nuestro grupo, pero apenas estaba terminado cuando se oyó una orden.

—¡De frente, marchen!

Un sargento no se puso en pie.

—Anda, vamos —dije—. Si te quedas ahí, te mueres.

—¡Ya no puedo más! —gimió él apretándose el vientre con las manos.

Era un viejo, uno de los últimos llamados, y por esa razón le nombraron cartero militar. Hizo ya la Primera Guerra Mundial. Contemplé el bulto gris en que se había convertido quien, sólo unas semanas atrás, era un funcionario harto arrogante.

—Vamos —prosiguió Gregor—, ¡no vas a abandonar aquí! Estamos casi en la meta. ¿No oyes el cañón?

—¿Cañón? —dijo el hombre con dificultad—. No me engañes, por favor. No oigo ningún cañón.

—Entonces, espíchala —dijo Gregor con indiferencia.

Me incliné sobre el anciano:

—Anda, vamos.

—No puedo más —dijo sollozando—. Tú eres joven, date prisa en alcanzar a los demás. Yo soy viejo y estoy muy cansado; déjame morir.

—¿Qué hacéis ahí? —preguntó el teniente al pasar—. Seguid a la columna.

Indiqué en silencio el bulto gris en la nieve. Se encogió de hombros:

—Disentería. Dejadle, no hará ni una hora de marcha. ¿Por qué diablos no se ha quedado en Stalingrado?

Sacó la pistola, contempló un momento al desventurado, luego volvió a enfundar el arma y se marchó a grandes zancadas.

—Camarada —dijo el moribundo, tendiéndome mi mano— si sales de ésta, manda eso a mi mujer, dile como hemos sido traicionados en Stalingrado.

—Prometido. —Le estreché la mano—. Diré a todos, y no sólo a tu mujer, que esos malditos nos han mandado a la perdición.

—¿Estás ahí, cobardica? —Era la voz de Heide, que sonaba detrás de mí—. Te buscamos. ¿Qué andas haciendo aquí?

—¿No lo ves? Se muere.

—¿Y qué más da? Hay otros. —Me metió el «LMG» en la mano, y su rostro era duro como la piedra—. Toma tu regadera. Eres soldado, no cura.

Caminamos toda la noche, el día siguiente y hasta el otro. Bajamos márgenes de ríos, nos arrastramos por las estepas, nos hicimos trizas en los bosques. ¡Rusia, inmensa e implacable Rusia! Detrás de nosotros merodeaban los NKVD, los hombres de gorros verdes marcados con una cruz, pequeños siberianos que sabían cazar al hombre durante semanas.

El infante de la SMG cayó de pronto como un paquete, tan rápido que tropecé con su cuerpo. No cabía duda; rostro congestionado, febril, el cuello sembrado de puntos rojos. Apestaba. Tifus. Le zarandeeé, pero estaba inconsciente. Entonces saqué su «08» de la funda metálica y dejé el arma junto a él. No habíamos hecho mucho camino antes de que sonara un disparo.

Vivaqueamos en un bosque, donde nos sepultamos en la nieve; la mayoría de nosotros se quedaron dormidos inmediatamente, pero nuestro grupo se reunió en torno de un fuego. Porta asó carne de caballo, *Hermanito* tenía una bolsa de sal, Gregor preparó unas cuantas cebollas, yo unas patatas y *El Viejo*, un poco de leche en polvo. ¡Un yantar de rey! Algunos cigarrillos troceados, y la moral se elevó todo lo posible. ¡Es menester tan poco para ser feliz!

El fuego nos calentaba las plantas de los pies e incitó a Porta a quitarse las botas. Su dedo gordo estaba amoratado. Con espanto, nos apresuramos a quitarnos también los zapatos, pues no hay nada tan traidor como un miembro helado, y nos frotamos con nieve aunque dolía muchísimo. Llamado en socorro, el médico exigió un examen general de los pies, y, cuando llegó al general Augsberg, comprobó que su pie izquierdo se ponía amoratado. Cura de caballo que hizo blasfemar de dolor al general, mientras los sufrimientos eran buena señal; en cambio, un soldado cuya parte baja de la pierna se amorataba afirmó no sentir nada en absoluto, y la pierna empezó a olerle

mal.

—Tendré que amputarle, si quiero salvarle la vida —musitó el médico a Augsberg—. Pero ¿cómo transportar a un amputado?

El general desvió la mirada con expresión sombría y se fue sin decir palabra.

De pronto, vernos a *Hermanito* sobresaltado mirando hacia un bosque lejano:

—¡Hay algo que se mueve allá!

Escuchamos, con los nervios a flor de piel... Nada.

—Error —dijo Porta, apagando de todos modos el fuego.

—¡Te digo que hay algo en la maleza, caray!

Un crujido. Los extraordinarios oídos de *Hermanito* no le habían engañado y ya le teníamos en el suelo con el «MPI» a punto de disparar. Con todos los sentidos despiertos, acechamos en la oscuridad. De nuevo, una rama crujió en la espesura... No cabía duda. Algo se dirigía hacia nosotros y, con seguridad, se trataba de hombres. Los animales no hacen ruido más que una vez, eso lo sabíamos; conocíamos aquel desierto con todas sus costumbres y sus rumores... También nosotros nos habíamos vuelto bestias. Estaban aún muy lejos, pero, en un bosque absolutamente silencioso, el menor ruido se oía de noche a distancias enormes.

—¡Iván!

La palabra susurrada pasó de un hoyo a otro, y bastó para hacer olvidar inmediatamente disentería y agotamiento. ¡Todo menos caer vivos en manos de la NKVD! Habíamos visto demasiados cadáveres torturados para esperar una humanidad cualquiera de los hombres de gorros con cruces verdes. El ruido se precisó. Seguramente huestes de siberianos del NKVD, armados de metralletas «Kaláshnikov» y de largas *nagaikas* atadas a la muñeca. Debían de haber seguido nuestro rastro en la nieve y sabíamos que aquellos soldados de la lejana Siberia jamás abandonaban una pista. Habían nacido para la caza del hombre.

Se oyeron voces, roncadas voces rusas.

—*Germanski... Iob Tvoiemad.*

—¡Larguémonos! —murmuró *Hermanito*, incorporándose—. Odio a los NKVD.

—Demasiado tarde —replicó el legionario alcanzándole—. Esos malditos nos seguirían al fin del mundo: o ellos o nosotros, no hay elección. Conozco eso desde el Rif; aquellos malditos beréberes nos acechaban en todas partes. Un día nos aguardaron en la nueva carretera Casablanca-Marrakech, detrás de los matorrales, y mataron a toda la compañía. Sólo nos salvamos cuatro.

Un grupo de fantasmas blancos pasó por la maleza sobre esquíes silenciosos. Bajo las máscaras blancas, adivinamos los oscuros ojos que acechaban a través de las aberturas. El terror me oprimió la garganta; sólo la disciplina prusiana me impidió disparar y cargarme a los fantasmas. Una alta silueta conducía el grupo, con la *nagaika* a la muñeca. En el gorro blanco, la estrella roja con la hoz y el martillo. Un

comisario político.

—¡Perros, adelante! —ladró indicando nuestra dirección.

—Rendiós —murmuró *Hermanito*, loco de miedo, quitando el seguro a una granada.

—*Davái, davái!* —siguió gritando el comisario, mientras hostigaba a sus exploradores perplejos.

Los esquíes resonaron ahora sobre la nieve endurecida; los hombres parecían demonios a los que solamente brillaban los ojos. El legionario, que notó mi inquietud, me apretó la mano... Afortunadamente, había cambiado mi viejo «LMG» por un modelo nuevo, flamante, lanzado el otro día en paracaídas.

¡Un tiro desgarró el silencio! El comisario se tocó el pecho y se desplomó. Uno de los nuestros había perdido la cabeza y había disparado, al menos con eficacia. Silbido estridente del general... Ruido atronador. Una alfombra de fuego rodó sobre la llanura; desde la espesura resonaron los fusiles ametralladores y la corteza de los árboles saltó hasta nosotros. Pero los fantasmas desaparecieron. En la nieve yacían seis cadáveres blancos que la nieve cubría ya con nuevos copos. Ningún ruido. Nadie diría que unos hombres se estaban acechando para matarse entre ellos.

—Brigada Beier —murmuró el teniente— entre usted en el bosque con su sección; nosotros le cubriremos. Se trata de rodear a los NKVD para destruirlos hasta el último. Nada de cuartel. Orden del general.

—¡Siempre nosotros! —gruñó Porta—. ¿Por qué hemos de ser los únicos que le cubran la retirada a Adolf? ¡Como para creer que la guerra se iría al traste si no estuviésemos nosotros!

—Tienes razón, como siempre, hermano —abundó el legionario, poniéndose un cuchillo entre los dientes.

—Callaos y seguid el movimiento —gruñó *El Viejo* detrás de nosotros.

Entretanto, cruzamos el bosque sin haber visto rusos.

—Están metidos ahí —dijo *Hermanito* indicando un espeso matorral—. Acabo de oír a un Iván echarse un pedo.

Hicimos un movimiento envolvente detrás de los rusos, cuya atención seguía fija en nuestra antigua dirección. Sin ruido, calé la bayoneta. Porta fue el primero en saltar al matorral y decapitó al centinela de un palazo.

—*Alá el Akbar!* —rugió el legionario arremetiendo—. ¡Viva la muerte!

El estupor paralizó a los NKVD, que no se esperaban la muerte por la espalda. Matamos sin piedad, al igual que ellos si hubiesen debido matar. El legionario sujetó a dos prisioneros que habían levantado los brazos. Ojos almendrados en rostros anchos e implorantes.

—¡Lo siento! Es la guerra.

Y los dos cuerpos se desplomaron, con el pecho agujereado.

Júbilo de *Hermanito* que se hizo con otros nueve dientes de oro y agitaba su bolsa de cuero ante la nariz de Porta, muy despechado. Nunca gusta ser superado por un discípulo; la bolsa se sumió en un escondite seguro en la camisa del gigante ¡y ay de quien intentase buscarla!

En el horizonte, el día asomó como un delgado hilo gris detrás del bosque que se tornaba un muro negro, amenazante y vengador. El Sol subió y abrasó el desierto de nieve; la superficie color sangre emergió de la extensión inmaculada el cielo se iluminó, se tornó de un azul resplandeciente, y era tan bello que nos paramos un instante. ¡Qué maravilla! La flauta de Porta cantó la bienvenida al sol. La alfombra de cristal brillaba con todas sus luces. Mas, ¡ay!, los ojos me dolían tanto que hojas afiladas parecían traspasarme el cráneo. Y me sobrecogió un terror ante tamaña belleza, al ver aquella blancura transformarse para mí en algodón gris; círculos grises bailaban ante mi retina. ¿Me volvería ciego? Frotarme los ojos con las manoplas no hacía sino agravar el daño.

El Viejo, compadecido, me rodeó los hombros con su brazo; también él estuvo a punto de quedar cegado por la nieve y sabía lo que yo sufría. Uno de nuestros herreros murió por la tarde. Pertenecía a la 1.^a División de Caballería, pero todos los buenos caballos habían sido muertos y comidos después de que la división fuera arrollada por los «T-34». Aquel día, el único superviviente murió en la nieve y sabíamos que poseía gafas especiales. ¡Sólo que tardaba tanto en morir!

—Mátale —propuso *Hermanito*—. Se habrá acabado.

Estuvimos a punto de hacerlo, pero exhaló el último suspiro y me apoderé sin el menor escrúpulo de sus gafas. ¡Qué suerte! ¡Gafas para la nieve, tan raras! Únicamente los rusos tenían aquel tipo de cristales proporcionado por los americanos, pues desde la primavera de 1942 trocaron todo su viejo equipo con material de primer orden venido de los Estados Unidos directamente.

Me hizo el efecto de haber recibido ojos nuevos, y me apresuré a acudir al médico a fin de que inscribieran las gafas en mi cartilla, pues de lo contrario (¡Oh, irrisión!) podría topar con dificultades...

—No me atrevo —protestó el médico—. Hace falta un examen médico para tener gafas especiales.

—Pero ¡está usted loco! —gritó el teniente—. ¡Ese hombre está casi ciego! ¡Cualquiera puede notarlo!

—¡Sí!, pero el reglamento... —tartamudeó el médico—. El reglamento debe ser observado.

—¡Señor —gritó el teniente con rabia—, tenga piedad de estos cretinos de alemanes! ¡No pueden vivir sin reglamento! Las gentes como usted, adictos a Brüning, también trabajaban para Ebert, aclamaban a Hindenburg, ¡y hoy le lamen el culo a Hitler en espera de Stalin! Pues hace falta un reglamento...

El médico se echó atrás asustado, y miró al teniente con sus grandes ojos azules tan ingenuos.

—¡Cuidado con sus palabras, camarada! ¡Como le oiga el general...!

—¡Cállese ya! —gritó el teniente, que temblaba de cólera—. ¡Nadie se atreve a decir lo que piensa mientras esté ahí ese cabo de Bohemia! Mi padre era capitán de la Guardia en 1916 y resultaba ridículo con su chisme de ulano en el coco, ¡pero tampoco nadie se atrevía a decírselo! ¡Hoy está en el Ministerio de Propaganda y no se atreven a decirle que sirve a Adolf! Los buenos alemanes no sirven al Partido, ¿no es verdad? ¡Sirven a Alemania, pero afortunadamente con un reglamento nazi!

«Si la piedra cae sobre el cántaro, lástima por el cántaro. Si el cántaro cae sobre la piedra, lástima por el cántaro. Siempre lástima por el cántaro».

Talmud.

Orden del día dirigida a todas las divisiones por el comandante del VI Ejército, *generaloberst* Friedrich Paulus.

Cuartel General del Ejército 25/11/1942.

«El que suscribe, comandante del VI Ejército».

»En tanto que un soldado, proclamo que es perder el honor ser hecho prisionero. El deber de un oficial es, pues, suicidarse tan pronto vea su posición desbordada por los elementos enemigos sin ningún medio de continuar el combate. Si se deja coger vivo, no es digno ya de llevar el uniforme de oficial; sólo puede ser considerado como un desertor, y debe esperarse a presentarse ante un tribunal de honor tras el fin de las hostilidades.

»Esto vale igualmente para los suboficiales y los soldados. Rendirse es una cobardía. Nuestro jefe supremo, Adolf Hitler, exige de sus oficiales, suboficiales y soldados del VI Ejército que luchen como héroes wagnerianos en la fortaleza de Stalingrado. Quienes se constituyan prisioneros serán expulsados de las filas.

»Heil Hitler!

«Paulus, general del Ejército».

El mismo día, cuatro oficiales superiores abandonaron la fortaleza de

Stalingrado: el general de Ingenieros Jaenecke, comandante del 4.º Cuerpo de Ejército, fue evacuado por avión como herido; le había caído una viga en la cabeza y bendecía su enorme chichón. El general Pitkert y el general Hube se fueron por el aire siguiendo órdenes de la dirección de personal. El mayor general Berger emprendió el vuelo sin órdenes. Al aterrizar en Warnapol, fue detenido por dos generales y condenado a muerte por desertión. Dos horas más tarde, le fusilaron detrás del cobertizo.

Cerca de Stalingrado, un intendente general se hizo volar con todo su personal en el momento que la Infantería rusa penetraba en la posición. En el hospital de Baburkin, un cirujano y sus cuatro ayudantes se disponían a operar cuando de pronto, los «T-34» irrumpieron en la calle. Apresuradamente, los médicos arrojaron un puñado de tierra en los vientres abiertos, un paquete de granadas en las salas abarrotadas y luego se levantaron la tapa de los sesos. Los rusos sólo encontraron cadáveres.

Lo que quedaba de la 30.ª división MOT fue aplastado, cerca de Katlovska, por cuatrocientos «T-34». Un teniente y cinco hombres se salvaron en el último instante; una hora después, eran alcanzados por una patrulla de Policía militar y fusilados los seis por sabotaje de órdenes. Habían abandonado la posición de Katlovska sin instrucciones.

PRISIONEROS DE LA NKVD

Otra tempestad procedente de las profundidades de Siberia nos dio como un mazazo, hasta el punto de arrojarnos al suelo. Un huracán de nieve como nunca había visto. El frío era tal, que las lágrimas, al resbalar sobre nuestras caras, se helaban inmediatamente.

Continuar aquella retirada sería locura. Había que cavar refugios. Durante cuatro días, la tempestad empujó la nieve ante sí en inmensos montones, pero en los raros momentos de calma el silencio era tal, que el menor ruido de acero nos hacía estremecer de terror y sentíamos volvernos locos.

Luego, la tempestad arreció; árboles arrancados de cuajo eran arrojados al aire; una horda de lobos, barridos por la nieve, fue a parar contra un bosque. Dos días más bajo aquel huracán de infierno, y luego la tempestad amainó lentamente.

Acabados, derrengados, nos arrastrábamos detrás del general Augsberg, quien nos

echaba para delante sin piedad. Pese a su cansancio, seguía caminando tan erguido como un cirio en primera fila de la columna.

—¡Los rusos! —exclamó bruscamente *El Viejo* indicando la llanura.

A dos kilómetros, aproximadamente, pasaba una larga columna de carros pesados que, durante horas, desfilaron en dirección Oeste.

—Van hacia el Oeste —dijo Heide categórico—. Y el Oeste es el frente, es Alemania.

—Sí —gritó Gregor—, pero también Francia y América. ¡Puedes llegar al Japón y volver, como sigas un rato más!

La discusión degeneró en bronca y luego en reyerta, estábamos tan nerviosos que seguramente habría habido muertos de no intervenir el teniente. Hacía ya cincuenta y seis días que caminábamos, y mucho tiempo que habíamos rebasado todos los límites que impone la civilización.

Una mañana, al alba, nos encontramos ante el río Oskol, en cuya orilla opuesta se divisaba la población de Kubiansk, un gran burgo. Allí encontraríamos calor y suministro, cosas ambas que necesitábamos mucho, pero también podían estar los rusos.

—Brigada Beier, quédese atrás con sus secciones, a este lado del río, y nos cubre usted —ordenó con tono breve el general Augsburg—. Nosotros entraremos en la población y os haremos una señal para que acudáis tan pronto el terreno quede limpio, si ha lugar a ello. Si nos disparan durante la travesía, no se mueva usted hasta que sepamos lo que ocurre allí.

Fue el primero en bajar la margen, y sus hombres avanzaron en formación de tiradores hacia el burgo. De pronto, tiros de fusil, y luego se desató el infierno.

—¡Iván! —chilló Porta tumbándose detrás de la ametralladora.

¡Allí estaban! Salían de la aldea vestidos con pellizas pardas y haciendo restallar armas automáticas; la nieve salpicaba. En un instante, el general, el teniente y todos los demás fueron desarmados y capturados.

—Me lo temía —dijo *El Viejo*—. Una población grande como ésa forzosamente debía estar ocupada. Ahora se trata de salir de aquí.

Encendió despacio la pipa, sin darse ninguna prisa, apretó el tabaco con el pulgar antes de poner la tapadera y se tiró de la oreja. Nosotros nos sentimos de repente solos, al ver desaparecer a nuestros camaradas rodeados de soldados siberianos.

—¡Larguémonos! —dijo Heide—. No podemos hacer nada por ellos. Antes de una hora, serán fusilados.

—Si necesitase tu parecer, te lo pediría —replicó con calma *El Viejo*—. De todas formas, no nos largaremos dejando a los camaradas en manos de éstos. Atacamos el pueblo y les liberamos. Bien se lo debemos a Augsburg; de no ser por él, nunca habríamos llegado aquí.

El Viejo se levantó: bajito, fornido, arqueando las piernas y con la corta pipa apretada entre sus dientes.

—Dos voluntarios para un reconocimiento.

—Siempre me ha interesado saber que hace Iván cuando se cree solo —replicó simplemente *Hermanito*, dándole con el codo a Porta.

Los dos desaparecieron en la penumbra de la amanecida. Dos horas más tarde regresar, el gigante con un cerdo muerto auestas.

—Se lo hemos cogido en las narices a dos Ivanés —dijo Porta tirando el cochino a los pies de *El Viejo*—. Los nuestros están en una cochiguera vacía con dos centinelas a la puerta.

—Pero ¿y los rusos? —prosiguió *el Viejo* con impaciencia—. ¿Cuántos son? ¿Una compañía? ¿Un batallón?

—En cualquier caso, un batallón de «tías» —dijo Porta—. Está lleno de mujeres uniformadas, ¡y tan feas que hasta un babuino en celo titubearía en echárselas encima! Es una sección de suministro. Bajo los árboles hay camiones cargados de granadas.

—¡Aficionados! —prosiguió con desdén, *Hermanito*—. Ni siquiera centinelas dobles. Deben sentirse la mar de seguros.

—Es exactamente lo que he pensado —dijo *El Viejo*, quien nos separó acto seguido en formación de ataque.

Porta se puso al frente de los nuestros y nos metimos en un bosque donde la oscuridad era de tinta. Gregor, que aborrecía los bosques temblaba de miedo y se pegaba a Porta y a mí.

—No te cagues en los calzones antes de que eso empiece —dijo apaciblemente Porta—. No hay nada mejor que un bosque. Te arrimas a un árbol y nadie puede verte. Un bosque siempre ha sido un refugio.

Seguimos deslizándonos en silencio. Yo tenía tanto miedo como Gregor y preferiría arrastrarme.

—¡Vaya guerra de asquerosos! —murmuró el marinero—. ¡Pensar que quise verla de cerca! Es más fuerte que nosotros, verdaderos germanos, que queremos seguir adelante y siempre nos caemos de culo atrás.

—¿Habéis notado lo simpáticos que son los oficiales hace algún tiempo? ¡Es una buena señal de que estamos camino de perder la guerra mundial!

—¿Dónde diablo están los otros? —musitó Gregor, que se paró a escuchar.

Silencio de muerte. Sin hacer más ruido que los animales, continuamos, armas en ristre; las zarzas arañaron los uniformes, nos pelamos de miedo y vimos a un mogol, con pelliza, detrás de cada matorral. En aquel maldito país no se luchaba solamente contra hombres sino contra toda una naturaleza hostil. Porta tropezó, cayó de cabeza y perdió la ametralladora. Estaba tan furioso que golpeó un árbol con su pala, pero

nadie se atrevió a reír, aunque la cosa tuviera muchísima gracia.

De pronto, un ruido de infierno. ¡Como si todo el bosque se viniese abajo sobre nosotros! Una nube de cuervos voló junto a nuestros oídos graznando porque tenían tanto miedo como nosotros.

—¡Malditos pajarracos! —gruñó Porta—. Todo el Ejército Rojo va a ser alertado.

—¡Vaya follón estáis armando! —musitó *El Viejo*, que asomó entre los árboles.

—¡Nosotros no! —protestó *Hermanito*—. Son esos malditos pájaros soviéticos. ¡Como les pille, sabrán quién soy yo!

El sol distaba de haber salido y empezaba a nevar de nuevo; en cuanto a tiempo, teníamos verdadera suerte. Por fin, en la linde del bosque, se destacó la aldea y todo el mundo se escondió para aguardar al grueso de la tropa. *Hermanito* preparó las granadas, tres granadas en torno de una botella de fósforo, y puso una pila de ellas bajo la nariz de Heide.

—¡Toma, gandul! Buena droga contra el dolor de cabeza.

—¡Cabrón! —gruñó Heide quien, a su vez, preparó las minas.

Llegó un sargento que cargó con un aparato fumígeno.

—Hay que echarle el resto —dijo con tono breve—. Todo debe ir de prisa si os importa el pellejo. Vosotros dos —ordenó a Gregor y a mí— de centinelas junto a la cochiguera. Ahí están seis viejos que aguantan el fusil con dificultad. Tan pronto nos demos el piro, haga humo. Este grupo abre la retirada.

¡Silbatazo! Era la señal de ataque. Las cargas de explosivos penetraron por las ventanas, hubo gritos, disparos, y una explosión pareció que levantaba el suelo bajo nuestros pies. Corrí a través de las calles en llamas del burgo; escupían ametralladoras, se desplomaban sombras, gritaban mujeres que corrían dando vueltas en torno de las llamas. Detrás de un camión volcado, tableteaba la «MG». Una botella de fósforo lanzada a la escuela levantó el techo del edificio. Seguimos avanzando a lo largo de la calle mayor y nos metimos detrás de una cosechadora «Mac Cormick», regalo de Estados Unidos, el país bienhechor del comunismo.

Cayó un explosivo sobre la plataforma de un camión cargado de granadas. La explosión nos arrojó al suelo, y el pesado camión quedó volcado sobre una segadora en un geiser de llamas. Se produjo un volcán.

—¡Dios del cielo! —gritó el teniente, que acababa de ser liberado—. ¡Estáis haciendo polvo el burgo!

—¡La que estalla es la pólvora de ellos, únicamente, pero le juro que es de buena calidad!

El incendio hacía estragos y las chispas se extendían kilómetros en la estepa.

—¡A pasar lista! —mando Augsberg, cuyo rostro estaba lleno de quemaduras.

Contamos catorce muertos y nueve heridos, entre los cuales, desgraciadamente, hubo que abandonar a siete hombres que de todos modos morirían durante la marcha.

Tras lo cual, el general nos echó para delante con impaciencia. El incendio daría la alarma a otras unidades rusas. Se trataba de ir aprisa, y la retirada se reanudó al instante.

En algún sitio, lejos delante de nosotros, discurría el Donéts. «Hasta ahí y no más allá», decimos, pero ya se había dicho con respecto al Don, y a partir de entonces seguimos al infatigable general Augsberg.

No obstante, gruñimos, las órdenes fueron ejecutadas con una lentitud provocante y un soldado llegó a amenazar con darle de bofetadas al teniente de Ingenieros. Entonces retumbó, implacable el silbato estridente del general. Conocía el infalible medio de restablecer la disciplina. Los alemanes son un pueblo de esclavos que obedecen al silbato y al chillido. Todo alemán de alguna importancia posee un silbato, un pequeño silbato de plata colgando de un cordón gris. Un trozo del cordón debe asomar por el borde del bolsillo a fin de que todos reconozcan, por esta señal, a un superior.

Un silbato es capaz de hacer saltar de una buena cama a todo un ejército; ha mandado generaciones a la muerte. El alemán que no obedece al silbato no existe; hasta en los parvularios las órdenes se dan a pitidos. La instrucción militar se hace con silbato; la circulación se regula con el silbato del guardia, y sin silbato Alemania está perdida. Ya pueden haberles quitado los vencedores a los alemanes sus uniformes, sus armas; han podido hacerles derramar lágrimas de sangre y doblegarles: ¡pero el silbato ha vuelto a poner en pie a ese pueblo!

En cuanto al chillido, equivale al silbato. En el 7.º regimiento de Caballería de Breslau, atacamos carros polacos a sablazos porque nuestro sargento Braun chillaba; un camarada y yo pusimos en pie a un caballo que rehusaba dejarse herrar, porque el sargento chillaba; estuvimos dos meses en el hospital con tendones desgarrados, pero los tendones sanaron muy pronto gracias a los chillidos del sargento. Los médicos nos declararon útiles para el servicio auxiliar, pero los chillidos del sargento cambiaron la fórmula en «útiles para servicio armado». Alemania es esto. Silbato y chillidos. Lo sé, he vivido en Alemania muchos años, y pese a todo amo a ese pueblo que debe ser conducido a latigazos como las fieras por su domador.

El general se detuvo en la linde de un bosque que no figuraba en los mapas alemanes. En la mayoría de casos, los mapas alemanes referentes a Rusia estaban plagados de errores. El general, irritado, guardó el mapa y pidió dos voluntarios, Gregor y yo nos presentamos para ir a explorar.

Nos habíamos adentrado ya bastante en el bosque, que parecía vasto, cuando de pronto fuimos rodeados por un grupo de hombres con uniformes extravagantes. No tuvimos más remedio que levantar los brazos.

—¿De dónde venís? —preguntó un tío con uniforme rumano sin galones, y considerando que tardábamos demasiado en contestar, nos golpeó brutalmente en la

cara.

Eran elementos del ejército Vlášov, que trabajaban detrás de las líneas rusas y eran conocidos por su crueldad. Amenazados de muerte si no les hablábamos rápidamente, les dijimos lo que querían saber, sin informarles de dónde se hallaba el resto del grupo de combate. Nos ataron las manos al cogote con alambre de espino, lo cual dista de ser cómodo cuando hay que andar, y al cabo de tres días de marcha, llegamos a una aldea, muy lejos en el bosque. Durante el trayecto, los guerrilleros se hicieron con el suministro arrojado por los alemanes en paracaídas y, tras habernos liberado las manos, nos obligaron a arrastrar el trineo de las municiones.

En un abeto se columpiaban dos cadáveres: Un teniente ruso y un sargento alemán. Los guerrilleros de Vlášov hacían la guerra a todo el mundo. Pero a la noche siguiente, gran zafarrancho. Todo el mundo se largó. A lo lejos retumbaban cañonazos, pero antes de abandonar la aldea, aquellos brutos se entregaron a dos operaciones. Atiborraron las chozas de cargas explosivas, y luego colgaron por los pies a dos mujeres lanzagranadas rusas. Proseguimos la marcha por el bosque. Gregor y yo seguimos arrastrando el pesado trineo de municiones, nos las apañamos para quedarnos rezagados, y nuestros guardianes, que solo pensaban en huir, nos olvidaron de tal suerte que pudimos tumbarnos en la nieve hasta que dejamos de oírles. Entonces huimos a todo correr también en dirección contraria.

Pequeño alto en un camino marcado con hondas huellas de ruedas; nos tiramos al suelo y devoramos una patata sacada del bolsillo de Gregor. ¿A dónde iríamos? ¿Qué debíamos hacer?

—*Stoí, ruki vierj!*

La terrible orden retumbó de golpe detrás de nosotros. Una orden siempre seguida de una descarga si no es obedecida inmediatamente. En un abrir y cerrar de ojos, ya estábamos en pie, manos arriba. Detrás de nosotros la nieve crujió bajo botas de fieltro. Una cara colorada y agrietada nos miró triunfante.

—*Germanski, vaina kaput!* —se burló.

Era un soldado de Transmisiones con la cruz en el gorro, pero no menos peligroso ni menos cruel que un NKVD profesional. El hombre nos cacheó y se apoderó de la navaja de Gregor.

—¿Arma secreta de Hitler? —dijo soltando una carcajada—. Hitler *kaput*. *Germanski* tontos. Gran Stalin inteligente.

Nos llevó a la aldea donde estaban los cuarteles de su división, y de guasón brutal se transformó en cabo de varas ante los ojos amenazadores de su comisario.

—*Davái, davái!* —gritó a fin de hacerse valer, empujándonos con su fusil.

Nos entregaron a una patrulla cuyos hombres nos pincharon alegremente con sus bayonetas, pero aquella entrada triunfal sólo se destinaba a dos desdeñables soldados de Carros alemanes que ni siquiera valían una carga de pólvora. A culatazos y a

puntapiés, nos metieron en una oficina donde un anciano mayor estaba rodeado por algunos oficiales con charreteras-azules de Transmisiones.

—*Chort!* —gritó el anciano abofeteándonos con el dorso de su mano, exactamente como el comandante SS de Fagen.

Son todos iguales, salvo en el uniforme.

Sus chillidos valían por los de un suboficial alemán. Se congestionó, nos escupió en la cara, y cuando quise enjugarme la mejilla, recibí un puñetazo en la boca.

—*Voienno plenni* (prisioneros de guerra), *kaput!* —ladró arrancando las águilas de nuestros uniformes—. ¡Comedlas!

Por supuesto, obedecemos. No es muy terrible comer un pedazo de tela y pueden exigirse cosas peores de un prisionero de guerra. Estábamos bien enterados. Cuando el hombre terminó de vociferar, nos metieron en un almacén de patatas que apestaba. Al menos, allí había algunos tubérculos podridos que nos tragamos, y Gregor afirmó que contenían muchas vitaminas.

Nos parecía estar allí desde una eternidad, cuando un soldado nos alargó una indecible sopa de pescado.

—*Iob tvojemad!* —se burló el canalla escupiendo en la sopa.

No sospechamos siquiera que cuando un soldado ruso piojoso escupía en nuestra sopa, el mariscal Paulus se sentaba a una mesa bien servida en un antiguo castillo de los zares, a unos cuantos kilómetros de Moscú. A su izquierda, su jefe de Estado Mayor, *generaloberst* Schmidt, recién ascendido, y a su derecha el teniente general Bárich, del Ejército Rojo. En el extremo de la mesa presidía el implacable general Lattman con uniforme negro de los Carros, el futuro jefe de Policía de la Alemania del Este. También estaba presente el general Von Seydlitz, que conversaba con él comisario político mayor general de la NKVD, cuyo padre fue quemado en Kronstadt, en las calderas de un acorazado, por marineros rojos amotinados...

—Mañana os fusilan —se guaseó nuestro carcelero derramando adrede la mitad de nuestra escasa sopa.

—¡Los mismos sinvergüenzas en todas partes! —gruñó Gregor, cuyo apetito, igual que el mío, se agudizaba por haber comido un poco.

Pasó tiempo. ¿Era de día o de noche? No nos enterábamos en aquel rincón oscuro, pero pensábamos que debía ser de día cuando nos trajeron por segunda vez la indecible sopa. Encontraron mil vejaciones refinadas: por ejemplo, derramaron un poco de sopa y nos obligaron a lamerla en el suelo, o bien una rata muerta flotaba en la marmita. Al punto que habíamos llegado, aquello no nos quitaba el apetito.

—¡Vaya cerdos! —exclamó Gregor—. ¡Como les pesque cuando esté del buen lado de un «MPI»!

—No te excites. Los nuestros son igualitos. En Kiev he visto a los SS alinear a miles de mujeres ante las fosas, y ellas mismas habían de quitarse la estrella amarilla

de sus ropas antes de ser fusiladas. Es solamente un anticipo de lo que nos espera si perdemos la guerra. Se han cometido barbaridades en nombre del pueblo alemán, y seremos nosotros los de abajo, quienes paguemos.

Se abrió violentamente la puerta. Dos NKVD, con la cruz verde en el gorro, nos hicieron salir de una forma tan brutal como los SS.

Nos metieron en un camión cargado de municiones, nos sentamos sobre las granadas y escondimos las manos en las mangas. ¡Menudo frío iba a hacer en la llanura! En el momento de arrancar, otro NKVD subió a nuestro lado.

—¡Relojes, estilográficas! ¡En Kolimá ya no lo necesitaréis!

Pero como ya nos lo habían quitado todo y no nos quedaba nada, nos ganamos unos puntapiés furiosos.

—Igualito que los nuestros —murmuró Gregor con una mirada asesina hacia el NKVD—. ¿Te acuerdas del día que prendieron fuego a las largas barbas de los judíos en Galitzia porque se negaban a entregar los relojes y el dinero? ¡Comunistas o nazis, son de la misma calaña!

El camión avanzó lentamente por la carretera helada y sólo se detuvo para llenar los depósitos colocados en la plataforma; desde luego, nos tocó a nosotros manejar los pesados recipientes. Después, en una población bastante grande, nos entregaron contra recibo, como si fuésemos ganado, y por fin llegó la noche, el instante fatídico del interrogatorio.

—¿De dónde venís? —preguntó una mujer con galones de capitán, que era intérprete de un teniente coronel NKVD medio borracho.

—Stalingrado.

—¿Nos tomáis por imbéciles? En Stalingrado todos han muerto, lo pone la *Pravda*. Vamos, ¿de dónde venís?

—Stalingrado, VI Ejército —respondimos al unísono.

—¡Basta de mentiras, perros! Hay setecientos kilómetros de Stalingrado aquí, y todo el país está controlado por el Ejército Rojo.

—Es la verdad, sin embargo —dije.

—¡Cállate! ¡No te preguntan nada! —gritó la mujer pegándome en la boca con su látigo.

Era peligrosa y podía hacernos matar si le apetecía. Despacio, encendió una *papirosa* entre sus labios pintados y me sopló el humo en la cara.

—Entonces, ¿estabas en Stalingrado? ¿En qué división?

—16.^a división Panzer.

—¿Quién era tu comandante?

—Teniente general Angern.

—¡Es mentira! —murmuró ella, estupefacta. Apenas tradujo cuando el oficial borracho se levantó de un brinco y me golpeó en el vientre con el mango de su látigo.

—¡Perros embusteros!

—Os toma por espías —dijo riendo la intérprete—. No habéis estado nunca en Stalingrado, ¡confesadlo! Sois unos saboteadores fascistas y unos espías.

—Venimos de Stalingrado —dijo Gregor con cansancio.

—Bueno. Os haremos cantar. ¿Dónde luchaba vuestra división, en Stalingrado?

—Frente a «Octubre rojo».

—¿A qué Ejército pertenece la 16.^a división Panzer?

—51.º ejército blindado.

—¿Y a quién teníais enfrente? Sólo podréis contestar si estuvisteis.

—74.^a división blindada del IV Ejército de la Guardia soviética.

—¡Eso no es posible! —dijo la mujer, pegando de nuevo a Gregor—. Entonces, ¿cómo habéis llegado hasta aquí? La NKVD ha atrapado a todos los cochinos fascistas que rompieron el cerco de la zona de Stalingrado. No se ha escapado nadie.

—Formamos parte de un grupo de combate conducido por un general SS.

El teniente coronel se levantó y derribó su silla de un puntapié; se tomó otro trago de vodka, se echó el gorro de pieles atrás y la traducción de nuestras respuestas le sacó visiblemente de quicio.

Lo comprendimos perfectamente. ¡Si le convencíamos de que llegábamos de Stalingrado era evidente que su Policía carecía de la eficacia deseada! Sabíamos asimismo que ciertos NKVD perderían sus galones tan pronto el informe llegará a Moscú, y el teniente coronel no tenía ninguna gana de ser destinado a primera línea en una sección de Infantería. Como pudimos darle los nombres de todos los oficiales del 27.º Panzer acabamos por convencerle de que, en efecto veníamos de Stalingrado.

—Así que estabais en un grupo de combate ¿Y dónde están los demás?

—Por ahí —dijo Gregor con un gesto vago—. Unos en el Don, otros en el Chir, por la estepa. Cuando venga la primavera les veréis salir de la nieve; los últimos desaparecieron en un bosque. Somos los dos únicos supervivientes.

Silencio de muerte.

—¡Fantástico! —murmuró el oficial, y le dijo algo al oído a la intérprete.

—Esta vez os creemos —dijo ella—. Pero sois unos criminales que habéis infringido la ley soviética cruzando nuestras fronteras armados. Eso puede costaros la cabeza o veinticinco años de trabajos forzados. Os trasladarán a otro sitio, y por mi parte pienso que seréis fusilados.

Nos hicieron firmar una declaración reconociendo que habíamos atacado con armas en la mano a la Unión Soviética. ¡Muy difícil negarlo! Al día siguiente nos fotografiarían y tomarían nuestras huellas dactilares. Por lo tanto, ya éramos criminales de Estado reconocidos. Un sargento nos dijo burlonamente que gozaríamos de un trato especial. Frase harto sabida. Es un eufemismo para decir «ejecución», y suena mejor. Nos empujaron brutalmente a un coche «Willys Knight»,

y al lado del chofer se sentó un viejo sargento condecorado de la Primera Guerra Mundial. Sin duda una herencia de la Policía zarista. Los regímenes se suceden, pero los policías permanecen.

Delante de nosotros, en el banquillo, un cabo, con su «MPI» en posición de tiro. Fumaba sin parar buenos cigarrillos moscovitas, verdaderos cigarrillos NKVD, no las *majorkas* ordinarias que hieden a dos kilómetros; aquéllos los reservaban a los pipiolos, pero los graduados soviéticos sólo fumaban «Estrella Roja».

No dudamos de que nuestro destino se cumpliría aquella misma noche. Seguramente nos fusilarían pues habíamos cometido un crimen imperdonable forzando el cerco de Stalingrado. Si aquello se supiera, Stalin perdería la faz. Los dictadores y sus esbirros son todos muy puntillosos sobre su reputación.

El viento nos cortaba la cara mientras el coche corría durante horas. Nadie hablaba. Tomamos la carretera Moscú-Oriol-Járkov. Al Noroeste, el horizonte se enrojeció y percibimos un débil retumbo que aumentó y disminuyó sucesivamente: ¡el frente!

Por la mañana, el coche dejó la carretera y tomó un camino estrecho; los dos guardias se durmieron; frente a nosotros, el cabo soñoliento dejó caer su «MPI»... Gregor metió el pie en la correa y tiró el arma hacia nosotros. El coche traqueteó y el chofer blasfemó. El cabo roncaba en su sueño y se retrepó más cómodamente en su banquillo. A toda velocidad del «Willys» nos acercamos a un bosque.

Gregor empuñó el «MPI»... Sin ruido, quitó el seguro y metió la culata bajo el brazo... Había de ser entonces o nunca. No oí el disparo; solo vi las llamas que salieron de la boca del arma.

El chofer quedó decapitado por el reborde de acero del parabrisas y el viejo sargento cayó hacia atrás soltando un grito. Yo fui despedido del vehículo, que dio una vuelta de campana y se estrelló contra un árbol, ¡y vi a Gregor que salía del «Willys» aplastado, armado de un fusil ametrallador con varios cargadores!

Pero si nos encontraban allí, la muerte era segura, y ya se oía ruido en la carretera. Nos apoderamos de los dos gorros de pieles de los muertos y nos los calamos, lo cual nos puso la carne de gallina.

—¡Si Iván nos pilla así, estamos aviados!

—De todas maneras estamos aviados, y por lo menos así tendremos las orejas calientes. Además, ¡esos brutos son capaces de cagarse de viendo los gorros con las cruces verdes!

Corrimos a través de una espesa maleza. Las espinas nos arañaron la cara, pero no sentimos siquiera dolor. Sólo me obsesionaba una idea: estar lo más lejos posible de los tres cadáveres ensangrentados de nuestros guardianes.

Una vez fuera del bosque, nos tumbamos agotados en la nieve; punzadas de costado atroces me traspasaban y los ojos me dolían. Delante de nosotros estaba la

carretera Járkov-Moscú; en el horizonte, se adivinaba el mar de fuego del frente; el aire estaba henchido de rumores sordos. Allá abajo, el infierno. En la carretera, largas columnas de camiones iban hacia el Oeste y eran otras tantas lucecitas centelleantes en el camino helado. Gregor me alargó un cigarrillo y un pedazo de tocino ahumado robado a los cadáveres.

—La carretera lleva derecha al frente —dijo—. Hay que llegar a él; recelarán de nosotros si recorremos los campos sin rumbo.

—¿Crees en verdad que es mejor andar abiertamente en medio de ellos?

—Naturalmente, y además no tenemos elección. Por la carretera, nadie se fijará en nosotros, con el «Kaláshnikov» en el pecho y la cruz verde en el gorro, pero si corremos por los campos, inmediatamente llamaremos la atención.

Emprendimos, pues, el camino entre la fila de «Studebaker» y de «Willys». En sus portezuelas se veían aún las marcas de las estrellas blancas US, sustituidas por la hoz y el martillo. Los motores rugían; y a las ventanillas de las cabinas se asomaban los rostros cansados de los conductores, que nos tomaban por una patrulla NKVD. Y justamente antes de un cruce, ¡allí estaba el control NKVD! Pararon a todos los soldados que iban a pie, pero, al parecer, los camiones pasaron casi sin tropiezos.

En menos tiempo del que hace falta para decirlo, nos agachamos en la cuneta detrás de una mata, traspasados hasta los huesos por un viento glacial. Gemí, hasta tal punto que ya no podía más:

—¡Nunca podremos escaparnos de ellos!

—Hay que subir a un camión —dijo Gregor entre dientes—. Es nuestra única posibilidad.

—¿Cómo quieres hacerlo? ¡Van a diez metros unos de otros! ¡El siguiente dará en seguida la señal de alarma!

—¿Puedes proponerme algo mejor?

Tenía razón él. Durante una hora seguimos allí; tumbados, acechando una ocasión, y de pronto la columna se paró. Un «Molotov», con todas las cadenas fuera, pasó traqueteando; en un abrir y cerrar de ojos nos agarramos a la portezuela trasera y nos dejamos arrastrar. Luego Gregor trepó y me tendió la mano para auparme a mi vez en el momento mismo que iba a soltarme. ¿Cómo conseguí encaramarme? No lo supe, pero de pronto sentí debajo de mí la rueda de repuesto del camión. ¡Todo me dolía mucho! Aquel camión «Molotov» fue uno de mis peores recuerdos.

¡Pronto! Había que esconderse bajo algunos sacos, pues ya el camión llegaba al terrible cruce. Un NKVD gritó algo al chofer; el coche frenó, el motor se caló y nos sopló aceite caliente en la cara; restallaron portezuelas. ¡Se oyó un ruido de acero! Gregor empuñó su «MPI»...

—¡No irás a disparar! —murmuré con terror—. Si disparas, se acabó.

Una cabeza con gorro de pieles se asomó detrás de la portezuela trasera, echaron

un vistazo a los grandes cestos de granadas, y luego el hombre desapareció. Dejaron pasar una columna de carros «T-34»; después, artillería pesada; luego, otros vehículos. Horas y horas. Soldados de Transmisiones pataleaban en torno de nuestro camión para calentarse; hacía tanto frío que nunca supe cómo no nos quedamos congelados *in situ*.

Y, de pronto, retumbó el famoso silbato puesto en uso en el Ejército Rojo. Broncos alaridos; los motores roncaron y la columna arranca. Justamente detrás de nosotros asomó el radiador característico de un «Studebaker». Sus faroles camuflados brillaban débilmente como si el coche se avergonzase de estar allí, en una carretera soviética, con un mogol a su volante.

El bramido de la artillería aumentó; el frente ya no estaba muy lejos, ¡aquel frente que tanto hemos buscado de río en río! La columna se paró para repostar, y bidones vacíos cayeron a nuestro lado. ¡Eran *jerrycan* marcados todavía con una estrella blanca! Uno me cayó en la cabeza y me dejó un instante sin conocimiento, pero me despertaron unas explosiones. Estallaban granadas en el borde del camino; ¡era el límite del tiro de la artillería alemana!

—¡Dios nos ampare! ¡Si bombardean nuestro camión, adiós todo el mundo!

El tiroteo aumentó de intensidad a cada momento y el camión aceleró, pues el chofer tenía miedo. ¡Todo el mundo tendría miedo bajo un fuego de artillería con veinte toneladas de granadas en el camión! Volar con un camión de municiones no tenía nada de glorioso y, sin embargo, aquellos conductores eran auténticos héroes aunque nunca les condecorasen. Día tras día, semana tras semana, un mes y otro, en una guerra que duraba años, los camiones militares circulaban con sus cargamentos de municiones por carreteras bombardeadas. Ni siquiera les considerábamos como nuestros. Cuando dejaban de conducir porque los nervios les fallaban les endilgaban una pala y entonces debían desescombrar los caminos para los transportes de granadas. Nunca había orden de marcha para los trabajadores del Ejército, ninguna bandera, y eran necesarios como el tirador detrás de su ametralladora. Su paga era la de guarnición, sin siquiera el suplemento de diez marcos otorgado al combatiente. Dos marcos y cincuenta pfennig cada diez días. ¡No bastaba ni para ir a un burdel militar de cuarta categoría!

Adelantamos algunas baterías de cañones de largo alcance. La tierra retembló bajo su tronar. ¡Qué estruendo! De la boca de los cañones salía un inquietante resplandor verde, pero los sirvientes parecían burlarse de aquellas armas colosales. Las baterías lanzaban la muerte muy lejos, detrás de las líneas alemanas.

Brusca parada de la columna... Gritos y llamadas. Un resplandor iluminó de pronto la noche. Los toldos de algunos vehículos se inflamaron, y los soldados corrieron, despavoridos.

—Larguémonos antes de que la caja vuele —dijo Gregor—. ¡Habrá una

explosión en cadena!

—¿Y el chofer detrás de nosotros? ¡Daré la alarma!

—¡Que te crees tu eso! Con nuestras cruces verdes en el coco, será él quien se largue. ¡Pronto! De lo contrario, nos vamos a la Vía Láctea.

Saltamos y topamos con un artillero estupefacto que explicaba cosas incomprensibles mostrando los vehículos en llamas. Contestamos conforme pensamos que contestaría un Iván:

—*Iob tvojemad!*

El artillero soltó una carcajada y desapareció a todo correr; un oficial gritaba órdenes, los conductores intentaban hacer marcha atrás en sus camiones, un gran vehículo con remolque patinó y se atravesó en la carretera... La confusión llegó al colmo.

Galopamos hacia la batería pesada que tronaba sin parar hacia el Oeste, y adelantamos a un mayor al que saludamos a la rusa; se llevó dos dedos a la gorra sin mirarnos, como si no existiéramos.

En el mismo instante, una explosión monstruosa cubrió el ruido del cañón. Rugió el infierno. Un maremoto de aire ardiente se abatió sobre nosotros y nos cubrimos rápidamente de nieve para rehuir aquel calor de horno. Explosiones en cadena, pedazos de camiones y restos humanos fueron arrojados hacia el cielo y recayeron sembrando los campos.

Se acabó. Gregor y yo intentamos apresurarnos en una montaña de nieve blanda donde cada paso era un tormento. Si caíamos, la nieve nos retenía como un pulpo. Pesados proyectiles silbaban sobre nuestras cabezas. Ahora llegaba el último instante de nuestra odisea, y no el menos espantoso. Aquella zona entre la artillería y la HKL hormigueaba de Policía militar, chacales siempre persiguiendo caza que fusilar.

Amanecía. Era preciso esconderse otra vez y esperar la noche. La noche, nuestra amiga... Nos enterramos en la nieve usando a guisa de palas las culatas de los «MPI»; cuando el hoyo era bastante profundo, nos cubrimos de nieve, pero en Rusia, ¡hasta el día de invierno corto nos parecía eterno!

Pasó una patrulla muy cerca de nosotros: correaes que rechinaban, cascos que chocaban con las fundas de las máscaras. No nos vieron. Cuando cayó la noche, salimos de nuestro hoyo y pateamos para reanimar nuestros miembros entumecidos; otro cigarrillo NKVD, un postrer trozo de tocino y un cacho de pan de maíz empapado. A lo lejos, el tableteo de las ametralladoras.

El frente estaba agitado; rechinaba como un animal herido; lo sentíamos en cada uno de nuestros nervios. Iba a desencadenarse un ataque al amanecer; un soldado no se engaña en eso. Dimos con un refugio: era un cañón, una de cuyas ruedas había quedado arrancada. Los sirvientes, artilleros alemanes, estaban muertos o moribundos. El joven teniente tenía las dos piernas rotas y la nieve en torno suyo se

ponía roja. Sin parar, el terreno se iluminaba con el mortal resplandor de las granadas de magnesio.

Con precauciones de indio, había que reptar en medio de un caos indecible: en todas partes carros calcinados, cañones de todos los tamaños destrozados, miles de cadáveres, algunos colgados de los árboles como fantasmas; y sobre aquel horror, nubes de cuervos bien nutridos, sepultureros alados de los ejércitos.

En todas partes brillaba el fuego de los cañones, y las balas trazadoras cruzaban la oscuridad. Una patrulla rusa paso tan cerca que hubiéramos podido tocar a un hombre alargando los brazos. Los nervios iban a fallarnos, sentí que un sollozo me subía a la garganta y me dieron ganas de gritar, ¡de gritar mi miedo reprimido! Pero tuve que apretar los dientes y me apresuré tras de Gregor, que saltaba de hoyo en hoyo. A menudo, un cadáver amortiguaba la caída. Pero ¿dónde estaban las posiciones alemanas?

—¡Por fin! —gimió Gregor, muerto de fatiga, agarrándome del brazo.

¡Las primeras alambradas! Estaban medio destrozadas, y si hubo minas, debieron haber estallado hacía tiempo. Como serpientes, reptamos bajo los alambres de espino. Con precaución, podía haber corriente de alta tensión. Y después, nuevamente tuvimos que arrastrarnos hacia nuestras posiciones. Ante todo, no correr, porque nos tomarían por rusos; ni llamar en alemán, porque no nos creerían. Hubo demasiados engaños de ese tipo, y ya no había quien se los tragara. En el frente, un soldado dispara siempre una vez de más, mejor que una vez de menos.

¡Una trinchera! Rodamos dentro de ella. ¡Salvados, estábamos salvados! Besé la nieve de contentó. ¡Vaya odisea! Y luego, por fin, unos pasos pesados, un tintineo de armas. Abrí la boca para llamar en la lengua de mi país. ¡Voces rusas! Botas de fieltro caminaban sobre Gregor y sobre mí, que permanecemos quietos como muertos.

—*Iob tvoiemad!* —se guaseó uno de los brutos golpeándonos con su culata.

Mi corazón dejó de latir, pero los rusos pasaron y, temblando aún, seguimos reptando hacia nuestras líneas.

Lentamente, la luz subió al Este, el fuego de artillería se hizo inaguantable, y la muerte parecía aullar en la atmósfera. Toda la región era una marmita hirviente donde la tierra, la nieve, los cañones, los restos de carros, los hombres sin miembros y los miembros arrancados volaban y recaían para ser vueltos a lanzar al aire. Y sobre aquel paisaje de pesadilla, un vapor verdoso y hediondo.

Al cabo de unas horas, el tiroteo remitió. Agazapados en un profundo embudo de granadas, estábamos en compañía de un obús de cincuenta y dos centímetros sin estallar, uno de aquellos obuses cuyo soplo le arrancaba a uno la ropa. Y escupimos encima; eso traía suerte, según Porta. Suerte, que mucha falta nos hacía en aquel estante, mientras contemplábamos ansiosamente el *no man's land*.

—Anda, vente —dijo Gregor—, hay que acabar una vez. —Y botó por encima

del terreno cuajado de cráteres—. Esta vez, las líneas ya quedan lejos.

Y de golpe, surgiendo de un repliegue de terreno, enorme, amenazados, cruz negra sobre el blanco sucio de la torreta, ¡otra más! Un carro El largo cañón del «10,5» nos acusó con dedo asesino. El ruido de las orugas nos daba frío en la espalda. En el blindaje delantero, la calavera era un «Tigre», un carro SS.

—*Nicht schießen! Wir sind deutsch!* (No tiréis somos alemanes) —gritamos con los brazos levantados.

Los motores giraban a gran velocidad; el carro se encabritó ante un desnivel de terreno aplastó los restos de un cañón de campaña y pesadamente, recayó removiendo la nieve con sus orugas. Los cañones de las ametralladoras apuntaron hacia nosotros. No había más que una posibilidad entre cien de que los sirvientes no disparasen...

Seguimos en pie, con las manos en la nuca. ¡Sobre todo no darles miedo! La escotilla de la torreta se abrió con un ruido metálico, los tubos de escape nos soplaron en la cara y apareció un rostro cubierto de hollín bajo una gorra gris. En el hombro, los cordones blancos; en las solapas, la calavera: la división T del SS *obergrupperrführer* Eicke.

—*Heil Iván!* —gritó el oficial—. ¿A dónde vais, subdesarrollados?

Nos apuntó con su fusil ametrallador, y los dientes le relucían, blancos, en el rostro tiznado. El más pequeño fallo, y nos mataba.

Sin aguardar respuesta, nos hizo una señal.

—Subid aquí, pedazos de cerdo, ¡y sin rechistar o disparo! —ordenó.

Trepamos apresuradamente al carro, con las manos en el cogote, y rodamos hacia la trasera. Una orden ronca. El coloso viró. Tres «Tigres» más, también de la división T, aparecieron en una nube de nieve, y el nuestro volvió hacia las posiciones alemanas. Jóvenes SS nos sacaron riéndose del vehículo, nos empujaron, nos palparon... ¡Animales raros!

—¡Hala, desembuchad, rojos subhombres, antes de que os mate! —amenazo el oficial.

—¡Somos alemanes! —dije, y en seguida me di cuenta de la falta que había cometido: debí haber dicho «soldados alemanes».

—¡Alemanes! —chilló el *obersturmführer* lleno de rabia—. Cerdos comunistas o traidor a la patria, ¡eso es lo que sois! Atadles con alambrada en la delantera del carro.

—¡Pero estáis locos! —gritó Gregor, esta vez fuera de sí—. Venimos de Stalingrado, una ciudad que vosotros no conocéis, ¡enchufados! ¡Somos todo lo que queda del VI Ejército!

Un silencio increíble acogió aquellas palabras.

—¿Y cómo es que lleváis esos andrajos soviéticos? —preguntó en voz baja el *obersturmführer*.

—No ha habido más remedio que liquidar a unos cuantos NKVD para pasar —respondió brutalmente Gregor—. ¡Se hace lo que se puede!

—¡Quitaos los gorros! —mandó el SS—. Solamente verlos me dan ganas de vomitar.

Nos arrancó los gorros con cruces verdes y los pisoteó furiosamente sobre la nieve.

«Si algunos cientos de mujeres rusas o polacas mueren de fatiga durante la construcción de zanjas anticarros, sólo me interesan en la medida que su falta retrase la defensa del Ejército alemán».

*Heinrich Himmler durante una entrevista secreta con los oficiales SS en Posen.
4 de octubre de 1943.*

El general Roske, comandante del 14.º Cuerpo de Blindados, estaba delante del general Paulus en el Cuartel General instalado en el lugar de la antigua y siniestra prisión de la GPU. Púdicamente, los rusos denominaban al horrendo edificio «Comisaría de Asuntos interiores». Paulus estaba pálido; el lado izquierdo de su cara se estremecía a resultas de un tic perpetuo; fumaba sin parar y la frente le chorreaba sudor.

—Roske —dijo—, me alegro de verle. Se decía que había caído usted en combate; ¿sabe que contamos ya siete generales muertos? Somos el único Ejército que ha tenido tantas pérdidas en generales. Cuando la lucha haya terminado en la zona de Stalingrado, puede que el VI no tenga ya ni un solo general; hemos cometido enormes errores, pero la experiencia instruye.

—Mi general, ¿sabe lo que pasa en el campo fortificado? —preguntó Roske—. Las tropas viven como bestias. Hay soldados que comen los cadáveres por no morir de hambre, cunde la desbandada, y ya no existen las divisiones. La 30.ª división Panzer, la 175.ª división de Infantería y la 24.ª división Panzer están aniquiladas. Los heridos mueren por falta de cuidados. Los hospitales carecen de medicamentos. ¡Ni siquiera hay aspirinas, mi general! No queda más que una solución: capitular.

—Lo sé, lo sé, pero el Führer ha prohibido esa capitulación que es nuestro único recurso y, en tanto que soldados, debemos obedecer. Salude a sus hombres de mi parte, Roske. Si puedo hacer algo por usted, avíseme.

Dos horas más tarde, el general Paulus mandaba este telegrama a su jefe:

«Al Führer».

«Para el aniversario de su toma del poder, el VI Ejército saluda a su Führer. La bandera de la cruz gamada sigue ondeando sobre la fortaleza de Stalingrado. Nuestro combate será para las generaciones futuras el ejemplo

brillante de que ni siquiera en una situación absolutamente desesperada debe capitularse. Creemos en la victoria y saludamos a nuestro Führer».

»Heil Hitler!

»Paulus, comandante del VI Ejército.

»Stalingrado, 29 de enero de 1943.»

DE REGRESO EN LAS LÍNEAS ALEMANAS

Nos transportaron a Járkov en un vehículo anfibio y nos entregaron al batallón de formación de reserva de la 167.^a, acantonada en el cuartel de Djinski, en las alturas frente a Nova Bavaria.

Un brigada nos mandó al almacén para recibir firmes nuevos y armas. El personal del almacén nos dijo que todos los que llegaban Stalingrado se acantonaban allí, en el 167.º batallón de reserva. Llegaban todos los días, después de ser equipados, había que presentarse en la oficina de Policía secreta, donde el interrogatorio corría a cargo de un joven capitán de Estado Mayor que empezaba por controlar nuestras identidades.

—¿Cómo habéis salido de Stalingrado?

—Un SS *brigadenführer* nos agrupó y nos condujo —respondió Gregor—. Formábamos un grupo de combate de ochocientos hombres, aproximadamente.

—¿En qué fecha? —preguntó amistosamente el capitán hojeando unas carpetas.

—Sería el 26 o 27 de enero.

—Entonces, ¿todavía se luchaba en la fortaleza cuando el SS *brigadenführer* se llevó el grupo de combate?

—Sí, todavía se luchaba en ciertos sitios —dije inocentemente—. Los rusos se disponían a atacar las posiciones del «Teatro Nuevo» y de la plaza de los Muertos.

—¿Y nadie protestó de la idea de aquella brecha? —preguntó el capitán muy sonriente, ofreciéndonos un cigarrillo—. Quiero decir, ¿al menos los oficiales allí presentes?

—No, mi capitán. Sólo teníamos una idea: huir de aquel infierno, pues la batalla

estaba perdida. Estábamos todos condenados a muerte. No sabe usted, sin duda, lo que significa caer en manos de los rusos.

—Comprendo —murmuró el capitán encogiéndose de hombros—. Así que el *brigadenführer* Augsberg tomó el mando del grupo de combate, y ningún oficial protestó contra aquella toma de mando. ¿Era, sin embargo, un oficial extranjero, perfectamente desconocido?

—¡Oh! ¡Había tanta confusión! Ya no éramos más que un tropel procedente de todas las divisiones posibles. Augsberg se encontró allí y tomó el mando. Sin él, nadie se salvaba, y era un oficial al que resultaba imposible desobedecer.

—¿No os disteis cuenta de que era un desertor? Teníais de todo, armas, municiones; formabais un grupo de combate potente. ¿Por qué no seguisteis luchando contra los rusos?

—Señor era inimaginable, y obedecimos al *brigadenführer* —respondió Gregor, quien seguía sin entender nada del sentido de aquel interrogatorio.

El capitán se golpeó las botas con la fusta y sonrió con expresión de superioridad.

—¡Era vuestro deber, sin embargo, protestar! ¡Hubieseis debido detener a aquel curioso General!

—Mi capitán —dije quedamente—, jamás he oído a un soldado raso protestar delante de un general.

—¿Habéis luchado contra grandes fuerzas rusas por la parte de Gumrak? —continuó el capitán, quien evidentemente conocía el tema—. Cuando terminó aquel combate, ¿qué hicisteis?

—¡Nos largamos! —se burló Gregor—. Y a todo correr, hacia el Don.

—Los soldados alemanes no huyen —replicó duramente el capitán—. Es cobardía. ¿Entonces, toda vuestra marcha tras haber desertado en Stalingrado —recalcó la palabra «desertado»— no fue más que una huida hacia el Oeste? ¿El *brigadenführer* no dio orden de atacar las posiciones rusas, de destruir los almacenes, los transportes?

—No, mi capitán; él deseaba, como nosotros, volver cuanto antes a las líneas alemanas.

—¿Qué hizo el médico del grupo de combate con los heridos y los enfermos? ¿Operaba? ¿Se ocupaba de su evacuación?

—Era materialmente imposible transportar a nadie, mi capitán, y el médico tampoco podía operar en condiciones tan espantosas.

—¿Así es que abandonó a enfermos y heridos en la nieve? —preguntó el oficial, cuya mirada se ensombreció—. ¿Nadie protestó, ni siquiera el *brigadenführer*?

—¡No podía hacerse nada, mi capitán, absolutamente nada! Cada cual conseguía a duras penas arrastrarse a sí mismo; estábamos agotados, enfermos y hambrientos. ¡Llevarse heridos era imposible!

—¿Imposible? —repitió el capitán con regodeo—. Eso deje que otros lo juzguen. Continuemos: ¿hubo alguien que hablase con desprecio de la dirección de la guerra o del Partido?

—¡Nadie, mi capitán! —gritamos al unísono los dos.

—¿Estáis muy seguros? —preguntó él, escéptico. Se levantó, se estiró el uniforme gris claro y metió los documentos en una gran cartera de mano—. Si tenéis cartas entregadas por moribundos, dádmelas.

—No tenemos ninguna, mi capitán —respondió Gregor—. Los rusos nos lo quitaron todo cuando fuimos hechos prisioneros.

—¿Revelasteis a los rusos detalles referentes a vuestra fuga?

—No, mi capitán; sólo dimos nuestros nombres y el de nuestras unidades.

—¿Y la NKVD se conformó con ello? —Sin aguardar respuesta continuó—: Prohibido a los dos hablar de este interrogatorio y sobre todo de Stalingrado. Si alguien os pregunta denunciadle inmediatamente a la GEFEPO (Policía secreta de Campaña).

Una hora más tarde, un «Mercedes» que enarbolaba banderín del Cuartel General salía del cuartel. Se llevaba al capitán. Cuando entramos en la 1.^a compañía, el estupor paralizó a nuestros camaradas.

—¡Pero, hombre! —gritó Porta—. ¡Es el no va más! ¿Dónde os metisteis en aquel bosque? ¡Os esperamos dos horas, pero en seguida comprendí que os topasteis con unos Ivanos y no queríais compartir el caviar con los compañeros!

—¡Hijos míos! ¡Hijos míos! —exclamó *El Viejo* arrebatado—. ¡Os creíamos muertos hace rato!

—Están reformando el VI Ejército —declaró sin preámbulos *Barcelona*, que había tenido la suerte de curarse—. ¡Dios sabe de dónde sacarán toda esa carne de cañón! ¡Alemania debe ser pasada con aspiradora!

—Cuanto antes quede vacía, tanto mejor —abundó Porta—. ¡La guerra terminará y cambiaremos el disco! El color pardo empieza a ponerme nervioso.

—Sí, la guerra terminada —dijo pensativamente *El Viejo*—. ¿Qué impresión causará eso?

—En cualquier caso, puedo deciros una cosa —interrumpió el legionario—. Después de la guerra del Rif volvimos al cuartel y añoramos la guerra. ¡Aquello, al menos, era la buena época!

—A propósito —dijo Gregor—, ¿qué ha sido de Augsberg, el teniente y el médico?

—Podías haberlo adivinado —respondió *El Viejo*—. ¿No os ha interrogado un capitán de Estado Mayor?

—¿Están arrestados? —exclamé con estupefacción.

—¿Pues qué? En un Ejército, la disciplina es necesaria. Augsberg salió de

Stalingrado contra las órdenes de Hitler, y el teniente y el médico igual. Serán degradados los tres y mandados a Dirlewanger, ya lo veréis; apuesto cualquier cosa.

—¡Pero es de locos! ¡Cualquier ser humano razonable se habría ido de aquel osario! ¡No hemos desertado, sino que volvíamos hacia las líneas alemanas!

—No tienes por qué comprender —dijo Porta—. Solamente los peces gordos comprenden. Cuando te dicen que vayas hacia el Este, aunque tengas que dar diez veces la vuelta a la Tierra, no tienes más que ir.

Durante un rato nos entretuvimos contemplando la riada continua de los recién llegados. Pese a todo, los soldados de Stalingrado eran considerados como semidioses, y nos aprovechamos de ello con creces: regalos y propinas eran indispensables para que nos dignáramos hacer a los «nuevos» una existencia soportable. ¡De aquella forma, la guerra podía perfectamente durar diez años!

Un día que Porta y yo pasábamos delante del antiguo almacén central, un gordo intendente general corrió detrás de nosotros y agarró a Porta del hombro.

—¡Por fin le veo, Hauber! ¿Dónde se ha metido estas cinco horas, cacho de chaqueteador?

Porta, asombrado, contempló un segundo unas gruesas gafas casi opacas, y luego se dio cuenta instantáneamente de que el hombre aquel era medio ciego y le confundía con otro. El instinto del pelirrojo le sugirió a la par las ventajas de una equivocación semejante.

—¡Todavía no se ha enterado usted de que estamos en guerra, maldito gandul! —gritaba el hombre—. ¡Tome su camión, pero que de prisa, y acuda a recibir órdenes!

Oculto detrás de un árbol, esperé el resultado de los acontecimientos, oyendo vociferar al gordo intendente. Un cuarto de hora más tarde, Porta, radiante, salía al volante de un gran camión y me hacía subir a su lado.

—¡En marcha! Vamos a buscar suministro para ese cretino con gafas. Es un chalado, pero con seguridad algo pescaremos. ¡Menuda ocasión!

A toda velocidad, fuimos hacia el almacén, donde Porta enseñó descaradamente su orden de requisa.

—¿Quiénes sois? —preguntó con recelo el sargento encargado—. ¿Por qué no viene Hauber personalmente, como siempre?

—Informo al sargento de que está enfermo —dijo Porta dando un taconazo—. Caso agudo producido bruscamente. Por eso le han evacuado rápidamente en el tren sanitario.

El sargento selló la orden y Porta firmó sin el menor escrúpulo. Recibimos primero un lote de alfombras y luego un lote de uniformes, lo cual colmó el furor de Porta. En el tercer almacén, quinientos fusiles ametralladores. El pelirrojo no acababa de rabiar. Pero en el cuarto y último almacén, todo anduvo mejor: fardos de conservas se apilaron en el camión.

—En cuanto a los diez cajones de vodka, los tendréis en el almacén 36, a donde acabo de telefonar —dijo el sargento a Porta, quien tuvo ganas de besarle.

Una vez entregada la vodka, nos paramos en una callejuela, en casa de un ruso desertor amigo de Porta. Todo lo comestible fue escondido en una cueva, y en cuanto al camión, lo llevamos fuera de la ciudad donde, a bombazos, simulamos un ataque de guerrilleros. Era el mejor medio de impedir cualquier indagación.

Una sesión de borrachera por todo lo alto se produjo, como de costumbre, en el acuartelamiento, mientras los más locos rumores cundían por las calles. Decíase que los rusos habían roto el frente norte y que se luchaba en las antiguas tierras alemanas. Se hablaba también de retirada estratégica, lo cual, en todas las lenguas, significa retirada precipitada. Seguramente algo ocurría, pues día y noche los transportes tomaban la carretera de Biélgorod y de Oriol. Para colmo de ironía, nos mandaron seguir cursillos, ¡a nosotros, expertos!, sobre la forma de demoler un carro. ¡Nosotros sí que podríamos darles lecciones!

Después, regresamos al cuartel de Nova Bavaria, transformado en un verdadero hormiguero. Se limpiaba todo, se cambiaba el material viejo por nuevo, se fregaba, y todo el mundo birlaba todo cuanto podía ser birlado, tanto más cuanto que nos íbamos (parece ser) a Berlín, a fin de reforzar el regimiento de la Guardia. Nos lo creíamos todo, porque nos gustaba que así fuese. Por lo que, desde el amanecer al crepúsculo, hacíamos instrucción, y acabamos por creernos reclutas en tiempos de paz.

—Ya sé —dijo Porta—. ¡Capitularemos y hacemos instrucción para recibir a Stalin conforme a las tradiciones del Ejército prusiano!

Heide, por el contrario, pretendía que la paz estaba concluida en el Oeste, y que el rey de Inglaterra y el presidente Roosevelt estaban de camino para venir a vernos. Todo era fantástico, ¡pero había quien empezaba ya a aprender rudimentos de inglés! Y, sobre todo, acabamos por añorar la tranquilidad de las trincheras...

Por fin una noticia segura, y fue Heide, naturalmente, quien la trajo: ¡se esperaba la visita de Hitler! De momento, estupor general. Luego, una inmensa carcajada. ¡El Führer venir a vernos, a nosotros, la basura de las trincheras! ¡Imposible! La broma era demasiado pesada.

—Al fin y al cabo —dijo *El Viejo* resoplando—, quizá quiera venir a ver a los resucitados de Stalingrado; es posible.

—Eso no me gusta nada —gruñó *Hermanito*—. Prefiero desminar, ¡resulta menos peligroso que tratar con los peces gordos!

Pero se confirmó que la noticia era cierta. Inmediatamente, diríase que el diablo en persona volaba por el cuartel. Sobrecogidos, oficiales y suboficiales chillaban como poseídos órdenes inmediatamente seguidas de contraórdenes, y todo el mundo estaba a punto de llegar a las manos porque nadie se ponía de acuerdo acerca del

orden en que debían ejecutarse.

Sobre la medianoche, alineados en tres filas esperamos... La Guardia imperial no habría relucido tanto como nosotros. Dos sargentos, apostados al final de la calle como vigías y provistos de lámparas intermitentes, se encargaron de anunciar los vehículos. Aquello duró tres horas, el nerviosismo iba en aumento. Hubo hombres que se desmayaron y cayeron como postes fuera de las filas.

¡Por fin llegó el momento fatídico!

En cabeza, tres cabriolés «Horsch» se metieron ruidosamente en el patio. Se aparearon de ellos unos oficiales SS que formaron un cordón, pistola en mano; luego, cuatro camiones atestados de soldados LSSAH (guardaespaldas de Adolf Hitler) que formaron dos nuevas hileras, con «MPI» en posición de tiro. Otra fila de inmensos coches particulares cruzaron rápidamente el portal. Oficiales SS corrían en todos sentidos, controlaban, gritaban, aullaban, rugían, amenazaban con consejos de guerra, con la Gendarmería de campaña, con la Gestapo, con la horca, con Torgau, con batallones disciplinarios, ¡con todo!

Un instante de calma. Todo el mundo respiró. A lo lejos suena un claxon charanga.

Los oficiales se paseaban por el patio con una ansiedad indecible. Un SS dejó caer su «MPI», que produjo un ruido de trueno; un gato maulló de miedo en el alero de la muralla, el jefe de compañía tuvo un ataque de nervios y mandó arrestar el gato, y cinco hombres se precipitaron para agarrar al animal, que les escupió su desprecio en la cara y desapareció con la cola erizada.

Dos «Mercedes» especiales desembocaron entre una nube de nieve y se pararon delante de nuestro comandante. Solapas rojas y galones dorados rivalizaban de brillo con las condecoraciones, tintineaban espuelas, resonaban sables, los monóculos lanzaban destellos. Del primer coche bajó el *generalfeldmarschall* Von Mannstein con todo su Estado Mayor; del segundo, el general del Ejército Guderian, inspector general de los Blindados, que estaba muy resfriado, tenía la nariz colorada y se sonaba sin parar.

Nuestro jefe presentó el regimiento al general del Ejército. Órdenes estrepitosas, ejercicio de fusiles, pies que corrían, taconazos, alaridos, amenazas, blasfemias. El perro del regimiento fue apaleado porque olisqueaba caca de gato. Un sargento tuvo un soponcio. Revista de las tropas: rompieron un cinto y una cartuchera; el sargento del almacén se desplomó temblando cuando el desventurado soldado corrió para cambiar de correa. El general Guderian presentó el regimiento al *generalfeldmarschall* Von Mannstein: nueva revista. Aquella vez, quitaron un casco de acero al que le faltaba el águila; era de la 2.^a compañía. El comandante del regimiento lanzó miradas asesinas al jefe de la compañía, quien mataría de buena gana a cualquiera. Más órdenes, nuevos ejercicios y, otra vez, a esperar...

En la calle, una mujer rusa gritó: « ¡Se vende pescado!», justamente frente al portón. El *stick* de Von Mannstein tuvo movimientos nerviosos. Todo el mundo sabía que el Führer aborrecía el pescado. Cuatro SS al galope echaron a la vendedora de pescado, y luego una nueva fila de coches atiborrados de SS llegó a toda velocidad.

¡Y por fin, por fin, apareció el gran «Mercedes» negro que conducía a Adolf Hitler!

—¡Regimiento, derecha, marchen! —rugió el comandante con voz tan ronca que se quebraba—. ¡Vista al frente! ¡Atención! ¡Presenten, armaass!

Hitler se apeó despacio, levantando mucho las piernas según solía cuando revistaba a las tropas; lo cual hacía pensar en una extraña danza. De su rostro sólo se veía la nariz y el bigote; el resto quedaba oculto por la sombra de la gorra y el alto cuello. El comandante presentó su unidad al Führer, quien saludó con un gesto de la mano.

—2.º regimiento de Carros... —empezó (evidentemente nos confundía con otro regimiento, pero nadie se atrevió a hacérselo notar)—. ¡Os doy las gracias, soldados, por vuestro coraje y vuestra valentía! Sois el orgullo de Alemania. Cuando hayamos ganado la guerra, seréis recompensados ¡*Heil*, soldados!

Un alarido general: *Heil Hitler!*, hizo vibrar los cristales. Seguido por los generales y oficiales del Estado Mayor, Hitler pasó a trote corto delante de las tropas. Hizo preguntas a algunos soldados y continuó su camino sin esperar las respuestas. Paró un instante delante de Porta sin decir palabra.

En siete minutos y medio, todo terminó. ¡Un récord! Von Mannstein, que echaba tripa y tenía cierta edad, seguía visiblemente con dificultad. Sin estrechar la mano a nadie, Hitler se metió de nuevo en su «Mercedes», que arrancó, seguido por un largo cortejo. La visita entera duró once minutos.

Decepción general. Era más bajito de lo que pensábamos, casi cómico. Todo parecía demasiado grande para él: la gorra, el gabán, las botas, el bigote, ¡todo! A *Hermanito* le pareció un payaso. Y cuando un poco más tarde nos reunimos en las letrinas para jugar a los naipes, todo el mundo estaba de acuerdo: el Führer parecía un payaso.

—¡Mecachis! —murmuró *Hermanito*—. ¡Pensar que un hombre tan grande cabe en un tamaño tan pequeño! No hay quien lo entienda. ¿Cómo puede impedir que los italianos coman *spaghetti* y exigir a los franceses que beban cerveza alemana?

—Quién sabe —dijo *El Viejo* pensativo—. Por lo demás, sería idiota, ¡pero no se puede jurar nada!

—¿Acaso es tanto como Dios? —prosiguió *Hermanito* estupefacto.

—Casi. Al parecer le dijo a un obispo que Dios pudo crear a los hombres, pero que él se encargaba de destruirles. Por lo demás, déjanos en paz con tu Hitler, y da cartas.

—Entonces, puede terminar la guerra, si quiere —continuó obstinadamente *Hermanito*.

—Sí, si quiere —dijo suspirando *El Viejo*—. ¡Y haría bien con quererlo, pues cualquier imbécil puede darse cuenta de que todo se va al demonio!

«Quienes han sobrevivido a los combates sólo son los menos valerosos. Los verdaderos héroes han caído en el frente».

Adolf Hitler. 19 de marzo de 1945.

La mañana del 1º de febrero de 1943, el telegrama siguiente llegaba al Gran Cuartel General:

Mi Führer:

»El VI Ejército ha mantenido su juramento a la bandera. Nos hemos batido hasta el último soldado y hasta el último cartucho, como nos habíais ordenado. El Ejército ya no tiene municiones, ni armas, ni suministro. Están enteramente destruidas la 14.ª división Panzer, las 16.ª y 24.ª divisiones Panzer, la 9.ª división de la FLAK, la 30.ª división MOT, las 44.ª, 71.ª y 176.ª divisiones de Infantería, la 100.ª división de Cazadores. El VI Ejército saluda a su Führer Adolf Hitler.

»¡Viva Alemania!

»Paulus, generalfeldmarschall».

A las 5.30 del mismo día, el VI Ejército mandaba su último mensaje por radio: «Los rusos penetran en los bunkers. Lo volamos todo». El teniente Wultz, oficial radiotelegrafista, envió por propia iniciativa la señal EI que, en el lenguaje telegráfico internacional, significa que la estación no seguirá emitiendo. Luego, con una pala, demolió la estación y después se levantó la tapa de los sesos.

Pero el comandante jefe, quien sin parar había gritado: «¡Obedezco, soy soldado!» y quien, sin piedad, había mandado ejecutar a todos aquellos que no seguían en sus puestos hasta en una situación desesperada... aquél declaró a su jefe de Estado Mayor que le prevenía de que los rusos ofrecían otra vez una capitulación

honrosa.

—No quiero saber nada con eso, Schmidt. Haga usted lo que quiera. Rehusó cualquier responsabilidad y deseo ser tratado como una persona privada. Puede usted encargarse del Ejército, pero debe usted prevenir a los rusos de que a ningún precio iré a pie a través de la ciudad. Que pongan un coche a mi disposición y a la de todos los generales.

El general Paulus se comportó exactamente como Hindenburg en 1918: rehusó la responsabilidad de una catástrofe nacional, con cuyo peso cargaba él totalmente.

EL TREN

La estación era semejante a otras mil estaciones rusas. Algunas flores primaverales medio marchitas luchaban por su vida. Y había excrementos a la entrada del despacho del jefe de estación. Todo el mundo maldecía los excrementos, pero nadie se preocupaba de quitarlos y permanecerían allí hasta que el viento fuese bastante violento para barrerlos. Campesinos con sus gallinas esperaban el tren hacía dos días, y para impedir que las gallinas escapasen, les habían roto las patas. Otro arrastraba un cerdo atado con un correa, un hermoso cerdo a fe mía, todo blanco y con la cabeza negra. Se llamaba *Tania* ¡y era tan conocido que nadie se hubiese atrevido a comerlo!

Los trenes no faltaban desde hacía dos días, al contrario, llegaban muchos, sobre todo con municiones que iban hacia el Este. Grandes trenes arrastrados por dos locomotoras, una delante y otra atrás, grandes inmensas locomotoras, de cortas chimeneas hirvientes y hombres negros de hollín en las calderas. Eran hombres tan familiarizados con la muerte como nosotros mismos; a la próxima curva, siempre peligraban volar y cocerse en el vapor hirviente.

Muchos vagones transportaban muertos, pero, por el momento, eran cañones estropeados que mandaban a reparar en alguna parte de Alemania por hombres con ropas listadas detrás de alambradas de espino. Por la vía de la derecha pasaba cada veinte minutos un tren expreso marcado con una cruz roja. Aquellos trenes eran más rápidos; transportaban a divisiones enteras de hombres ensangrentados, el tributo del gran concierto de los cañones.

Estábamos en ruta para diez días de permiso en un centro de convalecencia. A decir verdad, no era un permiso como los demás, pues nadie lo conseguía en aquellos

momentos. Los permisos estaban prohibidos para el ganado del frente.

Íbamos a algún sitio a orillas del mar Negro, hacia un paraje que Porta describió como la antesala del paraíso: putas y manduca a discreción, y caja de cigarros cada dos días. Un tren sanitario entró en la estación, un tren largo. Por centésima vez, un campesino miró el horario y no consiguió comprender que aquel horario caducó ya en 1940.

—¡Las 12.27! —masculló meneando la cabeza con expresión desesperada—. ¿Qué demonios le ha pasado a ese maldito tren? ¡Naturalmente, se habrán equivocado de vía! ¡Todo el mundo puede darse cuenta de que son pagados por la finanza internacional, esos ferroviarios con sus gorras relucientes! *Továrishch germanski* soldado —dijo volviéndose hacia Porta—, ¿cuándo sale el próximo tren para Nikópolis? ¡Pienso que los alemanes habéis venido para poner un poco de orden en esos traidores ferrocarriles soviéticos!

—Sale por Navidad —respondió Porta—. No se enfade ya, Piotr, que estamos en guerra. Fíjese lo que les debo yo a estos retrasos. —Y le mostró lo que sus enormes ganancias al juego le había proporcionado—. Rezo a la Virgen de Kazan porque el retraso dure veinte años más. La guerra amigo mío, es un enorme retraso en una existencia. Así es que siéntate y aguarda, *továrishch* Piotr; el tren sale cuando debe. En la estación hay que tener paciencia.

Pero un *oberfeldwebel* saltó de un tren mixto que acababa de parar chirriando lamentablemente.

—¡El tren! ¡El tren! —gritó la muchedumbre muy excitada.

Barullo indescriptible. Todo el mundo corría los niños lloraban, las gallinas cloqueaban, los perros meaban y ladraban, se gritaban órdenes, se protestaba, los últimos coches se paraban más allá del andén, la gente se abalanzaba hacia las portezuelas, el hombre del cerdo se quedó atrapado, unos campesinos le empujaron, el cerdo gruñó, el hombre gritó tanto como el cerdo y el jefe de tren sacó la pistola.

—¡Sabotaje! ¡Sabotaje!

Porta saltó por una ventanilla y aterrizó entre una nube de gallinas con las patas rotas. *Hermanito* se peleó con tres rancheros y les golpeó la cabeza con tres gallinas que cloqueaban. Un sargento rumano desenvainó el sable para darle a *Barcelona*, que le llamó «mierda del mar Negro». Los gendarmes del campo acudieron, y las porras sacudieron a todo el mundo indiferentemente. Un suboficial de Artillería disparó a bulto y alcanzó al cerdo que chillaba echando a correr como una granada a través de los vagones, derribándolo todo a su paso.

Todo el mundo acabó por orientarse, pese a todo. Encerraron al cerdo en los retretes con un ternero, seis grandes ocas fueron metidas bajo el asiento y a los gendarmes se les expulsó. El jefe de tren, que casi se había vuelto loco, corría por el andén y maldecía a Dios y a los hombres. Por fin, el tren arrancó chirriando sin

siquiera esperar la señal del jefe de tren...

—¡Parad! —gritó el jefe de tren, que se había quedado en el andén.—

—¡Soy el jefe! ¡No podéis salir sin jefe!

Empezó tropezando con una cesta y luego se cayó cuan largo era por la traidora zancadilla de un empleado, pero, pese a todo, logró auparse en el estribo del último vagón.

—¡Vaya mierda! —exclamó Porta—. Será mejor que se calme, si no eso va a ponerse feo. Mira, esto me recuerda una historia auténtica. Conocí a un tal Manfred Katzenmeyer, capitán de Artillería a quien enchiqueraron porque, en la otra guerra, había mezclado todas las cajas de granadas ¡Os dais cuenta del follón para la Artillería de Guillermo! Los franceses se apoderan de dos cotas, el *kronprinz* acude frente a Verdún; total, el pánico. Entonces, echan al cretino de capitán y le mandan a acompañar a los oficiales heridos. Después de Guillermo, viene Adolf. Como había necesidad de imbéciles, al capitán ese le dan un tren, lo que se dice un tren de verdad, para mandarlo. ¡Os juro que yo no miraba a nadie! Se mandó hacer un uniforme, sólo os digo eso, tan guarnecido de cordones amarillos que parecía un campo de tulipanes. ¡Y gritón! En todas las estaciones le tenían más miedo que al cólera. Le apodaban «el húsar de los retretes» porque los hombres debían acudir a ellos según el reglamento. Ante todo, el reglamento. Por la mañana después del rancho y por la noche antes de acostarse: tres minutos y treinta segundos por hombre y dos hojas de papel. Gris para los soldados, amarillo para los suboficiales, blanco para los oficiales. En cuanto a los trenes, desde luego no entendía nada. Un día, ocurrió lo que os estoy diciendo. Su tren paró en una pequeña estación del otro lado del Donéts. Había allí un tío viejo que se paseaba con una escoba que le habían dado en 1922. Para darle ocupación, desde luego; en una revolución proletaria es menester que todo el mundo esté ocupado. El tío viejo se las sabía todas de todas las ocupaciones: la caballería de Wrangel, los marinos de Trotski, los Cuerpos francos de Von Golz, los cosacos y su pequeña revolución particular, sin hablar de la primera ocupación nuestra en 1914. El tío no hacía más que cambiar de brazal y chillaba: «¡Soy de Petsamo! ¡Soy de los vuestros! ¡Viva el zar! ¡Viva Lenin! ¡Viva el Kaiser! ¡Viva Rusia! ¡Viva Alemania! ¡Viva la Revolución! ¡Viva todo el mundo!». Así que, aquel día de 1922, cuando los marinos de Kronstadt llegaron a esa estación perdida, el comisario dio orden al tío viejo de coger la escoba y no soltarla nunca so pena de ser enviado a Kolimá. Os juro que ese hombre dormía con ella. Pero hete aquí que apareció el capitán de los retretes, veintiún años después del comisario ruso. El tío viejo le miró, apoyando la barbilla en su escoba como suele hacerse en todos los países, y el capitán le echó una bronca como también suele hacerse en todas partes Mientras tanto, como quien nada, el tren del capitán Katzenmeyer arranca sin avisarle y ahí es cuando llegamos a la moraleja del cuento: en la vida, nunca hay que darse prisa. Las gentes que tienen prisa se

aprietan cuando no es necesario. Eso fue lo que le ocurrió a nuestro capitán comandante del tren. Se agarra al último vagón, falla el golpe, se cae, se incorpora asustado, pierde el casco y corre tras de él. El jefe de estación ruso corría también saludando: «*Gospodín továrishch* ¡capitán! —gritaba—. ¡Le hago observar humildemente que corre usted en dirección contraria!». El capitán, al ver aquella gorra colorada, se para y saluda dos veces creyendo que es un general. «¡Cretino! », chilla al darse cuenta de su error. Y hele aquí que sale corriendo de nuevo detrás de su tren. ¡Mas ay! Mientras le chillaba al jefe de estación sin dejar de correr, tropieza y se cae de narices frente a los retretes. El tren traqueteaba tranquilamente en los cambios de agujas en busca de la vía. De no haberse apresurado se podía alcanzar; pero el capitán galopaba por el andén, con la lengua fuera y el sable bajo el brazo. Por hacerse el listo, tomó por un atajo frente a los cobertizos de mercancías, pero un contrarrevolucionario, seguro, había puesto allí una valla para impedir a los viajeros que se aventurasen. Saltaba a la vista la valla, sólo que el capitán Katzenmeyer, comandante del tren 809, no veía más que una cosa: el farol rojo del último vagón, y hele aquí que se desploma contra las tablas fascistas, labor de la judería internacional. En aquel momento, tuvo una idea genial, deslizarse por la valla y pasar, pero como estaba demasiado gordo, ahí le tienes enganchado, y el ruso le tiraba de piernas para sacarle de aquella valla fascista... Nuevo salvamento. Entonces el capitán agarra el borde de la valla y logra aupar sus cien kilos para pasar del otro lado. Desgraciadamente, había agua donde chapoteaban unos patos. El jefe de estación ruso soltó un grito burgués: «¡Dios mío!», mientras el capitán se sacudía el agua y perdía su sable. Y, sin sable, ¡adiós comandante de tren! Fue a buscar el sable, pero se puso malo: «¡Parad el tren! —gritaba—. ¡No estáis viendo que es un capitán sin tren, quiero decir un tren sin capitán! ¡Es decir un tren sin comandante y un comandante no puede circular sin tren! ¡Además, callaos, que me estáis fastidiando!». Y daba vueltas en torno del jefe de estación estupefacto. En aquel momento, el telégrafo se puso a funcionar: anunciaban la llegada del expreso de Dniepropetrovsk.

—¡Santa Madre de Dios! —rugió el jefe de estación—. ¡Detened a ese maldito tren! ¡Mando al capitán en bicicleta!

Los empleados que no entendían nada se dijeron que estaría borracho, como siempre, y no se movieron, en tanto que el capitán pedaleaba como un loco entre los raíles.

—¡El diablo se lleve a los alemanes! —exclamó el jefe de estación fuera de sí—. ¡No pueden dejarse libres las vías ahora para la bicicleta de un comandante de tren!

»Por lo que se apresuró hacia la cabina de agujas a causa del expreso anunciado. El capitán pedaleaba, con el sable bajo el brazo, inclinado hacia delante como un corredor, y no se dio cuenta de que dejaba la vía recta por una vía muerta que terminaba en una subida muy empinada. En pleno impulso, la bicicleta bajó la cuesta,

dio un salto mortal como en el circo, recayó sobre los raíles y salió corriendo en sentido inverso para volver a la vía principal. Al ver aquel bólido, el jefe de estación saludó, agitó la bandera verde y cambió precipitadamente de agujas para mandarle hacia otra vía muerta al otro extremo del andén. Desgraciadamente, la judería internacional había colocado allí un talud de arena y piedras. ¡Espantoso estruendo! Hubo que reanimar al ciclista con un trago de coñac y le llevaron a la estación, con el casco de través y el sable transformado en hoz... En cuanto a la bicicleta, ni se hablaba de ella.

»Desde luego, había que dar parte, ¿pero a quien? ¿A los ferrocarriles rusos o a los alemanes? Igual dada. El jefe de estación ya volvía con sus formularios en mano, cuando, de pronto, no dio crédito a sus ojos. El capitán se había apoderado de una vagoneta y ya había entrado en agujas. Ahora bien; el expreso estaba en ruta. El jefe de estación corrió al teléfono y gritó: «Comandante alemán en vagoneta dirección Dniepr ¡Detened expreso n.º 412!». Otro alarido le respondió inmediatamente: «Expreso 412 salido. Que os chinchen. ¡Detened la vagoneta!». Un instante, el desventurado reflexionó, luego puso todas las señales en STOP, tanto a uno como a otro extremo de la estación, y cambió todas las agujas. Sólo al cabo de una hora se notó que el hombre había perdido la razón. ¡Eso es lo que pasa cuando se trata con prusianos! A 90 por hora el expreso entró en la estación. Fue a parar a una vía muerta y se detuvo un kilómetro y medio más lejos. ¡Pero desgraciadamente ya no había más vía! Un montón de chatarra fue lo que encontró luego, y del capitán, el sable y el casco colgados de la locomotora.

»Aquella historia hubiese terminado entonces si no hubiese sido cosa de militares, pero en la mili nada se acaba nunca. El asunto culminó en consejo de guerra, y no fue ninguna guasa: ¡un expreso y un comandante de tren, figuraos! Ahora bien: aquel día, los exploradores del Ejército, de conformidad con el plan de retirada, volaban al sur de Tjoiin 260 kilómetros de vías, 76 locomotoras y 16 estaciones. Pero el consejo de guerra condenó a nuestro jefe de estación a muerte por haberse equivocado de agujas y echado a perder un expreso ruso de cuatro vagones. Declararon al difunto capitán responsable de los daños causados, porque había cruzado una señal roja con una vagoneta tomada sin orden, perteneciente a los ferrocarriles soviéticos y provisionalmente usada por las autoridades prusianas. Valor de la vagoneta: 3400 R. M.; bicicleta; 400 R. M.; dos tablas arrancadas a la valla: 12 R. M.; arañosos en la pintura de una locomotora: 16 R. M.; total, con los varios: 4000 R. M.

»¿Y el tren que se había quedado sin comandante me diréis? ¡El muy desventurado! Seguía dando vueltas como un loco. Sin comandante nadie sabía dónde debía ir y por quitárselo de encima, lo mandaban a todas las vías muertas. Así lo vieron quince veces en Kiev, tres veces en Berlín, una vez en París, que cruzó sin parar hacia Ámsterdam y Bruselas; volvió sobre sus pasos en Copenhague porque no

podía continuar hacia Suecia, a causa de estar en reparación el *ferry-boat*. ¡Armaba el más espantoso barullo en todas partes! Cinco intendentes se suicidaron, tres desertaron. Durante dos meses se perdió de vista el tren, y después la gente, pasmada, lo vio surgir en Munich procedente de Roma, y un imbécil lo mandó a Frankfurt. Los ferroviarios se volvían locos. Lo habrían mandado a Pequín si hubiera dado luz verde. ¡Os dais cuenta de lo que costaba todo aquello! Como el capitán había muerto, hicieron responsable a su mujer, quien sólo encontró un medio: desaparecer. Se metió, pues, en Andorra, un pequeño país razonable que vive de sellos, de Bancos y otros asuntos sucios y que vive bien. La mujer del capitán no quiere oír hablar de tren, pero afortunadamente —terminó Porta— ¡no lo hay en Andorra!

En Vínitsa, trasbordo, pero hubo que esperar toda la noche en el andén, y al día siguiente a mediodía tomamos «el expreso», que se paró en todas las estaciones. Vagones de mercancías descubiertos, únicos asientos disponibles. Durante las interminables paradas, altercados con el personal de suministro, que se negaba a darnos las raciones porque nos faltaban los sellos que la compañía olvidó de poner en nuestros papeles. En Novoiovsk, el expreso nos dejó y continuamos por una vía estrecha, arrastrados por una máquina asmática. En Slin, fin de la vía estrecha que, por lo demás, era provisional a causa de la guerra. Había que atravesar pantanos para llegar a otra vía llamada principal. Logramos subir a un tren de municiones y nos sentamos sobre las pilas de granadas pero, por tres veces, tuvimos que meternos debajo de los vagones a causa de ataques de aviación.

Dos zapadores con un extintor de mano subieron en Krivói Rog. Uno hacía un año que figuraba como muerto, y el otro logró desaparecer durante un traslado. Llevaban los bolsillos llenos de hojas de ruta falsificadas, y hacía ocho meses que recorrían Europa ante las barbas de la Gendarmería. Como uno cayó en el frente, y así consta, y el otro desapareció, nadie les buscaba.

Cuatro días más tarde, llegamos por fin a destino. Un poco desamparados, un poco asustados vimos desaparecer el tren que se llevaba a nuestros nuevos amigos, pero todo olía a lilas; ¡era la primavera!

Un gendarme, con su «MPI» sobre las rodillas, dormitaba en un sillón de mimbre y miraba recelosamente con los párpados entornados. La terrible placa de los cazadores de hombres brillaba en su pecho. No era más que un cabo primero, pero habíamos visto a aquel tipo de suboficial llevar a generales a la horca. Pasamos delante de él silbando, pues los papeles estaban en regla, pero ojeó ásperamente su cuaderno, que contenía mil fotografías: Un policía ávido de arresto y servil ante cualquier poder.

En filas apretadas, henos aquí paseando por una bonita y pequeña ciudad de casas blancas con jardincillos. Daba gozo hacer resonar inútilmente nuestras botas

claveteadas sobre el pavimento en aquel silencio inquietante de mediodía.

—Eso no me gusta —murmuró *Hermanito*—: hay demasiada calma. No da la sensación de seguridad.

Un borrico que desembocó bruscamente de una callejuela le hizo botar por sobre una empalizada y aterrizar con un ruido atronador entre cántaras de leche colocadas allí. Pero al final de la calle en declive estaba el mar. Con nuestra estupefacción, se desvaneció de miedo. Palmeras, setos, flores rojas y elegantes cipreses punteaban aquella costa admirable.

—Pero esa calma —dijo angustiado Porta palpándose la pistola—. ¡Esa calma no me huele nada bien! ¡Me pone la carne de gallina!

Lentamente, bajamos hacia el mar tomando instintivamente por la izquierda, como hacen todos los soldados en país desconocido, y un guardia, con escarapela en el sombrero, nos mostró el camino de la casa de convalecencia del Ejército. Era un maravilloso espectáculo de flores desconocidas, de colores brillantes contra el azul extraordinario del mar; las olas producían un murmullo sedoso.

—¡Es tan hermoso —dijo *Hermanito* asombrado—, que se diría que es mentira!

De pronto, soltó un rugido: dos chicas metiditas en carnes, de pechos provocativos y con bañadores ceñidos, bajaban hacia la playa.

—¡Virgen Santa de Kazan! —gimió Gregor—. ¡Eso es crema para gato viejo!

Inmediatamente rodeadas, las chicas recibieron unas nalgadas y Porta les propuso quinientos R. M. y una botella de vodka por repetir. Furor de las muchachas que, en realidad, eran enfermeras. Escaparon, corrieron gritando por la playa, y un sargento con uniforme nuevo flamante surgió, lleno de ardor, de un seto florido. ¡Las chicas se precipitaron hacia él gritando al asesino! El sargento se cuadró ante nosotros. Era un sanitario que se tomaba por un general.

—Habéis intentado violar a dos de mis enfermeras, lo he visto. ¡Os haré mandar a Torgau!

—¡Cacho de limpiaorinales! —gritó Porta—. ¡Si crees que nos la vas a dar!

—¡Piojoso! ¡En esta guarnición no se aceptan los desperdicios del frente!

—No lo dudamos —dijo *El Viejo* con calma—. No hay más que mirarte, héroe del termómetro.

El sargento se sacó un bloc y apuntó con el lápiz hacia *El Viejo*.

—¿Nombre, unidad? ¡Pedazo de mico!

Porta alzó una pierna y soltó un pedo atronador, uno de esos que hieden como un ataque con gases. El viento llevó el pedo en la dirección del sargento:

—Ofensa a un suboficial prusiano —gritó el hombre fuera de sí—. Le mando detener y le entrego al consejo de guerra.

—Cretino —dijo *El Viejo*, desabrochándose la guerrera de camuflaje que mostró a los ojos del suboficial asombrado la cruz y las dos estrellas de brigada.

—¡Habría que decirlo! —murmuró dando un taconazo—. Nunca se sabe lo que ocultan esos malditos oropeles de camuflaje. ¡El otro día, metí la pata con un coronel; eso no debería ser permitido!

—¿Tienes un cigarrillo?

El sargento regaló un paquete entero de «Junos» y dio lumbre, haciendo como que no veía que *Hermanito* palpaba las nalgas de una enfermera.

—Aquí, en la casa de convalecencia de Zatoka, reina la disciplina —dijo irguiéndose—. Disciplina de guarnición, pero condiciones de vida democráticas. Nada de mellas al reglamento. Debéis leer y firmar un impreso; además, el reglamento figura en todas las habitaciones y salas de recreo. Así que no lo olvidéis. Disciplina férrea. Siento recordaros que muchos han sido enviados ya a Torgau.

—¿Cuántas bajas tenéis entre los sargentos de esta guarnición democrática? —preguntó Porta riendo.

—Ninguna —respondió el sargento muy extrañado—. ¿De qué se podría morir?

—Intoxicación por plomo —respondió amablemente el pelirrojo palpando su pistola.

Hermanito y él ya andaban en busca de chicas, pero Gregor me hizo una señal de inteligencia que capté: preferíamos netamente a las enfermeras. Pero existía la prohibición formal de visitas en los cuartos, y no se podían usar las escaleras. Era el reglamento. Llegada la noche, contemplamos con ligera inquietud el edificio. Las enfermeras se alojaban en el cuarto piso. ¡Muy arriba! Me encaramé en los hombros de Gregor, agarré la balaustrada del primer balcón, flexioné y luego tiré de Gregor, que se reunió conmigo. El canalón estaba a nuestro alcance.

—¡Esperemos que aguante!

Fui el primero en pasar, y llegamos al tejado con la espalda sudorosa, aferrados del canalón. Mirar hacia abajo daba escalofríos. Muy lejos, roca y oleaje; era una caída de doscientos metros lo menos.

—Solo no mires —dijo Gregor—, si no, no vas a bailar en una cama dentro de poco.

Sin soltar el canalón, llegamos por fin a las ventanas de las chicas.

—¡Estáis locos! —dijo la morena, estremeciéndose al pensar en el regreso.

La habitación olía bien y la luz era suave. ¡Aquellas chicas sabían de lo que iba! Un poco intimidados, nos reímos tontamente ofreciendo nuestros regalos: una gran botella de vodka y una lata de caviar, pero mi gran sorpresa fueron un reloj y un brazalete antiguos robados a *Hermanito* quien, a su vez, los había robado a no sé quién. ¡El gigante juró degollar al culpable si le encontraba en su camino! Las chicas quedaron embelesadas. Todos nos sentamos a la mesa ante unas albóndigas, col roja y caviar.

Me arrimé a la chica morena, que me cogió la mano. La besé en el hombro, pero

en el fondo, estaba terriblemente preocupado. ¡Era peor que la espera antes de un ataque de infantería! Pero además, ¿por qué había venido? Hacía tanto tiempo que no me acercaba a una mujer. ¡Y, so pena de ridículo, había que hacer algo, de todos modos! Afortunadamente, ella tomó la ofensiva; su boca devoró mi boca. ¡Qué miedo tenía! Con precaución, mi mano se posó sobre su rodilla, y ya sus dedos se deslizaban sobre mi piel desnuda.

Gregor fue mucho menos tímido; unas bragas volaron a través de la estancia en penumbra como un pichón asustado, y las siguió una media que aterrizó sobre la lámpara. Se elevaron risas ahogadas.

—¡Estás loco! Espera un poco.

Gregor bramaba de gusto y la rubia protestaba, pero sin reaccionar. La morena me tumbó, se me echó encima, me besó y yo estuve a pique de desmayarme.

—Me llamo Gertrude —dijo, acariciándome el pelo.

—Y yo, Sven.

Me sentí como si tuviese cuarenta grados de fiebre.

—Me he casado dos veces —murmuró ella—. Mi primer marido fue muerto en Polonia, y el otro trabajaba en el *Ortskommandantur* y los ingleses se encargaron de él. Toda la calle desapareció en diez minutos. Bombas incendiarias, según me dijeron.

Mientras hablaba, me desnudó y me ayudó a desnudarla.

—¡Cariño! —murmuró—. ¡Hace mucho tiempo que esto no lo hago con un hombre!

—Entonces, ¿con quién?

—¿Has tenido muchas chicas? —preguntó ella sin responderme.

—No creo, o bien ya no me acuerdo. Vengo de Stalingrado.

—¡Stalingrado! Era terrible, ¿verdad?

—Sí, éramos unos condenados a muerte.

—¡Oh! —gimió ella apretándose más.

Y nos quedamos agotados uno contra el otro.

—Me han dicho que según quién puede hacerlo cinco días seguidos. ¡Fíjate! ¡Hacer el amor cinco días seguidos!

—Los japoneses, dicen, y hasta ocho días con la misma chica.

Sus dedos volvieron a acariciarme, me besó con pasión y probamos todo cuanto pudimos imaginar. Y luego, luego, no hubo más remedio que irse. Tomamos el mismo camino que a la ida con formal promesa de volver, y regresamos a nuestros cuartos bordeando el hospital psiquiátrico.

En la oscuridad, dos siluetas: eran Porta y *Hermanito* que trotaban con dos botellas bajo el brazo.

—¿Adonde van? —preguntó Gregor riendo—. De todas formas, vale más no acercarse a ellos.

La noche siguiente, otra expedición a casa de nuestras amigas y el encantamiento se repitió. Durante tres días, nuestros camaradas ya no nos reconocían, pero ¡ay!, un telegrama del regimiento nos reclamó antes de terminar el permiso. Rodeados de nuestras conquistas, fue una marcha triunfal hasta el tren cuyos únicos pasajeros éramos nosotros. Aquel tren era un pesebre de caballos. Nos tumbamos en los pesebres sujetos en las paredes y, aquella vez, lo que nos despertó fue la caricia de tibios morros... Los pobres animales y nosotros volvimos a la guerra.

«Lucharemos sin compasión contra todos los adversarios de la Confederación de Pueblos germánicos. Todos aquellos que no puedan integrarse en nuestra sociedad serán condenados a muerte sin ninguna distinción de raza o de religión».

General Goering, en un discurso a la Policía, 12 de diciembre de 1934.

Una sección de «T-34» manchados de sangre se abría lentamente camino a través de los centenares de muertos que sembraban la plaza del Teatro. En el carro de cabeza, el teniente Yevtienko miraba con indiferencia a las sombras grises que salían arrastrándose de las cloacas, de las ruinas, y se alineaban a lo largo de la calle. Un coronel alemán enloquecido, acogía los carros rusos con el brazo en alto, al grito de Heil Hitler!

¡Eran tantos los hombres locos en Stalingrado! Entre ellos, el general de división Lange, quien se había apoderado de una ametralladora y disparaba sobre las tropas alemanas que se rendían; aquello costó un millar de muertos antes de que se le pudiese reducir al silencio. Poco después, un coche, particular negro pasaba ante la sección de carros avanzando difícilmente en el tumulto de soldados. En los asientos traseros, dos generales: uno de caqui, el general de división Polkovnik, del Estado Mayor General soviético; el otro de gris hierro con solapa escarlata y fusta en mano: el mariscal recién ascendido Friedrich Paulus. Contemplaba sin pestañear a sus soldados sentados en el suelo de las sucias calles o esperando con paciencia ser evacuados; no decía palabra de sus hombres, ni palabra de los 250 000 cadáveres que sembraban las estepas, ni palabra tampoco de las cien mil órdenes de ejecución firmadas por él durante los últimos cuarenta y ocho días de la batalla.

El general de Artillería Heinz, ex presidente del Consejo de Guerra, tampoco se acordaba de ello, pero en el mismo momento en que el mariscal Paulus cruzaba por la plaza del Teatro, el general Heinz era apaleado como un mulo porque acababa de robar un pedazo de carne de caballo a un teniente herido. Llorando y medio lisiado, fue recogido por tres oficiales rusos y llevado al campo de prisioneros en un edificio del Ejército ruso. Sin la menor vacilación, denunció personalmente a sus agresores, quienes fueron juzgados y luego fusilados por los gendarmes alemanes, los cuales continuaban hasta en la prisión su abominable tarea.

Mientras tanto, en un sótano, bajo las ruinas de la panificadora donde se había instalado un hospital de campaña, un grupo de soldados de la 44.ª división MOT

comía miembros amputados juntados en un cubo. Después se presentaron todos a lista con el estómago lleno, y se dijeron que en su vida habían hecho un yantar tan bueno.

El mariscal Paulus conversaba con el general de división soviético acerca de una planta de flores rojas, amarillas y blancas, que le interesaba vivamente; aquella planta era comúnmente denominada «cola de gato», y con ella se hacía la majorka, aquel tabaco pestilente del soldado ruso. Paulus acababa de recibir diez paquetes de él, y aquel regalo bien acogido le permitía no mirar a los soldados hambrientos, piojosos y harapientos, que le señalaban con el dedo cuando pasaba. ¡Ay de él si hubiese debido afrontarles! Pero se había hecho proteger por los generales rusos; era una precaución excelente.

LA EJECUCIÓN

Un remolino de polvo levantado por el viento acogió el camión que penetraba en el gran patio de la prisión.

La prisión central de Járkov era una hermosa prisión, ¡y Dios sabe, sin embargo cuantas habíamos visto! Podían hacerse comparaciones. Ahora bien: era la primera vez que veíamos una pintada de blanco. Los edificios hechos de bloques estaban dispuestos en estrella, y frente al número 4, había prisioneros que daban vueltas corriendo y sujetándose angustiosamente los pantalones con las manos. En una prisión Militar no le dejan a uno ni cinto ni tirantes; ¡no se pueden arriesgar a que uno se ahorque antes de ser fusilado!

Aquellos tíos nos miraron con inquietud, pues no ignoraban la razón de nuestra llegada, pero aún no sabían de qué se trataba. En el bloque 4 todos los prisioneros eran condenados a muerte.

—¡Armas al hombro, izquierda! —mando *El Viejo*—. ¡De frente, marchen!

Nadie nos había dicho a nosotros lo que debíamos hacer, pero nosotros ya lo sabíamos. Doce hombres, uniforme de campaña, veinticinco balas cada uno, y ahora la prisión... Éramos el piquete de ejecución.

—¿Por qué, Dios mío, no se encargan los SS de sus asuntos? —dijo Porta quedamente—. ¡Ése no es nuestro trabajo, ni mucho menos!

—¿A quién crees que se fusilaran? —preguntó *Hermanito*—. Espero que no sea a una chica del telégrafo como la otra vez.

—Cállate ya, cretino —tronó *El Viejo*, que todavía se estremecía recordando aquella ejecución, aunque databa de hacía mucho tiempo.

Hicimos alto en un jardincillo detrás del edificio reservado al comandante. La gran estrella roja seguía reinando sobre el portón y continuaba leyéndose «NKVD» en grandes y siniestras letras de cobre sobre la puerta; pero la bandera que ondeaba en el mástil era la del Estado nazi. Una bandera malvada, aunque bella.

En mitad de una explanada, habían plantado una horca alquitranada de la que colgaban libremente tiras de cuero. Aguardaban. Una para los tobillos, una para las caderas, una para los brazos y los hombros. La horca nuevecita olía aún a alquitrán. Probablemente la antigua había sido destrozada por las balas. Los gendarmes solían decir que una horca aguanta hasta cuatrocientas ejecuciones, pero que luego debe ser sustituida.

Un mayor de la *Feldgendarmerie* se creyó obligado a soltar una arenga.

—¡Soldados! —gritó con voz ronca, palpándose la horrible placa que brillaba al sol—. ¡Soldados! Habéis sido distinguidos para un cometido que no tiene nada de agradable, lo sé. El Consejo de guerra ha condenado a muerte a tres desertores, y la *Ortskommandantur* os ha encargado del cumplimiento. No sintáis piedad alguna. Esos cerdos se han merecido su suerte; no son mas que unos cobardes desertores. Vosotros nada tenéis que ver con ello. Por lo que os aconsejo no hagáis tonterías, si no, os las habréis conmigo. Si uno de vosotros tiene la desgracia de tirar desviado, pasará a consejo de guerra, tirad al corazón y que pronto se acabe. ¿Alguna pregunta?

Sin aguardar respuesta, dio media vuelta a reunirse bajo las lilas con los dos capellanes castrenses, uno católico y el otro protestante el teniente Betz acogió a *El Viejo*. Examinó cada fusil, inspeccionó las cartucheras en las que veinticinco balas en cinco cargadores asomaban, punta hacia arriba; luego dio un paso atrás.

—Quitad el seguro; comprobad los cañones.

Tintineo de fusiles. Las órdenes fueron acatadas al segundo. Todos los oficiales nos miraron. En uno de los chopos, se oyó un pájaro carpintero que picoteaba con saña.

—¡Carguen! ¡Seguro! ¡Descansen, armas, mes! ¡En su lugar, descansen!

Durante casi una hora, estuvimos con el arma descansada. Llegaron numerosos oficiales y se saludaron ruidosamente. Se oyó al mayor de la *Feldgendarmerie*. El médico mayor contó un chiste de burdel. Todos fumaban sin parar. Parecían inquietos y hablaban demasiado alto.

El pájaro carpintero echó a volar. En su lugar, dos cornejas graznaban en la copa del chopo. Y, por fin, ocurrió algo...

Del bloque 4 salieron cuatro gendarmes que llevaban a un hombre encadenado que vestía una blusa raída. El grupo desapareció detrás de una mata de lilas y reapareció entre los dos grandes arriates que delimitaban el patio.

Un silencio de muerte cayó sobre la plaza. El prisionero de blusa era mucho más alto que sus guardianes. ¡Augsberg! Era el general Augsberg. Un murmullo se elevó del pelotón.

—¡Canallas! —bramó Porta—. ¡Vaya canallas!

El grupo se paró delante del mayor de la *Feldgendarmerie*, quien saludó y se volvió hacia el prisionero encadenado.

—SS *brigadenführer* Paul Augsberg, tengo el honor de decirle que su recurso de gracia ha sido negado por el comandante jefe del IV Ejército. Es usted condenado a muerte por haber abandonado sin órdenes la zona de Stalingrado. Además del retiró usted de aquel frente a tropas en perfecto estado de combatir y sabotéó así la defensa. ¿Tiene usted algo que decir antes de la acusación?

—¡Idiotas! —bramó el general SS.

El mayor se estremeció e hizo una señal a los capellanes castrenses, quienes se acercaron al general Augsberg.

—Inútil —dijo altivamente el prisionero.

Entonces, el mayor de la *Feldgendarmerie* soltó un grito histérico:

—¿Listos?

El sargento empujó hacia la horca al prisionero que tropezó con sus trabas. Manos diestras apretaron las correas.

—Yo tiro desviado —gruñó *Hermanito*.

—Yo también —dije.

—Pelotón derecha, derecha. ¡Apunten! ¡Fuego!

Restallaron diez tiros.

El general Augsberg se desplomó en sus ataduras y quedó colgado, pero se movía; no había muerto. El médico, con su estetoscopio que le pendía sobre el pecho, se inclinó sobre el hombre doblado, luego se irguió y le gritó al mayor, que pateaba febrilmente un arriate de pensamientos:

—Prisionero no muerto por balas.

—¡Imposible! —murmuró el mayor con inquietud.

El médico se secó la cara con el dorso de la mano, se recobró, saludó y dijo reglamentariamente:

—Mayor, el médico Winckelmann informa que el prisionero no ha muerto. Ni un proyectil le ha alcanzado en el corazón.

El mayor nos echó una mirada de furor y se le oyó rechinar los dientes:

—¡Sabotaje de una orden! —chilló—. ¡Otra vez, cerdos! ¡Si no, os atarán a vosotros a la horca!

Y por segunda vez sonó la voz de mando:

—¡Pelotón! ¡Carguen! ¡Apunten! ¡Atención! ¡Fuego!

Esa vez todos apuntábamos al trapo rojo que indicaba el sitio del corazón.

—Prisionero muerto. Sentencia cumplida —pronunció el médico.

Dos sanitarios llegaron corriendo con un ataúd de pino, metieron dentro el cadáver y luego extendieron arena sobre el suelo ensangrentado. Todo estaba listo para la segunda ejecución. El grupo ya llegaba junto a las lilas: era el teniente de Ingenieros, pero aquella vez el mayor tenía prisa.

—¿Tiene usted algo que decir antes de la ejecución? Ya sabe por qué ha sido condenado ¿Desea algún auxilio religioso?

—Daos prisa —dijo el teniente con los dedos apretados.

El mayor, aliviado, hizo una señal a los gendarmes:

—¡Listos para la ejecución!

El teniente nos miró amistosamente e hizo un gesto imperceptible con la cabeza para cada uno de nosotros. El sargento le puso un cigarrillo encendido en la boca.

—¡Apunten!

Temblé tanto que el fusil se me movía. Cerré los ojos. No quise ver... Ignoré a dónde disparé... Confié darle al mayor de la Gendarmería.

—¡Fuego!

—Prisionero muerto.

La voz del médico me llegó de muy lejos. Como en una niebla, vi a los sanitarios salir corriendo con el féretro y dejarlo caer en una fosa junto al muro. Ya estaban cubriendo la del general. Muchas fosas se alineaban a lo largo de aquel muro, y para nosotros no había acabado aún, pero esa vez, sabíamos quién era mucho antes de acercarse el grupo. Se oyó un grito:

—¡No, quiero vivir! ¡No quiero morir!

Venían arrastrando literalmente al prisionero, cuyas piernas ya parecían estar muertas.

—¡Camaradas! ¡Dejadme vivir, soy inocente!

El mayor tendió febrilmente al *feldgendarme* la capucha negra, que calaron en la cabeza del condenado para ahogar sus gritos. Uno de los soldados del pelotón cayó de bruces, desvanecido; el mayor, pateando, hizo una señal y el pastor se acercó al condenado murmurando una plegaria.

—¡Fuego! —mandó el teniente.

Así fue asesinado también el teniente médico. Creo que de aquel día data nuestro recuerdo más trágico de Stalingrado. Como siempre después de una ejecución, estuvimos libres durante el resto del día y cada hombre recibió un litro de vodka. Pero, ante todo, ante todo, había que ir a «el secreto», en la oficina de la prisión. Todas las ejecuciones eran ULTRASECRETAS y, en efecto, resultaba preferible borrarlas de la memoria si no se tenían ganas de darse una vuelta personalmente por el bloque 4.

No sabíamos que en Berlín, la misma mañana, una mujer había recibido el

telegrama siguiente:

Señora Elizabeth Augsberg
Berlín-Charlottenburg

Si desea ver por última vez al soldado Paul Augsberg antes de su ejecución, que tendrá lugar el 6 de mayo de 1943 a las 8 de la mañana, debe usted presentarse ante el comandante de la prisión militar de Járkov, Ucrania, el 5 de mayo a las 19 horas. Le es concedida a usted una visita de diez minutos al condenado. Traiga este telegrama.

Firmado: Mannstein — Generalfeldmarschall

OB IV Ejército Panzer

Que la señora de Augsberg hubiese recibido el telegrama tras la ejecución de su marido, no era culpa de nadie.

El envío de un mensaje de ese tipo carece de interés estratégico.

Fin



SVEN HASSEL (nacido en Frederiksborg, Dinamarca, el 19 de abril de 1917) es el seudónimo del escritor danés Boerge Villy Redsted Pedersen. Es hijo del oficial austriaco Peder Oluf Pedersen, y Hansinge Hassel (danesa), más tarde el joven Boerge tomó el apellido de soltera de su madre y desde entonces se llamó Sven Hassel.

La crisis generalizada de 1930 le obliga a emigrar a Alemania en busca de trabajo. En 1931, a los 14 años de edad, se enrola en la marina mercante como mozo de cabina, dando la vuelta al mundo. En 1937 se alista en el ejército alemán y es destinado al 7.º Regimiento de Caballería, donde se le obliga a nacionalizarse para permanecer en filas. En cuanto lo hace, es trasladado al Panzerregiment 2 (2.º Regimiento de Carros de Combate) en Eisenach. Su regimiento participó en 1939 en la invasión de Polonia. En 1941 sirve como Gefreiter (Cabo) de su regimiento cuando deserta y es condenado a rehabilitación en una prisión militar. Tras su paso por un campo de trabajos forzados, es reincorporado al ejército en el 27.º Regimiento de Panzers, un Batallón Disciplinario. Hasta el final de la guerra, Sven participó en todos los frentes del ejército alemán a excepción de África (debido a que su barco es hundido en el trayecto a África). Herido múltiples veces, llega a recuperar sus galones y acaba la guerra como Leutenant (Teniente), recibiendo la Cruz de Hierro de 1.ª y 2.ª Clase, además de otras condecoraciones Finlandesas e Italianas.

Al finalizar la guerra, se rinde a los rusos en el Parque Tiergarten de Berlín, a un paso del búnker de Hitler en la Cancillería y es internado en varios campos de

prisioneros. Mientras está en prisión, comienza a escribir su historia, como un homenaje a sus camaradas muertos en combate. Al ser liberado en 1949, ingresa a la Legión Extranjera donde conoce a Dorthé Jensen con quien se casa en 1951, luego de cambiarse el nombre por Willy Arbing, en 1950. Consigue trabajo en una fábrica de automóviles y luego su esposa lo anima a publicar su primer libro, apareciendo así «De Fordometes Legion» (La Legión de los Condenados), en 1953.

En 1957 una enfermedad que contrajo durante la guerra le postra en cama durante casi dos años. Al recuperarse continúa escribiendo sus novelas. En 1964 se muda a Barcelona donde sigue viviendo hasta la fecha. En total ha vendido más de 50 millones de copias en 18 idiomas.

En sus apasionantes libros narra la historia de seis soldados alemanes que viven siempre al borde del reglamento, algunos de ellos provenientes de batallones de castigo. Es un equipo de compañeros y camaradas en el frente, que viven el horror del combate en varios escenarios (Messina, Stalingrado, Francia, ...) donde con una imaginativa y apasionante narrativa describe las vivencias del soldado alemán común, representadas en sus personajes, y de como salvan, presencian o viven situaciones que afectaron al combatiente alemán en los más difíciles escenarios de guerra.

Un aspecto peculiar destaca de este grupo de soldados y es que están en contra del antisemitismo que normalmente mantenían muchos soldados de la Wehrmacht, en algunos capítulos incluso llegan a ocultar judíos perseguidos por las SS.

La canción que tararean en los labios antes del combate es: «Ven, dulce muerte, ven a mí...».

Sus personajes:

El legionario: Soldado de vasta experiencia en el frente, con un sin fin de ardides y tretas que usa para su beneficio. Sirvió en la Legión Extranjera francesa. Un cigarrillo Caporal permanentemente encendido en sus labios es su seña de identidad.

El viejo: El combatiente alemán de mayor edad, es el jefe de la sección (sargento). Por su experiencia y humanidad representa un seguro de vida para todos los demás miembros de su sección. El frente de combate es su refugio para ocultar una tragedia personal, sin guerra él no existe.

Hermanito: Es el soldado bruto del equipo, gigantón de fuerza hercúlea, pero de cerebro minúsculo, que actúa casi por instinto. Compañero de aventuras de «Porta» y habitual saqueador de cadáveres, su especialidad son los dientes de oro y las reyertas de taberna.

Julius Heide: Es el típico soldado nazi fanático, que aplica el reglamento hasta en las situaciones más inverosímiles, lo cual no es obstáculo para que sea un soldado insuperable en combate. Terminó siendo un alto oficial de Alemania del este.

Porta: Es el típico soldado buscavidas, juerguista y mujeriego, frío para actuar en combate, pero que cohesiona el grupo con su cálida amistad y camaradería. Es, además, un consumado trompetista y cocinero. Su característica es usar un sombrero alto de copas amarillo cuando no hay oficiales presentes. Muchas de las historias orbitan en torno a sus vivencias.

Barcelona: Sargento, al igual que «el Viejo», ha participado en la Guerra Civil Española. De ella proviene su apodo, muchas expresiones en castellano y una vieja naranja arrugada que siempre tiene en el bolsillo.

Gregor Martin: Chofer del mariscal de campo Von Kluge en «General SS». Amigo y compañero de aventuras, sobrevivió a la guerra.

Sven: Sven Hassel se representa a si mismo en este personaje que es como el joven soldado granadero adjunto al grupo.

El más extraño personaje de todos es sin duda alguna, el Stabsgefreiter Albert Mumbuto, por ser de raza negra. Antes que comenzara la Segunda Guerra Mundial en Alemania había unos doscientos mil negros procedentes de las ex colonias alemanas en África, las cuales les fueron quitadas a Alemania por el Tratado de Versalles. Algunos otros habitantes de raza negra procedían del Sarre, descendientes de miembros de la Legión Extranjera que vivieron en esa zona francesa que luego volvió a ser parte del territorio alemán. En unas entrevistas realizadas por la televisión inglesa a personas de raza negra, que vivieron en Alemania durante la época hitleriana, manifestaron que inicialmente fueron rechazados en el servicio militar, pero que al final fueron aceptados. Ninguno mostró fotografías o alguna evidencia de que efectivamente hubieran prestado servicio.

La vida de estos personajes en el frente es la esencia de los libros de Sven Hassel. En el punto de vista de Hassel, la guerra es brutal. En sus libros los soldados sólo pelean para sobrevivir, la Convención de Ginebra es un papel inútil para ambos bandos. Personas son asesinadas sin justicia ni razón. Pequeños eventos pacíficos y encuentros amistosos pueden ser rotos en segundos. Antipáticos oficiales prusianos constantemente amenazan a sus hombres con ejecutarlos sin ninguna provocación. Enfadados soldados en ocasiones asesinan a sus propios oficiales.

Su obra hizo que mucha gente en todo el mundo se interesara por la II Guerra Mundial desde el punto de vista alemán, un punto de vista en principio poco

conocido.

Sus detractores:

El polémico periodista danés Erik Haaest ha estado años intentando rechazar la bibliografía de Sven Hassel. Según él, Sven Hassel es realmente un nazi danés que nunca peleó en el frente ruso. De acuerdo a Haaest, el autor estuvo la mayor parte de la guerra en la Dinamarca ocupada, y su conocimiento de la guerra viene de veteranos de las SS daneses que encontró después del conflicto.

De acuerdo con Haaest, Sven pasó la época de la guerra desempleado en Dinamarca, vestido con uniformes robados de oficial pretendiendo ser Himmler o algo por el estilo. Según Haaest, Hassel también robaba bicicletas en Copenhagen y las donaba al Partido Nacionalsocialista Danés. Después de ingresar a un cuartel vestido de oficial comenzó a dar órdenes a los reclutas hasta que fue descubierto y encerrado en una prisión por impostor y robo de uniformes.

En 1941-1942 fue arrestado nuevamente por intimidar a una mujer, vestido con uniforme y fingiendo ser un oficial. Episodios similares a este se cuentan por docenas, según Haaest. En 1944 Hassel viste un verdadero uniforme como miembro de la HIPO (Nacionalsocialistas daneses), en apoyo de la policía alemana, para desactivar a la Resistencia danesa. Siempre según Haaest, el autor pasó un tiempo en prisión después de la guerra, donde conoció a muchos ex combatientes daneses que lucharon en divisiones de las Waffen-SS.

Según Haaest, con esos testimonios, Hassel inventó cientos de historias sobre la guerra. Luego se buscó un escritor (probablemente su esposa, porque él es incapaz de escribir una línea, según Haaest) para que le ayudara a escribir «sus» historias en la primera novela. «Legión de los Condenados» fue un éxito rutilante y fue traducida a muchos idiomas lo que le aseguró a Hassel los medios para sobrevivir con comodidades y escribir sus siguientes obras.

Fue en esos días, dice Haaest, que Sven Hassel se casó. Según el periodista, la esposa de Hassel se vio involucrada en un enorme negocio de pornografía en toda Europa, actividad que le dio muchos dividendos.

Los profesionales nunca han considerado seriamente su obra como auténtica. Por ejemplo, había un regimiento 27 en el ejército alemán, pero no era un batallón de castigo. No había muchos tanques Tiger, y estaban organizados en batallones especiales, unidos a unas pocas divisiones de élite. No eran entregados a batallones de castigo.

Por esos fallos foros históricos y militares en internet, como Feldgrau.com y AxisHistory.com, no consideran sus obras como auténticas.

Verdad o no su biografía, lo cierto que es que estamos ante un personaje que ha

sabido transmitir «su historia» a través del punto de vista de un puñado de soldados alemanes y que estas historias se han traducido a varios idiomas, vendiéndose millones de ejemplares en todo el mundo.

Sus libros:

La legión de los condenados (1953)

Los panzers de la muerte (1958). *Llevada al cine en 1988 International, filmada en Belgrado, Yugoslavia.*

Camaradas del Frente (1960)

Batallón de castigo (1962)

Gestapo (1963)

Monte Cassino (1963)

¡Liquidación París! (1967)

General SS (1969)

Comando Reichsführer Himmler (1971)

Los vi morir (1975)

La ruta sangrienta (1977)

Ejecución (1979)

Prisión GPU (1981)

El comisario (1985)

Notas

[1] Por bóxers <<